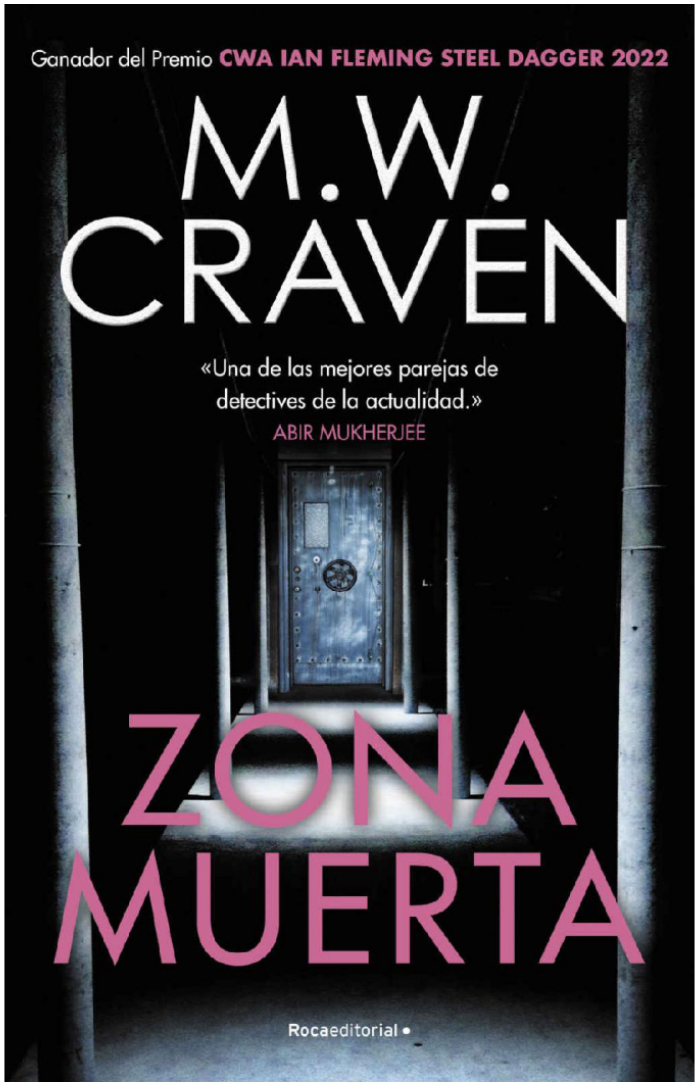
Ganador del Premio CWA IAN FLEMING STEEL DAGGER 2022
M.W. CRAVEN
«Una de las mejores parejas de detectives de la actualidad.»
ABIR MUKHERJEE
ZONA MUERTA
Rocaeditorial

El sargento Washington Poe está en la corte, luchando contra el desalojo de su querida y aislada granja, cuando lo citan a un burdel callejero en Carlisle, donde un hombre ha sido asesinado a golpes con un bate de béisbol. Todo parece indicar que es un simple asesinato por parte de un proxeneta, pero su asistencia fue solicitada personalmente, por el tipo de personas que prefieren permanecer en la sombra.

A medida que Poe y su inseparable compañera Tilly Bradshaw profundizan en el caso, se enfrentan a preguntas aparentemente sin respuesta: a pesar de haber sido examinados exhaustivamente para un trabajo de alto perfil, ¿por qué no se verifica nada en los antecedentes de la víctima? ¿Por qué se dejó un pequeño adorno en la escena del crimen y por qué alguien del equipo de investigación lo robó? ¿Y cuál es la conexión con un atraco a un banco perfectamente ejecutado tres años antes, un atraco en el que no se llevaron absolutamente nada?

Zona muerta

M. W. Craven

Traducción de
Ana Momplet Chico

Título original en inglés: *Dead Ground*
2021, M. W. Craven
de la traducción: 2023, Ana Momplet Chico
de esta edición: 2023, Roca Editorial de Libros, S. L.

Para Joanne, mi compañera de confinamiento, mi mejor amiga, mi esposa.
Tecleas demasiado fuerte y me has obligado a hacer pilates a primera hora…, pero no estás nada mal.

Quiero la mangosta bajo la escalera cuando junto a mí se deslicen las serpientes.

Atribuido a ANÍBAL

1

El hombre de la máscara de Sean Connery le dijo al tipo de la máscara de Daniel Craig: «El mono Bertrand y el gato Ratón están sentados junto al fuego, viendo cómo se asan las castañas en la chimenea».

Era una manera tan buena como cualquier otra de llamar la atención.

Los dos que llevaban máscaras de George Lazenby y Timothy Dalton dejaron lo que estaban haciendo para escuchar. Pierce Brosnan, que estaba con los auriculares puestos mientras tecleaba agresivamente complejas instrucciones en su portátil, seguía ajeno a todo lo que no fuera la puerta de la cámara acorazada y el temporizador Diebold de tres llaves y la cerradura de combinación que tenía delante. Roger Moore esperaba afuera, en la furgoneta.

—Bertrand intenta apartar las ascuas, pero teme quemarse la mano —prosiguió Sean Connery—. Aunque quiere esas castañas y no le apetece esperar a que se enfríe el fuego. Al final, convence a Ratón para que las saque, prometiéndole repartirlas equitativamente con él.

—¿Y el gato lo hace?

—Sí, lo hace. Ratón mueve las ascuas candentes y empieza a sacar las castañas una por una. Y cada vez que saca una, Bertrand se la zampa. Por fin, una criada los interrumpe y tienen que huir. Ratón se va sin haber comido nada a pesar de las molestias.

Timothy Dalton iba con Sean Connery, los demás eran gente de Daniel Craig. George Lazenby era el músculo, Pierce Brosnan, su técnico, y Roger Moore, sus ruedas. Como jefe de equipo, Daniel Craig tenía la sensación de que él debía hacer la pregunta evidente.

—¿Por qué nos cuentas esto? —dijo.

—Por ningún motivo —contestó Sean Connery—. Es una fábula adaptada por el escritor francés Jean de La Fontaine. Se llama *El mono y el gato*, y habla de cómo la gente sacrifica a los demás para sus propósitos. El dicho «sacar las castañas del fuego» viene de ahí.

—Es un modismo —dijo Timothy Dalton—, no es un dicho.

Sean Connery se volvió y le fulminó con la mirada. El ambiente cambió en el vestíbulo de la cámara de seguridad. Si ya era tenso, ahora entró en modo de amenaza.

—¿Qué parte de «Tú no hablas, bajo ninguna circunstancia» no has

entendido? —dijo bajando la voz.

Todos notaron que Timothy Dalton palidecía bajo la máscara. Daniel Craig miró de reojo a los Bond de su equipo y se encogió de hombros. Connery pagaba, y pagaba bien. Si quería hablar de monos, gatos o castañas y humillar a su propia gente, ¿quiénes eran ellos para impedírselo?

El vestíbulo se quedó en silencio.

Pierce Brosnan lo rompió.

—Ya estamos dentro.

Pocos bancos disponen de cajas fuertes de alquiler hoy en día. La cámara acorazada en la que acababan de entrar los Bond era una de las varias instalaciones construidas a medida para un proveedor especializado. Contaba con sistemas de última generación, pero, a base de hackearlos desde fuera y con las habilidades de Pierce Brosnan *in situ* para abrir cajas fuertes, los habían inutilizado.

Al menos hasta que se activaran los sistemas de apoyo.

—¿Cuánto hemos tardado? —dijo Sean Connery.

—Dieciocho minutos y veinte segundos —contestó Daniel Craig.

Miró el reloj en la parte interior de su muñeca. Aún tenían mucho tiempo.

La cámara era rectangular, de cuatro metros y medio por nueve, y tenía techos bajos. Estaba iluminada con luces de neón. En la pared opuesta a la puerta había una mesa de acero empotrada, y las dos paredes más largas a los lados tenían cajas fuertes del suelo al techo. Las de abajo eran del tamaño de un maletín e iban haciéndose más pequeñas conforme se acercaban a la altura de los ojos y más arriba.

Las cámaras de videovigilancia seguían funcionando, pero las habían trucado para que fueran con sesenta minutos de retraso, de manera que, aunque los empleados que vigilaran las pantallas pudieran ver lo que estaban haciendo, no sería hasta dentro de una hora.

—Empezaremos aquí —dijo Timothy Dalton.

Sean Connery le había contratado para valorar el contenido de las cajas y tenía ganas de participar. Hasta ahora solo iba de acompañante. Se acercó a una de las cajas más grandes.

—Esa no —dijo Sean Connery, sacando un trozo de papel de su bolsillo. Leyó un número de serie en voz alta: 9-206.

Los Bond se separaron y empezaron a buscar la caja en cuestión. George Lazenby la encontró. Era una de las más pequeñas, a la altura de sus cabezas.

—Si hace el favor, señor Brosnan —dijo Daniel Craig.

Pierce Brosnan estudió la cerradura. La puerta de la cámara había sido todo un desafío, pero, como nadie podía acceder a la cámara sin supervisión, la seguridad de las cajas era mínima, poco más que

cerraduras de cilindro. Sacó de su bolsa una barra de cerrajero diseñada especialmente para romper y abrir ese tipo de cierres. Tardó menos de un minuto. Volvió a guardar la barra y se apartó.

Sean Connery abrió la puertecilla. La caja estaba vacía, tal y como le habían dicho. Bajo la máscara, sonrió.

—No os preocupéis —dijo Dalton—, hay centenares que abrir.

—En realidad —dijo Sean Connery—, no hemos venido a llevarnos nada.

—¿Ah, no? Entonces, ¿a qué hemos venido?

—A dejarlo.

Sean Connery sacó del cinturón un revólver de cañón corto, lo puso contra la cabeza de Timothy Dalton y apretó el gatillo.

Estaba muerto antes de golpear el suelo encerado; dejó un rastro de neblina rosa flotando en el aire. La cámara olía a cordita y sangre.

Y a miedo.

—Pero ¡qué coño! —exclamó Daniel Craig—. ¡Dije que nada de armas! No vamos armados en los atracos.

—¿Sabes lo que siempre me ha cabreado de esa fábula? —preguntó Sean Connery, que tenía el arma pegada a un lado, aunque era evidente que de ser necesario volvería a usarla.

—Cuéntame —contestó Daniel Craig, apartando la mirada del cadáver, que seguía contrayéndose.

—No dice qué pasa después. Nada de lo que el gato Ratón le hace al mono Bertrand «después» de traicionarlo.

Daniel Craig volvió a mirar el cuerpo. Ya no se movía.

—¿Este hombre ha traicionado a alguien? —La traición era un motivo legítimo en los círculos donde se movía.

Sean Connery no contestó.

—De todos modos, Dalton fue una mierda de Bond —dijo Daniel Craig, mirando su reloj—. ¿Hemos acabado?

—Casi —respondió Sean Connery.

Sacó algo de su bolsillo y lo colocó en el borde de la caja de seguridad vacía. Luego se aseguró de dejarlo en la posición adecuada.

—Ahora sí —dijo.

Y, con eso, los Bond salieron de la cámara.

Treinta minutos después, llegaron los primeros agentes de policía, alertados por la compañía de seguridad que controlaba las cámaras de videovigilancia.

Lo único que encontraron fue un cadáver enfriándose en el suelo y una rata de cerámica contemplándolo desde arriba…

2

El sargento Washington Poe odiaba asistir a juicios. Toda aquella burocracia y ese servilismo ante unos idiotas con peluca le parecía una cosa arcaica. Detestaba estar a la entera disposición de abogados, así como esa suspicacia con la que se solía mirarse a los policías cuando testificaban. Odiaba que supuestos expertos pudieran destripar decisiones que se tomaban al cabo de menos de un segundo.

Sin embargo, lo que más odiaba era que ir a una vista implicaba haberle fallado a alguien: que una familia jamás volvería a ver a un ser querido, o que una mujer no volvería a confiar en un hombre, o que un anciano no volvería a salir de su casa.

Había muchos motivos por los que odiar ir al juzgado.

Menos esta vez.

Esta vez, iba como acusado.

Y pretendía disfrutarlo.

Su caso iba a ser visto en el Tribunal Combinado de Carlisle, un edificio moderno situado en el centro de la ciudad. El único guiño al pasado estaba en la estatua de un diputado del siglo XIX muerto a las puertas de este y clasificada como patrimonio histórico. A Poe le gustaban ese tipo de estatuas, ojalá hubiera más.

El juez del distrito, que ya había perdido la paciencia con él en otra ocasión, volvía a presidir la vista.

—Señor Poe, debo insistir —dijo—, sé que se trata solamente de un asunto civil, pero le aconsejo encarecidamente que busque representante «legal». No me cabe duda de que su amiga es… —comprobó sus notas— «más lista que la silla de ruedas de Stephen Hawking», pero lo que pase aquí hoy no será fácil de enmendar.

—Considéreme advertido, señoría.

—Y se le ha explicado que renunciar a un abogado no da lugar a una apelación posterior.

—Sí, señoría.

El juez del distrito tenía los carrillos de un bulldog y un inquietante parecido con Rumpole of the Bailey, el protagonista de una famosa serie de televisión británica. Le salían penachos de pelo de las orejas, como si tuviera animales anidando en ellas. Se quedó observando a Poe por

encima de sus gafas de media luna. Poe le devolvió la mirada.

—Muy bien —suspiró—. Señor Chadwick, proceda.

El abogado del distrito se puso en pie. Pequeño y bigotudo, era un hombre de aspecto oficioso, de esos que llevan el acta de las patrullas de vigilancia de barrio.

—Con la venia, señoría. —Abrió un grueso sobre marrón y sacó una hoja del sumario—. En este caso, los hechos no son motivo de disputa. Hace casi cinco años, el señor Poe compró unas tierras en Shap Fell de forma ilegal a un tal Thomas Hume. Dichas tierras…

—Y entiendo que el señor Hume ha fallecido…

—Por desgracia, sí, señoría. El señor Hume era el propietario legal de las tierras y estaba en su derecho de vendérselas al señor Poe. Las tierras incluían una cabaña de pastor abandonada.

—El edificio en cuestión…

—Sí, señoría. Tenemos entendido que Herdwick Croft lleva ahí desde comienzos del siglo XVIII. Hace poco ha pasado a formar parte oficialmente de los alrededores del Parque Nacional del Distrito de los Lagos. La postura de la concejalía de urbanismo es que la cabaña fue declarada bien de interés cultural en 2005, y por tanto no puede ser modificada sin autorización expresa de nuestro Ayuntamiento. Se informó al propietario original de Herdwick Croft de dicha declaración.

—Señor Poe, ¿le gustaría replicar? —dijo el juez.

Poe miró a su acompañante. Ella negó con la cabeza.

—No, señoría —contestó.

—Es consciente de que recusar el estatus de la cabaña como bien de interés cultural es una de las pocas vías legales que le quedan a estas alturas, ¿verdad?

—Sí, señoría. Aunque, para ser justos, yo no conocía el estatus de Herdwick Croft cuando la compré. Thomas Hume debió de… olvidar decírmelo.

Poe notó que alguien se tensaba en la tribuna del público. Sabía que era Victoria Hume, la hija de Thomas, que estaba allí para mostrarle su apoyo. Se sentía responsable de la hipocresía de su padre, a pesar de que Poe le había insistido en que no lo era. Él tampoco había hecho las comprobaciones legales habituales antes de darle su dinero, y ahora estaba pagando por ello.

—Como policía en activo, estoy seguro de que el señor Poe sabrá que el desconocimiento de la ley no le exime de su cumplimiento —dijo Chadwick.

Poe sonrió. Esperaba que dijera eso.

Chadwick estuvo diez minutos detallando los cambios que Poe había hecho en Herdwick Croft: reparar el techo, abrir el pozo e instalar una bomba para abastecerse de agua fresca corriente, soterrar la fosa séptica, instalar un generador y activar el suministro de electricidad. En resumen, todo lo que había hecho para hacer la cabaña cómoda y

moderna. Hasta mencionó su adorada estufa de leña.

Una vez que Chadwick hubo terminado, el juez dijo:

—¿Y cómo sabe usted las modificaciones que ha hecho el señor Poe?

—¿Señoría?

—¿Quién se lo ha dicho?

—Un ciudadano preocupado, señoría.

—No será el diputado de Oxenholme, ¿verdad?

Chadwick no mordió el anzuelo.

—Cómo ha llegado a nuestro conocimiento no es de la incumbencia de este tribunal, señoría.

Poe sabía que el juez había dado en el clavo. El hombre que informó al Ayuntamiento sobre su proyecto no autorizado de reformas era un expolicía llamado Wardle que había entrado directamente en el cuerpo como inspector jefe. Él y Wardle tuvieron sus más y sus menos durante el caso de Jared Keaton. Wardle se obstinó en seguir la línea de investigación equivocada y le costó la carrera. Desde entonces, había dejado el cuerpo y ahora estaba centrado en su nueva vocación: la política municipal. Poe se volvió en el asiento, esperando verle entre el público, pero, aparte de Victoria Hume, los bancos estaban vacíos. Tampoco importaba: si no le denunció Wardle, sería otra persona. Poe tenía tantos enemigos como la clase media coleccionaba puntos del programa de fidelidad Nectar.

—Pues al grano, señor Chadwick —dijo el juez.

El abogado del distrito estuvo otros diez minutos detallando la normativa urbanística que había infringido. Poe se quedó dormido a los dos minutos.

Acababa de pasar una larga temporada en Herdwick Croft. La Sección de Análisis de Delitos Graves, por todos conocida como la SCAS, no había tenido ningún caso importante desde el del Procurador y, teniendo en cuenta cómo acabó aquello, tampoco buscaban casos nuevos. El director de inteligencia, Edward van Zyl, había dado un mes libre a todas las personas que trabajaron en él.

Las vacaciones le habían sentado bien. El caso del Procurador casi acaba con él, física y mentalmente, y él había salido bastante bien parado, comparado con algunos compañeros. Había disfrutado de pasar una temporada en casa. La mayoría de los días se metía algo de comer en la mochila y se iba a Shap Fell. A solas con Edgar, su *springer spaniel*, y miles de ovejas.

—¿Cómo está Flynn? —susurró a la mujer que tenía a su lado.

Stephanie Flynn, inspectora jefe de la SCAS, había dado a luz durante el caso, y no había sido fácil. Aún seguía de baja; Poe no estaba seguro de que volviera.

—¡Calla, Poe! —susurró ella—. Tengo que oír esto.

Poe volvió a sus pensamientos. Todo aquello afectaba a su futuro, pero su mente era incapaz de escuchar argumentos legales durante más

de un minuto. Pensó que más tarde debía llamar a Flynn. Últimamente había evitado hablar con ella: sospechaba que a los dos les traería malos recuerdos.

—¿Está preparado para contestar, señor Poe?

Poe pestañeó. Chadwick había vuelto a su asiento y todo el mundo le miraba.

Se puso en pie.

—Si no me equivoco, la concejalía quiere una orden judicial para obligarme a devolver Herdwick Croft al estado en que se encontraba cuando la compré, ¿no es así, señoría? —dijo Poe.

—Así es. ¿Está listo para defenderse?

Poe miró a su derecha. Ella asintió.

—Sí, señoría.

—Y aunque no tenga formación legal, ¿está seguro de que su compañera está preparada para representarle, señor Poe?

—Lo está, señoría. Créame.

Se sentó. Cuando vivía en Hampshire, solo tenía una dirección. Ahora tenía un hogar. Estaba dispuesto a golpear bajo para protegerlo.

Y lo que estaba a punto de hacer era lo más bajo que se podía dar.

—Te toca, Tilly —dijo.

3

Matilda, *Tilly*, Bradshaw era peculiar, pero en el buen sentido de la palabra. Tenía dos doctorados por Oxford, pero probablemente no sabía quién era el primer ministro. Si la dejabas, te podía recitar hasta mil decimales de pi, pero era incapaz de decir quiénes eran los Sex Pistols. Empezó la universidad a los trece, después de que un funcionario de Admisiones de Oxford convenciera a sus padres de que tenía «una mente única en su generación» que necesitaba más estímulo del que el Estado podría ofrecerle.

Su especialidad era la matemática pura, pero destacaba en prácticamente todas las disciplinas científicas. Gobiernos y compañías privadas de todo el mundo le habían ofrecido becas de investigación, aunque se esperaba que permaneciera toda su carrera en Oxford. Y eso le bastó durante un tiempo.

Hasta que no lo hizo.

Porque lo que el funcionario de Admisiones no entendió, o quizás ignoró deliberadamente, fue que cortar una infancia en la cúspide de la adolescencia tiene sus consecuencias. No estar con gente de su edad ni verse expuesta a nadie que tuviera su nivel intelectual supuso que no había tenido que desarrollar habilidades para hablar y pensar de un modo socialmente convencional. El resultado de todo ello era una mujer inocente e ingenua que verbalizaba cualquier cosa que le venía a la mente y que creía todo lo que le decían.

Poe no había averiguado por qué Tilly abandonó el mundo académico para unirse a la Sección de Análisis de Delitos Graves. Sospechaba que había heredado la vena obstinada de su padre. A los treinta y pocos años dejó Oxford y aceptó un trabajo como analista de la SCAS. Según ella, quería implementar aplicaciones del mundo real a sus modelos teóricos de matemáticas. Poe no sabía qué era eso, pero sí que tenía un diamante delante cuando lo veía. La acogió bajo su protección y la ayudó a enfrentarse con el nuevo y emocionante mundo al que se exponía por primera vez. A cambio, ella suavizaba las asperezas de Poe lo mejor que podía y lo ayudaba a lidiar con sus demonios.

Y, para sorpresa de todos, se habían hecho amigos. No colegas, sino amigos. El tipo de amigo que puede aparecer una o dos veces en la vida.

Y por esa razón, cuando Bradshaw se enteró de los problemas que Poe tenía con su casa, se cogió una semana de baja y se hizo experta en normativa urbanística.

Chadwick no tenía ni idea de lo que se le venía encima.

Si estaba nerviosa no se notaba. Nunca había estudiado Derecho, pero Chadwick, con su carrera de cuatro años, su curso anual de abogacía y todo el apoyo de su oficina, no era rival para Bradshaw después de pasar un día en la Red.

—Hola —dijo ella.

Saludó al juez agitando la mano. Fascinado, este le devolvió el saludo.

—Me llamo Matilda Bradshaw, señoría. Me alegro mucho de conocerle.

—Yo también me alegro mucho, Matilda.

—¿Qué pasa aquí? —dijo Chadwick.

—No hay nada de malo en ser amable, señor Chadwick —contestó el juez.

Poe sonrió. Bradshaw ya se lo había ganado.

—Claro, no hay nada de malo en ser educado, señoría —dijo Chadwick—. Me refería a cómo debería vestirse alguien que quiera dirigirse a este tribunal. Con ese atuendo, no solo le está faltando el respeto a usted, sino a siglos de tradición.

Bradshaw iba con una camiseta y pantalones cargo con grandes bolsillos a los lados; era lo que llevaba casi a diario. La camiseta era negra y decía «en materia» con grandes letras blancas. Debajo, en letra más pequeña, decía «a no ser que te multipliques por la velocidad de la luz al cuadrado… Entonces, en-ergía».

Poe se puso en pie.

—Es tu camiseta favorita, ¿no, Tilly?

—Sí, Poe. Es una cita de Neil deGrasse Tyson. Edición limitada.

—Pues sí se ha arreglado para la ocasión, señoría.

Chadwick se levantó.

—Pero…

—Señor Chadwick, en este tribunal seré yo y no usted quien decida si se me está faltando al respeto —dijo el juez—. Voy a escuchar lo que tenga que decir la señorita Bradshaw. Si usted también desea hacerlo, le sugiero que se siente.

Chadwick se sentó.

—Continúe, por favor, señorita Bradshaw.

Tal y como habían ensayado, Bradshaw sacó dos documentos de su mochila. Al volver hacia la mesa, le entregó uno a un Chadwick enfurruñado.

—Nuestra postura es sencilla, señoría —dijo—. Creemos que sería ilegal que el Tribunal del Estado decidiera en contra de Poe.

—¿Cómo? —exclamó Chadwick.

El juez la miró con el ceño fruncido y luego dijo:

—Creo que será mejor que se explique, señorita Bradshaw.

—Es bien sencillo, señoría. En 1901, el municipio de Kendal propuso el Estatuto 254, posteriormente confirmado por el secretario de Estado, para la protección de Shap Fell y Mardale Common. Como puede ver en el mapa adjunto, la casa de Poe entra dentro de esos límites. Tengo entendido que el Estatuto 254 puso fin a la ampliación ilegal de la cantera. Ambos tienen una fotocopia del documento original. Cuando el municipio de Kendal se convirtió en parte de South Lakeland en 1974, todos sus estatutos fueron adoptados e incorporados al conjunto actual de leyes urbanísticas. En ese momento fue ratificado por la concejalía del condado de Cumbria. No ha sido derogado hasta la fecha.

Chadwick se había puesto unas gruesas gafas de leer y estaba pasando frenéticamente las páginas del documento que le acababan de entregar.

El juez del distrito parecía relajado.

—¿Y qué es lo que prohíbe este estatuto, señorita Bradshaw?

—El apartado 2, subapartado F, prohíbe de manera explícita eliminar, recolocar o vandalizar cualquier piedra dentro de los límites especificados. —Bradshaw se volvió hacia Poe—. Poe, ¿cómo reformaste Herdwick Croft?

—Utilicé todas las piedras que había tiradas por ahí —dijo.

—Señoría, si pasa al apartado 3, subapartado E, verá que cortar o dañar cualquier planta o vegetación también está expresamente prohibido. Poe, ¿cómo instalaste la fosa séptica y el pozo de perforación?

—Los tuve que excavar.

—¿Y dañaste las plantas o vegetación colindantes?

—Me temo que sí.

—¿Y qué pena conllevan esos dos delitos, señorita Bradshaw? —preguntó el juez.

—La tabla que figura en la parte posterior dice que cualquier persona que infrinja los estatutos mencionados podrá ser multada por una cantidad no superior a las cincuenta libras actuales.

Poe se levantó.

—Señoría, quisiera declararme culpable de estas infracciones si se presentan cargos contra mí.

—¡Venga ya, esto es absurdo! —saltó Chadwick—. ¿Cómo se puede esperar que las autoridades municipales conozcan los entresijos de un estatuto de hace cien años que tuvieron que adoptar en los setenta? Señoría, esto es un intento flagrante y desesperado de…

El juez sonrió.

—Señor Chadwick, como usted mismo ha dicho, el desconocimiento de la ley no es un eximente.

Chadwick se puso rojo.

El juez prosiguió.

—Solo lo he mirado por encima, pero da la impresión de ser un documento legal. Y este tribunal no tiene autoridad para ignorar una ley ratificada por el secretario de Estado, desde luego. —Miró por encima de sus gafas de media luna—. Y las autoridades municipales tampoco.

Bradshaw volvió a ponerse en pie.

—Señoría, si este tribunal obliga a Poe a devolver Herdwick Croft a su estado original, también le estaría obligando a volver a quebrantar la ley. No le quedaría más remedio que recolocar las piedras que utilizó para construir los muros, y seguro que las plantas y la vegetación se verían dañadas cuando sacara la fosa séptica y la bomba del pozo.

—Señor Chadwick, ¿le gustaría explicarnos cómo debe devolver su casa a su estado original el señor Poe sin quebrantar la ley?

Chadwick se quedó mirando el documento que tenía delante.

—Solicito un aplazamiento de dos semanas, señoría —dijo.

—Denegado. Esta vista la solicitaron ustedes y espero que venga preparado. Si no tiene nada que añadir, me retiro. Cuando vuelva, estaré en posición de dictar sentencia. Señor Chadwick, si yo estuviera en su lugar, me prepararía mentalmente para lo que acabo de averiguar. Es más, este tribunal verá con malos ojos a cualquier autoridad local que modifique la ley por puro rencor. ¿Ha quedado claro?

—Clarísimo, señoría —contestó Chadwick.

Poe sonrió a Bradshaw. Chocaron los puños.

Había salido exactamente como esperaban.

Y en ese justo instante entraron dos hombres en el juzgado y todo se fue a la mierda.

4

Los dos hombres se acercaron al banco. Uno era pelirrojo, el otro tenía el pelo largo y cano. Poe los apodó silenciosamente Ginge y Gandalf. Ginge susurró algo al juez. Para sorpresa de Poe, en lugar de decirles que abandonaran la sala, el juez les contestó, mirando hacia él más de una vez.

Finalmente, asintió.

Aclarándose la garganta, dijo:

—Por lo que parece, al final va a conseguir su aplazamiento, señor Chadwick. Necesitan al señor Poe urgentemente en otro sitio.

Dos minutos más tarde, el juzgado estaba vacío. El juez se había retirado a su despacho y el señor Chadwick se había escabullido para lamerse las heridas.

—¿Washington Poe? —dijo Ginge.

Gandalf aún no había hablado.

Poe asintió.

—¿Puede acompañarnos, por favor, señor?

—¿Y usted es…?

—Me llamo Jonathan.

—¿Tiene apellido, Jonathan?

—¿Nos acompaña, señor?

—¿Adónde?

—Tardaremos un par de horas en llegar.

—Entiendo —dijo Poe—. Supongo que no podrán mostrarme su identificación, ¿verdad?

—Lo siento, señor, no llevo.

—Pues entonces, no voy a ninguna parte —dijo Poe—. Mi papá me dijo que no me metiera nunca en un coche con desconocidos.

Jonathan miró a Gandalf. Este asintió.

—Ha habido un asesinato —dijo Jonathan.

Victoria Hume y Bradshaw estaban esperando fuera. Poe les explicó lo

poco que sabía.

—Iré a recoger a Edgar —dijo Victoria—. Puedes venir a buscarlo más tarde.

—Gracias —contestó—. Tilly, ¿puedes llevarte mi coche a casa? De todos modos, el tuyo está allí.

—De hecho, señor, nos gustaría que la señorita Bradshaw también nos acompañara —dijo Gandalf, interviniendo por primera vez.

—¿Ah, sí?

Gandalf señaló a su compañero.

—Jonathan se encargará de llevar su coche hasta su casa. Por eso ha venido.

—¿En serio? —dijo Poe—. Y usted, ¿tiene nombre?

—Eso no importa, señor. Lo que sí importa es que le llevemos adonde tiene que estar. —Miró rápidamente su reloj—. Y ya vamos con retraso.

—¿Se da cuenta de que el juez estaba a punto de dictar sentencia a mi favor? Quién sabe qué se inventará la concejalía en el tiempo extra que les acaban de regalar, payasos.

—Lo siento, señor —contestó—, pero es un asunto urgente. Hay gente esperándole.

—No pasa nada, Poe —dijo Bradshaw—. Legalmente, «no pueden» hacer nada.

Poe tampoco estaba convencido. El Parque Nacional del Distrito de los Lagos estaba obsesionado con el pasado. Todo tenía que estar como en tiempos de Beatrix Potter, y cualquier cosa que no lo estuviera era contraindicado o prohibido. Dos semanas era mucho tiempo para alguien en busca de un resquicio.

—¿Señor?

Poe miró a Bradshaw. Si Gandalf y Jonathan eran de la agencia que creía, era poco probable que Gandalf estuviera exagerando sobre la urgencia del asunto.

—¿Te parece bien, Tilly?

—Vamos a ello, Poe.

—Después de usted, Gandalf.

—¿Perdone?

—Nada.

5

Gandalf puso su potente y anodino Audi en dirección sur por la M6 y pisó el acelerador. No dijo adónde iban, pero Poe se hacía una idea.

Tampoco le habían dicho sus apellidos ni le habían mostrado identificación alguna. El trayecto duraría «un par de horas» e iban hacia el sur. En ese tiempo estarían cerca de Mánchester y, debido a un craso error de los constructores que contrataron para hacer su centro de operaciones en el norte del país, que incluyeron fotos de él en su folleto corporativo, Poe hasta sabía a qué código postal se dirigían.

Sin embargo, no dijo nada. Mejor guardarse sus sospechas por el momento.

Gandalf los llevó a un polígono industrial a las afueras de Mánchester. Poe sabía que estaba dando un rodeo para que no pudiesen recordar el camino.

—Deberían habernos puesto capuchas —dijo Poe.

Gandalf le ignoró.

Cuando llegaron a su destino, un edificio bajo y plano que parecía un almacén de distribución de Amazon, Gandalf entró en un aparcamiento subterráneo y frenó al acercarse a un punto de control. Se detuvo delante de una barrera antiembestidas negra y amarilla de forma triangular. El hombre que había detrás del cristal estaba armado y llevaba chaleco antibalas.

—Caramba —dijo Bradshaw.

Poe, que había estado en comisarías de policía fortificadas cuando trabajó en Belfast con la Guardia Negra, no dijo nada.

Gandalf bajó la ventanilla y enseñó rápidamente la identificación que había asegurado no llevar.

—No viene solo, ¿señor? —dijo el hombre detrás del cristal.

—Traigo a dos para la sesión informativa.

El hombre se inclinó para ver la parte trasera del coche y cogió el teléfono. Tras una breve conversación, bajó la barrera antiembestidas.

Una vez que hubieron aparcado, Gandalf los acompañó hasta un ascensor que se activaba con un lector de tarjetas, como algunos hoteles de ciudad. Sin embargo, a diferencia de estos, ninguno de los botones de los pisos estaban marcados. Cuatro cámaras repartidas en las esquinas del techo garantizaban que no hubiera dónde esconderse.

Gandalf tocó el lector con su tarjeta de identificación. Se encendieron los botones de los pisos y los tapó con su cuerpo antes de apretar uno.

—En serio, colega: deberíais habernos puesto capucha —dijo Poe.

Cuanto más intentaban ocultar sus procedimientos, más evidente se hacía todo.

El ascensor se puso en marcha. Iban hacia abajo, no hacia arriba. Tenía sentido, pensó. La altura del edificio solo daba para un par de pisos, pero no tenía límite de profundidad.

Las puertas se abrieron y Gandalf les hizo un gesto para que salieran y los guio a través de una sucesión de puestos de seguridad donde les tomaron las huellas y les escanearon la retina.

Poe estaba cada vez más malhumorado.

Por fin, llegaron a una zona de recepción cerrada. Era limpia y funcional, con asientos de plástico, un dispensador de agua y luces desagradables. Lo único que decoraba las paredes eran relojes con la hora en ciudades importantes de todo el mundo.

Gandalf los condujo a la ventanilla de recepción. La mujer tras el cristal parecía capaz y organizada. La típica persona que sabía qué autobús había que coger.

—Washington Poe y Matilda Bradshaw, de la Agencia Nacional del Crimen —dijo Gandalf, cuya voz se amplificaba electrónicamente al pasar por la rejilla metálica—. Están aquí para la sesión informativa de las tres.

—Identificación, por favor —dijo la mujer.

Por debajo de la ventanilla se abrió una puertecilla y salió una bandeja a través del hueco. Gandalf la cogió y la colocó sobre el mostrador.

Poe miró a Bradshaw y se encogió de hombros. Pusieron sus placas en la bandeja. Gandalf la empujó a través del hueco. La puertecilla se cerró y la mujer cogió sus placas e introdujo sus datos en el ordenador. Metió dos pases del tamaño de una tarjeta de crédito en fundas de plástico, puso un cordón a cada una y se las devolvió en la bandeja.

Poe se quedó mirando la suya. Llevaba su nombre, «visita» escrito en letras grandes y rojas, y un código de acceso que presumiblemente le permitiría entrar a ciertas partes del edificio, pero no a otras.

—Llévenlas en todo momento —dijo la mujer—. No hacerlo es una ofensa criminal. Cuando salgan de aquí las devolverán. Y se les entregará sus placas.

Gandalf sacó su pase y se lo colgó del cuello. Poe vio que en el suyo no ponía ni «visita» ni su nombre, y el código de acceso a zonas del

edificio era distinto al de ellos.

—Ahora, si me entregan sus teléfonos móviles y cualquier otro aparato electrónico, podremos llevarlos donde tienen que ir.

Bradshaw sacó su móvil del trabajo, su *tablet*, su móvil personal y dos portátiles de la mochila. Tuvieron que deslizar el cajón tres veces para pasarlo todo.

La mujer fue metiéndolo todo en un estuche negro y escribió el nombre de Bradshaw sobre él.

—Guau, ¿es una Faraday? —dijo Bradshaw—. Poe, ¡es una funda Faraday!

Poe se encogió de hombros.

—Está diseñada para proteger todo lo que haya en su interior de señales de wifi, *bluetooth*, móvil, GPS y radio —continuó—. Eso significa que, si intentara enviar o recibir mensajes, no podría; no mientras mi equipo esté ahí dentro.

—¿Y lo va a intentar? —dijo la mujer entornando los ojos.

—¡Uy, claro que no! Ni siquiera sé dónde estoy.

—Sargento Poe, su teléfono móvil, por favor.

La mujer volvió a deslizar el cajón.

—No —contestó Poe.

—¿No? ¿Cómo que no?

—Pues que no. Es una palabra bastante común. Se utiliza como respuesta negativa.

—Aquí nadie entra con teléfono móvil, Poe —dijo Gandalf.

Poe no dijo nada.

Tampoco Gandalf.

Ni la mujer detrás del mostrador.

Los ojos de Bradshaw iban rápidamente de uno a otro, probablemente pensando en todos los problemas que Poe se estaba buscando.

Él sabía perfectamente dónde estaba y con qué agencia trataba. También sabía que, si no marcaba sus límites pronto, dejando claro que no era el perrito faldero de nadie, jamás le permitirían trabajar de forma independiente. Y algo le decía que tener independencia sería importante en los días venideros.

Gandalf fue el primero en pestañear.

—Muy bien —dijo—. Pues no pueden pasar. Llamaré abajo para avisar de que se van. Noreen, ¿puedes hacer que lleven al señor Poe y a la señorita Bradshaw de vuelta a su casa, por favor?

Poe no hizo ademán de hacer nada. Noreen tampoco.

—Pues saque las cosas de Bradshaw de su funda *Faraway* —dijo Poe.

—Funda Faraday, Poe —le corrigió Bradshaw.

—¿Qué he dicho?

—*Faraway*.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué habré dicho eso?

—No sé. ¿Por *The Magic Faraway Tree*, de Enid Blyton, quizá?

—Ah, sí. No me acordaba. A mí es que me gustaba más *El Club de los Cin*…

—¡Póngalo ahí, Poe! —saltó Gandalf—. Tiene dos opciones: o le entrega su teléfono a Noreen o hago que le detengan.

—Poe, dales tu móvil —dijo Bradshaw—. *Porfaaaa*…

—No —insistió Poe.

—Noreen —dijo Gandalf—. Llama a seguridad, por favor. Diles que detengan al sargento Poe.

Noreen cogió el teléfono. Marcó un número de tres dígitos y susurró algo al auricular.

Bradshaw soltó un grito ahogado.

—No te preocupes, Tilly —dijo Poe, con la mirada clavada en un Gandalf con cara de impotencia—. No nos van a detener. No hemos hecho nada mal y, de todos modos, en esta agencia no tienen autoridad para detener a nadie. Supongo que por eso estamos aquí. Y tampoco es necesario que nos busquen transporte. Sé exactamente dónde estamos.

Poe se lo dijo.

—¿Cómo demonios lo ha sabido? —preguntó Gandalf con tono de inquisidor.

La mujer del mostrador le miró con suspicacia.

—¿Qué? —dijo—. ¡Yo no se lo he dicho!

Poe suspiró.

—Pues porque los payasos del MI5 no sois tan listos como creéis.

6

—¿El MI5? —preguntó Bradshaw.

—El mismo, Tilly —dijo Poe—, o los Servicios de Seguridad, o el Cinco, o como quiera que les guste llamarse esta semana.

—Entonces, ¿no deberíamos hacer lo que dicen?

—Sí, sargento, tal vez deberían… —dijo alguien detrás de él.

Todos se volvieron. Un hombre entró en la zona de recepción. Poe no sabía de dónde había salido. No le había visto ni oído acercarse: había aparecido de repente.

Tendría cincuenta y tantos años y una forma brusca y tensa de caminar. Era alto y delgado, con el pelo cano cuidadosamente separado por una raya, y un aire de autoridad que solo irradiaban aquellas personas acostumbradas al mando de verdad. Su traje era del color de las sombras. Poe sabía que debió de estar de moda en algún momento, pero ya no. Un reloj de bolsillo sujeto al chaleco con una cadena completaba la imagen de un hombre nacido con un siglo de retraso. Solo le faltaban el sombrero de copa y el monóculo. Si Poe llevara gorra, se habría descubierto.

Los penetrantes ojos grises del hombre analizaron la escena en un segundo.

Gandalf palideció. Noreen buscó algo que hacer en su ordenador.

El hombre miró a Poe con una sonrisa divertida.

—Una situación emocionante, por lo que veo —dijo.

Su voz sonaba educada, con un acento patricio de Eton capaz de soltar frases complejas en latín a voluntad.

—Señor, el sargento Poe se niega a entregar el móvil —dijo Gandalf —. Íbamos a llamar a seguridad.

—¿Y por qué no? —contestó el hombre—. ¿Le han explicado por qué se le ha invitado a venir?

—Invitado —dijo Poe—. Así lo llaman ustedes, ¿eh?

—Sí, señor. Le he dicho que ha habido un asesinato.

—¿Y?

—¿Señor?

—¿Qué más le ha dicho?

Gandalf se sonrojó.

—Nada más, señor.

—¿En serio? Pues yo estaba en la misma sesión informativa que usted esta mañana, cuando se habló del papel del sargento Poe en este tema. Recuerdo específicamente que se les dio instrucciones a usted y a Jonathan para que informaran con todo detalle al sargento acerca de lo ocurrido y de adónde se le invitaba a venir. También se les indicó que le dijeran que nos está haciendo un favor, y no al revés. Y recuerdo que se comentó que, si el sargento Poe no recibía toda la información, o si intentaban obligarle, o se enzarzaban en cualquier disputa, pues…, bueno, esas cosas pasan. Y lo recuerdo perfectamente «porque lo dije yo», Andrew.

—Sí, señor.

—Muy bien. Estoy seguro de que tiene cosas que hacer.

Andrew salió por patas. No hay otra manera de decirlo.

—A veces se lo toman demasiado en serio, sargento Poe. —El hombre le tendió la mano.

Poe la estrechó. Era firme y estaba seca.

—Alastor Locke —dijo.

—¿Es su verdadero nombre? —dijo Poe.

—¡No, por Dios! —Se volvió hacia Bradshaw—. Y usted debe de ser Matilda Bradshaw.

—Sí, *milord*.

A Poe se le escapó una risa por la nariz. Él había estado a punto de decir lo mismo.

—Con Alastor vale, Matilda. ¿No intentamos contratarla cuando estaba en Oxford?

—Dos veces, Alastor. Y mejor llámeme Tilly.

—Lo haré. ¿Y debería llamarle Washington, sargento? —dijo Locke—. ¿O prefiere que mantengamos las formalidades?

—Le gusta que le llamen Poe —dijo Bradshaw—. ¿A que sí, Poe?

—Poe está bien —contestó.

—Aunque, si no me equivoco, suelen ser una camarilla de tres… —dijo Locke.

Poe miró a Bradshaw.

—Significa un grupo pequeño y exclusivo, Poe.

Suspiró. O sea, que la cosa iba a ser así…

—Ahora somos solo dos, Alastor —contestó por fin.

—¿Ah, sí?

—Y estoy seguro de que ya lo sabía. En fin, ¿puede dejarse de rodeos y decirnos por qué estamos aquí?

—Espléndido. Ahora que estamos de acuerdo en que no vamos a intimidarle, hágame un favor y deje el maldito teléfono en la bandeja.

Así lo hizo.

—Bien, si les parece, vamos a ver de qué va tanto lío.

7

Locke los condujo desde recepción a un largo pasillo, con cámaras pegadas al techo como si fueran geckos. Al llegar al final les abrió una puerta.

Entraron en una oficina diáfana con aire acondicionado. No tenía ventanas y parecía un servicio telefónico de atención al cliente. No se veía a Q reventando muros con un radiocasete, ni a nadie intentando enganchar el bombín en un perchero, ni tampoco ningún Aston Martin. La gente bebía café, no Martini.

Menudo chasco. En su lugar, la sala estaba llena de hombres y mujeres pálidos tecleando con gesto serio en sus ordenadores dentro de unos cubículos. Poe se fijó en una de ellas mientras Locke los conducía hacia el fondo. Su monitor estaba protegido por un filtro de privacidad: solo la persona sentada enfrente podía ver la imagen en pantalla. En cuanto Poe se acercó, se quedó en blanco. Era como un botón de desactivación automática.

La mujer se volvió para ver qué había pasado. Cuando vio a Poe, chascó la lengua.

—Son sus pases, Poe. Llevan IRF —dijo Locke.

—¿Tilly?

—Identificación de radiofrecuencia, Poe. Están usando campos electromagnéticos para identificarnos y seguirnos automáticamente. Estos estarán configurados para que no podamos entrar en áreas no autorizadas. Si lo hacemos, los ordenadores se apagarán automáticamente y avisarán a alguien.

—Caray —dijo él.

Conforme seguían a Locke por el pasillo central, todos los ordenadores a ambos lados se fueron quedando en blanco, como si alguien estuviera apagando las luces de la pista de aterrizaje de un aeropuerto.

—Ya, ya lo sé —dijo Locke sonriendo—, les deberíamos haber puesto capucha.

Eso confirmó las sospechas de Poe de que Locke había visto y oído todo lo ocurrido desde el momento de su llegada.

—Esto es un poco deprimente, ¿no? —dijo Poe.

—Hoy en día, no son todo escondites secretos y encuentros en bancos

del parque.

—Parece decepcionado.

—Todos nos tenemos que adaptar. Los progresos en el mundo cibernético han sido un gran nivelador en el mundo de la inteligencia.

—¿En qué sentido?

—Estoy seguro de que la joven Tilly podrá explicárselo mejor, pero, actualmente, cualquiera puede amenazar a un país. «Cualquiera.» No se imagina lo vulnerable que es nuestra infraestructura. Puede que los atentados terroristas acaparen los titulares, pero, al menos, cuando estampan un camión contra una multitud en Londres no se va la luz en Birmingham.

—Da que pensar —dijo Poe.

—No se imagina las cosas que me quitan el sueño por las noches. En fin, apurémonos, que ya hemos llegado.

Lo que Poe había creído ser un muro divisorio de vidrio opaco era en realidad una sala de juntas independiente. Locke abrió la puerta y entró. Poe se sintió en casa al instante.

Era evidente que la sala de juntas se utilizaba para toda una gama de funciones y probablemente se reservaba por medio de algo tan mundano como un jefe de oficina, pero a Poe le quedó claro lo que era ahora.

Una sala de incidencias llena de gente preocupada.

Poe y Bradshaw tomaron asiento al fondo. Locke fue hacia la parte delantera y susurró algo al oído de una mujer con el pelo castaño claro. Llevaba un traje práctico y tenía un rostro formidable. Miró hacia ellos. Locke se sentó delante y la mujer se puso en pie.

El ruido de fondo paró al instante. Estaba claro que era una jefaza.

—Damas y caballeros, buenas tardes —dijo—. Para aquellos que no me conocen, soy Mary Hope, y voy a llevar este caso. Ahora que han llegado nuestros compañeros de la Agencia Nacional del Crimen, podemos empezar.

Varios rostros se giraron hacia ellos. Bradshaw sonrió y saludó con la mano. Poe no.

Una pantalla bajó desde el techo de la sala y apareció la foto de un hombre; era de esas que se ven en los folletos de compañías de primera fila. Era de mediana edad y tenía buena dentadura. Peinado con raya a un lado y una mandíbula marcada.

—Christopher Bierman. Nacionalidad británica, pero residente en Estados Unidos.

Otra foto. Esta vez muy gráfica.

Poe se quedó helado. Esto sí que era «su» especialidad.

—Esta mañana encontraron al señor Bierman en una propiedad residencial a las afueras de Carlisle. Aparentemente, le mataron a golpes. Se encontró un bate de béisbol ensangrentado en la misma

habitación que el cuerpo.

—¿Móvil? —dijo alguien en la parte delantera.

—Es posible que Bierman buscara un poco de amor en el lugar equivocado: los primeros indicios indican que la casa podría utilizarse como burdel. Probablemente se trate de una extorsión que se torció, pero, teniendo en cuenta lo que se avecina en las próximas fechas, nos ha parecido prudente actuar con la debida diligencia.

Mary Hope dedicó los siguientes cinco minutos a explicarles todo lo que sabían. Poe dedujo que no estaba acostumbrada a ese tipo de sesiones informativas, ya que había cosas, cosas evidentes, que no mencionó.

¿Qué se había averiguado en la primera hora? La «hora de oro» era importante porque era cuando las pruebas científicas estaban más frescas. La sangre podía seguir húmeda y, por tanto, sería más fácil de ver, los testigos no habían desaparecido y tampoco se habían creado coartadas. ¿Estaba intacta la escena del crimen o ya había entrado gente? Si Poe iba a dirigir la investigación, esperaba que la primera persona en llegar fuese un policía, no un sanitario. Aunque el cuerpo estuviera verde y hediondo, con el tórax abierto y lleno de bichos, y un tostador para cuatro rebanadas en vez de cabeza, los sanitarios intentarían ponerle una vía. Unos cuantos asesinos se habían zafado de la justicia por pruebas cruciales que los sanitarios habían echado a perder y por pistas claves aplastadas por sus botazas del cuarenta y seis.

Ahora bien, si el primero en llegar hubiera sido un policía, en cuanto viera que la víctima tenía heridas incompatibles con la vida, antes de nada, habría preservado la integridad de la escena del crimen.

Esos eran los procedimientos que un jefe de investigación experto (en realidad, cualquier jefe de investigación decente) trasladaría a su equipo a la primera oportunidad. El hecho de que Hope «no» lo supiera era un indicio de por qué le habían traído.

—Hemos solicitado y recibido autorización de la Agencia Nacional del Crimen para codirigir la investigación criminal. Para mantener las apariencias, la policía de Cumbria estará nominalmente al mando, pero todas las decisiones importantes pasarán por el sargento Poe.

Poe se dijo que debía llamar a la comisaria Jo Nightingale en cuanto recuperara el teléfono. Nightingale era la policía de mayor rango en Cumbria y Poe sabía que estaría furiosa porque le hubieran quitado el caso de las manos. Habían trabajado juntos en el caso del Procurador ese mismo año, y, a pesar de sus diferencias de opinión, quería pensar que había un respeto mutuo. Necesitaba tenerla de su lado para asegurarse de que no se malograban trabajos que requerían muchos recursos, como interrogatorios puerta por puerta y búsquedas pasivas de datos.

Mary Hope siguió con la sesión a duras penas, y pareció aliviada al terminar. Cuando la sala empezó a vaciarse, les hizo un gesto para que

se acercaran.

—Sargento Poe, soy la encargada de formar este grupo de enlace ejecutivo. Puedo incluirle oficialmente en el grupo y compartir información delicada y de primera mano, ya que ambos han firmado la Ley de Secretos Oficiales. —Poe arqueó una ceja y miró a Tilly—. La señorita Bradshaw la firmó cuando aceptó una beca de investigación del Ministerio de Defensa.

—Nunca me has dicho que trabajaste para el Ministerio de Defensa, Tilly —dijo Poe. Él había firmado la suya cuando sirvió en la Guardia Negra.

—Porque era un secreto, bobo…

—Ya conocen a Alastor, claro, pero me gustaría presentarles a la otra integrante del grupo: Hannah Finch.

Una joven vestida informal con vaqueros y chaqueta se acercó a ellos. Llevaba maquillaje, pero poco, y la melena negra recogida en una práctica coleta. Parecía nueva, como si aún no se hubiera estrenado. Miró a Poe con la misma desconfianza con la que él miraría la lechuga y el tomate en una hamburguesa.

Ella no le ofreció la mano para saludarle.

—Hannah es nuestra oficial de enlace —dijo Hope.

Seguía mirándole con el ceño fruncido.

—Creo que no le caigo bien, Tilly —dijo Poe.

—Hay que aprender a quererte, Poe.

—¿Y a ti no?

Hope tosió.

—Hannah fue la primera de nosotros que llegó a la escena del crimen anoche. Ha estado allí coordinando nuestra respuesta. Tendrán que disculparla, está un poco cansada.

—Entiendo —dijo Poe.

Sabía perfectamente lo que eran turnos inesperados de treinta y seis horas, y lo que le hacían a tu sonrisa.

—¿Están al corriente de la próxima cumbre? —dijo Hope.

—¿La de Scarness Hall? No mucho.

Poe sabía que había una cumbre próximamente, algo relacionado con el comercio y que sería en Cumbria. También sabía que había generado un lío enorme en el condado. Aparte de eso, no le había prestado atención. Estaba seguro de que la policía local estaba muy implicada, pero él solo vivía en Cumbria, ya no trabajaba allí.

—Tampoco tenía por qué —dijo Hope—. Se ha procurado mantener la discreción. Por eso se eligió Cumbria. Buena conexión de transportes, pero no es un foco mediático precisamente. No debería atraer grandes multitudes de manifestantes. Y cuanto más discreto, menos ocasiones ostentosas para que acudan líderes mundiales.

—¿Líderes mundiales?

—Es posible, en algún momento. Si hay avances importantes, vienen a

firmar acuerdos. A darse la mano ante las cámaras, ese tipo de cosas. A plantar algún árbol, quizá.

Poe ató cabos.

—Y Christopher Bierman tenía algo que ver en todo ello, ¿no?

Hope asintió.

—De un modo logístico y secundario. Su empresa, Bierman & McDaid, proporciona transporte ejecutivo en helicóptero desde el aeropuerto. Eligieron Scarness Hall porque tiene helipuerto y un almacén de combustible cerca.

—Y han pedido a la Agencia Nacional del Crimen que dirija el caso porque quieren discreción en la investigación y, por lo tanto, también en la cumbre.

—Y como la Agencia tiene jurisdicción nacional, no habrá consecuencias transregionales.

Al menos, Poe entendía eso. No era fácil marcar límites en las responsabilidades cuando la investigación de un asesinato implicaba a distintas fuerzas de seguridad. Y Carlisle estaba a apenas quince kilómetros de Escocia. Poniendo a la Agencia al mando, Hope pretendía mantener un círculo pequeño y estrecho.

—Vale, ¿por qué no me cuenta la verdadera razón por la que estoy aquí? —dijo Poe.

Ella frunció el ceño.

—Acabo de explicarle…

—No, me ha dado un motivo digerible para que la Agencia Nacional del Crimen esté aquí. No me ha dicho por qué estoy aquí «yo». Aparte del hecho de que no siempre me llevo bien con los demás…

—Doy fe —dijo Bradshaw, asintiendo—. La inspectora Stephanie Flynn dice que Poe es un co…, compañero complicado.

—Gracias, Tilly —dijo Poe—. En fin, los dos trabajamos para la Sección de Análisis de Delitos Graves. Nuestro trabajo consiste en atrapar a asesinos y violadores en serie. No es que me esté dando bombo, y lo siento mucho por la señora Bierman, si es que la hay, pero un homicidio en un burdel cutre de Carlisle está por debajo de nuestro nivel. Así que vuelvo a preguntárselo: ¿por qué estamos aquí?

—¿Qué importa?

—Importa.

Hope no dijo nada.

Hannah Finch llenó el silencio.

—Esto es exactamente de lo que hablaba, señora. —Su voz tenía una inflexión hacia arriba, de esas que convierte cada frase en una pregunta —. Ya ha leído el informe. Justo al principio dice que el sargento Poe no acata órdenes: o decide cooperar o no. Y en su mundo puede que eso sea una virtud, pero en el nuestro no. Le suplico que no tire de fuera de la Agencia para esto.

—Hannah, no vamos a volver a discutirlo.

—Pues tal vez deberíamos. Esto tiene que llevarse con tacto y discreción, y el sargento Poe no parece poseer ninguna de las dos cualidades.

Poe miró a Bradshaw y se encogió de hombros.

—Y nos acabamos de conocer… —dijo.

—¿Podemos no hacer esto delante de los niños? —dijo Locke. No había dejado de sonreír desde el momento en que Poe le había visto—. Hannah, sabe perfectamente los motivos por los que Poe está aquí. Y Mary, creo que debería decirle al sargento Poe por qué ha venido él y no alguien de antiterrorismo.

Mary Hope parecía indecisa.

—Mire, se lo voy a poner fácil —dijo Poe—. Si no me dicen por qué estoy aquí, me voy.

—Que se vaya —dijo Finch.

—¡Hannah, no ayudas! —saltó Hope.

En la sala se hizo un silencio incómodo, lo suficiente para que Poe oyera el zumbido de las lámparas fluorescentes.

—¡Buenas! —dijo una voz detrás de él—. Parece que las cosas se están calentando. Quizá deberían tomarse unos minutillos. Y está aquí porque lo he pedido yo, sargento.

Poe frunció el ceño. Conocía esa voz…

8

Poe se volvió. Una mujer a la que no conocía estaba apoyada contra el marco de la puerta. Era alta y esbelta. Su tez oscura era impecable y llevaba el pelo corto, a la moda. Tenía pómulos prominentes y altos, y sus ojos parecían verlo todo.

Le lanzó una sonrisa cínica.

—Usted es Poe —dijo.

No era una pregunta, e hizo que Poe arrugara la frente de concentración. ¿Dónde había oído esa voz? Y hacía poco, pensó. Era americana, del sur. Luisiana o Misisipi. Tal vez una de las Carolinas.

Bradshaw se le anticipó.

—Hola, agente especial Melody Lee. Yo soy Tilly Bradshaw. Hablamos por teléfono hace unos meses. ¿Le apetece una taza de té de frutas?

—Claro, cielo.

Ahora la recordaba. Era la agente del FBI que los advirtió de la existencia del Procurador. En aquel momento, ella era la única que lo creía, y el hecho de verbalizar su teoría le había supuesto un año de castigo destinada en el quinto pino de Dakota del Sur, desde donde le llamó. Cuando el caso se resolvió, y su labor fue reivindicada, volvió a su puesto en Washington. De vez en cuando mantenían el contacto por correo electrónico.

Y en estos momentos estaba en un edificio del MI5 en un polígono industrial a las afueras de Mánchester.

Eso sí, su presencia tampoco aclaraba nada.

—¿Qué está haciendo aquí, agente especial Lee? —dijo Poe.

—Asegurarme de que mi personalidad puede venir con seguridad.

—¿«Mi personalidad»?

—Nuestro ministro de Comercio.

—Creía que los Servicios Secretos se encargaban de la protección ejecutiva.

—Sí, claro. Pero son reactivos. En cuanto pasa algo, salen pitando. El que es proactivo es el FBI.

—Vale… Entonces, ¿qué hago yo aquí? —dijo Poe—. La señorita Hope parece extrañamente reacia a decírmelo.

—Porque les da vergüenza, Poe.

—¿Vergüenza? ¿Por?

—Porque el FBI rechazó la primera opción que propusieron para dirigir esta investigación.

—¿Quién era?

—Nadie que conozca.

—¿Cuál era el problema?

—Que «nosotros» tampoco le conocíamos.

—No entiendo.

—Es bastante sencillo, en una cumbre las medidas de seguridad tienen que ser férreas…

Pero Poe ya había dejado de escuchar. Bradshaw se había ido a buscar un té de frutas para Melody Lee a la mesa de bebidas y él llevaba unos segundos observando a un grupito de hombres que había vuelto a la sala de juntas a coger un café. Uno de ellos, de rostro rechoncho con ojos saltones y un corte de pelo a lo Boris Johnson, acababa de dar un golpecito a otro, señalando a Bradshaw y guiñando un ojo. Luego se había acercado a ella y se había servido un té, lo había removido, pero se había dejado la cucharilla en la taza. Poe dejó de prestar atención a la agente Melody Lee y estaba centrado en lo que pasaba en la mesa de bebidas.

—¿Conoces a Bernie Spoon, Tilly? —preguntó el del pelito a lo Boris Johnson.

—No. ¿Está aquí?

—Más o menos —contestó sonriendo.

Sacó la cucharilla de su taza.

—¡Eh, tú!

—¿Yo?

—Sí, tú, capullo barrigón —dijo Poe—. Como toques la mano de Tilly con esa cuchara caliente, te reviento a patadas y te arresto por agresión.

Se hizo un silencio repentino y total. El del pelito a lo Boris Johnson se puso morado.

—¿Quién demonios se cree que es? —exclamó—. Viene a nuestra casa y…

—Sabes perfectamente quién es, Graham —intervino Locke—. ¿Has leído algo en el expediente del sargento Poe que te haga pensar que no hará lo que dice? Ahora, vete a mi despacho y espérame allí, por favor.

—Pero, señor, no puede hablarnos como si…

—Tal vez no me he expresado bien —dijo Locke—. Has creído que era una sugerencia.

Graham se marchó de la sala de juntas fulminando a Poe con la mirada antes de cerrar la puerta tras de sí.

Bradshaw volvió a su lado.

—¿Quién es Bernie Spoon, Poe? —preguntó—. ¿Y por qué has gritado a ese hombre?

—Iba a quemarte con esa cucharilla, Tilly. Bernie Spoon es un juego

de palabras que significa que una cuchara te va a quemar.

Bradshaw miró hacia la puerta cerrada.

—Menudo zopenco —dijo.

Poe se volvió hacia Melody Lee.

—Disculpe, me estaba diciendo algo sobre la seguridad en una cumbre.

—Sargento Poe, al mínimo atisbo de peligro para nuestro chico, los Servicios Secretos no le dejarán venir —dijo, con una sonrisa flirteando en los labios—. Y si nuestro chico no viene, tampoco lo harán los demás. Tres años de preparativos al carajo. Y por eso está usted aquí: el FBI ha pedido un investigador independiente, un verdadero policía de homicidios. Alguien que no ponga simplemente un sello sobre lo que quieran los *brits*. Usted viene muy recomendado.

—¿Ah, sí? ¿Por quién?

—Por mí. El FBI quería a alguien que investigue sin que le importe una mierda la política o a quién pueda molestarle.

Alastor Locke sonrió.

—Algo que al sargento Poe le va como anillo al dedo, como acaba de demostrar —dijo.

9

Hannah Finch desistió del intento de excluir a Poe de la investigación y cambió de estrategia.

—Vale, el sargento Poe se queda —dijo—. Pero insisto en que consulte sus decisiones conmigo.

—No me parece descabellado —dijo Mary Hope—. ¿Poe?

—Ni de guasa.

—Estoy de acuerdo —dijo Melody Lee—. Poe tiene que investigar este caso como lo haría con cualquier asesinato. Y eso significa sin demasiada supervisión.

Mary Hope se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo Finch—. Pero entonces voy con él.

—Magnífico —dijo Alastor Locke—. Parece que todos nos vamos a llevar de fábula. ¿Por dónde quiere empezar, sargento?

—¿Por dónde voy a empezar? —contestó—. Por la escena del crimen.

Finch conducía. Bradshaw y Poe iban en la parte trasera. Melody Lee viajaba de copiloto, pero se pasó gran parte del trayecto hasta Carlisle girándose en el asiento.

Quería saber qué había pasado con el Procurador. Poe sospechaba que ya lo sabía y que era una forma de expresar su gratitud. Al sacar al Procurador de las sombras, Poe no solo había salvado su carrera, sino que también había conseguido que un chico inocente saliera de la cárcel.

—Se declaró culpable de todos los cargos hace un par de meses —respondió Poe—. El juez le condenó a cadena perpetua. Morirá en prisión.

Lee gruñó de satisfacción.

—Qué cabrón —dijo.

—¿Me va a contar ahora por qué todo esto le interesa tanto al FBI? Bierman es inglés. Probablemente le mató otro inglés. Aparte de los helicópteros que tenía, no veo la conexión.

—Estaba dentro de la burbuja de seguridad de los Servicios Secretos. Se han puesto nerviosos.

—Pero Bierman fue asesinado en un burdel de Carlisle. No estaba «dentro» de la burbuja de los Servicios Secretos. ¿Por qué creen que existe riesgo para el ministro?

—No digo que lo crean.

—Entonces, ¿qué problema hay?

—Los Servicios Secretos ya han perdido gente. Prefieren evitar riesgos. Quieren una investigación antes de autorizar la asistencia del ministro.

—O sea, que hemos venido para mirar hasta el mínimo detalle… —dijo Poe—. Somos una mera mantita de consuelo.

Melody Lee sonrió.

—Bienvenido a mi mundo.

10

Dejaron a Bradshaw en Durranhill, la comisaría de policía más moderna de Carlisle, donde habían prometido dejarles una sala. Luego fueron a la escena del crimen.

A Christopher Bierman lo habían encontrado en una casa adosada de un callejón sin salida llamado Cranley Gardens. Era una de esas casas que el Ayuntamiento construía, alquilaba y vendía para luego olvidarse de ellas. Poe miró a su alrededor. No había cámaras de videovigilancia. Mucho aparcamiento para clientes. Tranquilito. Ideal para un burdel.

Jo Nightingale, comisaria y jefa de la policía de Cumbria, los recibió en el cordón exterior. Era dura y práctica. Buena policía y buena gestora. Poe la había llamado para advertirle de que venían. Tal y como esperaba, a ella no le gustaba la idea de trabajar a las órdenes de la Agencia Nacional del Crimen, pero eso a Poe tampoco le preocupaba. Nightingale era una profesional y sabía que le ofrecería el apoyo que necesitaba.

—Una situación incómoda —dijo ella.

—No ha sido idea mía, comisaria.

—Lo sé, Poe. La orden de parar la investigación vino de lo más alto.

—He venido a ponerla en marcha otra vez. Y quiero que trabaje en ello como lo haría en cualquier asesinato. Solo que me informe de cualquier decisión operativa importante y me preste recursos si los necesito, ¿le parece?

—Me parece bien —contestó—. Aunque esta cumbre nos tiene bastante ocupados. Los oficiales están ocupándose de parte de la seguridad y los están explotando. Se han cancelado todas las bajas y hemos tenido que pedir armas de fuego de la policía vecina.

—Lo que puedan dejarnos, comisaria.

Ella asintió agradecida.

—¿Cómo está la inspectora Flynn?

—Saldrá de esta.

—¿Y su hijo?

—Genial. Sano. Buenos pulmones.

—¿Y Tilly? ¿Sigue manteniéndole a salvo?

—Siempre. Ahora mismo está en Durranhill, robándoles el wifi,

seguro. Pásese cuando vuelva. Sé que le gustará verla.

—Lo haré. —Asintió mirando a Finch y a Melody Lee—. Veo que trae séquito.

—Comisaria, la agente especial Melody Lee.

Lee le tendió la mano y se saludaron.

—Y yo soy Hannah.

—¿Tiene apellido, Hannah?

—Finch —dijo Poe—. Su nombre completo es Hannah Finch. En fin, su nombre falso. Trabaja para el MI5, así que le gustan los secretos.

Finch le fulminó con la mirada.

—Nos conocimos ayer —dijo Nightingale.

—Eso he oído —replicó Poe.

—Estaba asegurándome de que Bierman no llevaba nada confidencial —dijo Finch.

—¿Y lo llevaba?

—No.

—¿Qué, metiéndose en grupos operativos internacionales, Poe? —preguntó Nightingale.

—Señora, yo estoy aquí de mera observadora —dijo Melody Lee.

—De acuerdo.

—¿Cómo está la cosa ahí dentro? —preguntó Poe, señalando hacia la casa.

—Complicada —contestó Nightingale—. Los de la Científica están con ello, pero su opinión preliminar es que no solo dejaron el cuerpo aquí, sino que es el lugar del crimen.

—¿Y seguro que era un burdel?

—Sí, uno temporal.

—¿Quién encontró el cadáver?

—La mujer de la limpieza.

—¿La *limpialefas*? —dijo Melody Lee.

—Si las llaman así… —contestó Nightingale, enfurruñada—. Venía cada mañana mientras estaba vacío. Cambiaba sábanas y toallas, se aseguraba de que hubiera suficientes condones y lubricante para el turno de día, ese tipo de cosas. Ahora mismo está en Durranhill, pero es evidente que no sabe nada. Ni siquiera sabe quién le paga. Cada mañana le dejan un sobre con cincuenta libras en la mesa del recibidor.

—¿Podemos hablar con ella?

—Yo me encargo. Su amigo el sargento Rigg estaba tomándole declaración cuando nos dieron orden de parar la investigación. La metimos en una celda porque no sabíamos qué hacer.

—O sea, ¿que Rigg ahora es sargento? —dijo Poe; hacía un año era solo oficial.

—Ya había aprobado el examen. Supongo que lo que hicieron juntos tampoco dañó sus opciones de ascenso.

—Me alegro por él. —Poe apreciaba mucho a Rigg. Puso su carrera en

peligro por él durante el caso de Jared Keaton—. ¿Puede pedirle que siga tomándole declaración? ¿Había alguien más en la casa?

—Creemos que no. La limpiale…, la mujer de la limpieza dijo que estaba vacía cuando llegó.

—¿Primeras impresiones?

—Supongo que lo que ya le han dicho. La víctima estaba en un burdel sin licencia y a veces esos negocios acaban de forma violenta. O le intentaron robar, o hubo una pelea por una tarifa. La paliza fue demasiado lejos y todo el mundo huyó. La Científica está recogiendo transferencias forenses ahora mismo. Seguro que en el informe hay huellas o ADN de alguien.

—Pero ¿por qué estaba Bierman aquí?

—No le sigo —contestó Nightingale—. Sabe tan bien como yo que los hombres son capaces de hacer cualquier estupidez por sexo.

—No, quiero decir que por qué estaba en este burdel —dijo Poe—. Si llevaba años viviendo en Estados Unidos, ¿cómo es que conocía este sitio? Si ni la policía local sabía que existía, ¿cómo podía saberlo alguien de fuera?

—La verdad es que no lo había pensado. Puede que le gustaran los rollos sórdidos y se le diera bien buscarlos.

—Puede. ¿Tienen a alguien para este tipo de cosas?

—No sabemos quién lleva a las chicas en Carlisle —dijo Nightingale —. Solía hacerlo un tal Nathaniel Diamond, pero creo que un poli llamado Avison Flunk consiguió bajarle los humos el año pasado. Nadie le ha visto desde entonces.

—¿«Cree»?

—No fue algo oficial.

—¿Cosa de suerte? —dijo él—. Me suena el nombre. ¿No estaba en la cárcel?

—Lo estaba.

Nightingale no entró en más detalles y él tampoco insistió.

—¿Y nadie ha ocupado su lugar? —preguntó.

—No hay información que lo sugiera.

—Pero…

—Pero tampoco ha habido el caos que suele dejar un vacío de poder.

—Curioso. —Poe se dijo que debía dar un toque a sus viejos soplones. Con alguno podía hacer casi diez años que no hablaba, pero tal vez se acordaran de él—. ¿Hace cuánto que este sitio es un burdel?

—Según los vecinos, no mucho. Es una casa alquilada de manera legal, pero ahora no tiene inquilinos. El último se fue hace dos semanas, así que ese es el máximo de tiempo.

Tenía sentido. Últimamente, muchas bandas de crimen organizado preferían la opción de burdel temporal. Una semana, diez días. Lo bastante para obtener ganancias de cinco cifras, pero no lo suficiente para que los vecinos se enteraran. Escribió torpemente un mensaje a

Bradshaw pidiéndole que hiciera un informe sobre el mercado sexual en Carlisle.

—¿Testigos oculares?

Nightingale negó con la cabeza.

—O sea, que no sabemos a qué hora llegó Bierman.

—No —dijo ella—. Y, por ahora, tampoco le encontramos en las cámaras de videovigilancia, lo cual es raro.

Sí que era raro. Carlisle tenía uno de los operativos de videovigilancia más sofisticados del país.

—¿Sabemos cuáles fueron sus últimos movimientos?

—Salió de Scarness Hall a las ocho de la tarde y le encontraron muerto doce horas después.

Poe miró hacia la casa.

—Bueno, no vamos a averiguar lo que pasó si nos quedamos aquí cacareando como gallinas —dijo—. Vamos a ponernos un traje y entremos.

11

La entrada de la casa estaba protegida por una carpa de la Científica.

Poe, Melody Lee y Hannah Finch firmaron para pasar al cordón interior y accedieron por la abertura. Nightingale se quedó fuera.

La puerta daba a un recibidor con un papel pintado desconchado efecto madera. La moqueta con estampado de flor de lis estaba desgastada y raída.

Una mujer con un traje de protección los recibió al pie de la escalera.

—Julia Carver —dijo—. Soy la especialista en escenas del crimen.

Se presentaron. Para evitar que hubiera contaminación cruzada, no se dieron la mano.

—Estamos registrando toda la casa, pero los primeros hallazgos indican que todas las manchas de sangre se encuentran en el dormitorio donde se halló a la víctima.

—Quiero verlo —dijo Poe.

—Síganme.

—Hannah —dijo Poe mientras subían las escaleras—, le voy a decir algo que me aconsejó una forense: si está húmeda y no es tuya, no la toques.

—Ya, ya —murmuró ella—. Y si pone «pista» en algún sitio, se lo diré.

Poe sonrió bajo la mascarilla.

Carver los condujo al dormitorio donde había muerto Christopher Bierman. Era pequeño, pero no diminuto.

Desde luego, había espacio suficiente para agitar un bate…

Como era de esperar en un burdel, la cama presidía el dormitorio. Tenía dos mesillas de noche, con sendos cuencos de condones y lubricantes, a ambos lados del cabecero. Aparte de eso, solo había una chimenea eléctrica de tres barras con adornos baratos sobre la repisa.

A pesar de que el cadáver ya estaba en la morgue, Poe podía oler la muerte. Sospechaba que en parte era psicológico.

La sangre se había acumulado en las sábanas y las almohadas, y había cobrado un color café seco. Poe vio un poco más en la mesilla de noche y el cabecero. Varias pegatinas en forma de flecha señalaban los lugares donde habían encontrado rastros de sangre demasiado pequeños para detectarlos sin material científico. Había más flechas en el suelo. Estas

también servían de marcadores gravitatorios para mostrar la dirección, velocidad y fuerza de los salpicones de sangre. Las manchas más grandes de la moqueta tenían forma de lágrima y estaban bastante espaciadas. Eso significaba que la sangre se movía rápido.

—Encontraron el cuerpo sobre la cama —dijo Carver—. Le habían sujetado las manos a la espalda y tenía los pies atados. Ambos con cinturones de bata, muy probablemente de los que encontramos colgados detrás de la puerta. Los hemos enviado al laboratorio por si ha habido transferencias.

Poe gruñó de satisfacción. Si el asesino estaba improvisando, tal vez cometiera algún error.

—¿Alguna cosa fuera de lugar? —preguntó.

—Nada. Parece lo que fue. Una paliza que salió mal.

—O bien —añadió Melody Lee.

—Exacto —dijo Poe—. Todavía no sabemos qué es todo esto.

Finch frunció el ceño, pero no dijo nada.

—¿Hay algún vídeo del registro que podamos ver? —preguntó Poe.

Carver asintió. Salió del dormitorio y al minuto volvió con un ordenador portátil y una cámara digital. Los conectó y apretó el botón de *play*. Inclinó la pantalla para que todos la pudieran ver.

Poe había visto cientos de vídeos como aquel. Era lo primero que se hacía, incluso antes de que se levantara el cadáver. Era lo más parecido a ver una escena del crimen reciente.

El cámara de la policía científica había hecho su trabajo de manera metódica. Ofrecía comentarios, que no opiniones, cubriendo todo detalle, sin dejarse nada. Carver pausó el vídeo al llegar al cuerpo.

A pesar de verlo a través de una pantalla, era evidente que Bierman no había tenido una buena muerte. Aquello había sido un asesinato rabioso. Su cabeza estaba cubierta de sangre y tenía la parte izquierda del cráneo tremendamente deformada, presumiblemente por los golpes repetidos con el arma del crimen. El globo ocular estaba tan fracturado que había fragmentos ensangrentados de hueso clavados en la piel alrededor. Sangre y saliva caían de su boca abierta. Y le habían destrozado los dientes.

Carver volvió a dar al *play* y la cámara siguió recorriendo el cuerpo.

—Pare —dijo Poe. Señaló los pies de Bierman. Llevaba zapatos de cuero calados marrones con cordones—. Lleva un nudo doble en el zapato derecho y uno simple en el izquierdo. ¿Por qué será?

—Ni idea —contestó Carver.

—¿Le parece importante, Poe? —dijo Melody Lee.

—No, simplemente extraño.

—No es extraño, Poe —dijo Finch—. Los nudos se deshacen.

—¡Madre mía, ya lo ha resuelto! —Se volvió hacia Carver—. ¿Había rastros de sangre en alguno de los zapatos, Julia?

—En ambos. Aunque era sangre salpicada, no manchas de contacto.

—¿Puedo ver las fotos?

Carver detuvo el vídeo y buscó los primeros planos de los zapatos de Bierman. Poe los miró con atención, pero no vio nada destacable. Probablemente, fuera irrelevante, mejor seguir.

—Vale, ¿podemos ver el arma del crimen?

El bate era de madera. La punta estaba manchada de sangre. Le habían quitado las pegatinas con la marca, pero aún se veía dónde estaban. Una en el mango y la otra en el extremo del bate. Sabía que Nightingale estaba intentando identificar al fabricante, pero dudaba que lo consiguiera. Y, aunque lo hiciera, la cultura británica estaba tan americanizada que se podía encontrar material de béisbol prácticamente en cualquier parte. Ya no era un arma exótica.

—¿Arma de conveniencia? —dijo Melody Lee.

—Puede —contestó Poe—. Supongo que cualquier segurata de la casa podía llevar uno. Desde luego, merece la pena considerarlo. ¿Y qué hay de las manchas de proyección?

La sangre podía contar una historia si uno sabía dónde buscarla, y Poe había aprendido con la mejor: la patóloga forense Estelle Doyle. Las manchas de proyección no provenían del cuerpo, sino del arma. Cuando el bate golpeó contra la cara de Bierman, su sangre se transferiría a la madera. Cuando el asesino volviera a agitar el bate, la gravedad salpicaría parte de esa sangre dibujando una forma que podía ser leída e interpretada. Cada *swing* del bate de béisbol dejaría un arco de sangre distinto. Un arco recto sobre el suelo que subiera hasta el techo indicaría un golpe de arriba abajo, como si se cortara madera, mientras que un arco curvo indicaría un golpe más en círculo.

—Contamos siete manchas de proyección distintas, todas ellas provenientes de las heridas en la cabeza. —Carver las señaló—. No tenemos ni idea de si le golpeó alguna vez en el torso. No había sangre evidente.

Las marcas hemáticas de proyección estaban marcadas sobre la alfombra y en las fotos. Se encontraban en la parte derecha de la cama, sobre la chimenea y en la pared detrás del cabecero.

Poe le pidió a Carver que les volviera a mostrar una foto del cuerpo. Grabó la posición de Bierman en su mente y fue hasta el lado derecho de la cama. Haciendo como si cogiera un bate imaginario, lo agitó varias veces. El movimiento de arriba abajo, como si estuviera cortando madera en Herdwick Croft, no habría dejado esas manchas de sangre. Luego hizo un movimiento circular, y tampoco le satisfizo. Los rastros de sangre no encajaban con esos movimientos. Volvió a mirar el ordenador portátil y estudió las heridas de Bierman. Aunque tenía la nariz rota y desplazada hacia un lado, Poe sospechaba que era de un puñetazo, no de uno de los siete batazos que había recibido en la cabeza. La zona de impacto principal estaba alrededor de la sien izquierda.

Poe volvió al lado de la cama. Se colocó donde imaginaba que habría estado Bierman. Esta vez, levantó el bate imaginario sobre su hombro derecho y lo dejó caer con la misma trayectoria que si estuviera pescando una lubina en la playa. Miró a su alrededor y sonrió.

—Así es como fue. Siete golpes apuntando a la parte izquierda de su cabeza.

—¿Y qué significa eso? —dijo Finch.

—Significa que, a pesar de lo que parece, fue algo clínico. Esto no fue una paliza que salió mal, esto fue un asesinato a sangre fría.

12

—Eso no lo sabemos, Poe —saltó Finch—. No tenemos ni idea de lo que pasó y, hasta que lo sepamos, no puedo dejar que hable sin pensar sobre teorías conspiratorias.

—Poe tiene razón, Hannah —dijo Melody Lee—. Están locos si creen que esto no es un asesinato. ¿A usted le parece premeditado?

Poe se encogió de hombros. Aún no sabía qué pensar. A primera vista, era una escena del crimen caótica. No habían intentado limpiarla y habían dejado el arma del crimen junto al cadáver. Había sangre por todas partes. En teoría, debería de haber suficiente material forense para que la policía científica hiciera un perfil completo del agresor, pero algo no le encajaba. Los siete golpes en la cabeza habían sido brutales, pero fríos. No había habido ninguna duda. El asesino no le fue asestando golpes de castigo menos violentos para después acabar con uno letal. Actuó con decisión: cualquiera de los siete batazos pudo matarle.

—¿Podemos ver el resto del vídeo? —dijo.

Carver le dio al *play*. La imagen mostró nuevamente el cuerpo sobre la cama, luego el bate de béisbol y otra parte de la habitación.

—Otra vez, por favor.

Algo no cuadraba, pero no sabía qué exactamente.

Volvieron a verlo en silencio. Al final, todos observaron a Poe.

—Una vez más.

—¡Venga, hombre! —dijo Finch—. Podemos verlo en cualquier momento.

—No mientras estamos en la misma habitación —contestó, con la mirada clavada en el portátil.

El vídeo se reanudó. El cámara entraba en la casa, subía por la escalera y penetraba en el dormitorio. Recorría toda la habitación metódicamente. El foco de interés principal eran las pruebas evidentes: el cadáver de Bierman, el bate de béisbol ensangrentado, la sangre acumulada sobre la cama, las manchas más grandes…

Luego se había asegurado de filmar todo lo demás. Los cuencos de condones y lubricantes. Los albornoces sin cinturón en la parte de atrás de la puerta. La chimenea eléctrica de tres barras y las gotas hemáticas proyectadas. La repisa encima de la chimenea y las figuras decorativas.

—Otra vez —dijo Poe.

Finch maldijo frustrada. Hasta Melody Lee suspiró.

Volvieron a verlo.

Y, de nuevo, nada le llamó la atención.

Hasta que lo hizo.

—Ahí —dijo Poe, clavando el dedo sobre la pantalla en pausa.

—¿Las figuras? —dijo Carver—. No tenían nada de extraño, Poe. Solo baratijas: una mujer, un hombre, un niño y un pájaro. Están en el laboratorio, pero no creo que saquemos nada de ellas.

—Las figuras no —dijo Poe—. La repisa.

Melody Lee y Carver se acercaron a la pantalla. Finch estaba enfurruñada.

—¿Qué ven? —preguntó.

Nadie dijo nada durante unos instantes.

—Nada —contestó por fin Melody Lee.

—Exacto —dijo Poe—. Ahí no hay nada.

Se acercó a la repisa y lo comprobó. Ahora no había nada, pero él sabía lo que estaba buscando. Volvió con el grupo.

—No hay sangre. Ni siquiera tiene polvo. —Señaló los objetos de la imagen—. Pero miren, las figuras «sí» tienen sangre. Y es porque estaban en la trayectoria de la sangre proyectada por el bate. Los siete golpes tuvieron que salpicar la chimenea.

—Entonces, ¿por qué está limpia? —Melody Lee terminó la frase por él.

—No lo sé —dijo Poe—, pero no debería estarlo. La pared de detrás no lo está. Está llena de manchas de sangre.

—Mark, ¿puedes venir un momento, por favor? —gritó Carver.

Un hombre menudo y enjuto entró en el dormitorio con una caja de plástico.

—¿Nos hemos dejado algo? —dijo.

Carver negó con la cabeza.

—No hemos pasado el luminol por la repisa, ¿verdad?

—Todavía no, Julia. Davy Fennell y yo daremos una pasada a toda la casa en cuanto recuperemos las sábanas y el colchón.

El luminol había sido criticado por degradar las muestras de ADN, de modo que Poe sabía que debía emplearse al final de la investigación de una escena del crimen, en vez de al comienzo. Primero había que recoger todas las pruebas disponibles.

—¿Qué es el luminol? —preguntó Finch.

—Una sustancia química que reacciona con el hierro de la hemoglobina —contestó Mark—. Detecta hasta la más mínima cantidad de sangre, así que, si alguien intentó limpiar la repisa, a no ser que utilizara lejía, encontraremos algo.

—Y eso son conocimientos básicos, Hannah —dijo Poe—. El hecho de que tenga que preguntarlo demuestra lo absurdo de que pidiera dirigir esta investigación.

Finch frunció el ceño.

—¿Podemos hacerlo ahora? —preguntó Carver—. Supongo que ya hemos pasado el hisopo, ¿no?

—Sí.

Los efectos del luminol solo pueden verse en la oscuridad, así que Mark cerró la puerta y las cortinas, dejando la luz principal del dormitorio encendida mientras se preparaba. Luego sacó una botella de la misma forma y tamaño que un pulverizador para plantas de interior.

—Julia, ¿te importa hacer fotos?

Ella asintió. Mark se quitó la cámara del cuello y se la dio.

—¿Y le importa apagar la luz cuando se lo diga, señora? —le dijo a Finch.

—Esto es una pérdida de tiempo —murmuró ella mientras iba hacia el interruptor.

Poe sabía que los efectos del luminol apenas duraban treinta segundos, y por eso Mark necesitaba que Finch se pusiera a las luces y Carver estuviera lista para fotografiar cualquier cosa. Poe sacó su móvil, abrió la función de vídeo y empezó a grabar.

Cuando estuvo preparado, Mark dijo:

—¿Puede apagar la luz, por favor?

Finch apretó el interruptor y la habitación se quedó a oscuras. Mark pulverizó luminol sobre la repisa.

Los resultados fueron inmediatos.

—Ahí está —dijo Poe.

La repisa relucía de color azul, con la misma fuerza que un árbol de Navidad de fibra óptica. Carver empezó a sacar fotos y Poe pasó su móvil por encima a lo largo, asegurándose de haberlo grabado todo.

Pasados unos instantes, el azul empezó a apagarse hasta desaparecer del todo.

—Ya puede encender la luz, señora —dijo Mark.

Así lo hizo Finch mientras Mark abría las cortinas.

—No sé ustedes —dijo Melody Lee—, pero a mí me da que a esta repisa le han pasado un paño.

13

—No cabe duda —dijo Poe—. Han limpiado la repisa.

—Y bastante mal, a juzgar por las marcas y cuánto se han dejado —añadió Melody Lee—. ¿Hipótesis?

—Se me ocurren dos —contestó él—. Puede que el dinero de la señora de la limpieza estuviera sobre la repisa, que decidiera cogerlo antes de llamar al 112, y que luego la limpiase para no dejar la marca del sobre en la sangre y despertar nuestra curiosidad.

—¿O?

—O, por alguna razón, el asesino quería ocultar la sangre.

Lo cual no tenía sentido. No había intentado limpiar nada más. Ni el más mínimo esfuerzo. ¿Qué tenía de especial aquella repisa? Poe miró a su alrededor, buscando algo más sin polvo ni manchas de sangre. Cualquier cosa que hiciera pensar que la repisa no era lo único que habían limpiado.

No vio nada. Toda la habitación tenía polvo. Evidentemente, la mujer que cuidaba el burdel no se ocupaba de limpiar, solo de rellenar el cuenco de los condones y cambiar las sábanas. Probablemente lo hiciera varias veces al día.

Poe preguntó a Carver si podía ver la fotografía que habían hecho de la repisa antes de quitar las figuras decorativas.

Había cuatro. Eran baratijas. Parecía como si pertenecieran a un mismo juego. Estaban separadas a la misma distancia, alrededor de treinta centímetros.

—Puede que se llevaran algo de la repisa —dijo Poe—. Y al hacerlo quedase una marca evidente sobre el polvo. Es posible que el asesino quisiera quitar el polvo, no la sangre. Tal vez lo cogió, limpió la repisa y después colocó otra vez las cuatro figuras para no dejar un hueco claro que nos hiciera sospechar. Y que no viéramos que había limpiado.

Pasados unos instantes, Melody Lee dijo:

—¿Lo ve, señorita Finch? Por eso queríamos a Poe en el caso.

—Tengo que hablar con la mujer de la limpieza.

Durranhill, en Carlisle, era el edificio de jefatura de la policía en el norte

del país, levantado para sustituir a la comisaría destruida durante las inundaciones de 2005. Era una mezcla entre un aparcamiento de varios pisos y unas gradas vistas por detrás. El tejado inclinado daba la impresión de que se estaba hundiendo.

Hannah Finch dijo que tenía que hacer una llamada en privado. Probablemente era una de esas personas que consideraba todas sus llamadas lo bastante importantes como para hacerlas en privado.

El sargento Rigg seguía tomando declaración a la mujer de la limpieza, así que Poe y Melody Lee fueron a buscar a Bradshaw. Nightingale había intercedido por ellos y, en lugar de los cuartuchos oscuros y cutres que les solían asignar cuando trabajaban en Cumbria, estaban en una sala luminosa y espaciosa con vistas al jardín de la azotea. En realidad, tendría vistas del jardín de la azotea si Bradshaw no hubiera cerrado todas las ventanas y las persianas.

—¿Podemos dejar entrar algo de luz? —dijo Poe.

—No podía ver mis pantallas —contestó Bradshaw.

—Si se expone al sol, Tilly necesita asistencia médica inmediatamente —le dijo a Melody Lee mientras levantaba las persianas—. Y, dicho sea de paso, tampoco te vendría mal un poco de aire fresco. Aquí dentro hace un calor que te mueres.

—¿Y qué hay de mi alergia? Ya tomo bastante el aire.

Poe se quedó mirándola.

—¿Cuándo?

—Bobo, pues los martes, cuando juego al quidditch de muggles.

Se quedó mirándola, confuso.

—Caramba, Poe, ¿qué tal si abres un libro de vez en cuando?

—Yo leo mucho. ¿Qué es quidditch de muggles?

—Es un deporte. Tenemos una liga y todo. Jugamos en el estadio de *hockey*. Yo soy *beater*, pero me gustaría ser *seeker*.

De repente, Poe cayó en la cuenta.

—¿Eso es a lo que quieres que te vaya a ver jugar?

—Sí. Y tú siempre dices que estás demasiado ocupado.

—Es que «lo estoy». Pero creía que iba de magos y esas cosas, ¿no?

—Magos y brujas. Es de *Harry Potter*.

—Pero el estadio de *hockey* no es cubierto. ¿Qué pasa si se os mojan los portátiles?

—No jugamos con ordenadores, Poe. El quidditch es un deporte serio: se juega con escobas.

—¿Perdona?

—Cada equipo tiene siete jugadores y todos vamos montados en escobas. Los *beaters* tienen que intentar derribarlas con *bludgers* mientras intentamos coger la *quaffle*…

—¿Sabes qué? —la interrumpió Poe—. La próxima vez, voy a verte. Creo que me lo voy a pasar bien.

—Mientras no vengas solo para reírte de mí y de mis amigos…

—Yo no haría tal cosa.

—¿Per-dona?… ¿Qué hay de cuando nos interrumpiste mientras jugábamos a *Brujas y hechiceros*? Entonces sí te reíste.

—Es que llevabas unas alas puestas, Tilly.

—Claro que llevaba alas: soy una avariel de nivel veinte.

—¿Una qué?

—Una elfa alada, Poe. Tenemos huesos huecos y…

Melody Lee carraspeó.

—¿Esto les pasa mucho?

—¿El qué?

—Que desaparezcan por esta madriguera de locos.

Poe se quedó pensando.

—Básicamente es todo lo que hacemos —contestó.

Bradshaw asintió dándole la razón.

—Pero tomo nota, ¿eh? —dijo Poe—. ¿Qué tienes para nosotros, Tilly?

—He reunido un informe de diez páginas sobre los mercados sexuales en Carlisle, Poe.

Les entregó una carpeta fina a cada uno. Poe leyó por encima el resumen de Bradshaw. De *Harry Potter* a prostitutas en tres ágiles movimientos: todo un giro.

—He encontrado un estudio independiente escrito en 2012. Lo comparé con la inteligencia local y luego hice una referencia cruzada al panorama nacional. Hay cuatro tipos de trabajadoras sexuales en Carlisle.

—¿Estamos seguros de que Bierman estaba con «una trabajadora» sexual? —dijo Poe.

—He hablado con el sargento Rigg mientras estabas fuera. Paulina dice que…

—¿Paulina?

—Paulina Tuchlin, la mujer que encontró el cuerpo. Es polaca.

—Vale.

—Paulina dice que en sus casas solo trabajan mujeres.

—De acuerdo.

—Bueno, pues de los cuatro tipos de trabajadoras sexuales, creo que podemos descartar aquellas que trabajan para agencias de *escorts* del noroeste.

—Estoy de acuerdo —dijo Poe—. Todas las agencias que hay por aquí son negocios bastante legales; no meterían a sus chicas en burdeles «temporales».

—La siguiente categoría son mujeres que viven en Cumbria y ofrecen servicios a los clientes en su casa y a domicilio. Creo que también las podemos descartar.

—*Sip*. A ese tipo de mujeres no les interesan las sanguijuelas que rondan sitios como Cranley Gardens.

—¿Cree que Bierman era una sanguijuela, Poe? —preguntó Melody Lee—. Eso no es lo que sugiere el perfil que tenemos de él.

—No, pero sí creo que Cranley Gardens es de esos burdeles que ofrecen servicios a lo peorcito del mercado. Y ese es otro detalle que no cuadra. ¿Cuáles son las dos otras categorías, Tilly?

—Las otras dos probablemente sean las que nos van a interesar, Poe. La primera son mujeres que trabajan en burdeles, y la segunda, trabajadoras sexuales por supervivencia.

—Esas suelen trabajar la calle, ¿no? Las que se prostituyen a cambio de lo que consideran recursos básicos para ellas.

—Sí, Poe. Normalmente, drogas o alcohol, pero a veces es una casa.

—Vale, pues nos quedamos con ese tipo. Si Nightingale dice que no saben quién lleva a las chicas, es posible que no lo sepa nadie. Puede que un grupo de chicas que lo hacen para sobrevivir haya montado una especie de cooperativa.

Sonó el teléfono. Bradshaw contestó.

—Matilda Bradshaw, Sección de Análisis de Delitos Graves, Agencia Nacional del Cri… ¡Ah, hola, sargento Rigg! ¿Quiere hablar con Poe? Hemos estado hablando de *Harry Potter* y de quidditch de mug… Vale, ahora se lo digo.

Colgó.

—El sargento Rigg ha terminado de tomar declaración a Paulina Tuchlin, Poe. Ya puedes verla.

14

Paulina Tuchlin era polaca, pero tenía permiso de residencia en el Reino Unido. Fue lo primero que dijo cuando entraron en la sala de interrogatorios, limpia y moderna.

—No somos de la…, quien sea que lleva esas cosas —dijo Poe—. Y no se ha metido en ningún problema. Sé que acaba de prestar declaración, pero tenemos algunas preguntas.

Se quedó mirándolos con recelo. Tenía una melena morena larga y densa, recogida con una cinta de pelo de color morado. Sus manos estaban llenas de callos y en carne viva, las manos de alguien que ha hecho trabajos manuales duros desde muy joven. Paulina notó que Poe las estaba mirando y las puso sobre su regazo, bajo la mesa. Le lanzó una mirada desafiante. Llevaba pantalones vaqueros amplios y un jersey de talla grande sin marca. Poe calculaba que tendría veintipocos años. Se preguntaba cómo alguien tan joven había acabado llevando el mantenimiento de un negocio de prostitución. Dudaba que fuera una historia bonita. Le pediría a Rigg que comprobara su situación en la Seguridad Social esa misma semana, para asegurarse de que estaba a salvo.

—¿Puedo llamarla Paulina, o prefiere señorita Tuchlin? —dijo Poe.

—Es «señora» Tuchlin. Soy casada. Pero llámeme Paulina.

—De acuerdo, Paulina, le ha dicho al otro policía que, cuando va a limpiar, la casa está vacía. ¿Está «siempre» vacía o casi siempre?

—A veces, las chicas duermen. Pero no hay hombres. Esta mañana no había chicas. Y la noche antes tampoco había chicas. Yo fui para recoger todas las cosas. Van a alquilar la casa pronto y el casero necesita que está limpia.

—Y el burdel, ¿iba…?

Ella le cortó a media frase:

—No es burdel, es salón de masajes.

Poe no quería perder el tiempo discutiendo sobre semántica.

—Vale, pues el salón de masajes iba a cerrar, ¿no? ¿Lo iban a poner en alquiler otra vez?

Paulina asintió.

—¿Y nadie había estado trabajando allí la noche anterior?

Ella se movió en el asiento, incómoda. Poe creía saber por qué.

—Están trabajando en un nuevo… salón de masajes, ¿no? —continuó él—. Este ha cerrado, pero ha abierto otro, ¿no es así?

Paulina volvió a asentir, a regañadientes.

—¿Cuándo abrió el nuevo?

—Hace dos días. Yo también limpio ese.

—O sea, que la casa estuvo vacía las dos noches antes de que encontrase el cadáver, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y nadie habría llevado a ningún cliente privado… para darle un masaje? ¿Aprovechando que la casa estaba vacía y llena de cuencos con… accesorios para masaje?

—No se permite —contestó ella, sacudiendo la cabeza con vehemencia.

Parecía convencida, lo cual era interesante. Si fuera un colectivo de trabajadoras sexuales con el mismo planteamiento y que lo hacían para sobrevivir, dudaba que fueran tan estrictas entre ellas. Mucho más probable que se tratara de un burdel organizado, y eso significaba que alguien volvía a llevar el negocio de las chicas en Carlisle.

Poe sabía que en algún momento tendría que salir a la calle a hablar con gente que vivía en la sombra. Si conseguía averiguar quién llevaba el negocio de las chicas, tal vez descubriría quién sabía que la casa estaba vacía.

Abrió su carpeta y sacó una foto de la repisa.

—¿Reconoce esto, Paulina?

Ella se quedó mirando la foto.

—Es la chimenea de dormitorio dos.

—Lo es. ¿Puede decirme si hay algo extraño en la foto?

Se acercó un poco. A Poe le dio la impresión de que, a pesar de su dudoso empleo, Paulina tenía la cabeza bien amueblada.

—No veo nada —dijo finalmente.

Poe colocó otras cuatro fotos delante de ella. Una de cada figura decorativa: la mujer, el hombre, el niño y el pájaro.

Paulina le miró desconcertada.

—Creemos que tal vez el asesino se llevó algo que había sobre la repisa. Y esperábamos que usted supiera qué.

Volvió a mirar las fotos.

—No —dijo—. Están todas.

—¿Segura?

—Claro. Son de un cuento muy famoso en Polonia, *La montaña de cristal*.

Poe frunció el ceño.

—No he oído hablar de él.

—¿Puedo tocar? —dijo ella, señalando las fotografías.

—Adelante.

Cogió la foto de la mujer.

—En *La montaña de cristal* hay un árbol con manzanas de oro. Quien coge una puede entrar en un castillo de oro donde vive una princesa preciosa. —Señaló la figura—. Ella es la princesa preciosa.

A continuación, cogió la foto del hombre.

—Muchos caballeros valientes intentan subir la montaña de cristal para entrar en el castillo. Este caballero lo intenta, pero un águila… —cogió la foto del pájaro— le ataca y muere.

Cogió la última foto, la del niño pequeño.

—Este niño mata a un león de la montaña. Le corta las zarpas y las ata en sus pies para poder subir bien la montaña. Cuando está en la mitad, el águila ataca otra vez, pero el chico es listo. No cae, agarra el águila cuando intenta marcharse volando. Cuando están arriba de la montaña, corta los pies del águila y cae en el manzano. Coge una manzana y se casa con la princesa preciosa.

Paulina dejó las fotos y le miró.

A Poe no le extrañaba que fuera tan macabro. En su opinión, no había nada más perturbador que un cuento infantil, desde *Hansel y Gretel*, con sus temas de abuso de menores y canibalismo, hasta la versión de los hermanos Grimm de *La Cenicienta*, donde el castigo de las hermanas feas por ser malas con la protagonista es que las palomas las dejen tuertas.

—*La montaña de cristal* —repitió ella—, estos son las cuatro personajes.

Poe no estaba convencido del todo. Aún no.

—¿Y no cabe la posibilidad de que hubiera cinco figuras en el juego? —dijo—. Tal vez hubiera otro caballero. ¿O la propia montaña, quizá?

Ella negó con la cabeza.

—No es posible.

—Parece estar muy segura.

—Estoy segura. Yo lo compré en una tienda polaca, un día cuando fui a Mánchester. Mi hijo ha nacido en el Reino Unido. Nunca ha ido a Polonia. Lo compré para que él aprende…, ¿cómo se dice, nuestras formas?

—¿Su cultura? —dijo Poe.

—Sí, nuestra cultura. Lo compré para que él puede aprender la cultura de Polonia. Quiero que escucha las mismas historias que yo escuché de pequeña.

—Entonces, ¿cómo acabaron en Cranley Gardens?

—Mi marido dice que el cuento de *La montaña de cristal* da miedo a nuestro hijo. Le da pesadilla. Yo las saqué de la casa y ponía bonito el dormitorio número dos. Esto son fotos de mis figuras.

Poe suspiró. Apenas llevaba unas horas trabajando en el caso y ya tenía la sensación de que estaba intentando resolver algo imposible. Tenían una víctima que había visitado un burdel que no debería conocer, unos zapatos con los cordones atados de forma incoherente, así

como una escena del crimen donde el asesino solo había intentado limpiar una repisa con un juego de figuras de un cuento para niños polaco.

Empezaba a dolerle la cabeza.

15

—¿Y ahora qué, Poe? —preguntó Melody Lee.

Estaban en la sala que Nightingale había requisado para ellos. Bradshaw tenía cuatro ordenadores encendidos, uno de ellos con un post-it pegado, diciendo que había salido a hacer un recado y volvería pronto. Poe no tenía ni idea de dónde estaba Hannah Finch. Probablemente, redoblando esfuerzos para que le quitaran del caso.

Bradshaw había salido a comprar una cafetera de filtro barata. Ella no tomaba cafeína, pero Poe vivía de ella en investigaciones activas. Poe sirvió una taza y otra para Melody Lee.

—¿Y la crema? —dijo ella.

—Esto es Inglaterra. Aquí los policías no echamos crema al café. Le echamos leche. —Pensó en la leche de almendras que Bradshaw echaba al muesli a veces—. Y si la leche viene de una vaca, mejor. Seguro que hay algo de leche UHT en alguna parte.

—¿Qué demonios es eso?

—Ni idea. Solo sé que viene en capsulitas y dura una eternidad.

—Son las siglas de *ultra-high-temperature*, temperatura ultraelevada, agente especial Lee —dijo Bradshaw al entrar en la sala—. Yo no la bebo porque soy vegana, y Poe tampoco, porque dice que sabe a pis.

Melody Lee hizo una mueca.

—Lo tomaré solo.

—Bien hecho —dijo Poe—. Y no sé usted, pero yo estoy reventado. ¿Qué le parece si lo dejemos después de esto y nos vemos mañana a primera hora?

—Váyanse a descansar si quieren. Yo sigo en horario de Washington, cinco horas por detrás: para esta menda, todavía es media tarde.

Llamaron a la puerta. Entró el sargento Rigg. Era alto y delgado. Antes tenía dientes de conejo, pero debía de haberse hecho algo en el último año, porque ya no se notaba tanto.

—Me alegro de verte, Andrew —dijo Poe, sirviéndole una taza de café.

—Y yo a ti, Poe.

—Enhorabuena por el ascenso. Muy merecido. Esta es la agente especial Melody Lee. Ha venido a observar y cerciorarse de que se

protegen los intereses americanos.

Rigg frunció el ceño.

—No preguntes —dijo Poe—. Y te lo digo totalmente en serio. Si lo haces, puede que acabes pasando diez años en la trena.

—O sea, ¿que es uno de esos casos?

—Sí. Esta mañana he estado en las oficinas que tienen aquí arriba. En la vida he conocido una panda de gilipollas tan arrogantes. En fin, acabamos de terminar con Paulina Tuchlin.

—No creo que esté involucrada.

—Nosotros tampoco. Aunque sí me aclaró una cosa. De hecho, lo ha dejado todo más confuso, pero al menos sabemos dónde estamos.

Puso a Rigg al corriente acerca de la repisa y el juego de decoración con los personajes del cuento polaco.

—¿Fuiste tú el primero de Homicidios en llegar a la escena del crimen? —dijo Poe cuando terminó.

—Sí. La comisaria Nightingale llegó a la hora y tomó el mando. Desde entonces he estado yendo casa por casa recopilando datos pasivos.

—¿Has encontrado algo?

—No. El burdel estaba en un sitio cuidadosamente elegido. Los circuitos de videovigilancia del centro de la ciudad no llegan tan lejos y tampoco hay ninguna tienda importante. Ni siquiera la cámara de algún cajero automático que comprobar. Yendo casa por casa he encontrado una cámara privada, pero la instaló un tipo para vigilar su moto, y no estaba orientada hacia la calle.

—Mierda —dijo Poe—. Supongo que los primeros en llegar fueron oficiales de patrulla, ¿no?

—Sí, un tal Nathan Wilkes. Lleva unos años con nosotros. Le he tomado declaración, si quieres leerla, pero no hizo ninguna chapuza. Entró, confirmó que la víctima estaba muerta y aseguró la escena. Luego se quedó en su puesto hasta que llegó todo el circo.

—Jo Nightingale ha dicho que Hannah Finch llegó bastante rápido.

—A la media hora de que se identificara al tipo por la cartera —confirmó Rigg—. Creo que ya estaba en Scarness Hall. Algo relacionado con esa conferencia que tienen dentro de unos días.

—¿Quién la llamó?

—No sé. Imagino que el nombre de la víctima estaría marcado, y en cuanto lo metieron en el sistema, saltó algo.

—¿Vio la escena del crimen? —dijo Poe.

—Sí. Dijo que tenía que cerciorarse de la identidad. Se puso un traje y botas y subió. No se quedó mucho.

—Bien —dijo Poe—. Si te toca las narices, avísame enseguida.

Rigg asintió.

—¿Alguna posibilidad de hablar con este tal Wilkes? —dijo Poe—. A veces, el primero que llega a la escena ve cosas que se pierden cuando llega la caballería. Olores, temperatura de la habitación, ese tipo de

cosas.

Poe no tuvo que entrar en detalle. Rigg era un buen policía y sabía la importancia de tener testimonios de primera mano; comprobó su reloj.

—Probablemente podáis hablar con él ahora. Creo que le vi en el vestuario hace un rato. Debe de seguir en el turno de noche.

El agente Nathan Wilkes aún no había empezado su turno, así que estaba en camiseta, vaqueros y zapatillas de deporte. Tenía veintitantos años y elaborados tatuajes tribales en ambos brazos. Rigg le presentó a Poe como agente de la Agencia Nacional del Crimen. Wilkes no pareció sorprendido, sino más bien con curiosidad.

Aunque estaban en una sala de interrogatorios, no se estaba grabando nada. Era una conversación informal.

Poe le pidió que recordara paso por paso lo ocurrido, desde el momento en que recibió la llamada por radio hasta cuando le relevaron. Así lo hizo Wilkes. Él estaba en la parte baja de Botchergate, la zona cultureta de Carlisle, cuando los de control lo mandaron a Cranley Gardens. Le abrió Paulina Tuchlin. Estaba histérica. Él la tranquilizó y comprobó el perímetro y el resto de la casa para asegurarse de que el asesino no seguía allí. Luego entró en el dormitorio y comprobó si Bierman tenía constantes. Con la mitad de la cabeza aplastada, no tardó en confirmar que estaba muerto y que, más que los servicios de emergencia, debía llamar a Homicidios. Salió del dormitorio, bajó al piso inferior y empezó a controlar el acceso a la escena del crimen. Rigg, que era el sargento de guardia, fue el primero en acudir. Jo Nightingale lo hizo poco después. Hannah Finch llegó a la media hora de que identificaran el cadáver. Le permitieron subir al dormitorio para confirmarlo.

—¿Notó algo inadecuado? —preguntó Poe.

—¿Como qué, sargento?

—No sé.

Evidentemente, Wilkes intuía por qué le habían llamado, pues llevaba su cuaderno de bolsillo encima. Poe sabía que habría anotado meticulosamente cualquier cosa que hubiese hecho. Aparte de protegerle, sería una prueba admisible ante un tribunal. Apuntes detallados sacados de cuadernos como aquel evitaban que muchos abogados de la defensa escurridizos sostuvieran que no se habían seguido los protocolos como era debido. Wilkes repasó sus notas.

—No. Creo que ya les he dicho todo.

—¿Puedo echarle un vistazo a su cuaderno? —preguntó Poe.

—Claro —contestó, entregándoselo.

Poe no sabía qué estaba buscando, y era evidente. Wilkes había hecho todo según las reglas. En cuanto confirmó que la víctima estaba muerta, se había asegurado de que todas las pruebas posibles se conservaran

intactas.

—¿Qué significa esto? —dijo Poe, señalando unas siglas que no reconocía: FTAE. La hora escrita al lado mostraba que lo había anotado nada más recibir la llamada de la sala. Pasó varias páginas atrás y vio que Wilkes también lo había apuntado en otras ocasiones que respondió a una llamada.

Wilkes se inclinó a mirar.

—Foto tomada antes de entrar —dijo.

—¿Hizo esta foto antes de comprobar si tenía constantes?

—Sí. Con mi móvil.

—¿Por qué?

—Siempre lo hago, sargento. Por si la víctima sigue viva y tengo que ponerme a saco para salvarla hasta que lleguen los sanitarios. Usted sabe tan bien como yo cómo destrozan las escenas del crimen. Así que saco una foto para al menos tener una antes de que lo hagan.

Poe asintió agradecido. Era una buena idea.

—¿La han incluido en el expediente?

—No hizo falta, sargento. La víctima estaba muerta y nadie accedió a la habitación hasta que la Científica lo había registrado todo profesionalmente.

—Quiere decir, aparte del sargento Rigg y de la comisaria Nightingale —dijo Poe.

—Y la tipa que llegó después. Hannah no sé qué.

—Se llama Hannah Finch. —Por alguna razón, Poe estaba gozando de lo lindo diciéndole su apellido a todo el mundo—. Pero, aparte de ellos tres, nadie más entró en la escena del crimen hasta que los de la Científica fotografiaron y grabaron todo en vídeo, ¿verdad?

Wilkes comprobó sus notas y asintió.

—Correcto, sargento.

—¿Sigue teniendo la foto?

Wilkes sacó su móvil. Era un iPhone, uno grande como el de Bradshaw. Abrió la galería de fotos y bajó hasta encontrar la que buscaba. Entonces le pasó el teléfono.

Estaba en alta definición y la había hecho desde la puerta, la misma en la que acababa de estar Poe. Wilkes había enfocado a la víctima, pero en la imagen aparecían casi dos tercios de la habitación.

—¿Qué ha pasado? —dijo Poe.

—¿Dónde?

—En la foto, se ha movido.

—Es una *live photo*, sargento —dijo Wilkes.

Poe se quedó mirándole confundido.

—Significa que la foto está envuelta en animación antes y después de que se tome.

—O sea, ¿que es un vídeo corto?

—No exactamente, sargento. La animación no empieza cuando yo

aprieto el botón, sino un segundo y medio antes. La foto es el punto medio de la animación, no el final.

—Entonces, hay otro segundo y medio que yo no he visto, ¿no? —dijo Poe.

—Sí, señor. Si lo mantengo apretado, le mostrará los tres segundos.

Wilkes tocó la foto y no levantó el dedo. El segundo y medio grabado antes de que apretara el obturador debió de registrarse mientras Wilkes estaba colocando la cámara, y mostraba brevemente la repisa.

Apenas era un momento, pero Poe vio la anomalía de inmediato.

Soltó el aire lentamente. Tenía un problema. Un serio problema.

—¿Me la puede mandar, por favor?

—¿Qué pasa, Poe? —preguntó Rigg.

—El vídeo muestra claramente que el juego sobre la repisa tenía cinco figuras.

—¿Y?

—Las fotografías de la Científica solo muestran «cuatro». Habíamos dado por hecho que el asesino limpió la repisa para ocultar que se había llevado algo, pero lo entendimos al revés: no se llevó algo, «lo dejó».

Rigg se quedó pensando en lo que acababa de decir.

—Mierda.

—Exacto —dijo Poe—. El asesino nos ha dejado algo, pero alguien de la investigación lo «ha robado».

16

—He dividido la *live photo* en fotogramas, Poe —dijo Bradshaw—, pero, como la cámara ya estaba en movimiento antes de que el agente Nathan Wilkes apretara el obturador, la resolución no es muy buena. Los primeros están un poco borrosos. He ampliado el mejor.

Poe acababa de volver de una reunión urgente con Jo Nightingale. Entre los dos habían hecho una lista de las personas que pudieron acceder a la quinta figura antes de que la Científica llegara a registrarlo todo.

Había tres personas, pero solo una importaba.

Poe ya le había dejado un mensaje de voz en el teléfono. Melody Lee y Bradshaw intentaron disuadirle. Rigg estaba indeciso.

—Es una idea horrible, Poe —dijo Melody Lee.

—No lo sabremos hasta que lo intentemos —contestó él.

Apartó su pensamiento de lo mucho que podían torcerse las cosas tratando de deducir qué podía ser la quinta figura.

—¿Es un conejo? —dijo Rigg.

—Parece más una ardilla, sargento Rigg —respondió Bradshaw—. Creo que un conejo tendría las orejas más grandes.

—Pero una ardilla tendría la cola más peluda —replicó Melody Lee—. Podría ser un ratón.

—Desde luego, es algún tipo de roedor —dijo Poe.

Fuera lo que fuera, estaba en medio de la repisa, flanqueado por las figuras del cuento de *La montaña de cristal* que le había explicado Paulina. Poe comparó la fotografía de Wilkes con las imágenes especializadas de la Científica. En la de Wilkes, daba la sensación de que habían movido hacia la izquierda las cuatro figuras de *La montaña de cristal* para hacer hueco en el centro. Quienquiera que se llevara la quinta figura había recolocado las otras cuatro para que no quedase un hueco evidente. Era probable que hubiera tenido que limpiar la repisa para esconder los huecos que había dejado en la sangre salpicada. De lo contrario, sería evidente que habían movido las figuras.

—¿Puedes hacerla más nítida, Tilly? —dijo Poe.

No llegaron a intentarlo, porque en ese preciso instante se abrió la puerta y entró la persona que se había llevado la quinta figura.

—¿Hace usted los honores, sargento Rigg?

—¿Seguro?

—Seguro.

—Muy bien. —Dio un paso adelante—. Hannah Finch, queda detenida bajo sospecha de alterar el curso de la justicia. Tiene derecho a permanecer en silencio, pero podría verse perjudicada si, en el momento de ser interrogada, no menciona algo en lo que pudiera apoyarse su defensa ante un tribunal. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra. ¿Lo ha entendido?

17

—¿Qué demonios cree que está haciendo, Poe? —dijo entre dientes Hannah Finch.

—Mi trabajo.

—¿Ah, sí? Pues si ese imbécil intenta ponerme las esposas, su carrera ha acabado.

—¿Qué carrera? —dijo él—. Ah, y si sigue resistiéndose, Hannah, tendremos que llamar a varios agentes y le echarán espray de pimienta en los ojos.

—¡Que le jodan, Poe! —dijo mientras Rigg le ponía las esposas.

Cuando se la estaba llevando de la sala, Poe dijo:

—Un segundo, Andrew.

Rigg se detuvo. Poe la apuntó con el teléfono móvil. Finch se revolvió, pero no es fácil cubrirse la cara cuando uno tiene las manos esposadas a la espalda.

—¡Ni se le ocurra!

Empezaba a echar espuma por la boca, histérica.

—Jamás desafíe a un idiota, Hannah —dijo Poe—. ¿Se sigue diciendo lo de «patata»?

El efecto de sonido de un obturador confirmó a Finch todo cuanto tenía que saber. Le acababan de sacar una foto esposada y no tenía ningún control sobre el futuro de aquella imagen.

Su bravuconería desapareció tan rápido que parecía que hubiera sufrido un ictus. En su lugar apareció el miedo. Si la foto se hacía pública, lo que habría acabado sería su carrera, no la de Poe. El mero hecho de que su director de departamento tuviera que hablar con el de Poe para que la dejaran en libertad marcaría su futuro profesional.

Al final se quedó seria, fulminándole con la mirada.

—Bueno, y ahora, ¿qué, Poe? —dijo Lee después de que Rigg se llevara a Finch a los calabozos.

Poe se encogió de hombros.

—Tampoco dicen «y ahora qué», ¿verdad?

—Será juzgada —contestó Poe—. Y, como hemos estado trabajando

hasta tarde, legalmente sería un poco arriesgado interrogarla ahora mismo. Tiene derecho a un descanso sin interrupciones.

—¿En serio?

Poe volvió a encogerse de hombros.

—No sé. Probablemente. Lo que sí sé es que yo me voy a casa.

Melody Lee le miró con astucia.

—Quiere que mañana se presente aquí el jefazo, ¿no? —dijo.

—Por supuesto. Necesitamos la prueba que se llevó Finch y para eso hace falta alguien que pueda presionarla como nosotros no podemos.

—¿Y si no entra en el juego?

—Pues le digo a Tilly que me enseñe cómo subir esa foto en Twitter.

—¡Ja! —saltó Bradshaw con una risa socarrona—. Poe en Twitter, me encantaría verlo: «He aquí una foto de mi cena: mirad, es una salchicha enorme. Y ahora una foto de mi desayuno: ¡qué sorpresa, otra salchicha enorme! Y aquí tenéis otra de la aburrida montaña que llevo seis horas mirando».

Poe la observó, anonadado.

—Tilly —dijo—, no va a pasar.

Aunque no mencionó que, en efecto, había desayunado una salchicha enorme.

—¿Y *hashtag* diciendo agente del MI5 manipula escena del crimen? —dijo Melody Lee—. Una estrategia con pelotas, Poe. ¿Cree que picarán?

—Supongo que pronto lo sabremos —contestó—. Mientras tanto, Tilly puede hacer un perfil de Christopher Bierman. Ahí hay algo que no nos están contando.

—Ya lo he empezado, Poe.

Él asintió agradecido.

—Mañana a primera hora pasaré a buscarla, agente Lee. Iremos a Scarness Hall para ver dónde se alojaba Christopher Bierman. Quizá también para hablar con algún compañero. Para tantear.

—Habrá mucha seguridad. No podrá entrar sin autorización, y dudo que la señorita Finch esté de humor para incluirle en la lista de invitados.

—Seguro que usted tiene contactos allí.

Suspiró.

—Veré qué puedo hacer.

—Fabuloso.

—¿Y si preguntan por qué no le autoriza Hannah Finch?

—Usted es muy ingeniosa. —Poe sonrió—. Seguro que se le ocurre algo.

18

Poe no durmió bien. Una mezcla de los cafés de la tarde con Melody Lee, la inquietante sospecha de que se había pasado de la raya al detener a una agente del MI5 y el calor húmedo le tuvieron dando vueltas, buscando ese punto fresquito y perfecto sobre la almohada. Si Edgar estuviera allí, le habría llevado a dar un paseo de medianoche por Shap Fell. El aire fresco le habría ayudado a despejar la cabeza. Pero Edgar seguía con su vecina, Victoria.

Cuando dieron las cinco y la cabaña empezó a calentarse, desistió de dormir y decidió prepararse un desayuno sin carbohidratos. Echó a la sartén una salchicha de Cumberland entera, tres huevos y morcilla de carnicero, y los frio.

—Toma *hashtag* —murmuró mientras servía la comida en un plato.

Salió a comerse el desayuno afuera, junto con varias tazas de café solo y denso.

Para cuando se terminó la tercera taza, el aire ya resplandecía. Miró su reloj. Aún no habían dado las seis, y ya hacía demasiado calor.

Herdwick Croft estaba a tres kilómetros de la carretera más cercana. Normalmente cogía su *quad* para ir hasta Shap Wells, el hotel donde tenía acordado aparcar su coche, pero esa mañana decidió ir caminando. Después de un kilómetro y medio, envió un mensaje a Rigg preguntándole si sabía cómo estaba Hannah Finch. El sargento contestó inmediatamente y confirmó que seguía bajo custodia y que no se había hecho ningún trámite para dejarla en libertad.

Poe recorrió la última mitad del camino en quince minutos. La hierba estaba pálida y atrofiada, el brezo quebradizo y sin color. La caca de oveja se veía tan seca que rodaba a la más ligera brisa y las boñigas de vaca tenían una costra blanca moteada y los bordes doblados hacia arriba. Llegó a Shap Wells resollando y con el bigote cubierto de sudor.

Se subió a su BMW, encendió el aire acondicionado y salió del aparcamiento del hotel.

Siguiente parada, Scarness Hall.

Una casa de campo tranquila en una aldea tranquila, y sede de una

cumbre internacional de comercio.

Melody Lee había reservado una habitación en el hotel Crown, en Wetheral. Poe había estado allí una vez, en el convite de boda de un compañero agente de Condicional. Llegó al aparcamiento a las siete y media. Lee le estaba esperando fuera. Se subió al asiento del copiloto y, antes de que pudiera ponerse en marcha, sonó un mensaje de texto.

—Tilly ya está en Durranhill —dijo—. Quiere saber a qué hora llegaremos.

—¿Y qué le va a decir?

—Depende de cómo nos vaya.

Scarness Hall estaba cerca de Hallbankgate, un pueblo a unos veinte kilómetros de Carlisle, lo suficientemente cerca como para tener el mismo código postal. Poe calculaba que tardarían un cuarto de hora en llegar, pero no había contado con el dispositivo de seguridad.

Tilly había descargado e imprimido una copia del folleto enviado a todos los residentes de los alrededores del lugar donde se celebraría la cumbre. Empezaba diciendo: «Los ojos del mundo pronto se volcarán sobre Cumbria, y durante esos días, seremos el centro de atención de los medios de comunicación mundiales», y a partir de ahí se ponía bastante hiperbólico.

Los líderes mundiales aún tardarían dos semanas en llegar, pero el panfleto advertía de que habría cambios varias semanas antes para poner en marcha protocolos de seguridad.

A medida que se acercaba la cumbre, se informó a los residentes de que sería difícil aparcar y de que se irían cerrando vías hasta que solo quedara una carretera para entrar y salir. Se aconsejaba utilizar el transporte público, compartir coche o caminar siempre que fuera posible para evitar retrasos inevitables. El Ministerio de Asuntos Exteriores y la Commonwealth ya habían emitido permisos a todo el que vivía en los alrededores para acelerar las cosas, pero Poe tenía la sensación de que solo era para hacerles sentir mejor: en los días previos a la cumbre, molestarían a los residentes, y una bonita autorización del ministerio no cambiaría nada.

Las casas a las afueras de Hallbankgate eran independientes y tenían grandes parcelas, pero, según se iban acercando al centro del pueblo, empezaban a apiñarse. Aparte de la escuela y varias tiendas, había pocas cosas. Era un lugar bonito y tranquilo, ideal para tener una familia.

Encontraron la primera señal de que se acercaban a la zona de la cumbre al pasar junto a un grupo de manifestantes. Eran seis. Estaban bebiendo de tazas de poliestireno mientras los observaba un policía aburrido. Uno de ellos levantó un cartel hecho a mano al verlos pasar.

Varios cientos de metros más adelante había dos policías que le hicieron señales de parar. Poe no sabía si aquello formaba parte del

dispositivo de seguridad original o si se había reforzado después del asesinato de Bierman. El policía sin arma era rubicundo y rechoncho. Se acercó al lado del conductor y Poe bajó su ventanilla.

El agente armado se movió para que su compañero no estuviera en su línea de fuego. Blandía el arma de manera informal, pero con firmeza.

—Puede que este no sea el momento de ponerse chulo, Poe —dijo Melody Lee.

Poe apagó el motor.

—¿Tiene permiso de residente o algún motivo legítimo para estar en esta zona, caballero? —El aliento le olía a beicon.

Poe le mostró su placa.

—Estoy investigando el homicidio de Christopher Bierman. Esta es la agente especial Melody Lee, del FBI. Viene en calidad de enlace.

—¿Puedo coger mi cartera? —dijo ella.

El policía frunció el ceño.

—Claro que puede.

Con cuidado, sacó su identificación y se la dio a Poe, que la pasó a través de la ventanilla.

—Deberíamos estar autorizados para entrar, agente —dijo ella.

—Lo comprobaré, señora.

—¿Hay controles como este en todas las carreteras que llevan a Scarness Hall? —preguntó Poe.

—Son las últimas dos semanas, señor. Se ha reforzado la seguridad.

El policía fue hacia la parte delantera del coche, anotó la matrícula y la comunicó por radio.

Al cabo de menos de un minuto retomaron la marcha.

Poco después, Scarness Hall apareció ante ellos.

19

Aparte del folleto informativo para los vecinos, Bradshaw había enviado a Poe un informe sobre la cumbre y acerca de Scarness Hall. Nunca había estado allí, pero sí había oído hablar de él. La cafetería tenía buena fama, especialmente para merendar.

El edificio principal era una elegante mansión de dos plantas cubierta de hiedra, como salida de un cuento. Hacía mucho que el sol había deslavado el color de la piedra arenisca, pero, a diferencia de Shap Fell, la hiedra seguía verde y brillante.

Cabañas, casas de invitados, un batiburrillo de establos reconvertidos, edificios anexos y dormitorios para empleados convivían con los terrenos inmensos e impecablemente cuidados de la mansión. Un lánguido riachuelo corría por delante de la casa, desembocando en un gran estanque de patos. La hierba estaba recién cortada y conservaba su tono verde. Poe pensó que, probablemente, la cumbre los había eximido de la prohibición de regar impuesta en todo el condado.

Se detuvo ante el puesto de control al comienzo de la entrada para coches. A diferencia del que acababan de pasar, aquel era fijo, no móvil. Tenía una garita construida al efecto, una barrera automática pesada y parecía llevar unas cuantas semanas allí.

Aparcó donde les indicaron, y les pidieron que dejaran el coche y siguieran a un hombre trajeado hasta la garita. Allí comprobaron sus identificaciones y metieron sus nombres en una base de datos.

—Mire a la cámara, por favor —dijo el hombre, señalando un pequeño artefacto colgado sobre la pantalla de un portátil.

Poe siguió sus instrucciones. Melody Lee hizo lo propio. Dos tarjetas de cartón con su nombre salieron de una impresora del tamaño de una tostada de pan. El hombre las metió en unas fundas de plástico y le puso un cordel a cada una.

—Por favor, llévenla en todo momento —dijo—. Así evitarán que les disparen. Ahora, si siguen la entrada para coches hasta la casa, alguien saldrá a su encuentro y les indicará dónde aparcar.

Poe esperaba que hubiera otro perímetro de seguridad entre el puesto de control y la casa, pero vio que tampoco hacía falta. La entrada para coches estaba flanqueada por laderas muy inclinadas que funcionaban

como obstáculos naturales. Sería difícil superar los quince kilómetros por hora, hasta para el terrorista más audaz.

Según avanzaban por el camino arbolado, vio agentes armados patrullando el terreno. Daba por hecho que habría más de los que veía. También tendrían puestos de vigilancia ocultos alrededor del perímetro del edificio. No daba la impresión de que hubiera mucha seguridad, pero sabía que no era más que un espejismo: sentía muchos ojos sobre él. Y no era una sensación agradable.

Al acercarse a la casa, el camino giró hacia la derecha y algo a su izquierda le llamó la atención. Era el helipuerto. No consistía en una plataforma de cemento con una H enorme pintada, sino solo un campo protegido por un muro de ladrillo de tres metros en tres de sus lados. Habían dejado crecer la hierba para que los helicópteros no levantaran polvo al despegar y aterrizar. El cuarto lado estaba abierto. Unos anchos escalones de piedra conducían hacia una casa de invitados grande y un sendero paralelo a la entrada para coches por el que caminaba un cocinero vestido con chaqueta blanca con una caja de verduras de colores vivos.

Había tres helicópteros aparcados en formación de triángulo. Eran del mismo fabricante y modelo, y tenían el mismo distintivo rojo, blanco y azul en la parte de la cola. Poe asumió que todos serían de Bierman y su socio. No sabía gran cosa sobre helicópteros civiles, pero aquellos eran solo un poco más pequeños que los Linces que pilotó alguna vez durante su época en la Guardia Negra, y esos tenían capacidad para diez soldados totalmente equipados. Poe pensaba que en estos cabrían perfectamente seis. Los rotores de uno de ellos giraban lentamente mientras se enfriaba el motor.

Alguien acababa de llegar, pensó.

Según se acercaban al edificio principal, un hombre vestido con chaqueta azul marino y pantalones marrones salió a recibirlos. Tenía la frente como una nuez y parecía del tipo que alardea de ser un conductor experto. Les hizo una señal para que aparcaran en uno de los espacios vacíos. Estaba junto a un patio pequeño dispuesto con bonitos muebles metálicos de jardín. Una terraza natural. Al fondo tenía un alto muro con higueras cortadas en forma de abanico, y mariposas revoloteando de flor en flor. Poe podía oír un zumbido de abejas, pero no veía ninguna. ¿Fabricarían su propia miel? Era el típico sitio donde lo hacían. También había tocones de árboles cortados con complejas formas de animales grabadas en el tronco. Vio un búho, y lo que parecía una ardilla, pero podía ser perfectamente un armiño.

Bajó del coche, se estiró y saludó con la cabeza a un grupo de personas que tomaba el té. Ellos asintieron, pero no dijeron nada. Se preguntaba quiénes serían.

—Me llamo Talbot —dijo el hombre de la chaqueta—. Soy el coordinador de la cumbre. Trabajo para el Ministerio de Asuntos

Exteriores y la Commonwealth, y las próximas dos semanas supervisaré todas las operaciones en el hotel.

Poe y Melody Lee se presentaron. Talbot hizo un gesto para abandonar la zona del patio, confirmando con ello que la gente que tomaba el té era más importante que él.

—¿Me permiten? —dijo, señalando sus acreditaciones con un aparatejo electrónico.

Poe asintió y Talbot escaneó el código de barras. La máquina emitió un bip y Talbot leyó la pantalla. Repitió el procedimiento con Melody Lee.

—Fantástico —dijo—. Ahora ya están en una burbuja de seguridad. Han sido autorizados para hablar con cualquier empleado y personal auxiliar contratado para la cumbre. No intenten entrar donde no deben, porque alguien los detendrá.

—Me gustaría ver dónde se alojaba el señor Bierman —dijo Poe.

—Estaba en la Vieja Lavandería.

Por unos instantes, se quedaron callados mientras el ruido familiar del helicóptero despegando anulaba cualquier otro sonido. Poe observó cómo aparecía sobre el tejado de Scarness Hall, luego hundía el morro y se alejaba cobrando velocidad. El helicóptero que había visto con los rotores girando lentamente no se estaba alzando, sino calentando motores.

—También me gustaría hablar con el señor McDaid, el socio de Bierman, por favor —dijo Poe.

Sabía que Nightingale había enviado agentes a interrogarle antes de parar la investigación, y también que los norteamericanos no habían sido capaces de decirle nada útil. Por lo que él sabía, Bierman nunca había contratado prostitutas. Estaba felizmente casado y tenía dos hijos muy monos. McDaid tampoco tenía ni idea de por qué habían encontrado muerto a su socio de hacía quince años en un burdel clandestino de Carlisle.

Nadie tenía ni idea.

Christopher Bierman había salido de Scarness Hall por el puesto de control designado. No le dijo a nadie adónde se dirigía e iba a pie. No usó el transporte público, tampoco llamó a un taxi y ninguno de los vecinos del pueblo le vio pasar. Nadie volvió a verle hasta que Paulina encontró su cuerpo destrozado a la mañana siguiente.

Poe había pedido a Nightingale que indagaran más sobre los movimientos de Bierman, pero no esperaba que descubrieran gran cosa. Entre Scarness Hall y Cranley Gardens casi no había cámaras de videovigilancia. En realidad, apenas había nada.

—Me temo que no va a ser posible —contestó Talbot—. El señor McDaid acaba de marcharse. Está volando a Newcastle para recoger a la esposa e hijos del señor Bierman. Luego tiene una entrevista con un piloto de sustitución.

—¿Ya?

—La cumbre es dentro de dos semanas, y Bierman & McDaid han sido contratados para ofrecer transporte ejecutivo. Es demasiado tarde para evaluar y autorizar a otra compañía. Si se retira ahora, tendrá que enfrentarse a duras sanciones.

—¿Dónde se alojan la mujer y los hijos de Bierman?

—No lo sé, pero no será dentro del perímetro. No han sido autorizados.

Poe sospechaba que a Talbot le importaba una mierda dónde se hospedaran. Sospechaba que le importaba una mierda todo lo que pasara fuera del perímetro, ni siquiera a la pobre viuda y a los huérfanos de Bierman.

—¿Tiene acceso a la lista de personas autorizadas, señor Talbot? —preguntó.

—Sí, lo tengo.

—Necesito que se los envíe a mi compañera.

Poe garabateó el correo electrónico seguro de Bradshaw, arrancó la página del cuaderno y se la dio a Talbot. Este se la metió en el bolsillo superior de la chaqueta.

—Lo haré hoy mismo. Ahora, si eso es todo, llamaré a alguien para que los lleve a la Vieja Lavandería.

—Gracias.

—Les voy a dejar con Lewis. Lleva tiempo aquí y se lleva bien con todo el mundo. Le dan más propinas que a nadie y dudo que haya birlado un solo penique.

Se volvió y agitó el brazo. Un hombre de unos cuarenta años se acercó rápidamente. Tenía los hombros de un transportista de pianos y la cara de un jugador de rugby. La ola de calor había golpeado a todo el mundo (salvo a Bradshaw, que usaba tanta crema solar que para eso podía haberse puesto un neopreno y unas gafas de buceo), y la mayoría tenía la piel enrojecida, seca y pelada. Pero Lewis no. Él estaba moreno como una nuez. Era evidente que estaba acostumbrado a trabajar al aire libre. Tenía unos ojos azules amables que relucían al sonreír.

—Este es Lewis Barnes —dijo Talbot—. Es mozo en Scarness Hall. También les puede enseñar el resto del recinto y presentarles a cualquier empleado con el que deseen hablar.

—Me han dicho que usted lo sabe todo, Lewis… —dijo Poe.

Los mozos, conductores y lavaplatos eran fuentes valiosas de información en sitios como aquel. Su aparente estatus humilde hacía que la gente hablara delante de ellos como si no estuviesen allí.

—¡Ha dado con el hombre adecuado! —dijo Barnes, con una enorme sonrisa que mostraba todos sus dientes. Observó el coche de Poe—. ¡Bonito coche! Un BMW X1. Cargador turbo, motor de dos litros diésel, xDrive. Ocho velocidades, automático. Tiene más distancia entre los ejes que los modelos de la primera generación.

—¿Ah, sí? —Los coches no eran más que una herramienta para Poe: cuando funcionaban, no les prestaba atención, y en cuanto dejaban de hacerlo, se deshacía de ellos.

—Sí, señor.

—Lewis sabe mucho de coches —dijo Talbot—. ¿Verdad que sí, Lewis?

Barnes asintió con entusiasmo.

—Si le parece bien al señor Talbot, puede darse una vuelta con él luego.

—¿En serio? —dijo emocionado—. Y me quedo por la finca…

—Lewis tiene una discapacidad —dijo Talbot—. No le está permitido conducir por carretera.

Barnes frunció el ceño concentrado mientras sus labios trataban de formar las palabras.

—Tengo necesidades educativas especiales, señor.

Poe se quedó callado, pero no mucho tiempo.

—A mí no me lo parece.

Barnes sonrió, feliz.

—¿Me podría llevar a donde se alojaba Christopher Bierman, Lewis?

—Por aquí, señor.

Entonces sonó el teléfono de Poe.

20

Poe se apartó de Talbot, Lewis Barnes y Melody Lee para contestar el móvil. Creía saber quién llamaba desde aquel número sin identificar.

—Ah, Poe —dijo Alastor Locke.

—Señor Locke, ¿qué puedo hacer por usted?

—Para empezar, puede decirme dónde está mi agente.

Poe no dijo nada.

—Poe…

—Sabe perfectamente dónde está, señor Locke.

—Sí, lo sé. Pero no entiendo por qué se ha empeñado usted en detener a una integrante de los Servicios de Seguridad. Sigue siendo una incógnita incluso para mí.

Poe lo dudaba. Alastor Locke actuaba como un gran policía: jamás haría una pregunta sin conocer la respuesta.

—Le veo en Durranhill a las cuatro en punto —dijo Poe—. Como llegue un minuto tarde, la acuso de obstruir el curso de la justicia.

La Vieja Lavandería quedaba a unos cincuenta metros del edificio principal. Según Barnes, la habían reformado hacía poco. No estaba seguro de cuándo, pero fue cuando él ya trabajaba allí.

—¿Y cuánto tiempo lleva aquí, Lewis? —dijo Melody Lee.

Poe frunció el ceño. Ella no debería hacer preguntas, aunque fueran intrascendentes. Lee le caía bien, pero si le permitía hacer preguntas sin importancia abriría la puerta a otras más trascendentes. Y no estaba siendo proteccionista: un abogado de la defensa zalamero se aprovecharía de que un testigo británico hubiera sido interrogado sin autorización por agentes extranjeros.

—Tres años, creo —contestó Barnes—. Cookie me hace una tarta cuando es mi cumple. La primera vez era de chocolate, la segunda vez era de chocolate y caramelo, pero el año pasado fue una tarta de frutas. Lo recuerdo porque llevaba pasas, y a mí no me gustan las pasas.

—Sí, las pasas son asquerosas —dijo Poe—. Tres tartas. O sea que ¿tres años? —Era una buena forma de recordar el paso del tiempo.

—Sí, señor. Llevo aquí tres tartas.

—¿Y también vive aquí, Lewis?

—No. Antes sí, pero entonces Cookie entró a trabajar. Él trabaja a tiempo completo, y yo, a tiempo parcial. Ahora vivo en el pueblo.

—Qué lástima —dijo Poe.

—Cookie es un chef con mucha experiencia. Tenemos suerte de que esté con nosotros.

Fue como si esas palabras no las pronunciara Barnes, sino otra persona. Poe habría indagado un poco más al respecto, pero acababan de llegar a la Vieja Lavandería.

Por fuera, tenía el mismo encanto rústico que el resto de la finca; por dentro era como un *showroom* de Barker & Stonehouse. Lewis Barnes había dicho que era independiente y que solía alquilarse como apartamento para invitados de bodas y otros eventos importantes. Como todos los edificios auxiliares de Scarness Hall, ahora servía para alojar al personal de la cumbre.

La habitación de Bierman era mediana, con una cama doble mal hecha en el medio. Su maleta estaba en una silla con estructura de madera. Poe la abrió y miró entre la ropa sucia. Bajo la ropa interior y varias camisas arrugadas, había diversos y lustrosos folletos corporativos. Ojeó uno, pero era la versión en papel del PDF que Tilly se había bajado de la página web de Bierman & McDaid.

Abrió el armario. Dentro había colgados varios trajes de vuelo de color verde oliva con el logo de Bierman & McDaid sobre el pecho derecho y cinco chaquetas oscuras. Vestuario de día y de noche, presumiblemente. Aparte de las prendas con las que le encontraron muerto, no parecía haberse traído ninguna ropa de calle. En el armarito de la mesilla había un iPad.

—Aquí no ha entrado nadie, ¿verdad? —dijo Poe.

—Solo a echar un vistazo —contestó Melody Lee.

—Entonces, ¿la investigación se detuvo antes de que la policía de Cumbria pudiera llevarse sus pertenencias?

—Eso es lo que tengo entendido.

Poe volvió a salir.

—Lewis —dijo, lanzándole las llaves de su coche—, en el maletero tengo unas bolsas marrones de papel para las pruebas. ¿Podría traerme media docena?

—¡Ha dado con el hombre adecuado!

Volvió a la habitación y le dijo a Melody Lee:

—¿Puede revisar rápidamente este iPad? A ver si encontramos algo que tengamos que saber. Le diré a Tilly que también lo analice ella.

—Claro.

Poe le lanzó unos guantes de látex.

—Póngase dos pares, por favor.

Una hora después, las pertenencias de Christopher Bierman estaban metidas en seis bolsas de pruebas dentro del maletero del coche de Poe. Las había examinado personalmente, pero no había encontrado nada que despertara su interés. Ahora pediría a la Científica que lo analizara todo, pero dudaba que tuvieran mucha más suerte que él: la respuesta a qué hacía Bierman en un burdel de Carlisle no se encontraría en su habitación.

Melody Lee apagó el iPad.

—¿Alguna cosa? —dijo Poe.

—Si la hay, está bien escondida. Lo único que ha hecho últimamente es enviar correos a su mujer y meterse en un par de páginas de antigüedades.

—¿Antigüedades?

—Supongo que ustedes tienen más cosas de esas aquí.

—Hasta nuestras estanterías de Ikea tienen más tiempo que sus antigüedades —contestó Poe—. Venga, vamos a terminar con esto y volvamos a Durranhill.

—¿Adónde le gustaría ir ahora, señor? —preguntó Lewis Barnes cuando salieron de la habitación.

—¿Quién está al mando de todo esto, Lewis?

—El señor Talbot.

—Creía que el señor Talbot formaba parte del personal de la cumbre.

—Sí, señor.

—Entonces…, ¿quién está al mando normalmente?

—Ah…, el director del hotel, el señor Anderson.

—¿Y está aquí?

—Estaba hablando con Cookie, ¿voy a buscarle?

—No hace falta, Lewis. Ya vamos nosotros; de todos modos, quiero dar una vuelta por el edificio principal.

Para desgracia de Talbot, Barnes condujo a Poe y a Melody Lee hasta un salón espacioso a través de la enorme puerta de entrada, rodeada de hiedra. Era tan majestuoso como Poe esperaba, rollo *Downton Abbey*. Techos altos y cortinas de terciopelo. Sofás y *chaise longues* por todas partes. Bustos de figuras históricas y lámparas recargadas sobre mesas auxiliares. Un lugar para tomar el té y escuchar música clásica. Poe comprobó si tenía barro en los zapatos.

Barnes les pidió que esperaran en la zona de recepción y desapareció en las entrañas del edificio a buscar al señor Anderson.

—Bonito sitio —dijo Melody Lee—. Antiguo. Con clase.

—Hay un montón de casas como esta en Cumbria. Museos vivientes, la mayoría. En realidad, esta es pequeña comparada con algunas.

—En Estados Unidos no tenemos nada de esto.

—Soy el señor Anderson. ¿En qué puedo ayudarlos? —dijo una voz quebradiza.

Un hombre menudo se acercó a ellos, acompañado por el ruido de sus

zapatos sobre la moqueta. Tenía un gesto seco, amargado y oficioso, propio de un hombre desempeñando su segunda o tercera profesión, de la que probablemente no estaba demasiado orgulloso. Sudaba tanto que su piel parecía pan mojado.

Poe le mostró su placa. Anderson palideció. Cuando Melody Lee le enseñó la del FBI, casi se desmaya.

—¿No tienes cosas que hacer, Lewis? —preguntó.

—Sí, señor Anderson.

Barnes sonrió a Poe y Melody Lee, y volvió afuera.

—Un tipo simpático —dijo Poe.

—Lo es —contestó Anderson—. No es uno de nuestros grandes pensadores, pero siempre tiene una sonrisa para los huéspedes y trabaja más que nadie.

—¿Qué es lo que hace?

—Básicamente ayuda a todo el que lo necesite. Puede cargar cosas pesadas y no le importa hacer labores repetitivas. Le encanta trabajar en el jardín, como habrán visto por su moreno. Y hace mucho de *caddy* para los huéspedes.

—¿Juega al golf? —dijo Poe, sorprendido; habría jurado que Lewis era jugador de rugby, no de golf.

—No, no juega.

Cada vez le caía mejor el tal Barnes. El golf era un deporte absurdo. En su opinión, cualquier deporte que exigiera que un hombre de mediana edad llevara bermudas hechas a medida y calcetines hasta las rodillas merecía desaparecer.

—Creía que los *caddies* ayudaban a los jugadores a leer los *greens*, elegir palos y ese tipo de cosas…

Anderson se encogió de hombros.

—Lo único que sé es que le encanta conducir y que los *buggies* son uno de los pocos vehículos que puede llevar.

—Si un huésped quisiera compañía femenina, ¿quién sería la persona más indicada para gestionarlo? —dijo Poe, cambiando de táctica repentinamente.

—Pues no sabría decírselo.

—¿Quién podría saberlo?

—No sé lo que habrá oído, pero Scarness Hall no es de ese tipo de establecimientos.

—¿Quiere decir que los huéspedes tienen que irse a Carlisle para pagar por sexo?

—Lo que hagan los huéspedes es cosa suya, caballero. Pero puedo asegurarle que ninguno de mis empleados les facilita ese tipo de servicios.

—¿Y chicas de otra zona que trabajen a domicilio? Gente que se aloja aquí y sube a su habitación con una mujer a la que acaba de conocer…

Esta vez, Anderson no estuvo tan rápido contestando la indirecta.

—Alguna vez —respondió cautelosamente—, algún cliente recibe la visita de una «sobrina». Pero es algo muy excepcional y no volvemos a aceptar reservas de esos clientes. Somos un negocio familiar y no queremos esa clase de personas alojadas en Scarness Hall.

—¿Cabe alguna posibilidad de que sus empleados lo gestionen sin su conocimiento?

—Desde luego que no.

—Parece estar bastante seguro.

—Lo estoy. Somos un equipo pequeño; si alguno de ellos estuviera haciendo algo así, lo sabría.

—¿Hay algún empleado nuevo?

Anderson sacudió la cabeza.

—Nos prohibieron contratar a nadie después de publicarse la lista provisional de huéspedes. Y si es absolutamente necesario, tienen que superar un riguroso proceso de evaluación. Afortunadamente, tenemos un grupo muy leal y hay muy pocos cambios en el personal.

—¿Todos los que trabajan aquí ahora mismo estaban ya cuando se publicó la lista?

—Sí.

—¿Y nadie se ha dejado barba y bigote últimamente? —dijo Melody Lee—. ¿O se los ha afeitado?

Anderson parecía confundido.

—Mi compañera quiere decir… si alguien podría estar haciéndose pasar por un empleado —dijo Poe, fulminándola con la mirada.

—Aparte del personal extra que ha traído consigo el señor Talbot, el coordinador de la cumbre, aquí no ha entrado nadie nuevo desde hace casi dos años. Los conozco a todos como a mi propia familia y puedo asegurarles que nadie está haciéndose pasar por otra persona.

Eso descartaba que alguien hubiera buscado empleo allí para un ajuste de cuentas. Otra posible línea de investigación excluida.

—¿Se ha enterado de lo que le pasó al señor Bierman?

—Sí. Es terrible.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo ser?

—Ya me lo preguntó un tal sargento Rigg. Yo apenas hablaba con el señor Bierman. La mayoría de los días cogía el helicóptero para ir a buscar huéspedes a Newcastle o Mánchester. Creo que el señor McDaid y él solo utilizaban la habitación de la Vieja Lavandería para dormir.

—Y cuando no estaban volando o durmiendo, ¿dónde estaban?

—Aquí —contestó Anderson, señalando el salón—. Como estaban de guardia, no podían beber ni irse muy lejos. A veces comían en el restaurante; el personal auxiliar puede hacerlo antes de que empiece la cumbre. Pero casi siempre comían en el salón.

—¿Discutieron él o el señor McDaid con alguien?

—En estas empresas de transporte ejecutivo siempre hay tensiones. Tratan con clientes que no están acostumbrados a esperar, que siempre

quieren lo mejor; si creen que otra persona está recibiendo un servicio mejor que ellos, pueden… incomodarse.

—O sea, que los millonarios tienen celos de los multimillonarios, y los multimillonarios pasan de hablar con los millonarios…

—Algo así, sí.

—¿Y vio usted alguna de esas trifulcas?

—No, pero, claro, yo no estoy aquí constantemente.

—Quiero una lista de los empleados y otra de todos los clientes que estaban aquí al mismo tiempo que el señor Bierman.

Le entregó una tarjeta a Anderson.

—Yo me encargo.

—Menuda pérdida de tiempo —dijo Melody Lee mientras salían del edificio.

Se puso las gafas de sol y se las quitó de inmediato mirando hacia arriba.

Mientras estaban dentro, el cielo se había nublado y oscurecido. El calor ya no era seco y asfixiante, sino húmedo. Si su difunto vecino, Thomas, el padre de Victoria Hume, siguiera vivo, habría dicho algo como: «Se viene una tormenta», y sus amigos agricultores habrían asentido diciendo: «Cierto».

Melody Lee plegó sus gafas de sol y las metió en el bolsillo superior de su chaqueta. Frunciendo el ceño, dijo:

—¿Qué demonios hace ese?

Lewis Barnes estaba a cuatro patas limpiando las llantas del coche de Poe.

—¿Qué hay, Lewis? —dijo Poe.

—Acabo de limpiar el parabrisas, señor. Tenía un montón de bichos muertos y todos se habían secado, así que el limpiaparabrisas no se los iba a limpiar. También le he hecho las ruedas.

—¿El señor Talbot le ha dicho que lo haga?

—No, señor. Lo hago con todos los coches. Si yo tuviera coche, no me gustaría tener bichos en el parabrisas, y usted es una persona importante, así que seguro que no tiene tiempo de limpiarlos.

—Es muy amable, Lewis. —Poe cogió su cartera y sacó un billete de veinte libras—. Por las molestias.

—¡Gracias, señor!

—Y aquí tiene mi tarjeta. Viene mi número de teléfono. Si se le ocurre cualquier cosa que pueda interesarnos, o ve algo que no le parece bien, quiero que me llame. Da igual la hora que sea. Llámeme.

—¡Lo haré, señor! ¡Y gracias, señor!

Mientras empezaban a salir de Scarness Hall y se disponían a atravesar de nuevo el dispositivo de seguridad, Melody Lee dijo:

—Le acaba de dar veinticinco pavos.

Poe gruñó.

—Si quiere saber lo que realmente está pasando en un sitio como este, no hay que hablar con gente como Talbot o Anderson, que van dando vueltas como si les hubieran pegado el culo con Super Glue; hay que hablar con gente como Lewis. Ellos lo ven todo, lo oyen todo. Esas veinte libras han sido una inversión.

—Y también quiere que le vuelva a limpiar el coche.

Poe sonrió.

—¿Ha intentado quitar cadáveres de bichos del parabrisas? —dijo finalmente—. Se ponen más duros que los mocos en verano.

21

Salir fue casi tan difícil como entrar, pero no tardaron en poner rumbo al pueblo de Hallbankgate.

—Bueno, todavía no sabemos si fue a pie, si se subió a un coche o llamó a un taxi —dijo Melody Lee—. No sé si hemos sacado gran cosa en ese sitio, Poe.

—Aún no sabemos lo que hemos conseguido. Por ahora, lo único que estamos haciendo es recopilar información.

—Cierto.

—Pero no creemos que llamara a un taxi, y el paseo es demasiado largo. Creo que hizo autostop o le vinieron a buscar.

—¿Sin decirle a nadie adónde iba?

—Sí.

—¿Ni siquiera a McDaid?

—Hablaremos con él cuando vuelva, pero eso parece. Da la sensación de que McDaid está igual de confundido que todo el mundo.

Poe cogió la A689 y entró en Hallbankgate. Redujo a treinta y cinco; era mediodía y los niños estaban jugando en la calle.

—Esa poli de Cumbria, Jo no-sé-qué, con la que estaba hablando ayer. ¿Ha preguntado en estas casas? —preguntó Melody Lee.

—Sí. En estas y las de todas las rutas que pudo coger. Nadie vio a Bierman después de dejar Scarness Hall.

En cuanto vio el pueblo desaparecer por el retrovisor, Poe aceleró lentamente hasta ponerse a noventa.

—Y a estos bohemios, ¿les preguntó?

Señaló al grupo de manifestantes que habían visto a la ida. Ahora eran casi una docena. Los vigilaba una agente de aspecto sudoroso; probablemente estaba de prácticas. A medida que se acercaba la cumbre, evitar que esa gente se convirtiera en una molestia cobraría importancia, pero, por el momento, los únicos que pasaban por aquella carretera eran empleados y vecinos, exactamente el tipo de trabajo al que podría enfrentarse una agente nueva sin demasiada supervisión.

—Vamos a comprobarlo —dijo Poe, aparcando en el arcén, al otro lado de la calzada.

La agente se tensó al verlos acercarse, pero se relajó en cuanto vio sus

placas.

—Solo queremos hablar un segundo con ellos —dijo Poe.

—Adelante —contestó—. ¿Le importa si voy a fumarme un cigarro un segundito? Me estoy hartando de estos gilipollas. Cada vez que me enciendo un piti, empiezan a grabarme.

Poe miró su reloj.

—¿Quince minutos?

—Perfecto.

Mientras ella desaparecía detrás de unos árboles para ponerse a la sombra, Poe se volvió hacia los manifestantes. Aquello tenía algo profundamente británico. A pesar de la importancia que se daban y de toda la energía que desperdiciaban discutiendo quién tenía una causa más importante, podían ser sorprendentemente eficaces. Un cínico como él podría pensar que solo lo conseguían porque los poderosos acababan hartándose de su empecinamiento, pero, fuera por la razón que fuera, una caribeña con una abeja en el sombrero y una pancarta contra la nueva autopista tenía más posibilidades de detener su construcción que un montón de raros encadenándose a los árboles.

Poe se presentó a él mismo y a Melody Lee. Como era de esperar, el grupo quedó muy impactado con su placa del FBI; la de Poe no pareció decirles gran cosas. La Agencia Nacional del Crimen todavía no tenía el aura de sus homólogos estadounidenses; debía de ser culpa de la telebasura.

—Estamos investigando un homicidio —dijo.

—¿Aquí cerca? —preguntó una mujer rubicunda y un poco obesa que se erigió en portavoz; no parecía importarle mucho el problema de sobrepeso, a juzgar por el bollo que tenía en la mano. A pesar del asfixiante calor y de la chaqueta de *tweed* que llevaba puesta, apenas estaba sudando—. Por cierto, yo soy Irene.

—En Carlisle —contestó Poe. Ya había dado vía libre a Nightingale para hacer un comunicado de prensa, así que de todos modos no tardarían en enterarse—. Pero se hospedaba en Scarness Hall. Estamos intentando averiguar cómo fue de allí hasta la ciudad.

—¿Era un político? —dijo ella—. Tampoco es que nos dé igual por eso.

—Era piloto de helicópteros. Poco más que un ayudante.

—Ah, ¿que tienen helicópteros? Jobar, no habíamos pensado en eso… En fin, da igual. ¿En qué podemos ayudar?

—Estamos intentando averiguar sus últimos movimientos. Sabemos que salió de Scarness Hall el martes por la noche, pero es como si se hubiera esfumado. ¿Estaba alguno de ustedes manifestándose…?

—Estamos haciendo campaña, no manifestándonos, sargento.

—¿Qué diferencia hay?

—Nosotros queremos que algo ocurra, los manifestantes quieren «detener» algo.

—Pues perdone. ¿Estaba alguno de ustedes «haciendo campaña» aquí el martes sobre las ocho de la tarde?

—Seguro —dijo Irene—. Nuestro permiso dice que, si no hay alguien constantemente, pueden quitarnos el punto que nos han asignado. Con la cumbre tan cerca, ya no nos darían otro.

—¿Quién estaba aquí?

—Tendría que mirar los turnos.

Por supuesto que había una tabla de turnos, pensó Poe. Siempre había una tabla de turnos.

—¡Jeffrey! —gritó Irene—. ¿Tienes los turnos en el iPad ese?

Un hombre menudo se apartó del grupo que los había estado observando. A diferencia de Irene, él sí estaba sudando. Abundantemente. Tenía el pelo pegado a la frente y la cara de color remolacha.

—Jeffrey es mi esposo. No le sienta bien el calor.

—Dime, chata.

Poe vio que llevaba un audífono de color carne. Seguramente agradecía poder bajarle el volumen a su esposa.

—¿Quién estaba el martes?

—¿A qué hora?

—Entre las seis y las diez —dijo Poe.

—Pues estarían Max y Margaret.

—Ah. ¿Y estuvieron grabando? —dijo Irene. Miró hacia Poe—. Max está haciendo un curso de medios de comunicación en la universidad, y tiene todo el equipo. Va a grabar vídeos durante la cumbre, y ha estado practicando en varios momentos para acostumbrarse a la luz.

—¿Por qué va a grabar vídeos?

—Queremos tener documentos visuales de todos los asistentes a la cumbre. Si no sale bien, algunos de esos hombres y mujeres negarán haber acudido. Por eso me cabrea saber que tienen helicópteros.

—Creo que por eso eligieron Scarness Hall. Tiene su propio helipuerto.

—¡Cachis! —dijo Irene.

Poe se rio. Le encantaba oír cómo la gente educada maldecía.

—Jeffrey llamará a Max esta noche para ver si estaba filmando. Le diré que les envíe por correo electrónico todo lo que tenga.

Poe apuntó la dirección de correo electrónico de Bradshaw en su cuaderno y arrancó una página.

—¿Pueden mandarla a este correo?

—Hecho. —Se metió el papel en el bolsillo trasero y le dio unas palmaditas.

La policía malhumorada volvió a su puesto. El cigarro no había mejorado su estado de ánimo.

—Alguna vez han pensado que quizá sea mejor… —dijo Poe.

—¿Qué?

—Pues eso, no molestarse.

Irene sonrió.

—Sargento, nunca dude que un pequeño grupo de ciudadanos comprometidos puede cambiar el mundo. De hecho…

—De hecho, es lo único que lo ha logrado —dijo Poe, terminando la cita de Margaret Mead.

Ella volvió a sonreír.

—Le mandaré ese vídeo lo antes que pueda.

22

—¿Y ahora qué, Poe?

Él miró el reloj del salpicadero. Era casi la una y aún no habían comido. También quería intentar hablar con Hannah Finch antes de que llegara Alastor Locke.

—Supongo que volver a Durranhill.

Melody Lee asintió.

El teléfono de Poe sonó a través de los altavoces del coche. Una foto de Tilly apareció en el ordenador. Apretó el botón de contestar en el volante.

—Tilly, estás en manos libres.

Aunque siempre la avisaba cuando alguien más podía escucharla, ella hablaba como si no hubiera nadie.

—Ah, hola, agente especial Melody Lee.

—Buenas, Tilly.

—¿Cómo está?

—Bien.

—¿Qué ha desayunado hoy?

—Pero ¿qué…? —murmuró Melody Lee.

Poe silenció a Bradshaw un momento.

—Está intentando trabajar la conversación casual. Sígale el rollo. En cuanto se aburre, lo deja… —Desactivó el silencio.

—Pues he vivido la experiencia de un desayuno inglés completo —contestó Melody Lee—. Y un capullo lleno de granos ha intentado colarme la especialidad local de acompañamiento. Creo que ha dicho que eran coágulos de sangre fritos.

—Se llama morcilla y es mi tercera comida preferida —dijo Poe—. Un par de rodajas y listo para todo el día.

—¿En serio come esa mierda?

—Poe compra el *pack* para *catering*, agente especial Melody Lee —dijo Bradshaw.

—Economía de escala —dijo Poe—. ¿Qué tienes, Tilly?

—Te he mandado el perfil de Christopher Bierman por correo electrónico. Es un poco extraño.

—Extraño, ¿en qué sentido?

—El folleto de la compañía de Bierman & McDaid dice que Christopher Bierman se formó en la Real Academia Militar de Sandhurst, donde, después de aprobar las pruebas de aptitud, los exámenes médicos y de vuelo necesarios, fue admitido en el ejército como oficial piloto de helicópteros. Se convirtió en oficial en 1999.

—Sigue.

—Los Desfiles del Soberano en la Real Academia Militar de Sandhurst son de dominio público, así que pude comprobar los tres desfiles que hubo en 1999.

La Real Academia Militar de Sandhurst era el lugar donde el ejército británico preparaba a sus oficiales. El Desfile del Soberano era la graduación de sus pupilos. Poe sabía que eran bastante exclusivos (desde luego, más que cuando él se graduó en la Guardia Negra) y que solía asistir un miembro de la familia real.

—¿Y? —dijo.

—No hubo ningún Christopher Bierman en el Desfile del Soberano 1999, Poe.

—Ah. —Sabía que Bradshaw ya lo habría comprobado, pero se lo preguntó de todos modos—: ¿Es posible que la fecha del folleto esté equivocada?

—Es que nadie con el nombre de Christopher Bierman ha asistido a Sandhurst, nunca.

Poe se quedó pensando en qué implicaba eso. En los círculos donde se movían, una compañía fundada por un exoficial tendría más reclamo que una fundada por alguien sin el rango de oficial.

—Puede que nunca fuera a Sandhurst —dijo Poe—. Los pilotos que no son oficiales también llevan helicópteros en el ejército. Puede que quisieran hinchar un poco el currículo de la empresa.

—Poe, no encuentro ningún registro de que Bierman estuviera en el ejército nunca.

—Eso sí que es extraño.

—Y tampoco hay ningún Christopher Bierman registrado en la Dirección General de Aviación Civil.

—Eso es todavía más extraño.

—A no ser que no se molestara en registrarse aquí —dijo Melody Lee —. Mientras están en activo, los pilotos militares no tienen por qué registrarse en la Dirección de Aviación Civil. Puede que del ejército se fuera directamente a Estados Unidos y se registrara allí. Creo que los títulos se convalidan entre nuestros países.

—Pero es que Tilly dice que nunca ha estado en el Ejército. —Se giró en el asiento para mirar a Melody Lee—. Estas compañías tienen que pasar un riguroso proceso de autorización, ¿sabe algo de ello?

Estaba seguro de que una agente especial tendría acceso a información que estaría vedada para él. Ella negó con la cabeza.

—Todos los trabajos *in situ* se autorizan a nivel local.

—Pero son una compañía americana. Sé que Bierman era británico, pero su compañía está registrada en Estados Unidos. ¿No es así, Tilly?

—Así es, Poe. Bierman & McDaid fue registrada en Washington D. C.

—Da igual; los contrataron los ingleses. Y como los dos estamos en los Five Eyes, cualquier información de uno de nosotros los otros cuatro la consideran exacta. Eso incluye autorizaciones al más alto nivel.

Five Eyes era una alianza de inteligencia formada por el Reino Unido, Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Aunque su jurisdicción inicial era la inteligencia de señales, se había ampliado y ahora incluía la comunicación de información antiterrorista. Poe solo la conocía porque en una película de Bond, *Spectre*, se mencionaba una versión ficticia de la alianza. Le gustaban las películas de Bond y su escapismo.

—¿Qué significa esto, Poe?

—Significa que Alastor Locke y yo tenemos más cosas que discutir, aparte del destino de Hannah Finch.

—¿Vienes a verle ahora?

—Estamos en las afueras. No tardaremos.

Estaba a punto de colgar cuando Bradshaw dijo:

—Hay más.

—Dime, Tilly.

—Anoche me aburría, así que pasé unos datos por un programa de mapeo predictivo.

—Vale, ¿por qué?

—Quería ver si podía comprenderlo mejor a partir de los datos disponibles. Ver si de verdad hay crimen organizado en Carlisle. Me pareció que tal vez te sería útil saberlo.

—Por supuesto que me sería útil, Tilly.

Si alguien llevaba el negocio de las chicas, también sabría cuándo debería estar vacío el burdel temporal.

—¿Qué programa de mapeo predictivo utilizaste, Tilly? —dijo Melody Lee—. ¿IntuitPol? ¿Hunch.com?

Bradshaw hizo una pedorreta.

—¡Cómo voy a utilizar algo tan básico, agente especial Melody Lee!

—¿Usaste uno tuyo?

—Sí.

—¡Toma ya! Impresionante. Cuéntame cómo lo hiciste.

—¡No! —saltó Poe.

Pero era demasiado tarde.

Durante los siguientes diez minutos, Bradshaw le estuvo explicando su programa a Melody Lee. Eran todo cosas de modelamiento de análisis espaciotemporal y técnicas de regresión, clasificación y agrupación. Poe no entendió ni una sola palabra.

—¿Y qué cachés de datos usaste, Tilly? —preguntó Melody Lee.

—¿Lo ha entendido?

—¿Usted «no»?

—Los habituales, agente especial Melody Lee —dijo Bradshaw—. Registros de delitos e incidentes, de custodias, registros de inteligencia criminal y de base de datos nacional de la policía.

—¿Usáis datos de organismos ajenos a las agencias de seguridad?

—De asistencia social para adultos, de servicios infantiles, del sistema sanitario y de urgencias, e historiales disciplinarios y de asistencia escolar. Y algunos más pequeños.

—Exhaustivo. Flipo con lo rápido que os han dado acceso. Es evidente que aquí no preocupa tanto la privacidad como a nosotros.

Bradshaw no contestó.

—¿A ti qué te parece, Tilly? —preguntó Poe antes de que le contara al FBI en qué bases de datos había estado husmeando.

—Pues que en Carlisle sí hay crimen organizado, Poe. Los datos son demasiado aleatorios como para ser aleatorios, no sé si me explico.

—No —dijo Poe—, pero da igual. Si tú dices que vuelve a haber crimen organizado en la ciudad, es que lo hay.

—El caso es que está «demasiado» organizado, Poe. Es un patrón que no había visto antes. Tiene varios niveles, y ninguno de ellos interfiere en los demás. Me atrevería a decir que, más que organizado, es «disciplinado».

—Qué raro —dijo Poe.

Hasta las mejores bandas criminales fallaban en algo. La gente que vendía sus drogas, la que llevaba a las prostitutas y la que se encargaba de la seguridad nunca eran de fiar. Acababan cagándola. Así era como los cogía la policía. Empezaban abajo y les iban ofreciendo incentivos para que subieran hasta lo más alto de la jerarquía. Los ponían a prueba. Y ahora mismo a Poe no le venía bien que hubiera cambiado.

—Y eso no es todo, Poe —dijo Bradshaw—. Ha cambiado el modelo de narcotráfico en la ciudad. Las detenciones por posesión con intención de distribuir han caído. Han caído las grandes redadas a organizaciones. En más de un año, no ha habido ni un solo arresto por venta de drogas cerca de un colegio.

—Vale, pues eso es todavía más raro. A no ser que ya no haya un proveedor de drogas fiable.

—No es eso, Poe —dijo Bradshaw—. El número de personas detenidas por simple posesión sigue igual, y también el tipo de delito adquisitivo asociado con la adicción a las drogas. Este año tampoco han subido los ingresos en urgencias por sobredosis. El consumo de drogas no ha cambiado, Poe: solo cómo se distribuyen.

Traficantes con disciplina y principios. No tenía sentido. Volvió a mirar el reloj del salpicadero. Luego el cielo cada vez más oscuro. Quedaban tres horas para que Alastor Locke llegara a Durranhill y sospechaba que la tormenta estallaría antes. Había planeado presionar un poco a Hannah Finch, más por fastidiar que porque esperase

realmente recuperar las pruebas robadas.

—Cambio de planes, Tilly —dijo—. Voy a pasarme por la ciudad un rato. Si Alastor Locke llega antes que yo, entretenle, ¿vale?

—¿Cómo?

—Háblale de tu programa de mapeo predictivo. Eso nos dará una semanita.

—Ja, ja y ja, Poe.

—Pues dile que estoy en el médico.

—Vale —dijo ella—. Le diré que tienes colon irritable.

Poe miró a Melody Lee. Le temblaban los hombros tratando de reprimir la risa. Sabía que, si contestaba, solo conseguiría que soltara algo peor. Así era como Bradshaw conseguía que nunca le pidiese que mintiera.

—De acuerdo —dijo—. Suena fatal, pero dile eso.

Colgó.

—Fabuloso —dijo Melody Lee—. ¿Y adónde vamos?

—A la ciudad —respondió Poe—. Tenemos que encontrar a un loco llamado Bugger Rumble.

23

Bugger Rumble, murmurador de segunda y ladrador ocasional, era un «sintecho voluntario» (el término legal que utilizaba el Ayuntamiento para eximirse de cualquier responsabilidad) desde que Poe le conocía. No tenía ni idea de dónde había salido. Un día apareció en Carlisle y allí se había quedado.

Era artista callejero, aunque en el sentido más laxo de la palabra. Básicamente hacía estupideces y se quedaba mirando a la gente hasta que le daban dinero para que parase. En cuanto tenía suficiente, se metía en el pub más cercano y se lo bebía. Y luego era volver a empezar hasta la hora de cierre o hasta que iba demasiado borracho como para que le sirvieran. Estaba como una cabra.

También era el soplón más fiable que Poe había tenido.

Al igual que los botones y mozos en los hoteles, Bugger Rumble iba donde quería sin que nadie le prestara la mínima atención. La gente le señalaba o le ignoraba, sin sospechar jamás que, bajo la mugre y las enfermedades de piel, había una mente esporádicamente brillante y atenta. Mientras trabajaba de policía en Cumbria, Poe le sobornaba de vez en cuando con un billete de diez libras; Bugger Rumbe podía entrar y salir de la fraternidad criminal cuando quisiera. Unas veces, ayudaba; otras, se meaba en tus zapatos y salía corriendo a carcajada limpia.

Poe aparcó en Fisher Street. A Bugger le gustaba trabajar delante del ayuntamiento y beberse las ganancias en el Kings Head, de modo que era un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar a buscar a un hombre que básicamente provocaba al público.

Era un buen sitio para comenzar, de no haber sido porque las nubes decidieron que era el momento perfecto para cumplir sus amenazas.

Sin previo aviso, el día pasó de estar cubierto a jarrear en cuestión de segundos. La lluvia era feroz como la de un monzón.

Poe y Melody Lee se metieron otra vez en el coche y vieron que todo el mundo corría buscando refugio. De pronto, el Kings Head y la carnicería Cranstons se volvieron de lo más popular. La gente se apiñaba bajo los toldos de cualquier tienda. El agua corría por la calle adoquinada dibujando riachuelos rápidos, arrastrando consigo un mes entero de suciedad.

—Por los pelos —exclamó Poe.

La lluvia golpeaba el techo del BMW con tal fuerza que parecía que estaban dentro de un tambor.

Durante cinco minutos se quedaron contemplando la extraordinaria tromba de agua que caía del cielo. Era sobrecogedor. Realmente magnífico. Y así se lo dijo a Melody Lee.

—Es como una vaca meando sobre una roca plana —contestó ella.

La lluvia cesó de forma tan repentina como había empezado, como si alguien hubiese cerrado una llave de paso.

Pasaron por delante del Kings Head y entraron en la zona peatonal del Greenmarket. Allí se celebraban los mercados de productores y de vez en cuando ferias de atracciones, pero ese día estaba vacía. Incluso había menos gente de lo habitual comiendo al aire libre. Probablemente seguían secándose en alguna tienda, pensó Poe. Se quedó estudiando la explanada que había delante del ayuntamiento y gruñó de satisfacción al ver lo que buscaba.

—Está aquí.

—¿Cómo lo sabe?

Señaló una raya de tiza desdibujada en el suelo.

—Así es como gana dinero —dijo—. Pero no volverá hasta que se seque el asfalto. Será mejor que vayamos a comer algo.

Cakes & Ale era una cafetería de Castle Street, la calle paralela a donde habían aparcado. Estaba conectada con Bookcase, la única librería independiente de Carlisle ubicada en un edificio con casi cuarenta habitaciones diferentes donde uno podía perderse. Aparte del carnicero de su pueblo, era el comercio favorito de Poe en toda Cumbria. La cafetería servía tartas caseras y té en tazas de porcelana.

También tenía un tocadiscos y un montón de vinilos a disposición de los clientes. Allí estuvo Poe después de comprarse *Inflammable Material*, de Stiff Little Fingers, escuchando ambas caras del disco, perdido en la música de su juventud. En esta ocasión, alguien había puesto un vinilo de *jazz*, con trompetas y saxofones improvisando. A Poe le gustaba el *jazz*, aunque no tanto como el punk.

Cakes & Ale tenía su propia entrada, pero ellos accedieron por la librería, ya que Poe tenía una compra que hacer. Una vez que hubo pagado, atravesaron una serie de habitaciones y acabaron en la cafetería.

Poe pidió el sándwich del día, Melody Lee una ensalada. Ambos pidieron café.

—Qué chulo —dijo Melody Lee.

—No todo son Costas. Todavía están abriendo bastantes cafeterías

independientes.

Cuando llegó la comida, Poe dio un bocado a su sándwich, y luego dijo:

—¿Qué está pasando, agente? ¿Cree que el asesinato de Bierman está relacionado con la cumbre?

Ella clavó su tenedor en un tomate cherry, se lo metió en la boca y lo masticó pensativa.

—Algo me dice que no —dijo finalmente—. Christopher Bierman era un chófer con pretensiones, que se dedicaba a llevar a peces flacos. Los peces gordos tienen su propio transporte. Me cuesta creer que tuviera información útil sobre alguien contra quien merezca la pena manifestarse.

Poe asintió y dio otro bocado. Estaba de acuerdo con ella. Había algo extraño en la muerte de Bierman, pero no creía que tuviera que ver con la cumbre.

—Dicho eso —añadió Melody Lee, leyendo la pantalla de su teléfono —, me acaban de comunicar que tenemos cinco días. Si para entonces no hay una explicación satisfactoria, los Servicios Secretos cancelan la visita de mi personalidad.

—¿También la cumbre?

—No necesariamente. Otros países no tienen tanta aversión a los riesgos.

—Pero entonces será menos útil…

—Sin duda. Estados Unidos tiene bolsillos muy profundos.

—Pues coma —dijo Poe—. Ha llegado el momento de presentarle al único funambulista de bajos vuelos que hay en el mundo.

24

—¡Joé…, curioso! —dijo Melody Lee.

—Un poquito —dijo Poe—. El tío necesita que le desparasiten.

Bugger Rumble parecía el primo más desastrado de Worzel Gummidge. Llevaba chaqué y sombrero de copa. La chaqueta y los pantalones estaban manchados de grasa y tenía las rodillas y los codos raídos. El pelo que asomaba por debajo de su sombrero parecía paja saliendo de un colchón rajado y tenía la barba como si se la hubiera peinado con una manzana de caramelo.

Llegaron cuando estaba a punto de empezar su «número». Después de repasar la línea de tiza, se colocó en un extremo. Había una pequeña multitud observando. Parecía nervioso. Con los brazos extendidos, dio un paso vacilante sobre la línea y casi pierde el equilibrio. Se balanceó hacia atrás y hacia delante, de lado a lado, y recuperó la vertical. Respiró hondo fingiendo alivio.

Un hombre entre el público murmuró:

—Gilipollas.

Bugger Rumble le ignoró y se centró en los siguientes pasos. Logró dar diez o doce antes de echar a temblar de nuevo, seguido de la misma maniobra de recuperar el equilibrio, esta vez agitando los brazos.

Al llegar al final, se quitó el sombrero, hizo una reverencia y gritó:

—¡Ta-rá!

—Qué gilipollas —repitió el hombre.

El tintineo de las monedas sobre la acera no era ensordecedor. Aun así, Bugger Rumble se puso a cuatro patas y empezó a recogerlas. Poe dudaba que le llegara para una pinta.

—Esto se me va a quedar grabado —dijo Melody Lee, mientras la gente empezaba a dispersarse.

—Lo que más me gusta es la reacción de la gente —dijo Poe—. No saben si acaban de presenciar arte callejero urbano o si les han tomado el pelo.

Poe se acercó y esperó a que Bugger Rumble alzara la vista.

—Hola, Bugger —dijo.

Bugger Rumble entornó los ojos por el sol. Tras un destello de reconocimiento, torció el gesto.

—¿Es usted, agente Poe? —Tenía la voz rasgada, como un fumador empedernido—. Hace años que no le veo. Alguien le dijo a Bugger Rumble que ahora vivía en Southampton.

—Volví hace un par de años, Bugger.

—¿Todavía viste de azul? Porque yo no hago eso.

—¿El qué?

—Soltar chismes.

—Tranquilo —dijo Poe—. Ya no estoy en la policía de Cumbria.

—¿Quién es la chavala de color?

—¿Y de qué color soy? —dijo Melody Lee.

Bugger se inclinó hacia delante y la observó.

—Color kobicha —dijo soltando una carcajada.

—Esta es Melody Lee. Es amiga mía, Bugger.

La miró sospechosamente.

—No es polaca, ¿verdad?

—No, de Luisiana.

—¿Y qué tienes tú en contra de los polacos? —dijo Poe.

Cuando hablabas con Bugger Rumble, había que estar preparado para mantener cinco o seis miniconversaciones al mismo tiempo.

—Son unos cabrones —gruñó—. Vienen aquí con sus esculturitas de arena. A quitarle el pan de la boca a gente honrada como Bugger Rumble.

Poe sonrió. Había visto las esculturas de arena. Trabajaban en la parte alta de la zona peatonal. Empezaban con un puñado de arena mojada y a media mañana habían esculpido un labrador dormido. No era sorprendente que Bugger se sintiera amenazado. Eran realmente habilidosos, mientras que él básicamente hacía el payaso.

—En fin, ¿por qué vienen a acosar a Bugger Rumble? Tengo permiso del Ayuntamiento.

—No lo tienes, Bugger —dijo Poe—. Lo he pedido.

—No, no lo has hecho.

Bugger Rumble volvió a torcer el gesto.

Poe le dio un pequeño libro.

—Hace un rato he encontrado esto en Bookcase. Pensé que te gustaría.

Bugger se quedó mirándolo.

—*Obra poética de John Milton* —dijo, pasando el dedo por el lomo. Lo abrió y leyó la página de créditos—. Edición miniatura. Impreso en 1904. Buen estado. Seguro que el viejo Steve te ha cobrado una fortuna por esta preciosidad.

Poe se encogió de hombros.

—¿Sabía que en algún sitio hay una edición de 1852 encuadernada con piel humana? —continuó Bugger—. Un cazarratas llamado George Cudmore fue a la horca por envenenar a su mujer. Y acabó de cubierta. Qué tiempos aquellos, ¿eh, señor Poe?

Bugger Rumble tenía un conocimiento enciclopédico de poesía. Nadie sabía cómo. Poe sospechaba que su pasado ocultaba una educación clásica y una trágica historia. Pero las cincuenta libras que se acababa de gastar en el libro habían surtido efecto. Bugger estaba distraído.

—Te invito a una pinta —dijo Poe.

El pub más cercano era el Kings Head. Poe pidió una pinta de Spun Gold para Bugger y otra para él. El dueño las sirvió sin decir palabra. A pesar de sus excentricidades, Bugger siempre se comportaba en el pub.

—¿Qué le apetece beber? —dijo Poe a Melody Lee.

Ella miró su reloj.

—Son las dos de la tarde.

—¿Y?

—Pues un Jack Daniel's con Coca-Cola.

Se llevaron la bebida al fondo del bar y encontraron una mesa en el rincón. Poe había creído a Bugger cuando dijo que ya no ejercía de soplón, pero aun así le pareció razonable mantenerse alejado de la ventana.

—Bugger Rumble no es tonto, señor Poe. Sabe que no se ha encontrado con un libro de Milton «por casualidad» y que luego se ha topado «casualmente» con el único hombre de Carlisle que sabe valorarlo. Puede que ya no esté en la policía de Cumbria, pero con alguien está.

Poe asintió. Bugger tenía la mente tan lúcida como siempre.

—Estoy con una unidad nacional, Bugger. Mi amiga es una agente especial del FBI. Quiero saber quién dirige el cotarro en Carlisle ahora mismo —Poe miró en su teléfono—, ahora que Nathaniel Diamond ya no está.

Bugger bebió un tercio de la pinta y se limpió la barba. Luego adoptó un gesto desconfiado.

—¿Me invita a otra?

—Más tarde.

—Un tío despreciable, ese Diamond. Me alegro de no volver a verle. ¿Sabe que nos cobraba impuestos? Decía que estas eran sus calles y que teníamos que pagar por el privilegio de utilizarlas.

—¿Y quién ha ocupado su lugar? —insistió Poe.

Bugger se encogió de hombros.

—No sé.

—¿No lo sabes o no me lo quieres decir?

—No lo sé. Nadie lo sabe. O, si lo saben, se lo tienen calladito.

—¿Tan malo es?

—Simplemente, de perfil bajo.

Eso ya era algo, pensó Poe. Al menos, Bugger Rumble había confirmado lo que les había dicho Bradshaw, que volvía a haber crimen

organizado en la ciudad.

—En fin, ya me he cansado de ustedes. Han interrumpido la tarde de Bugger. Deberían ir a buscarse otro garito. Pídame una pinta y lárguense: quiero leer *El Paraíso perdido*.

A Melody Lee se le hincharon las fosas nasales. Poe sacudió ligeramente la cabeza. Desde que le conocía, Bugger jamás había dado información fácilmente. Siempre la soltaba a base de indirectas y sugerencias, rodeos y eufemismos.

—¿Y adónde sugieres que vayamos ahora?

Bugger Rumble se acabó la cerveza. Sorbió ruidosamente la espuma que quedaba en el lado del vaso. Cuando ya no quedaba nada, la dejó sobre la mesa.

—Si se sienten valientes, podrían ir a tomar algo al Dog.

Era lo peor que podía haber dicho.

25

El Dog.

Si Botchtergate era el sumidero cultural de Carlisle, el Dog era lo que flotaba en él. Lo que nadie quiere tocar. Era el pub más cutre de la parte más cutre de la ciudad. No había mes que no tuviera al menos una de sus tres ventanas entabladas.

La gente iba a beber al Dog porque no les dejaban hacerlo en otro sitio, y nadie que pudiera beber en otro sitio iba al Dog. Era una burbuja de mierda independiente.

Poe no sabía si se veía capaz de entrar. La última vez que estuvo allí, la cosa acabó… animándose, y ya estaba un poco mayor para rodar por el suelo intentando detener a una borracha que se tambaleaba.

Afuera, una patata tirada goteaba aceite en la prístina agua de lluvia de la alcantarilla. Era grande, una de esas patatas de hípsters con piel que sirven en cubitos de hojalata, con sal de roca orgánica y salsa de pretenciosidad. Ni siquiera se habían molestado en quitarle los ojos a la piel. Y ahí estaban, negros, verrugosos e incomibles.

Por desagradables que fueran, al menos la patata tenía dos. Ya era más que el imbécil del cíclope que Poe tenía delante en ese momento. Cualquier policía le conocía. Todo Carlisle sabía quién era. Fuerte como un oso y con la cabeza como un testículo mal afeitado, le llamaban Steeleye Stan y era lo más parecido que había a un matón profesional en Cumbria.

Violento en la infancia y peor en su adolescencia, para cuando se hizo adulto había pasado más tiempo encerrado en ciertas instituciones que fuera de ellas. Al cumplir los dieciocho, formó un consorcio de zopencos como él y juntos coparon las puertas de los pubs y discotecas de Carlisle; y como controlar las puertas significaba controlar las drogas, le había ido bastante bien.

Hasta la noche en que se presentó en urgencias con un vidrio roto en el ojo. El cirujano de guardia no se molestó en intentar salvarlo, le extirpó lo que quedaba de él y le mandó a recuperación. Dos días después, le dieron de alta de Cumberland Infirmary con calmantes, unos antibióticos y un ojo artificial.

Aquella noche volvió a trabajar.

Y estaba furioso.

Stan empezó a meterse en más peleas que antes, si eso era posible. Perdió tantos ojos artificiales durante esa nueva fase salvaje que empezó a llevar un rodamiento de acero en la cuenca del ojo. Le daba un aspecto tan amenazante que los pubs dejaron de contratarle: si Steeleye estaba en la puerta, el pub no hacía dinero. Y así es como había acabado cumpliendo un destino que estaba escrito desde que apuñaló a su maestra de primaria con un compás: un matón a sueldo.

Pero a Poe no le imponía.

—Apártate, Stan —dijo.

—No se puede entrar. Club privado —dijo Steeleye.

La mandíbula inferior no encajaba con la superior, y cuando hablaba se oía un clic. Parecía como si estuviera moliendo semillas con los dientes. Poe pensó que probablemente habría recibido un buen puñetazo hacía poco.

Pensó en abandonar. Alastor Locke llegaría a Durranhill en breve y siempre podía volver más tarde con agentes de uniforme. Preferiblemente agentes que se parecieran a PC Wilkes.

—¿Necesita refuerzos? —dijo Melody Lee.

Y eso era lo mismo que desafiar a Poe.

—Stan, si no te apartas, te suelto un puñetazo directo a los huevos —dijo.

—Club privado solo para socios —insistió Steeleye.

Poe frunció el ceño. Ese tipo de provocación normalmente habría convertido a Steeleye en la versión moderna de un vikingo enloquecido, pero jamás le había visto tan contenido. Algo le tenía templado.

—Vete a la mierda, Stan: el Dog es un puto meadero —dijo Poe.

Steeleye se inclinó hacia delante.

—Léeme los labios, capullo. Es un club privado para socios, y tú no eres socio.

Le clavó uno de sus gordos dedos en el pecho. La fuerza le hizo recular un par de pasos, tambaleándose.

Melody Lee fue más rápida de lo que hubiera creído posible. Estaba rondando detrás de él, y al instante siguiente la vio al lado de Steeleye, con la mano clavada en su axila, con algo que Poe no podía ver.

Fuera lo que fuera, a Steeleye no le gustó. Le gustó tan poco que estaba de puntillas, tratando de levitar. Soltó un bramido chirriante. Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas.

Un coche patrulla se detuvo derrapando a su lado, alertado sin duda por los operadores de videovigilancia que mantenían el Dog constantemente controlado. Se bajaron dos agentes con las porras en ristre. Parecían tener ganas de pelea.

—¿Todo bien, sargento Poe? —dijo uno de ellos.

—Todo bien. Aunque les voy a pedir que detengan a este imbécil y se lo lleven a Durranhill.

—Muy bien. ¿Con qué cargos?

—Yo diría que obligar a la agente especial Lee a meterle la mano en su asqueroso sobaco es suficiente, pero valdrá con agresión a un agente de la autoridad.

—Ahora te vas a poner de rodillas, grandullón —dijo Melody Lee—. Venga, baja conmigo, ¿eh? Suavecito…

Con la mano clavada en la axila de Steeleye, y la otra colocada sobre su otro hombro, fue controlando cómo se arrodillaba. No tardaron en esposarle y meterle en el coche patrulla. Melody Lee se guardó el objeto que tenía en la mano en el bolsillo interior.

—Dejadle hasta mañana para que se tranquilice —les dijo Poe a los agentes—. Si mañana se disculpa, ponedle en libertad.

En cuanto se hubieron llevado a Steeleye, Melody Lee dijo:

—En el instituto salí con un jugador de fútbol americano que se le parecía bastante.

—¿Qué demonios tenía en la mano?

—Un boli —contestó ella.

—¿Un boli?

—Un bolígrafo táctico militar y policial de Smith & Wesson, para ser más exactos.

Se lo enseñó. Era elegante, negro y de acero. El extremo para escribir tenía una punta asesina.

—¿Estas cosas son legales?

—Es un boli —dijo ella.

—Es un arma.

—Cualquier cosa es un arma si estás dispuesto a improvisar.

Poe gruñó en señal de acuerdo. Durante el reciente caso del Procurador, se había visto obligado a inventarse una porra con un calcetín y un pedrusco.

—Sí, pero esto es un arma de verdad.

Ella se encogió de hombros.

—Puede que aquí se permita que los Servicios Secretos se queden con las armas de fuego, pero a nosotros no nos dejan. En fin, si lo quiere, es suyo: los fabricantes nos mandan un montón para que los probemos.

Poe estuvo a punto de negarse. Aparte de su época en la Guardia Negra, jamás había llevado armas encima. Y no quería empezar a hacerlo ahora. Pero… era solo un boli.

—Gracias, lo haré. Como digo siempre, mantén la cabeza alta y lleva un bolígrafo de metal afilado. —Lo enganchó en el bolsillo interior de su chaqueta—. En fin, esta ha sido la parte fácil. ¿Lista?

—Sí.

Poe abrió la puerta y entró.

Al instante supo que algo no iba bien.

26

La última vez que había estado en el Dog, estaba lleno de bebedores de alcohol desnaturalizado y tipos de «ni se te ocurra mirarme a la cara». La decoración a base de moquetas raídas, papel pintado desconchado y cerveza barata servida en vasos sucios tenía todo el encanto de un club social de los años ochenta. La pantalla de la televisión había sido transformada permanentemente en un canal de fútbol ilegal.

Ahora tenía otro aspecto. Estaba limpio. Habían aspirado la moqueta. No se notaba el hedor a sudor, pis, mierda y vómito. El aire era fresco. No había nadie fumando cannabis y la alfombra junto a la entrada no estaba pegajosa.

Los vasos relucían, y la barra estaba lustrosa. Las cubiteras tenían hielo en vez de cigarrillos apagados y había una caja registradora con pantalla táctil para coger los pedidos. Las neveras estaban llenas de cervezas artesanales e importadas. Los muebles cutres y disparejos habían sido sustituidos por cómodos sillones de cuero y mesas de madera sólida. Y, a diferencia de la última vez, no parecía estar cometiéndose ningún crimen.

En lugar de los mutantes endogámicos habituales en el Dog, había grupos de tipos esbeltos y musculosos, bebiendo té y charlando tranquilamente. Tenían el pelo corto y llevaban vaqueros y camisetas militares. Sus tatuajes decían «La muerte viene de arriba», «Estos colores no se van» o «Muerte antes que deshonra». También vio a varios con tatuajes de una daga del Comando de la Marina Real hablando con tipos con las alas del Regimiento de Paracaidistas grabadas en el hombro.

Podía reconocer un bar de soldados nada más pisarlo.

Normalmente aparecían en pueblos donde había una guarnición. No era nada oficial, simplemente un lugar donde los soldados empezaban a pasar sus ratos libres. Y con el tiempo, los vecinos dejaban de ir. Al dueño no le importaba, porque los bares de soldados generaban muchas ganancias y la clientela se controlaba.

La última vez que había estado en el Dog, quedó con un paracaidista llamado Jefferson Black y, le gustara o no, Poe le había cambiado la vida a Black metiendo en prisión al asesino de su novia. Ahora tenía la sensación de que el pub estaba lleno precisamente de exparacaidistas,

exmarines y un montón de soldados de infantería.

Y Bradshaw había dicho que el de Carlisle era un crimen organizado «disciplinado».

Poe no creía en las coincidencias.

El ruido disminuyó nada más entrar, pero eso siempre ocurría en el Dog. Si no eras un cliente habitual, probablemente fueras policía. Se acercaron a la barra, más para ubicarse que otra cosa.

—¿Le apetece beber algo? —le preguntó a Melody Lee.

—Un refresco, supongo.

Pidió dos Coca-Colas y estudió la barra a través del espejo. Los soldados los estaban observando, igual que los leones vigilarían a un par de gacelas que se hubieran colado en medio de sus dominios. Con curiosidad, pero no con desconfianza. Sin ninguna hostilidad.

—Son tres libras, tío —dijo el camarero, plantando dos vasos helados sobre el mantelito que tenían delante.

Poe fue a coger su cartera.

Y entonces entró alguien en el pub, alguien a quien Poe no creía que volvería a ver.

Todos los soldados se pusieron en pie a la vez.

—Invita la casa, Wayne —dijo Jefferson Black.

Evidentemente, Black había decidido seguir viviendo. Y también había decidido que sus amigos y él estaban en una situación perfecta para llenar el vacío que había dejado la desaparición de Nathaniel Diamond. Si Bradshaw les había dicho que el crimen en Carlisle era disciplinado, es porque así era. Soldados de élite bien adiestrados y en óptimas condiciones físicas. Acostumbrados a acatar órdenes y plantar cara al enemigo. Si alguien era capaz de aprovechar ese potencial, sería imbatible.

—Tiene buen aspecto, Jefferson —dijo Poe.

Black ladeó la cabeza y le miró de arriba abajo.

—¿En qué puedo ayudarle, sargento?

—¿Podemos hablar en alguna parte?

—Aquí. No nos molestarán.

Black los condujo hasta una mesa vacía. Los clientes que había alrededor se apartaron para dejarlos pasar. Alguien les llevó una tetera y tres tazas. Black las llenó de té oscuro. Poe notó que las tres tazas tenían la insignia de las alas del Regimiento de Paracaidistas.

—Bueno, ¿por qué no me cuenta por qué han agredido a mi segurata y se han colado en mi club social?

—¿Club social?

—Sí, club social.

—Vale —dijo Poe. No iba a discutírselo—. Sospecho que usted ya sabe por qué estamos aquí, Jefferson.

Black dio un trago a su taza.
—Es por lo de Cranley Gardens, ¿no?

27

—Le debo un favor, sargento —dijo Jefferson Black—, pero yo no soy Whitey Bulger.

—¿Quién?

—El jefe de la mafia irlandesa en Massachusetts —dijo Melody Lee—. Era un soplón del FBI. Murió hace un par de años.

—No estoy buscando un chivato, Jefferson —dijo Poe—, pero, si no averiguo lo que sabes, daré por hecho que tu club social está implicado. —Al decir «club social» hizo un gesto de entrecomillado—. Me importa una mierda lo que tengas montado aquí: es un tema local, pero, como ya están metidos la Agencia Nacional del Crimen, el FBI y otro departamento que no quieres en tu vida, te vendría bien que me vaya lo antes posible.

Black se quedó mirándole.

—Así que la música está a punto de parar y todavía no tengo silla. ¿Es eso lo que me está diciendo, sargento?

—Algo por el estilo, sí. —Suspiró—. Mire, no espero que traicione a un compañero, pero el asesino utilizó esa casa porque sabía que estaba vacía. Necesitamos saber cómo lo supo.

—¿De manera extraoficial?

—¿Ve un boli por alguna parte?

Black no contestó.

—Si usted no está implicado, sí: esto será extraoficial —dijo Poe.

—Vale, ese edificio pertenece a mi… club. De vez en cuando, entre alquiler y alquiler, lo usamos como salón de masajes.

—Siga.

—Un tipo se puso en contacto con uno de mis socios y le dijo que lo necesitaba para un evento puntual. Para recibir a un cliente importante.

—¿Y ese tipo no era uno de los suyos?

Black negó con la cabeza.

—¿Y su socio le creyó?

—Sí. Me dijo que no le reconoció, pero que hablaba como uno de nosotros. Asumió que era nuevo y que todavía no los habían presentado. Ya somos unos cuantos.

Poe pensó en lo que acababa de decir Black.

—¿Qué quiere decir con que «hablaba como uno de nosotros»? ¿Como un paracaidista?

—Posiblemente de gorra —dijo Black—. Infantería seguro.

—¿Gorra? —preguntó Melody Lee.

—Gorra de mierda —dijo Poe—. Así es como el Regimiento de Paracaidistas llama a cualquiera que no lleve la boina burdeos.

—O sea…, ¿que son un poco gilipollas?

Poe sonrió. Black no.

—¿Qué le hizo pensar que era de infantería? —preguntó Poe.

—Hizo que mi socio se le acercara poniéndose la mano sobre la cabeza.

—¿Qué diantres significa eso? —dijo Melody Lee.

—Es una señal que usa la infantería para agruparse.

Black asintió.

—Es casi como un seña de identidad.

—O sea, que este hombre es exmilitar… o ha buscado en Internet.

—No sea cínico, sargento. Uno puede fingir ser exmilitar e irse de rositas. Pero no con otro exmilitar. Te pillan de inmediato. Ya lo sabe.

Poe lo sabía. Estar en el ejército daba una actitud, un porte que ya nunca te abandonaba. Él sería capaz de reconocer a un exsoldado en una sala llena de gente.

—Entonces, ¿hizo o dijo algo más que le convenció?

Black asintió.

—Preguntó a mi socio qué tal llevaba los granos del culo.

—Ah, vale —admitió Poe.

Preguntar qué tal estaban los granos del culo a alguien era una forma única de los soldados británicos para interesarse por su salud. No tenía ni idea de dónde venía ni quién la inventó. Simplemente era algo que todos decían.

—Bueno, pues este hombre, que por ahora estamos de acuerdo en que es exmilitar, le dijo a su socio que necesitaba Cranley Gardens. ¿Y ya está? ¿No llamó al jefe para comprobar si podía?

—Conocía algunos de nuestros… métodos —dijo Black—. No dio motivo a mi socio para dudar de él.

—¿Métodos?

Black no dijo nada.

Poe llenó el silencio.

—Si yo tuviera a mi cargo a un grupo de hombres disciplinados, tal vez me gustaría cambiar de contraseña cada día. No referirme a las cosas directamente. Usar palabras como «socio» o «club social».

—O «salón de masajes» —añadió Melody Lee.

—Exacto.

Black asintió.

—Y, aun así, ese hombre parecía uno de nuestro club. ¿Qué le hace pensar eso, sargento?

—Que lo «era».

—Pero yo puedo asegurarle que no. Hemos hecho… averiguaciones, y estamos seguros.

Esta vez fue Poe quien se quedó callado.

Black insistió.

—¿Qué se puede hacer y nunca es una pérdida de tiempo?

—Reconocer el terreno —contestó Poe de forma automática—. Cree que ese hombre, sea quien sea, los estuvo observando lo suficiente para hacerse pasar por uno de ustedes…

Black asintió.

—Acojona, ¿eh?

—Y luego, ¿qué?

—¿Perdón?

—Supongo que, en algún momento, la mujer que limpia sus propiedades llamó para decir que había encontrado un cadáver… —Poe comprobó su cuaderno—. Una tal Paulina Tuchlin.

—Llamó para ver qué hacer, sí.

—¿Y?

—Mi socio me llamó pidiendo instrucciones; una vez que teníamos toda la información, le dijimos que no tocara nada y llamara inmediatamente al 112.

—¿Y ya? ¿No le apeteció pasarse a echar un vistazo?

—No era una de mis chicas ni uno de mis hombres. Aparte de ser propietario del edificio, el club social no estaba implicado. ¿Por qué no íbamos a llamar a la policía?

Poe se terminó el té y la Coca-Cola. Se limpió los labios y se levantó. Melody Lee hizo lo propio.

Le dio su tarjeta a Black.

—Tendremos que hablar con su socio, el que estuvo con ese hombre.

—Yo me encargo —dijo Black—. Pero no les va a decir nada útil. La persona a quien buscan llevaba gorro y gafas de sol envolventes.

—¿Como las que llevan los montañeros? —dijo Poe—. ¿Las que cubren la mitad de la cara?

Black asintió.

—De todas formas, quiero hablar con él.

—Como he dicho, yo me encargo.

Poe se volvió para marcharse, pero entonces se detuvo y se giró.

—¿Qué está haciendo, Jefferson? Usted era chef, uno de los mejores del país.

—Solo intento poner un poco de orden en el caos, sargento. Y me están ayudando unos amigos que piensan igual que yo.

—Tenga cuidado, Jefferson. Por favor, no haga nada que me llame la atención.

—No es nuestro estilo —contestó Black—. De todos modos, ya se lo he dicho: somos un club social, ¿por qué iba a llamar eso su atención?

28

—Si fuera sensato, Poe…

—No lo soy. Pregúnteselo a cualquiera.

—Pues si lo fuera —repitió Alastor Locke—, soltaría a Hannah Finch y se guardaría este favor.

Poe estaba de vuelta en Durranhill. Locke y él estaban iniciando su danza. Nada más llegar, Poe le había llevado a una sala de interrogatorios. Como era de esperar, Locke le pidió que pusiera en libertad sin cargos a Finch.

—Acháquelo a un error administrativo, amigo —dijo, lo cual demostraba que no le conocía en absoluto.

—Déjeme que le explique lo que va a pasar, Alastor —dijo Poe—. Dentro de unas cuatro horas, presentaré cargos contra la señorita Finch por obstrucción a la justicia, y como no se ha mostrado dispuesta a darnos una dirección, tampoco nos quedará otra elección que retenerla bajo custodia.

—No se atreverá…

—No me quedará otra alternativa, Alastor. No voy a dejar este asunto, y los límites de la custodia antes de presentar cargos están bastante claros. Hannah tiene sus derechos, aunque tal vez preferiría no tenerlos. Solo puedo retenerla durante veinticuatro horas.

—Puedo hacer que le sustituyan, Poe —dijo Locke—. Puedo buscar a alguien menos molesto.

—Puede, pero no lo hará.

—¿Por qué no?

—Porque tengo una foto de ella esposada, y usted sabe que no tendría ningún problema en compartirla.

Locke se quitó una mota imaginaria de polvo de la solapa.

—¿Ha oído la frase *Quis custodiet ipsos custodes*, Poe?

—Sí.

Significaba «¿quién vigila a los vigilantes?».

—¿Y no la ve aplicable en este caso? ¿No cree que pueda estar extralimitándose en su jurisdicción?

Poe se cruzó de brazos sin decir nada.

—Desde luego, es usted la roca de Prometeo, Poe —dijo Locke—. Muy

bien, ¿qué es lo que quiere?

—Quiero las pruebas que se llevó Finch.

—Ella no responde ante mí.

—Alastor, usted es un hombre importante, estoy seguro de que tiene influencia.

—Me adula, Poe.

—¿Ah, sí? Pues me habré expresado mal.

—¿Y si esas pruebas ya no existen?

—Entonces ni usted ni yo podemos hacer nada.

—¿Puedo verla?

—Tómese todo el tiempo que quiera, pero… —dijo Poe mirando su reloj— dentro de tres horas y cincuenta minutos presento los cargos.

—Eso no ayuda, Poe.

—Es que no pretendo que ayude.

—Sea razonable —dijo Locke—. Acabo de enterarme de todo esto. Cuatro horas no es margen suficiente para hacer lo que me pide, ni por asomo.

Poe se quedó en silencio.

—Tengo entendido que podría solicitar doce horas más para decidir si presenta cargos, ¿me equivoco?

—El inspector de guardia puede autorizar que se amplíe la detención, sí —contestó Poe.

—Yo creo que para entonces habremos sido capaces de llegar a un acuerdo.

Poe estaba indeciso. Con doce horas más, Locke podía conseguir las pruebas que le faltaban, pero también era tiempo suficiente para hablar con alguien por encima de él y conseguir que pusieran en libertad sin cargos a Finch. Al final, tomó una decisión práctica. Presentar cargos nunca había sido su objetivo y tampoco ganaba nada con ello. Él solo quería poder meter un poco de presión.

—Le conseguiré esas doce horas extra —dijo—. Eso hace dieciséis en total. Pero quiero las pruebas.

Locke se puso en pie.

—Iré a verla ahora. Vendrá bien una conversación sin café.

—Siéntese, Alastor. Necesito una cosa más.

—¿Qué pasa ahora, Poe?

—¿Por qué no encuentra Tilly ningún registro de Christopher Bierman en Sandhurst? ¿Y por qué no aparece en la base de datos de la Dirección General de Aviación Civil?

Locke suspiró.

—No han tardado mucho.

—¿En qué?

—Tilly tiene razón, Poe. Ningún Christopher Bierman se ha graduado en Sandhurst, ni tampoco estará en la base de datos de Aviación Civil. Pero sí pasó airoso el proceso de evaluación. ¿Qué le dice eso?

—Que antes usaba otro nombre.

—Exacto.

—¿Y cuál era?

—Jack Duncan.

Poe se encogió de hombros. No le sonaba.

—Puede que no conozca el nombre, pero seguro que reconoce el apodo que le puso la prensa.

—¿Ah, sí?

—Capitán Jack.

Entonces todo se volvió un poco más claro.

29

Poe sabía algo del Capitán Jack, aunque tampoco demasiado, solo lo que salió en las portadas de todos los periódicos. Las historias inspiradoras de heroísmo son noticia cuando todo va bien, pero si las sigue tan de cerca una tragedia, se convierten en historias de esas que acaparan la prensa rosa y la seria.

El Capitán Jack era un piloto de helicópteros desaparecido y presuntamente fallecido en combate. Fue derribado durante la Operación Herrick, que es como se conocía al conjunto de las operaciones británicas en Afganistán, por un misil tierra-aire lanzado desde el hombro de un tipo. Se estrelló en un valle inhóspito y apenas accesible. Recuperaron el destrozado cuerpo del copiloto cerca del lugar del accidente. Se había impuesto la teoría de que el Capitán Jack había salido disparado y que después lo habían devorado unos animales carroñeros, o tal vez que lo habían arrastrado los mismos hombres que habían derribado su helicóptero.

Dos meses después, un transporte blindado de personal FV432 que llevaba a Tango Dos-Cuatro, una sección de infantería del primer batallón del Real Cuerpo de Fusileros del Rey, se encontró con una célula aislada de Al Qaeda. Tras un breve tiroteo unilateral, que posteriormente les valdría a todos ellos la Cruz del Mérito Militar, los soldados británicos vaciaron el recinto y encontraron al Capitán Jack encadenado al armazón de una cama. Aparte de las terribles lesiones físicas, y después de presenciar ejecuciones salvajes, incluidas decapitaciones e inmolaciones, había sufrido enormes daños psicológicos. Flaco como un espantapájaros, había sobrevivido comiendo cosas que hasta los insurgentes famélicos se negaban a comer.

Según los documentos hallados por Tango Dos-Cuatro, una semana después se había programado trasladarle con un grupo todavía más fanático de Al Qaeda, que retransmitiría en directo su decapitación.

Le llevaron al hospital de campaña de Camp Bastion. Había perdido una tercera parte de su masa corporal y tuvieron que extirparle uno de los riñones, pero se estabilizó y salió de peligro.

El país se estremeció de júbilo. Era un héroe legítimo, en claro contraste con los insulsos aspirantes a *celebrity* por los que se peleaban

los medios. También era una buena noticia, algo poco habitual desde una zona problemática como esa.

Pero entonces una tragedia sumió al país en la tristeza.

Dos días después del rescate del capitán Jack, Tango Dos-Cuatro se extravió adentrándose en una zona «caliente», aún no liberada. Ya fuera en venganza por sus camaradas caídos o por simple mala suerte, un artefacto explosivo improvisado colocado en un vehículo, en este caso una ambulancia llena de Semtex, se estrelló contra el transporte de la sección. A pesar de que los éxitos de Al Qaeda eran cada vez más escasos, esta vez acertaron. El FV432 de Tango Dos-Cuatro estaba obsoleto y apenas se utilizaba en Afganistán, pero, aunque hubieran ido en el Warrior, un vehículo de infantería mucho más blindado, no habrían sobrevivido. Los diez integrantes de la sección, el conductor y el artillero, doce hombres en total, murieron al instante.

—Jack Duncan fue incapaz de aguantar el sentimiento de culpa ni la fama —dijo Locke—. En cuanto se recuperó de las heridas, abandonó el ejército. Se mudó a Estados Unidos y creó un negocio de transporte ejecutivo con un piloto norteamericano que había conocido en Camp Bastion. Cambió de nombre y solicitó la doble nacionalidad.

—¿Y por qué no se me ha informado de esto?

—Procure no tomárselo a pecho —dijo Locke.

—Yo me lo tomo «todo» a pecho.

—Contarle la antigua identidad de Bierman parecía ir demasiado lejos.

—Quiere decir que no querían mancillar a un héroe nacional. Superviviente de Al Qaeda, asesinado a golpes en un burdel de mala muerte de Carlisle.

—En efecto —contestó Locke—. Nos pareció que podría mancharse el nombre de un buen hombre cuando no sabíamos realmente lo que había pasado. La prensa aún no se había fijado en el caso, y su historia no tiene nada que ver con el asesinato.

—Eso usted no lo sabe. Es imposible que sepa lo que puede estar relacionado con el caso. Por eso lo estamos investigando. Por eso analizamos las pruebas y por eso lo enfocamos desde todos los ángulos posibles. ¡Nosotros «no» valoramos la relevancia basándonos en lo vergonzoso que podría ser!

Locke arqueó las cejas.

—Al menos, yo no lo hago —añadió Poe bajando la voz.

—¿Qué tal van con la investigación?

—No muy bien.

—¿Cree que puede ser lo que parece? ¿Que Christopher Bierman tenía apetitos que no conocían ni su mujer ni el panel de evaluación, ni siquiera su propio socio?

—Mañana se practicará la autopsia. Espero averiguar más —dijo Poe.

—Pero usted lleva mucho tiempo haciendo esto. ¿Qué le dice su

instinto?

—No estoy ni mucho menos preparado para contestar a esa pregunta, Alastor.

Una vez que Locke se hubo marchado, Poe se frotó los ojos y estiró los hombros. ¿Cambiaba algo la antigua identidad de Bierman? Desde luego, aumentaba la presión. Por ahora, lo mantendría entre Melody Lee, Bradshaw y él. Si se corría el rumor, la prensa se lanzaría sobre el caso como buitres. Pero tampoco creía necesario cambiar de estrategia. Tenía un hombre en un burdel que no debería conocer, y un asesino que se había esmerado en saber cuándo se quedaría vacío.

Todo lo demás era accesorio en el caso, y la clave radicaba precisamente en evitar que le distrajera lo secundario. Cogió su teléfono y envió un mensaje a Bradshaw preguntándole si seguía en el edificio y si le apetecía tomar un té.

Lo estaba y accedió.

Bien. Le pediría que elaborase un perfil completo de Christopher Bierman / Jack Duncan mientras él asistía a la autopsia. Podría explicárselo en cuanto volviera.

Le esperaba un día movidito, pensó. Estelle Doyle jamás le había decepcionado. La patóloga siempre encontraba algo útil. Con un poco de suerte, Alastor Locke habría dado con las pruebas robadas por Hannah Finch.

Le esperaba un buen día.

30

A la mañana siguiente, la conversación discurrió así:

—Tilly, tú quédate a terminar el perfil de Christopher Bierman; Melody Lee y yo iremos a la autopsia.

—No, Poe.

—¿Cómo que no?

—Que voy contigo.

—Es solo la autopsia, Tilly, y necesitamos ese perfil.

—Terminé el perfil anoche. Puedo explicártelo mientras vamos de camino.

—Pero para ti es perder el… —Y entonces se detuvo. Recordó todas las discusiones que habían tenido—. No tiene sentido que te lo discuta, ¿verdad?

—Ninguno, Poe.

—De acuerdo, pues ven.

—Bien. Estelle Doyle y yo tenemos que ponernos al día en muchas cosas.

—Pero si os habéis visto una sola vez…

—Nos escribimos regularmente.

—¿Y de qué demonios habláis?

—De ti.

—¿De mí?

—Sí, Poe. Le gusta saber cómo estás —contestó Bradshaw—. Le pareces interesante.

—¿Interesante? Y eso, ¿qué quiere decir?

—Digno de interés, Poe.

—Sé lo que significa la palabra, Tilly. Quiero decir que qué es lo que le parece interesante en mí.

—No lo sé, Poe.

—Seguro que quiere que le deje mi cuerpo cuando muera. Siempre dice que mi cadáver será digno de estudio.

—Seguro que es eso, Poe.

—No lo es, ¿verdad, Tilly?

—Has limpiado el parabrisas. Ya era hora, estaba harta de ver todos esos bichos.

—Bien ahí, cambiando de tema —dijo Poe—. Y no lo he limpiado yo. Lo hizo un hombre en Scarness Hall llamado Lewis Barnes. Le pirran los coches, pero no puede sacarse el carné de conducir porque tiene una ligera discapacidad. Hasta me limpió las llantas. Buen tío.

—¿No crees que nadie de allí asesinara a Christopher Bierman?

—No. No sé por qué le mataron, pero sí que no fue algo casual. Y todos los empleados de Scarness Hall ya trabajaban allí antes de que se anunciara la cumbre.

Media hora después, Poe iba por la A69 de camino a ver a la forense más peculiar del país, acompañado por la persona probablemente más inteligente del país y una agente del FBI que había reducido a Steeleye Stan con un bolígrafo.

Sonrió.

El día no iba a ser aburrido.

31

Gracias a la insistencia de Estelle Doyle, el Royal Victoria Infirmary de Newcastle presumía de una morgue de vanguardia. Les hicieron pasar directamente a la zona de observación. Hacía fresco. Todas las salas de autopsia estaban a baja temperatura, pero aquella se había diseñado para que el aire frío fluyera desde la zona limpia donde se encontraban hacia las zonas sucias como el depósito de cadáveres y las salas de autopsia.

Poe notó un cambio en la presión del aire en la nuca. Alguien había abierto una puerta. Tres segundos después, Estelle Doyle apareció en la sala de autopsias. Detrás de ella iba su equipo, los hombres y mujeres que fotografiarían y documentarían el procedimiento, que pesarían y medirían los órganos, que girarían el cuerpo y cogerían muestras.

—Ah, Poe —dijo ella—. Por fin estás aquí.

—Son solo las ocho y media. Esto no empieza hasta las nueve. Llegamos media hora temprano.

—No soy agricultora, no creo en el horario de verano británico; ya deberías saberlo, Poe.

Poe hizo una mueca. Sí que lo sabía. Por alguna razón, cuando los relojes se adelantaban en marzo, Estelle Doyle seguía trabajando de acuerdo con la hora del meridiano de Greenwich. Una vez le preguntó por qué, pero su única respuesta fue: «Tú eres el policía, dale una vuelta».

—¿Habéis empezado sin nosotros? —dijo él.

—¿Tú qué crees?

La verdad, no lo parecía. Ella seguía vestida de ropa de calle, con unos vaqueros modernos y ajustados, chaqueta de cuero burdeos y unos tacones que, de no haber estado en la zona de observación, ligeramente elevada sobre la morgue, la habrían hecho más alta que él. Desde la última vez que la había visto, se había cortado la melena de color azabache y ahora llevaba la parte de arriba como en punta, elegante pero lo suficientemente *funky* como para ir con su estilo. Su cuello era pálido y fino, sus ojos azul oscuro parecían charcos de tinta, y su boca, un tajo carmesí. Poe notó que se estaba ruborizando. Siempre le pasaba lo mismo con Estelle Doyle, siempre. Le afectaba a un nivel primario, no

podía controlarlo.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, Poe? —dijo Estelle.

Su boca se retorció ligerísimamente. Poe estaba seguro de que estaba reprimiendo una sonrisa.

—Bueno, tal vez se te ocurra algo inteligente que decir mientras le meto mano a tu víctima.

Poe se olvidó de Estelle Doyle como persona y se centró en ella como científica en cuanto hicieron la primera incisión en el cadáver de Bierman. Empezó a hablar dirigiéndose a la grabadora digital de la sala, aunque con un lenguaje claro. Bradshaw tenía su portátil abierto, pero Poe no sabía si estaba tomando apuntes o jugando, porque la última vez que estuvo allí casi acaba vomitando. Melody Lee se estaba bebiendo un café mientras miraba el móvil. Poe se preguntó a cuántas autopsias habría asistido.

Empezó por la ropa de Christopher Bierman. La cortaban con cizallas en vez de quitársela. Así había menos probabilidades de perder pruebas. Un hombre con la nuez pronunciada llevaba a cabo las tareas manuales, pero solo cuando ella se lo indicaba. La autopsia era responsabilidad de Estelle Doyle y solamente suya. Pensó en pedirle que se fijara en los pies, pues quería saber por qué un zapato tenía un nudo doble y el otro no, pero al final no lo hizo.

—Es una zona de observación, Poe, no una galería para que participe el público —le había dicho ella en cierta ocasión.

Tampoco fue necesario. Ella misma notó la anomalía, pidió que hicieran fotos de cerca, y después le quitó los zapatos. Dejó ambos nudos intactos. No comentó nada. Doyle trabajaba con hechos, no con suposiciones: el que los zapatos estuvieran atados con lazadas distintas era un hecho, el «porqué» era jurisdicción de Poe, no suya. Ella le daría todas las pruebas sólidas que pudiera, pero no le plantearía hipótesis.

Con Bierman allí desnudo, la imagen de lo ocurrido en Cranley Gardens se volvió menos confusa. Puede que las devastadoras heridas en el cráneo fueran lo que le mató, pero, antes de que le asestaran los golpes letales con el bate, le habían torturado.

—Dios santo —dijo Melody Lee.

—A este hombre le han dado una buena paliza —apuntó Doyle.

—Eso ya lo veo —dijo Poe.

—No, Poe, no me has entendido. No estoy hablando de las lesiones nuevas.

—Ya lo sabía. Lo ocurrido en Carlisle no fue su primer calvario. Háblame primero de las heridas viejas.

Doyle arqueó las cejas, pero no le preguntó qué sabía. Encendió un monitor en la zona de observación y, sosteniendo una cámara, empezó a explicarles lo que iba examinando.

—En la pantalla, pueden ver marcas de heridas por compresión, cortes y huesos rotos, todos ellos curados. Todas las cicatrices externas son plateadas y lisas. A juzgar por las callosidades alrededor de los huesos rotos, se produjeron hace unos cuantos años. ¿Encaja eso con lo que no puedes contarme, Poe?

—Sí. Cuando le abras, verás pruebas de desnutrición y que le falta un riñón. Háblame ahora de las heridas recientes. Solo hemos visto las de la cabeza.

Doyle bajó con la cámara lentamente hacia las lesiones nuevas. Eran espantosas. Bierman tenía las piernas, los brazos y el torso cubierto de hematomas amoratados como si fuera un sarpullido. Algunos eran pequeños y redondos; otros, cuadrados y encadenados. Los circulares estaban fundamentalmente alrededor de las articulaciones y las espinillas, los cuadrados, en las zonas más blandas. La parte carnosa debajo del bíceps había sufrido un castigo especialmente furibundo. Poe hizo una mueca de dolor: sabía cuánto dolía esa zona.

—¿Tenazas para los moratones cuadrados? —dijo Poe.

—Los encadenamientos apoyarían el uso de una herramienta pequeña de agarre —dijo Estelle Doyle.

—¿Y los redondos con un martillo de bola?

—Posiblemente. Con algo redondo seguro. Cuando un hueso limitaba la profundidad del golpe, como aquí, en las espinillas —movió la cámara hacia las piernas de Bierman—, el tamaño de las lesiones es uniforme.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Que usó el mismo instrumento.

—Y la punta redonda tendría menos probabilidades de romper la ropa de la víctima —dijo Poe—. Si el asesino necesitaba ganar algo de tiempo antes de que descubriéramos que le torturó, supongo que mantener las pruebas ocultas bajo la ropa de Bierman era una buena manera de hacerlo.

—Hay otra cosa, Poe —dijo Doyle. Volvió a colocar la cámara en su posición fija encima del cuerpo—. Si te fijas, destrozó los codos y las rodillas del señor Bierman —dijo, apretándolos con un dedo—. Parecen casi gelatina. También le reventó el tobillo izquierdo.

—¿El derecho no?

—No. Por lo que veo, está intacto.

—El pie derecho era el que tenía el zapato con la doble lazada.

—Ya —dijo ella—. Me pregunto…

Fue hasta el ordenador y abrió una foto del tobillo derecho. La misma imagen apareció en el monitor de la zona de observación. Poe desvió su atención de la acción en directo a la pantalla. Doyle amplió la imagen y después la cerró. Luego abrió otra: era un primer plano de los dedos del pie. Una vez más, amplió la imagen.

—Ahí está —dijo.

Volvió junto al cadáver, cogiendo una lupa de camino. Apartó el

pulgar y el dedo índice del pie derecho.

—Haz una foto aquí, por favor —le dijo al asistente de la nuez protuberante.

Poe apartó la cara para evitar que el flash le deslumbrara.

Doyle se quedó estudiando la imagen en la cámara digital.

—Amplíala y súbela para que la vea Poe, por favor.

Una imagen apareció en el monitor. Poe la estudió. Melody Lee también.

—¿Qué demonios es eso? —dijo ella—. ¿Un lunar diminuto?

—Es una herida de perforación —contestó Doyle—. Tendré que analizarlo, pero me sorprendería si no se la hubieran hecho con una aguja hipodérmica.

—¿Qué razón podría tener para hacer algo así? —dijo Poe, que normalmente intentaba evitar hacer preguntas que sabía que Doyle no contestaría.

Para su sorpresa, esta vez sí respondió.

—En realidad, cuadra con algo que encontré en su analítica. Vi irregularidades en dos enzimas que sugieren que tenía metilfenidato en la sangre.

—¿Y qué es eso?

—Probablemente lo conozcas por su nombre comercial, Ritalin.

—¿Ritalin? ¿Y por qué tendría eso en el organismo?

—Por ninguna razón médica —contestó—. A no ser que tuviera TDAH.

—Era piloto de helicóptero.

—Entonces no. Pero le inyectaron algo directamente en el músculo entre los dedos del pie, y la única anomalía que ha salido en su analítica es el metilfenidato. Luego pondré una lupa de cúpula sobre la herida, pero yo calculo que le hicieron este agujero con una aguja hipodérmica de calibre veinticuatro. Son muy pequeñas, de las que solo se usan en pediatría.

—¿Una aguja para niños? ¿Por qué tan pequeña?

—No soy quién para decirlo. Pero no hay ninguna razón médica para usarlas. Bierman era un adulto sano con venas sanas. Podría haber aguantado una aguja más grande.

—Pero sí hay una razón «criminal» para usarla —dijo Melody Lee—. Una vez oí algo parecido en Washington. A una víctima de la mafia le inyectaron adrenalina durante un interrogatorio. Le pusieron un soplete en los huevos y usaron la adrenalina para mantenerle despierto. Se los dejaron churruscaditos. Y usaron una aguja enana para ocultar que tenían a un médico en nómina.

Poe hizo una mueca de dolor.

—Lo cual encaja con el uso del metilfenidato —dijo Doyle—. Hoy en día, los neurocientíficos están a favor de usarlo para reanimar a los pacientes después de cirugía. Reduce varias horas el estado de

adormecimiento.

—Si se inyecta a una persona que está inconsciente, ¿la despertaría? —dijo Poe.

—Incluso podría evitar que se quedara inconsciente.

—Entonces fue un interrogatorio, no tortura. Llegado el momento, le mató rápido. La motivación principal del asesino no era causarle dolor.

—Ese era el medio para conseguir un fin —dijo Melody Lee.

—Exacto.

—Y si le clavaba la aguja entre los dedos del pie, cabía la posibilidad de que el forense lo pasara por alto.

—No esta forense —murmuró Poe.

—Gracias, Poe —dijo Doyle suavemente.

Le miraba de un modo extraño.

Poe trató de centrarse. No era el momento de averiguar qué le pasaba a la Forense Pálida. En cuanto pudiera, la llamaría, pero ahora mismo tenía que recobrar la compostura. El uso de Ritalin lo cambiaba todo. Sugería que Bierman conocía información que alguien quería tener.

Si averiguaba qué era, estaría un paso más cerca del asesino.

—Ya he terminado, Poe —dijo Estelle Doyle, lavándose las manos en una de las grandes pilas—. Supongo que querrás mi informe lo antes posible.

—Por favor.

—Pues lo haré esta noche.

—Gracias. —Se volvió hacia Bradshaw y Melody Lee—. ¿Estamos?

—No tan rápido, Poe —dijo Doyle—. Si voy a trabajar esta noche, lo mínimo que puedes hacer es invitarme a comer. Tengo una reserva en un italiano cerca de aquí. Hacen unos *spaghetti alle vongole* tremendos.

Poe se quedó mirándola confundido.

La expresión de ella se suavizó.

—Espaguetis con almejas, Poe. No te matarán.

—A Poe no le gusta la pasta, Estelle Doyle —dijo Bradshaw—. Dice que no sabe a nada y que al día siguiente no va bien al baño.

Poe suspiró. De vez en cuando, Bradshaw parecía normal, pero no duraba mucho.

—Te lo dije «en confianza», Tilly —dijo él.

—Uy, perdón…

—Pues tal vez sus intestinos sean capaces de aguantar una sopita —dijo Estelle Doyle, sonriendo.

—Tampoco le gusta la sopa. Dice que no es más que una ensalada húmeda.

Melody Lee soltó una carcajada.

—¡Genial!

Poe estaba a punto de decir que no tenía tiempo, pero se lo pensó

mejor. Estaba claro que Doyle tenía algo *in mente* y no le importaría averiguar qué era. Si aún no estaba preparada para compartirlo con él, una hora hablando sobre ello tampoco sería una pérdida de tiempo. Doyle tenía una mente como la de Bradshaw, y ahora mismo cualquier ayuda le vendría bien.

—Te invito a comer con una condición, Estelle.

—Uy, qué bueno…

—Que no me cuentes que los cadáveres pueden tirarse pedos, que les crece pelo, que se les eriza la piel o que pueden tener hasta orgasmos.

—Te pro…

—Y que no me expliques por qué no se debería usar corazones en las tarjetas de San Valentín.

—¿Por qué no deberían usarse corazones, Estelle Doyle? —preguntó Bradshaw antes de que Poe pudiera pararla.

—El color universal del amor es el rosa, Tilly —contestó—. Pero los corazones están cubiertos de grasa epicárdica y son amarillos.

—Entonces, ¿qué cree que deberían poner en las tarjetas de San Valentín?

—La vulva.

—¡Caramba! —dijo Bradshaw ruborizándose.

Poe también. Lanzó una mirada elocuente a la forense.

Sus ojos centelleaban. Hizo el ademán de cerrarse los labios con cremallera.

—¿Hace un italiano? —le dijo a Melody Lee y Bradshaw.

Melody Lee levantó brevemente los ojos de su móvil.

—Yo me podría comer un *risotto*, sí. —Lo pronunció *ris-sot-to*.

—La agente especial Melody Lee quería ver la Puerta Negra y la muralla del castillo —dijo Bradshaw—. ¿Verdad que sí, agente especial Melody Lee?

—¿Qué? Ah, sí, eso que íbamos a…, o sea, sí. La muralla. En Estados Unidos no tenemos cosas tan antiguas.

—¿En serio? —dijo Poe—. ¿Quiere ver el castillo?

—Sí, ¿por qué no?

—Cuando pasamos por delante del castillo de Carlisle en el coche el otro día, apenas lo miró…

Se encogió de hombros y volvió con su iPhone.

—Le prometí que la llevaría, Poe —dijo Bradshaw.

—… Y cuando sugerí que fuéramos a visitar la abadía de Shap, recuerdo perfectamente que me dijo que dejara de vivir en el pasado.

—He cambiado de idea. Ahora me gusta la historia.

Le estaba mirando fijamente. Algo pasaba, algo que todas sabían y él no.

Sonó su teléfono. La pantalla decía que era el sargento Rigg. Alastor Locke debía de haber llegado. Poe apretó el icono verde.

—Me temo que son malas noticias, Poe —dijo Rigg.

Se las contó.

—¿Que ha hecho qué? —gritó Poe. Miró su reloj—. ¡Joder! Dentro de una hora estoy ahí.

Estelle Doyle miró a Bradshaw y suspiró.

—Quizá la próxima vez, Tilly.

32

—Cuéntamelo otra vez —dijo Poe—. Y no te dejes nada.

Estaban volviendo a toda prisa a Carlisle. Poe acababa de llamar a Rigg indicándole que estaba en el manos libres de su BMW.

—No sé nada más de lo que te dije hace diez minutos —dijo Rigg—. Hannah Finch ha salido en libertad bajo fianza. Órdenes de la jefa de policía.

—¿Y por qué demonios ha hecho eso?

—No me lo dijo, Poe. Me sorprendió, la verdad: es como si no tuviera la necesidad de explicarme los motivos. Y se te acababa el tiempo.

—Deberíamos haber presentado cargos y dejarla en prisión preventiva, o alguien tendría que haber ido a los juzgados de Carlisle a pedir una prórroga de la custodia.

—Estoy contigo —dijo Rigg—. Pero he hablado con la comisaria Nightingale y ella cree que alguien ha presionado a la jefa. Me da la sensación de que ninguna de las dos estaba de acuerdo con la decisión. Y tampoco es que hayan hecho borrón y cuenta nueva: está en libertad bajo fianza, pero tendrá que presentarse ante el juez.

—Ya, pero ya le hemos visto el pelo. Y ni siquiera sabemos su verdadero nombre. ¿Cómo demonios vamos a conseguir una orden de detención si ni siquiera vuelve?

—Siempre puedes publicar la foto que le sacaste esposada —dijo Rigg.

—No voy a hacer eso. Han sido más hábiles que nosotros. Publicar la foto sería venganza.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Poe no había dejado de pensar en eso desde la llamada de Rigg. No lo veía claro. Soltó un gruñido mientras reducía la velocidad para adelantar a un jinete con su caballo (en su opinión, un animal que se asusta con el ruido de una bolsa de patatas vacía no debería circular por una carretera) y volvió a acelerar.

—Necesito tiempo para pensar —dijo por fin—. Te veo en breve.

—¿Cree que Locke está detrás de todo esto, Poe? —dijo Melody Lee.

—O él o alguien como él. Es curioso, de veras pensé que decía la verdad. Que averiguar lo que ocurrió era más importante que proteger a los suyos.

—Es un espía, Poe. Dudo que haya dicho una sola verdad desde que tenía catorce años.

Poe asintió. Probablemente tenía razón.

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo—. Ya no tiene sentido volver a Durranhill. Alastor Locke no estará allí con las pruebas que faltan y tampoco quiero cruzarme con la jefa de la policía estando de este humor. Vamos a mi casa y echamos un vistazo a todo juntos. Comemos algo y vemos si se nos ocurre un enfoque nuevo.

33

Herdwick Croft se aferraba a Shap Fell como si alguien estuviera intentando robarla. Abandonada durante doscientos años antes de que Poe la comprase y la restaurase, era un edificio chato y feo de piedra rugosa maltratada por el clima y de pizarra manchada de musgo. En invierno era fría como una despensa, y en verano, cálida como un invernadero, y el olor a oveja lo impregnaba todo, como ecos perfumados de los tiempos en que el rebaño se refugiaba en el piso de abajo mientras el pastor dormía arriba.

A Poe le encantaba. Era como si toda su vida hubiera culminado en el momento en que descubrió y empezó a amar Shap Fell y Herdwick Croft. Y ahora alguien quería arrebatárselas. Suspiró. Ya no estaba en sus manos. O el juez estaba de acuerdo con Bradshaw, o no.

El cazo de agua hirviendo le sacó de aquel momento de introspección tan poco habitual en él. Escogió tres tazas de su colección, todas ellas melladas y manchadas de tanino. Una vez le dijo a Bradshaw que las había seleccionado cuidadosamente con el paso de los años, que eran eclécticas. No era así: simplemente las había ido acumulando. En realidad, jamás había planeado nada. Todo cuanto tenía (Herdwick Croft, su amistad con Bradshaw, hasta Edgar) había surgido sin más. Nada había sido decisión suya.

Metió una hedionda bolsita de té en una de las tazas y sirvió café en las otras dos. Melody Lee se le acercó.

—Le gusta la vida sencilla, ¿eh?

Poe hizo una pausa antes de contestar.

—Me gusta la vida tranquila —dijo.

—He estado leyendo su expediente. Su vida no tiene nada de tranquila, Poe. Ha estado metido en bastante mierda.

—Estos últimos años han sido complicados, sí.

—Hablando de lo cual, tengo algo para usted. Una lista de nombres.

A Poe se le secó la boca. Al resolver el caso del Procurador también había defendido a Melody Lee y su teoría sobre el asesino. Y cuando ella pudo volver por fin de su exilio profesional, le dijo que si alguna vez necesitaba un favor…

Hacía un par de años, Poe había descubierto que el hombre que le crio

no era su padre biológico. Este honor era del que violó a su madre en una fiesta de la Embajada británica en Washington. Su madre abandonó a Poe y a su padre antes de que el rostro de su violador se reflejase en la cara de su hijo; hasta le puso el nombre de la ciudad donde fue concebido como recordatorio de que tenía que marcharse. Para cuando Poe se enteró de todo, ella había muerto en un atropello con fuga. Poe había pedido a Melody Lee que le consiguiera la lista de invitados de la fiesta en la embajada.

—Solo he podido conseguir la parte norteamericana —dijo—. Puede que los británicos tengan la lista completa en algún sitio, pero no tenemos acceso a ella.

Poe asintió agradecido.

—Es más de lo que tenía esta mañana —dijo—. ¿Puede enviármela a mi correo privado?

—Claro.

Poe miró hacia la puerta. Bradshaw seguía fuera.

—No le diga nada a Tilly —dijo—. Todavía no lo sabe.

Se quedaron en un silencio cómodo. A Poe le caía bien Melody Lee. Era su equivalente en el FBI: una paria demasiado útil como para prescindir de ella. No le sorprendía que le hubieran asignado el puesto de enlace. Sospechaba que sus superiores estarían encantados de librarse de ella durante un tiempo.

34

Una vez acabados los sándwiches y las bebidas, se quedaron fuera y abrieron sus carpetas.

—Vamos a hacer un resumen —dijo Poe—. A ver qué es lo que sabemos antes de meternos en lo que no sabemos.

—Yo tomo apuntes, Poe —dijo Bradshaw—. Puedo cotejarlo con mis datos para cerciorarnos de que lo hemos cubierto todo.

—Bien. —Sacó una fotografía de la víctima y la puso sobre la mesa—. Christopher Bierman, también conocido como capitán Jack Duncan. Una noche sale de la burbuja de seguridad de Scarness Hall y doce horas más tarde se le halla muerto. La casa donde se le encuentra había sido utilizada como burdel temporal, porque eso es lo que se lleva ahora, aparentemente, pero en ese momento estaba temporalmente vacía. El homicidio es denunciado por Paulina Tuchlin. Paulina trabaja como…, es…

—*Limpialefas*.

—Sí, gracias, agente especial Lee. Paulina limpia los burdeles y los prepara para los inquilinos cuando no están ocupados. El burdel pertenece a una banda criminal nueva y muy organizada que ha aprovechado el vacío dejado por la caída del anterior jefe del crimen. Jefferson Black, exparacaidista, está al frente de la banda y la mayoría de sus integrantes son exmilitares. A juzgar por los tatuajes que vimos, todos ellos vienen de los cuerpos con dientes.

—¿Qué son los cuerpos con dientes, Poe?

—Infantería y tanques, Tilly. Las unidades que entran en combate directo.

Bradshaw lo apuntó.

—Después de hablar con Jefferson Black, llegamos a la creencia de que el asesino se infiltró brevemente en la banda para obtener acceso a la casa vacía de Cranley Gardens. De algún modo condujo a Bierman hasta Cranley Gardens, donde le interrogó, y casi con toda seguridad le administró Ritalin para mantenerle consciente mientras lo hacía. Luego le mató.

Bradshaw levantó la mano.

—Tilly…

—¿Ha tomado declaración el sargento Rigg al hombre que le dio las llaves de Cranley Gardens?

—Sí. Y me temo que no nos ha ayudado nada. Confirmó que el hombre llevaba gorra y gafas envolventes, y, dada la naturaleza de sus negocios, lo hicieron lejos de las cámaras de videovigilancia, por costumbre. Lo único que sí cabe mencionar es que Jefferson Black cree que el asesino es un exmilitar británico. Dice que su socio también es exparacaidista y que, si fuera un farsante, lo habría notado.

Poe cogió otro documento: un pantallazo de la *live photo* que el agente Nathan Wilkes tomó antes de entrar en el dormitorio de Cranley Gardens. Bradshaw la había retocado todo lo posible, pero seguía estando borrosa.

—En esta foto hay cinco objetos sobre la repisa. Paulina jura que solo debería haber cuatro.

Poe abrió su móvil y buscó la foto de Hannah Finch esposada.

—Hannah Finch, agente del MI5 y una imbécil redomada, obtiene permiso para entrar en la escena del crimen antes que la policía científica. Asegura que era para cerciorarse de que no había nada comprometedor relacionado con Christopher Bierman. Por razones desconocidas, se lleva el quinto objeto que había sobre la chimenea. Podemos suponer que al cogerlo dejó un hueco en las manchas de sangre y limpió la repisa. Hago que detengan a Hannah Finch y creo haber conseguido que devuelvan el objeto presionando a su jefe, Alastor Locke.

—Y entonces la jefa de policía la deja en libertad —dijo Melody Lee —. Menuda gilipollas…

—El caso es que normalmente no lo es, lo cual significa que la están presionando —apuntó Poe. Miró sus notas—. ¿Me dejo algo, Tilly?

Bradshaw miró a Poe. Luego a Melody Lee.

—¿Qué es lefa?

35

Después de rellenar las tazas, Poe dijo:

—Bueno, pues ya hemos repasado lo que sabemos. ¿Qué tal si pasamos a lo que no sabemos? Concretamente, ¿qué no sabemos y podríamos saber?

—He estado haciendo una lista, Poe —dijo Bradshaw.

—Adelante, Tilly.

—¿Por qué fue asesinado Christopher Bierman? ¿Fue por casualidad o le eligieron?

—Si fue por casualidad, el autor está más loco que las gallinas —dijo Melody Lee.

—Era justo lo que estaba pensando —dijo Poe—. El asesinato de Bierman fue extremadamente violento, pero, ahora que se ha hecho la autopsia, sabemos que no fue caótico. Lo hizo en dos fases distintas: primero le torturó y luego le mató. Y suponemos que le interrogó antes de matarle.

—¿Por qué? —dijo Bradshaw—. ¿No crees que pudo ser cosa de un sádico?

—Los golpes en la cabeza fueron metódicos, sistemáticos y letales —dijo Poe—. Si fuera un sádico, dudo que le hubiera matado tan rápido.

Bradshaw tomó nota.

—Se esmeró en conseguir una propiedad vacía con vecinos acostumbrados a mirar hacia otro lado, y le puso una vía para mantener a Bierman despierto. Eso nos dice que el asesino lo controlaba todo en todo momento. No me estoy pasando, ¿verdad?

—Me está leyendo el pensamiento, Poe —dijo Melody Lee.

—Los norteamericanos están seguros de que ni Bierman ni su socio Patrick McDaid sabían nada que pudiera poner en peligro la seguridad de la cumbre —continuó Poe—. Así que, si la información que el asesino quería sonsacarle no estaba relacionada con la cumbre, ¿con qué?

—Voy a crear otra lista —dijo Bradshaw—. ¿Qué información podía tener Bierman que pudiera costarle la vida?

—Sea lo que sea, a juzgar por las lesiones, no la soltó fácilmente. Y, aun así, hay algo que no me encaja en todo esto.

—¿Qué, Poe? —dijo Bradshaw.

—El asesino utiliza el dolor para conseguir lo que quiere. No sabemos de qué se trata, pero tenemos que asumir que es importante para él.

—¿Entonces? —dijo Melody Lee.

—¿Por qué le golpeó después con un bate de béisbol?

—¿Porque no podía dejarle vivo y que le identificara?

—No van por ahí los tiros —dijo Poe—. Ya sabemos que le puso una vía. ¿Por qué no inyectarle una dosis letal de alguna sustancia? En la casa había lejía: podría haber utilizado eso. Más limpia y menos riesgo de transferencias.

—Puaj… —dijo Bradshaw.

—Qué horror, ¿verdad? —dijo Poe.

—No, no es eso. —Señaló por encima del hombro de Poe.

Se volvió a ver qué era.

—Puaj… —dijo Poe.

36

Victoria Hume, la vecina de Poe, venía por la cresta de la montaña, con Edgar tirando de la correa. Llevaba una espina de pescado en la boca. Poe no podía imaginar cómo había llegado hasta Shap Fell, a no ser que una de las águilas pescadoras que vivían en el lago Bassenthwaite se hubiera desorientado mucho.

—Estaba inspeccionando a mis ovejas y vi que estabas en casa —dijo Victoria—. Me he pasado a ver si quieres que te devuelva a Edgar.

—¿Ha estado pescando? —dijo Poe, acercándole una silla.

—Lo siento. No he podido quitársela.

Poe se agachó para quitarle la hedionda espina, pero Edgar le enseñó los dientes gruñendo. A veces era realmente asqueroso.

—¿Cómo va ese rebaño, pastora?

—Sano.

—¿Es usted pastora? —dijo Melody Lee.

—Tengo ovejas; así que sí, supongo que técnicamente lo soy.

—En Estados Unidos no nos gustan demasiado las ovejas. No sé mucho de ellas.

Durante los siguientes minutos, Victoria le explicó todo sobre sus Herdwick. Que eran una raza de montaña muy resistente, traída originariamente por los vikingos. Que, a pesar de que comparadas con otras ovejas eran bastante dóciles, también estaban muy valoradas por su capacidad de sobrevivir alimentándose solamente a base de forraje.

—Están bien incluso aquí arriba —dijo Victoria—. Una vez se me quedaron atrapadas tres días en una tormenta de nieve y se comieron su propia lana para sobrevivir.

Cuando terminó de ensalzar las virtudes de sus preciadas ovejas, varios ejemplares se habían unido a ellas, desafiando la presencia de Edgar, y sin duda atraídas por la hierba nueva que había hecho salir la última tormenta de lluvia. En Shap Fell, la vida no necesitaba grandes incentivos para florecer.

—¿Qué es eso rojo que tienen en el lomo? —preguntó Melody Lee.

—Cera —contestó Victoria—. Es temporada de apareamiento.

Melody Lee se quedó mirándola, confundida.

—Dentro de nueve meses quiero vender corderos de primavera, y eso

significa que los machos no castrados, los que todo el mundo conoce como carneros, tienen que estar en el monte ahora mismo. Les ponemos un arnés con una pastilla de cera que marca a la hembra, y así sé si la han montado.

—Bien pensado…

Bradshaw escuchaba con el ceño fruncido.

Poe se rio.

—A Tilly no le gusta la temporada de apareamiento —dijo—. Dice que es una grosería.

—Simplemente no entiendo por qué tienen que mantener relaciones sexuales delante de mí —dijo ella—. ¿Por qué no se van detrás de un muro o esperan a que se haga de noche?

Melody Lee y Victoria también se echaron a reír.

—¿Qué? —dijo Bradshaw.

—¿Qué tal va el caso? —preguntó Victoria.

—Nos vendría bien un empujón —dijo Poe—. Algo que dé un poco de sentido a todo. En cuanto eso ocurra, estoy seguro de que llegaremos al fondo del asunto.

En ese preciso instante, Edgar ladeó la cabeza, movió las orejas y empezó a ladrar…

37

Poe conocía los ladridos de Edgar. El ladrido de enfado cuando las ovejas se acercaban demasiado a su «terreno», el ladrido excitado mientras perseguía sin éxito a las aves de presa, el ladrido «de recuerdo» cuando tenía hambre y Poe estaba pensando en otra cosa.

Sin embargo, aquel era un ladrido de advertencia. Y le siguió un gruñido largo y grave, con el lomo erizado y la cola tiesa. Alguien venía y el *spaniel* no le conocía.

Poe cogió sus prismáticos del *quad* y miró hacia donde ladraba Edgar. Una figura diminuta apareció. A juzgar por el paso, era un hombre y venía hacia Herdwick Croft.

—No me lo puedo creer —dijo finalmente.

—¿Quién es, Poe? —preguntó Bradshaw.

—Alastor Locke.

—Usted nunca lo pone fácil, ¿verdad, Poe? —dijo Locke cuando por fin llegó a la cabaña. Llevaba otra vez traje de tres piezas, ahora de algodón fino, y una bolsa pequeña.

Poe no contestó.

—Señorita Bradshaw, agente especial Lee, me alegro de volver a verlas. —Miró a Victoria Hume—. A usted creo que no tengo el placer de conocerla, señorita…

Ella dio un paso al frente tendiéndole la mano.

—Soy…

—Ya sabe quién eres, Victoria —interrumpió Poe—. No dejes que te engañe el trajecito ridículo. El tío no es tonto.

Locke sonrió.

—En efecto —dijo—. Victoria Hume. Hija mayor del recién fallecido Thomas Hume, mis condolencias, por cierto, y la vecina más cercana del sargento Poe. Una de las pocas personas en las que confía lo bastante como para considerarla amiga.

—Pero ¿cómo demonios lo…?

—Es un espía, Victoria —dijo Poe—. No te preocupes, solo está fardando.

—Me temo que es una vieja costumbre —dijo Locke, bajando la cabeza, arrepentido—. ¿Podríamos hablar, sargento?

—Como no traiga a Hannah Finch en esa bolsita, dudo que tenga algo que me pueda interesar.

—¿No?

—No.

—¿Ni aunque traiga obsequios? —Puso la bolsa sobre la mesa—. La prueba que faltaba. La señorita Finch quería dársela en persona, pero la convencí de que tal vez no fuera prudente.

—Teníamos un trato —dijo Poe—. O la devolvía esta mañana o se presentaban cargos.

—Poe, no he podido. La señorita Finch se equivocó cogiéndola de la escena del crimen, pero tampoco ha sido temeraria. La tenía a salvo en su casa. Pero no llevaba sus llaves encima, así que he tenido que convencer a su vecino para que me abriera. Luego he tenido que llamar a uno de nuestros… especialistas para que abriera su caja fuerte. Y sí, mientras tanto, me he encargado de que la pusieran en libertad para que su carrera no acabe antes de haber empezado siquiera, pero he vuelto a Carlisle en cuanto he podido. Y me ha llevado otras tres horas encontrar este lugar. A la gente de por aquí no le gusta demasiado hablar de usted, ¿verdad?

Poe no contestó. Aún le escocía lo de Finch.

—Poe, cuando va ganando reconózcalo —dijo Melody Lee.

—De acuerdo —dijo él, cogiendo la bolsa. Era gruesa y negra, parecida a la funda Faraday donde tuvieron que meter los teléfonos cuando fueron a Mánchester.

Abrió la cremallera.

El objeto que Finch se había llevado de Cranley Gardens seguía en una bolsa de pruebas marrón. Poe la colocó para que pudiera verse a través de la ventana. Se quedaron mirándolo, confundidos.

—¿Nada más? —dijo Poe—. ¿Por esto ha arriesgado su carrera Hannah Finch?

—Así es —dijo Locke.

—Pero ¿para qué se molesta?

Locke se encogió de hombros.

Poe la cogió y la miró a la luz de la tarde. No cabía duda de que era el objeto que aparecía en la foto del agente Wilkes.

Pero no era una ardilla.

Y tampoco un conejo.

Era una rata.

Una rata de cerámica.

38

—Sargento, yo he respetado mi parte del trato —dijo Locke—. Quizás ahora esté dispuesto a hacerme un pequeño favor.

Victoria había vuelto a vigilar a sus ovejas, llevándose consigo a Edgar. Bradshaw había desaparecido dentro, diciendo que tenía que comprobar algo, aunque Poe sospechaba que no quería estar presente si Locke y él empezaban a discutir otra vez.

—Primero, cuénteme qué pasó —dijo Poe—. ¿Por qué se llevó esto Hannah Finch? ¿Sabía que debía llevárselo?

—Tal vez no me crea, Poe, pero la señorita Finch es una buena agente que tomó una decisión equivocada. Cuando acudió a la escena del crimen estaba haciendo su trabajo. Tenía que comprobar que el carné de identidad de Bierman no hubiera desaparecido y que no llevara ninguna información comprometida encima.

—Creía que no tenía acceso a ninguna información comprometida…

—Y no lo tenía. En realidad, no. Pero conocía el itinerario de viaje de algunos actores menores. Alguna mente avezada podía averiguar la fecha de llegada de actores de mayor peso estudiando el calendario de viaje del resto.

—Entiendo —dijo Poe.

—Y lo que usted no sabe es que Hannah se encarga de supervisar la seguridad de la cumbre. Es la primera vez que está al mando en algo de este calibre y parece comprensible que esté algo nerviosa. Su primera impresión fue tal y como nos explicó en la sesión informativa de Mánchester: que Bierman fue mal aconsejado sobre dónde buscar el amor. Con eso tenía suficiente. La «cumbre» podía seguir adelante.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Como he dicho, Hannah es una buena agente. Notó que, mientras el resto de las figuras sobre la repisa estaban manchadas de sangre, la rata estaba limpia. Las otras habían sido movidas para colocar la rata. En conclusión: la dejaron sobre la repisa después de morir el señor Bierman, y probablemente lo hiciera el propio asesino.

—Pero eso no explica que se la llevara.

—Le entró el pánico, Poe. Me temo que es así de sencillo. El hecho de que Bierman fuera asesinado a golpes era un escándalo, pero solo para

su familia y sus clientes. Que dejaran una rata allí después de morir él lo hacía extraño. Desde luego, lo suficientemente extraño como para sembrar dudas sobre el móvil del asesinato.

—Y sembrar dudas pondría la cumbre en peligro.

Locke asintió.

—Así que la robó.

—Un error de cálculo.

—Pero ahora hay un hueco en la repisa —dijo Poe—. Y como puso la rata «encima» de la salpicadura de sangre, tuvo que dejar una marca clara.

—Eso es casi exactamente lo que Hannah dijo. Así que, en lugar de sustituirla y dejar que la policía decidiera qué relevancia tenía, ella tomó la decisión que le pareció más práctica: limpió la repisa y volvió a colocar el resto de las figuras.

—Con la esperanza de que no lo notásemos…

—Estupideces de mi profesión, Poe. Los requisitos de acceso a nuestro departamento son más exigentes y los agentes jóvenes dan por hecho equivocadamente que aquellos que no trabajan con nosotros son más estúpidos que nosotros. Me temo que la señorita Finch acaba de aprenderlo por las malas.

—¿Ha manipulado la prueba?

Locke negó con la cabeza.

—Llevaba traje de protección y bolsas de pruebas en caso de encontrar cosas que tuviera que llevarse consigo. —Señaló la rata—. La metió en esta bolsa y desde entonces no ha vuelto a tocarla.

Poe gruñó. No creía que un asesino tan meticuloso hubiera dejado rastros, pero cosas más raras habían pasado. Ya lo comprobaría el equipo de Nightingale.

—Eso sí, no se olvidó de ella, sin más —añadió Locke—. Comprobó todas las bases de datos disponibles de los cuerpos de seguridad en busca de ratas de cerámica dejadas en escenas del crimen.

—¿Y?

—Y no es la tarjeta de visita de nadie ni representa a ninguna organización.

Poe volvió a poner la rata sobre la mesa.

—Ha dicho que necesitaba un favor… —dijo.

—Quisiera que considerase la posibilidad de readmitir a la señorita Finch.

—Ni de coña.

Locke suspiró.

—Poe, le guste o no, necesitamos a gente como Hannah. Es una chica con talento, pero, si pudiera aprender de usted, tiene potencial para convertirse en una agente «excepcional». Enséñele a investigar. Ahora mismo está demasiado obsesionada por la evaluación de amenazas. No tiene sutileza, ni pensamiento lineal. Ayúdele a canalizar sus instintos

naturales. Si lo hace, creo que empezará a ver lo mismo que yo veo en ella.

—¿Y qué es?

—Un recurso. Alguien que va a servir a este país abnegadamente y bien. —Le mantuvo la mirada—. ¿Qué le parece, amigo?

—Que acaba de llenarme la espalda de cera roja.

—¿Cómo dice?

Poe suspiró. Algunas batallas era mejor no librarlas.

—De acuerdo, pero esta vez hará lo que se le diga.

—Fabulosa decisión; no se arrepentirá.

—Creo que ambos sabemos que eso es mentira. Pero dígale que esté en Durranhill mañana, a las ocho en punto.

—Allí estará.

Locke rechazó la invitación a beber algo aduciendo que tenía que volver a Mánchester. Aunque no lo dijo, Poe tenía la impresión de que le fastidiaba haber perdido tanto tiempo con el asunto de Hannah Finch y las pruebas sustraídas.

Melody Lee cogió la bolsa de pruebas y se quedó mirando la rata. Medía unos diez centímetros de alto y era de color vivo. No era exactamente antropomórfica, se parecía más al dibujo animado de Ratatouille que a las que se colaban en el sótano del pub, se meaban en las botellas de cerveza y transmitían a todo el mundo la enfermedad de Weil.

Estaba esmaltada y pintada a mano. Poe nunca había visto una prueba tan vaga.

—¿Qué piensa? —dijo ella.

—Si fuera un pez de cerámica, diría que es un señuelo —dijo Poe—. Creo que la dejaron ahí con el único propósito de complicar la investigación. Una manera de desviar nuestros recursos. Seguramente no tenga ningún significado.

Bradshaw se asomó a la puerta.

—¿Se ha marchado ya Alastor Locke, Poe?

—Sí.

Poe esperó a que volviera a sentarse a la mesa.

—¿Por qué no has salido antes? —le preguntó—. Me habría venido bien tu opinión sobre readmitir a Hannah Finch o no.

—Tenía que comprobar una cosa.

—¿Y has terminado justo cuando se ha ido Alastor Locke?

—No, estaba esperando a que se marchase.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque, como has dicho muchas veces, se me da fatal mentir y ocultar lo que pienso, Poe.

—Cierto, para jugar al póker no vales, Tilly. ¿Y qué es lo que no querías que supiera?

—La rata de cerámica, Poe —dijo, con los ojos encendidos de la

emoción—, ya la habíamos visto.

39

Poe tenía buena memoria. Ni mucho menos tan extraordinaria como la de Bradshaw, pero lo suficientemente buena como para saber que nunca había trabajado en un caso donde hubiera una rata de porcelana. Así se lo dijo.

—No la hemos visto «los dos», Poe —explicó ella—. La hemos visto en la SCAS.

—¿Ah, sí?

—Fue cuando te suspendieron por una falta grave de comportamiento. ¿Te acuerdas?

—No, Tilly, había olvidado por completo que me suspendieron durante año y medio.

—¿De verdad? —dijo ella—. Cuando murió un hombre después de que tú…

—Tú cuéntanos lo de la rata.

—Fue en un caso que la policía de Hampshire pasó a la SCAS, hace casi tres años.

—¿Y dejaron una «rata» junto a la víctima de un asesinato?

—Más o menos.

—¿Qué quieres decir con «más o menos»?

—Tendrás que leer el documento de traslado, claro, y todavía no sé qué relación puede tener con nuestro caso, pero la dejaron en la escena de un robo chapucero. Así lo describió él, no yo.

—¿Quién es «él»?

—El agente Ben Slater. Trabajaba en el equipo de Delitos Graves de la Comisaría Central de Southampton.

Poe frunció el ceño.

—Hannah Finch dijo que había comprobado todas las bases de datos disponibles. Suponía que eso incluía la nuestra aparte de las suyas. ¿Cómo es que no la encontró?

—Porque no está *online*, Poe.

—¿Y por qué no? Creía que hoy en día ya no debería haber nada en papel…

—Así es. —Le lanzó una mirada acusadora—. Bueno, la mayoría ya no lo hacemos.

—Mira, a mí no me *hackean* nunca los archivos…

Por enésima vez, Bradshaw sacudió la cabeza ante lo absurdo de que alguien siguiera usando un archivador.

—En fin —siguió finalmente—, no lo introdujeron en nuestro sistema porque ese mismo día retiraron la solicitud de traslado. Fue directamente a archivos. Y en la prensa no mencionaron para nada a la rata.

—El jefe de investigación se lo ahorraría para evitarse a los pirados.

—Eso es lo que decía el formulario.

—¿Y qué hay de la base de datos de la Policía Nacional? Finch debería haber podido encontrarla ahí.

Su base de datos recopilaba información de más de doscientos sistemas distintos y tenía tres mil millones y medio de informes accesibles. Ocultar información a la prensa era una táctica legítima, pero a la Policía Nacional no.

—No figuraba como una rata, Poe.

—¿Entonces?

—Como un ratón.

—Pero es una rata.

—Estoy de acuerdo contigo, pero es fácil cometer ese error. Aparte del tamaño, no hay gran diferencia entre ellos. Pero que sea una rata o un ratón resulta irrelevante; el hecho es que Hannah Finch pensó que era una rata y no había ninguna en la base de datos de la Policía Nacional. El agente Ben Slater pensó lo mismo, pero ella no tenía acceso a nuestros archivos en papel.

—Y, si no se puede encontrar *online*, ¿cómo demonios la has encontrado tú?

—Cuando empecé a trabajar en la SCAS, me leí todos los expedientes archivados.

—¿Por qué?

—Nuestro trabajo consiste en encontrar patrones. El hecho de que una información ya no sea relevante para el cuerpo de seguridad que la deriva no significa que nosotros no debamos conocerla.

Tenía sentido. La función principal de la SCAS era detectar asesinos y violadores en serie emergentes. Lo hacían a base de unir las pistas más insignificantes, y en el mundo de la inteligencia nacional, lo que para algunos era basura para otros a menudo era un tesoro. El hecho de que un cuerpo descartara algo como inútil no significaba que no acabara siendo la pieza angular de la investigación de otro.

—¿Le dijiste a la inspectora Flynn que había formularios de traslado sin escanear?

—Sí, Poe.

—¿Y qué te dijo?

—Dijo que me faltaba un hervor. Creo que estaba de mal humor.

Seguro que lo estaba; normalmente, Flynn era muy educada. Poe la

echaba de menos. Sabía que trabajaba mejor cuando ella estaba cerca para ayudarle a centrarse. Pero no sabía si volvería. En su opinión, no había nada que cambiara tanto las prioridades de una persona como tener una nueva familia.

En su ausencia, se aseguraría de que todos los expedientes archivados se introdujeran en el sistema. La información era como el beicon: jamás podía haber demasiado.

—Por casualidad no la escanearías tú, ¿verdad, Tilly? —dijo—. ¿No la tendrás guardada en tu portátil?

—¡Desde luego que no, Poe! Habría sido una infracción atroz de la protección de datos.

—Vale, tranquila…, ya lo encontraremos. Tú cuéntanos lo que recuerdes.

Y, por supuesto, se acordaba de todo.

40

—Era un robo a una caja fuerte —dijo Bradshaw—. Unos hombres con máscaras de James Bond sortearon las medidas de seguridad y abrieron la puerta de la cámara acorazada.

—¿No has dicho que fue un homicidio?

—Aparentemente solo les interesaba una caja de seguridad en concreto; cuando se dieron cuenta de que estaba vacía, el que llevaba la máscara de Sean Connery le pegó un tiro en la nuca al que iba de Timothy Dalton.

—Maldita sea —dijo Melody Lee—. Dalton es mi Bond favorito.

Poe se quedó mirándola.

—Qué rara es usted —dijo.

Volvió a mirar a Bradshaw.

—Entonces, ¿fue una pelea entre ladrones?

—Eso parece.

—Entonces, estoy contigo. No veo qué relación puede tener con nuestro caso.

—Aparte de la rata.

—Eso. Sigue.

—Estaba en la caja de seguridad, Poe. Colocada de forma que miraba a la víctima.

—¿Y es la misma rata?

—Hasta que la veamos, no hay manera de saberlo.

—Entonces, ¿puede que no lo sea?

Bradshaw se encogió de hombros.

—¿Estaba ya allí o la dejaron los ladrones?

—El formulario de traslado decía que Sean Connery la puso en la caja de seguridad después de matar a Timothy Dalton.

—¿Y cómo pueden estar seguros? Es posible que la persona a la que iban a robar lo supiera y la dejara como advertencia. Incluso puede que eso explique el significado de la rata. Siempre se ha usado como referencia a los chivatos.

Bradshaw sacudió la cabeza.

—No. Estaba todo grabado en vídeo. Sean Connery llevaba la rata, seguro.

Eso cambiaba las cosas. Habían pasado tres años entre las dos muertes, y ocurrieron en rincones opuestos del país, pero la conexión de la rata era curiosa.

—Vale, estoy oficialmente interesado —dijo Poe—. ¿Qué más sabemos?

—Eso es todo, Poe.

—¿Eso es todo?

—Al final no nos lo pasaron, ¿recuerdas?

—¿Sabemos por qué?

—El agente Ben Slater se había extralimitado en su autoridad. La inspectora Flynn debió de indagar el tema, porque había escrito: «La comisaria Elspeth Yarrow, jefa de la investigación, confirma que fue claramente un robo fallido. Retira la solicitud de que la SCAS se involucre. Se retira la solicitud de trasladar el caso». El comentario de Flynn tenía la misma fecha en que se recibió la solicitud.

Poe frunció el ceño. Algunos jefes de investigación preferían no llamar a la SCAS porque lo veían como una señal de que el caso les quedaba grande. Se preguntaba si ese habría sido el motivo.

—O sea, que se cerró antes de empezar…

—Sí, Poe.

—¿Sabemos si Hampshire cogió a alguien por el homicidio? —dijo.

—Aún está abierto. Eso es lo que estaba comprobando cuando he entrado. He leído sus atestados de casos cerrados, pero me da la sensación de que hablan de boquilla.

—Dicho de otro modo, creen saber quién lo hizo, pero también saben que no se va a resolver.

Se quedó barajando sus opciones. Hablar con la jefa de la investigación era la más evidente, pero no le parecía conveniente. Ella misma había retirado el traslado del caso a la SCAS, de modo que probablemente no le haría demasiada ilusión descubrir que tal vez se equivocó.

Mucho mejor ir directamente al origen.

—Tenemos que hablar con el policía que intentó pasarnos el caso —dijo.

En un cuarto de hora, todo arreglado. Ben Slater los recibiría en su casa a primera hora del día siguiente. Llevaba un año retirado de la policía de Hampshire, pero seguía guardando su propio expediente del caso.

—¿Dónde demonios está Southampton? —preguntó Melody Lee.

—En el sur —dijo Poe.

—Y nosotros estamos en el norte, ¿no?

—A unos ochenta kilómetros de la frontera con Escocia.

—¿Quiere que saque billetes de avión para primera hora? Paga el Tío Sam.

Poe se rio.

—Iremos en coche, agente.

—¿En coche? ¿Cuánto se tarda?

—Unas cinco horas. Seis si pillamos tráfico. Si salimos ahora llegaremos demasiado pronto.

—Viven en un país enano. Lo saben, ¿no?

—Poe, mañana se supone que tenemos una reunión con Hannah Finch —dijo Bradshaw, abriendo su portátil—. ¿Quieres que le envíe un correo diciendo que hay cambio de planes?

—No, gracias.

—Pero has dicho que Alastor Locke quiere que aprenda de ti…

—Lo único que quiere Alastor Locke es tener una espía en el campamento, Tilly.

Bradshaw cerró su ordenador.

—De acuerdo, Poe.

—Con suerte, cuando se dé cuenta de que le hemos dado plantón, ya estaremos en Hampshire.

41

Salieron a medianoche y se turnaron al volante. Había más de quinientos kilómetros hasta Southampton, pero gran parte del camino era autopista. Llegaron físicamente cansados, pero mentalmente frescos.

Como llegaban un par de horas temprano, entraron en una cafetería cerca del domicilio de Slater. Para disgusto de Bradshaw, Poe pidió un desayuno completo inglés. Melody Lee se conformó con un café solo, y ella, con una botella de agua.

—¿No tenéis hambre? —dijo Poe.

—No pienso comer nada en este sitio, Poe —contestó Bradshaw.

—Y este café sabe a ojete —añadió Melody Lee.

—Qué agradable, ¿no? —dijo Poe con la boca llena de judías y de patata—. ¿Está segura de que no puedo tentarla con este…?

Su teléfono sonó. Era un número desconocido.

—Poe —contestó.

—¿Dónde está?

Era Hannah Finch.

—Cambio de planes —dijo él—. Anoche tuvimos que bajar a Southampton. La rata ya apareció en un crimen hace años.

—No. He buscado en todas las bases de datos accesibles y en varias inaccesibles.

—Y, sin embargo, aquí estoy.

Finch hizo una pausa.

—¿Qué me he perdido?

Poe estaba a punto de decir «todo», pero se contuvo. Mientras la grasa se enfriaba en su plato, le habló del caso que quisieron pasar a manos de la SCAS y que al final no se trasladó.

—¿Y Tilly ha sido capaz de recordar todo eso? —dijo ella.

—Cuando la conozca mejor, se dará cuenta de que tampoco es gran cosa.

—No me extraña que Alastor Locke quiera contratarla.

Una vez que hubo colgado, Poe se quedó mirando el plato. La grasa del beicon se había quedado blanca y dura.

—Maravilloso —dijo.

Ben Slater vivía en una casa unifamiliar en Romsey, una ciudad de

mercado a once kilómetros de Southampton. El jardín delantero estaba bordeado por un seto bien cuidado. La hierba estaba verde y recién cortada. Poe vio un aspersor apagado. Los bordes eran una explosión perfumada de color y llena de abejas.

Aparcó detrás de un Volvo picado por el óxido con una pegatina en el maletero que decía: «Prefiero un mal día pescando que uno bueno trabajando».

Era evidente que los estaba esperando, pues la puerta de entrada se abrió en cuanto se bajaron del coche.

Slater era un hombre de aspecto serio, cincuenta y pocos años, y con el pelo canoso muy corto. Vestía unos pantalones de pana color aceituna deshilachados y camisa de algodón clara. Tenía un orzuelo que le hacía llorar el ojo izquierdo y se lo iba secando con un pañuelo de cuadros. Aparte de eso, parecía estar en forma y tener bastantes malas pulgas.

—¿El señor Slater? —dijo Poe.

—Ben —contestó—. Usted debe de ser el sargento Washington Poe…

—Llámeme Poe. Si me llama Washington, nadie sabrá con quién está hablando.

Se dieron la mano. La de Slater era fuerte y curtida como el cuero. Poe notó sus callos en la palma de la mano. Un hombre que disfrutaba haciendo cosas al aire libre.

—Esta es Tilly Bradshaw, también trabaja con la Agencia Nacional del Crimen, y la agente especial Melody Lee, del FBI.

Si Slater estaba sorprendido, no lo parecía.

—Pasen, pasen. El hervidor acaba de saltar y tengo café, té y galletas.

Le siguieron hasta la cocina. La puerta de la nevera estaba cubierta de dibujos infantiles y recordatorios de citas médicas. Uno de los taburetes alrededor de la isleta central tenía una mochila de colegio colgada. A pesar de los accesorios que sugerían una ruidosa vida doméstica, la casa estaba en silencio.

—Le he pedido a la señora Slater que se lleve a los niños a pasar el día fuera —explicó—. Me ha parecido lo mejor.

—Se lo agradezco, Ben —dijo Poe—. Sentimos la intromisión. Intentaremos dejarle en paz para que pueda volver a pescar lo antes posible.

—Tengo todo el día, Poe.

—Esperemos no tardar mucho: solo necesitamos un poco de información sobre el caso de robo en el que estuvo trabajando y que quiso pasar a la SCAS.

—¿Qué es lo que saben?

—Solamente lo que decía el formulario de solicitud. Cosas sueltas que había en la base de datos de la Policía Nacional. Un par de recortes de periódico que hemos podido encontrar.

Slater dejó escapar una sonrisa de cansancio.

—Pues tengo una buena historia que contarles —dijo—. Será mejor

que se sienten, esto va a tardar.

Poe tomó asiento y se inclinó hacia delante.

—¿Qué es lo que no sabemos, Ben?

—Dejaron una rata de cerámica en la escena del crimen, ¿verdad?

Slater asintió.

—Bueno, pues lo que no saben es que la rata es solo la punta del iceberg. En mis treinta años en el cuerpo, jamás trabajé en un caso tan raro como ese.

42

—¿Ven lo que quiero decir? —dijo Slater—. La teoría de la jefa de la investigación de que fue «una pelea entre los ladrones» nunca me encajó. No cuadraba con lo que había en el circuito de videovigilancia.

Acababan de ver la grabación del robo y posterior homicidio del hombre que llevaba la máscara de Timothy Dalton. Se llamaba Terry Holmes. Slater había dejado la policía de Hampshire el año anterior, pero no sin antes hacerse con una copia del expediente del caso, incluida una copia digital del vídeo de la cámara de seguridad. Bradshaw lo guardó en uno de sus ordenadores.

—Ponlo otra vez, por favor —dijo Poe.

No tenía audio, así que lo vieron en silencio. Duraba veintidós minutos. Cinco hombres con máscaras de James Bond entraban en el vestíbulo de la cámara acorazada. El hombre con la máscara de Pierce Brosnan se ponía a manipular la puerta de la cámara. Para ser tan brillante y moderna, tardaba muy poco tiempo en abrirla.

A continuación, la imagen pasaba al interior de la cámara. Los ladrones no sabían que los estaban grabando, o no les importaba. Timothy Dalton se acercaba a una de las cajas fuertes de mayor tamaño, pero se detenía al oír algo que decía Sean Connery. Entonces este sacaba un pedazo de papel del bolsillo y presumiblemente leía en voz alta el número de una caja concreta, porque todos se ponían a buscarla. La encontraba George Lazenby. Pierce Brosnan, el Bond que había abierto la puerta de la cámara, se acercaba a la caja. Después de examinarla rápidamente, rompía la cerradura con una barra. Sin llegar a mirar en el interior, se apartaba de ella y dejaba que Sean Connery abriese la tapa e inspeccionara el contenido.

Al ver que estaba vacía, Sean Connery daba un paso atrás para que Timothy Dalton hiciera lo propio.

Y entonces le disparaba en la parte posterior de la cabeza.

Más allá de ojear el atestado, había preferido no tocar el expediente oficial del caso. Primero quería escuchar al único policía que no había seguido la línea oficial.

—Háblenme de la respuesta de Hampshire —dijo.

—Hubo tres líneas de investigación principales —contestó Slater. Levantó un dedo—. Una: ¿qué estaban buscando? Sabemos que la caja fuerte estaba vacía, pero ¿qué debía haber dentro?

—¿Y qué tal fue?

—Mal. La caja siempre estuvo vacía. El propietario la alquiló por teléfono y pagaba por transferencia. Nadie había accedido a ella ni una sola vez en todo el periodo del alquiler. La persona que la alquilaba tampoco había pisado el edificio.

—Entonces, ¿los Bond entraron siguiendo información falsa?

Slater se encogió de hombros.

—Esa era la idea dominante, desde luego. Y encajaba con la teoría de la jefa de la investigación de que alguien vendió a la banda. El arrendatario sabía que iban a asaltar su caja fuerte, y por eso no la utilizó.

—El homicidio fue el castigo, y la rata de cerámica, una advertencia para cualquiera que pensara hacer algo parecido…

—La jefa de la investigación dijo que cuadraba con los hechos.

—Y cuadra —dijo Poe—. Pero no con los nuestros.

—¿Qué dijo la persona que alquilaba la caja? —preguntó Melody Lee.

—Ahí es donde la cosa se pone más rara todavía —contestó Slater—. Se llamaba Sarah McIntyre y no sabía nada del tema. El cargo por el alquiler de la caja salía de su cuenta, pero ella no estaba al corriente.

—¿Es de fiar? —dijo Poe.

—Tiene setenta y tantos años y vive en Shetlands. Ni siquiera sabía lo que es una caja fuerte. Volvieron a meter la cantidad que salía de su cuenta en el mismo momento, desde una cuenta imposible de rastrear.

—Vale, eso sí que es raro. ¿Cuál era la segunda línea de investigación?

—¿Quiénes eran el resto de los miembros de la banda? —dijo Slater —. El muerto, Terry Holmes, era un tratante de artículos robados bastante conocido, pero no formaba parte de ninguna banda.

—O sea, que fue un callejón sin salida.

Slater negó con la cabeza.

—El tipo que llevaba la máscara de Pierce Brosnan cometió un error —dijo—. Solo fue un momento, y se puede pasar por alto perfectamente. Cuando fue a coger la barra de su bolsa de herramientas, se le subió la manga dejando la muñeca al descubierto. Por un segundo se ve una tirita.

—Lo he visto —dijo Poe—. Supongo que no creyeron que era un granito…

—Preguntamos a su departamento de crimen organizado, y nos confirmaron lo que ya sabíamos: que solo había cinco bandas en Europa con suficiente pericia técnica para colarse en ese edificio y abrir la cámara acorazada.

—¿Y alguno de los integrantes de esas bandas tenía una marca

distintiva en la muñeca?

—Bryce Dickinson. Integrante de una banda de cuatro que trabajaba en Londres. Tenía un tatuaje de un estetoscopio en la muñeca.

—Los estetoscopios solían ser una herramienta de trabajo para gente como él —dijo Poe—. ¿Le interrogaron?

—Sí. Tenía una coartada sólida como una piedra.

—Bueno, es el procedimiento estándar en golpes como ese. No hacen nada a no ser que puedan demostrar con pruebas que en ese momento estaban haciendo otra cosa a ochenta kilómetros.

—Así funcionan, sí.

—¿Y el resto de la banda?

—Lo mismo. Todos tenían a treinta personas dispuestas a jurar que estaban con ellos.

Poe sabía que una coartada decente y legalmente impecable costaba dinero. Una coartada profesional podía venirse abajo, pero hacía falta tiempo y muchos recursos. Y, aun así, a falta de pruebas directas, normalmente aguantaban. A los jurados les gustaban las coartadas. Así había sido siempre, y siempre lo sería. De pronto recordó algo que había dicho Slater.

—Ha dicho que Bryce Dickinson tenía un tatuaje de un estetoscopio, ¿no? ¿Ya no lo tiene?

—No. Dos meses después de salir en libertad, ya estaba usando gelignita robada para preparar una carga y cometió un error.

—¿Grave?

—Lo suficiente para volarse la cabeza.

—Auch —dijo Poe.

—Y aunque perdieron al especialista técnico, los otros tres tuvieron que seguir adelante —dijo Slater—. Los pillaron con las manos en la masa en lo que creemos que fue su primer golpe sin él. Asaltaron la cámara de seguridad del sótano de un museo de Bellas Artes y se quedaron encerrados. Tuvieron que llamar al 112 para que alguien los sacara. Les cayeron quince años a los tres.

—¿Por qué tanto?

—Uno de ellos, creemos que el nuevo experto en abrir cajas de seguridad, golpeó al guardia en la cabeza con una llave inglesa. El hombre tenía problemas de corazón y murió a los pocos días.

—Y los condenaron a todos por empresa criminal conjunta, ¿no?

—Sí.

—Eso nos deja uno —dijo Poe—. Probablemente, Sean Connery.

—Bien, usted también ha notado que ahí dentro había una jerarquía muy rara.

Así era. A veces, daba la sensación de que había dos bandas distintas en la cámara de seguridad, no una.

—El de la máscara de Timothy Dalton parecía estar a las órdenes de Sean Connery, y los demás a las de Daniel Craig —dijo.

—Estoy de acuerdo —dijo Slater—. Pero, antes de hacer nada, Daniel Craig lo comenta con Sean Connery. Creemos que Daniel Craig es un tal Keith Bloomfield, bastante conocido por diseñar robos a medida para sus clientes. A veces, su gente los lleva a cabo por el cliente; otras, simplemente se queda con una parte del botín.

Poe se quedó pensando en lo que eso significaba.

—Entonces, Sean Connery contrató a la gente de Daniel Craig —dijo —. Y él llevó a Timothy Dalton, el tal Terry Holmes. Quizá con intención de matarle.

—Eso es lo que yo creo.

—O sea, que Sean Connery mató a Timothy Dalton, Pierce Brosnan se voló la cabeza unas semanas después y Daniel Craig y George Lazenby la pifiaron en su siguiente golpe.

—Y no se olvide de Roger Moore —dijo Slater—. Él conducía en ese robo, pero se quedó encerrado con el resto en la cámara del museo.

—Entonces solo queda Sean Connery —dijo Poe.

—El eslabón perdido. Y no pudimos identificarle. Ni nos acercamos, vamos.

Poe dio un sorbo a su café. Estaba frío, pero daba igual, él tenía calor. Se lo bebió de un trago. Slater le rellenó la taza.

—Tenemos que hablar con el resto de la banda —dijo Poe.

—¿Los tres que están en prisión?

—Si los contrató Sean Connery, sabrán quién era. Ese tipo de bandas no aceptan trabajos a ciegas.

—Sus nombres están en el expediente —dijo Slater—, pero no conseguirá nada. Cuando los interrogamos no soltaron prenda y ahora tienen todavía menos motivación para hablar. Saldrán dentro de unos doce años. Si los acusan por un asesinato a sangre fría como este, morirán en la cárcel.

Poe sabía que Slater tenía razón: hablar con el resto de la banda sería una auténtica pérdida de tiempo.

—¿Sacaron algo de la bala? —dijo.

A pesar de lo que la prensa le hacía creer al público, en el Reino Unido los delincuentes no solían utilizar armas de fuego.

—Era un treinta y ocho —dijo Slater.

—¿Qué dijo Balística?

El Servicio Nacional de Inteligencia Balística, departamento encargado de mantener la base de datos de todas las armas de fuego y munición recuperadas en el Reino Unido, además de ofrecer comparaciones balísticas a cualquier cuerpo que las necesitara, era una agencia afiliada a la Agencia Nacional del Crimen. Si la pistola tenía antecedentes, la bala que le sacaron del cráneo al hombre que llevaba la máscara de Timothy Dalton los habría conectado con ella. Si identificabas el arma, tenías una pista de quién la compró.

—Virgen —dijo Slater.

Un arma virgen era la que no figuraba en ninguna base de datos a la que tuviera acceso el servicio de balística. Eso significaba que, casi con toda seguridad, el arma no se había disparado durante ningún delito.

—Un experto que analizó la grabación del circuito de videovigilancia dice que probablemente fuera un revólver Colt Detective Special —prosiguió Slater—. Se usan principalmente como arma oculta en Estados Unidos. Son poco habituales, aunque tampoco es algo inédito. No nos llevó a ninguna parte.

Poe miró la hora. Ya llevaban dos horas allí; tenían que seguir.

—Ha dicho que hubo tres líneas de investigación —dijo Poe.

—La tercera era «cómo» lo hicieron —dijo Slater con una enorme sonrisa—, y ahí es donde la cosa se puso rara de verdad.

43

—¿Qué sabe sobre cajas fuertes, sargento? —preguntó Slater.

—Solo que ya no son tan comunes como antes.

—No se crea —dijo Slater—. Es cierto que los bancos principales ya no ofrecen ese servicio, pero eso dejó un vacío en el mercado, vacío que ha llenado rápidamente el sector privado. En la última década, han aparecido cantidad de empresas de cajas fuertes.

—¿Y son negocios turbios?

—Pues no. Están muy regulados. Casi todos tienen un nivel de seguridad sin igual, mejor que la mayoría de los bancos importantes. Hablamos de tecnología de vanguardia. Reconocimiento facial, *software* biométrico, reconocimiento por foto digital, monitorización veinticuatro horas en remoto.

—¿Y esta empresa tenía todo eso?

—Y más. Los muros de la cámara eran resistentes a explosivos y brocas de diamante. La puerta era de Diebold. Doscientos veinticinco kilos de acero sólido protegido por un temporizador de tres llaves, dos cerraduras de combinación y una llave maestra. Dos empleados tenían los números de las combinaciones, y el encargado de la cámara, la llave.

—Entonces, ¿cómo…?

—¿Que cómo sortearon las cerraduras de combinación, los temporizadores y la llave maestra? ¿Que cómo consiguieron que el equipo de vigilancia en remoto no hiciera saltar las alarmas? ¿Cómo se saltaron el control biométrico, la identificación con foto y el reconocimiento facial?

—Sí, todo eso —asintió Poe—. No creo que…, a ver —hizo un ejercicio de aritmética mental—, siete u ocho desconocidos decidieran juntarse de repente para ayudar a alguien a robar a su jefe.

Slater se quedó mirándole. Le brillaban los ojos.

—Vamos, está de coña —dijo Poe.

Slater se rio.

—No creo que fuera tan ambicioso, sargento —dijo—. Pero decir que siete u ocho personas se unieron para robar a su jefe en una conspiración masiva no es tan descabellado como le puede parecer.

Poe se quedó pensando en lo que sabía sobre robos similares. La

mayoría había requerido semanas de extenuantes esfuerzos con túneles y herramientas mecánicas o unos minutos de violencia estremecedora. Entrar durante el día con armas y mucho ruido, acojonar al personal y salir antes de que llegase la policía. El resto parecía una mezcla de habilidad técnica y extorsión. Coges a los hijos del gerente del banco como rehenes y te ahorras la mitad de los problemas.

—Lo dividieron en cinco partes principales —continuó Slater—. La primera era hacerse con la llave. La cerradura de la puerta de la cámara no podía manipularse y para forzarla habrían necesitado más tiempo del que tenían. La segunda era conseguir los números de las cerraduras de combinación. Los cambiaban cada semana y la persona que elegía uno no sabía la combinación de la otra. La tercera era el temporizador. Creemos que eso lo hicieron una vez dentro. Bryce Dickinson, el que iba de Pierce Brosnan, había estado en el extranjero aprendiendo con este tipo de cajas fuertes, y el equipo que aparece en la grabación parecería más para anular el temporizador que para trastear el resto de las cerraduras.

Hizo una pausa para dar un sorbo a su café. Era la tercera taza. Poe iba por la quinta y empezaba a notarse nervioso.

—El cuarto tema era toda la seguridad que tenían que sortear antes de entrar en la antesala de la cámara. El control biométrico, el reconocimiento facial, todas esas tonterías.

—¿Y la quinta?

—La quinta nos tuvo mucho tiempo desorientados: no entendíamos cómo el equipo de vigilancia en remoto tampoco vio lo que estaba pasando delante de sus narices. Si solo era una persona mirando las cámaras, pues vale, podría deducirse que le pagaron para hacer la vista gorda. Pero esa compañía no tiene solo una cámara acorazada; tiene varias, y la monitorización de los circuitos de videovigilancia está centralizada. En su sala de control hay al menos seis personas en todo momento.

Melody Lee dijo:

—Yo he trabajado en atracos y no se puede comprar a tantas personas. Alguno se echaría atrás e iría a la policía. Y, por lo que se ve en este vídeo, esos hombres sabían que no les iban a tender una trampa.

Poe estaba de acuerdo. Aparte de que el FBI tenía más experiencia que nadie con atracos a mano armada, estaba claro que ninguna banda profesional habría dependido de que tanta gente hiciera algo por lo que se les había pagado.

—Tuvo que haber un único factor de extorsión —siguió Lee—. Posiblemente algún asunto ilegal que involucraba a todos. Si la banda se enteró, pudo usarlo para presionarlos.

—¿Es cierto eso? —dijo Poe.

—No —contestó Slater—. Sortearon la seguridad con algo que no habíamos visto nunca. Y lo he comprobado personalmente.

—Más vale que nos lo explique.

—Lo haré, pero necesito una cosa. —Slater abrió el cajón de la mesa y sacó una bolsa de plástico. Se la pasó a Poe.

En su interior había un cargador de teléfono móvil.

Poe se quedó mirándole, confundido.

—No le sigo.

—Ya verá —dijo Slater. Abrió su carpeta y sacó una foto—. La primera pieza del dominó en caer: Diane Story. Trabajaba en la sala de control del circuito de videovigilancia.

—¿Admitió que la sobornaron? —preguntó Melody Lee.

—Ni de guasa. Aunque sí admitió que le metieron uno de estos cargadores por debajo de la puerta de casa. Estaba en un paquete de aspecto profesional y lo acompañaba una carta diciendo que la habían seleccionado para probar un cable nuevo y resistente, que cargaba la batería más rápido y también permitía subir y descargar cosas más deprisa si se conectaba al portátil.

Bradshaw hizo una pedorreta.

—Qué bobada —dijo.

—Creo que Tilly ya sabe cómo acaba —dijo Slater.

44

—¿Y para los memos que no lo sabemos? —dijo Poe—. Y, por favor, si es algo técnico, apiádese de mí.

—Usaré el mismo lenguaje que oyó el jurado —dijo Slater—. Diane Story no dudó en probar lo que creía era un cargador nuevo.

—¿Lo usó? —dijo Poe.

—¿Qué hubiera hecho usted?

—No sé —admitió—. Probablemente lo habría guardado, por si acaso. Estas cosas siempre acaban pelándose.

—Eres tonto, Poe —dijo Bradshaw.

—Diane lo utilizó como cargador de viaje —dijo Slater—. Lo conectó a su ordenador durante un fin de semana que se fue de viaje. Se descargó un vídeo familiar para tener espacio en su teléfono y el cable hizo todo lo que debía.

Bradshaw suspiró profundamente.

—Pero ¿cómo confía la gente en un cable que no es OEM? —dijo.

—¿OEM? —dijo Slater.

—«Fabricante de equipo original» en inglés. Dicho de otro modo, lo que se compra directamente a Apple, Samsung o Google.

—Imagino que no era un cable cualquiera, ¿verdad?

—El nombre popular es cable JANUS —contestó Slater—. Básicamente es un USB maligno increíblemente encubierto.

—Maldita sea —dijo Poe—. ¿Es que ya no hay nada seguro?

—Dentro del armazón del conector USB había escondido un virus que introdujo un código en el ordenador de Story. Yo no entiendo la parte técnica, pero, en cuanto lo enchufó, abrió una aplicación que la conectó a una nube. Y entonces se transfirió un *software* maligno a su portátil. Un programa registrador de teclas que iba grabando todo lo que ella escribía en su teclado y…

—¿Qué ganaban con eso? —dijo Poe.

—Bobo —dijo Bradshaw—. Contraseñas. Datos bancarios. Todo es vulnerable.

—Exacto —dijo Slater—. El otro programa era un *malware* que les daba acceso remoto a su ordenador.

—¿Qué programa utilizaron, señor Slater? —dijo Bradshaw—. ¿Poison

Ivy? ¿Dark Comet? ¿Blackshades?

—Ninguno de esos. El jefe del nuestro departamento informático de científica dijo que no lo había visto nunca. Que probablemente era nuevo, o hecho a medida.

—Programar *malware* no es fácil —dijo Bradshaw—. Si no lo compraron, quienquiera que esté detrás de todo es muy habilidoso.

—¿Tú podrías programar uno, Tilly? —preguntó Slater.

—¡Por favor!… Lo hacía cuando estaba en el colegio.

—Pero Tilly es más una excepción que la regla —añadió Poe—. Si ella dice que hace falta ser habilidoso, entonces tenemos una pista. Vaga, pero ya es más de lo que teníamos ayer. Supongo que Diane Story tenía algo en el ordenador que no quería que se supiera…

—Su marido la maltrataba y planeaba dejarle. Estaba a punto de comprarse una casa, cambiar de nombre, todo. Le estaba ayudando una organización local de apoyo para la violencia de género. En vez de decirle que le dejaba, que estadísticamente es lo más peligroso que puede hacer una mujer, ella planeaba desaparecer y luego comunicárselo a través de un abogado.

—Y esta gente la amenazó con delatarla…

—Sí.

—Pero ella era solo una de…, ¿cuántas personas ha dicho que estaban en la sala de control de videovigilancia al mismo tiempo? ¿Seis? ¿Y todos recibieron un cable espía? No me puedo creer que todos los vigilantes de ese turno tuvieran algo que ocultar en su ordenador, y tampoco me creo que la banda estuviera segura de que el horario del turno no fuera a cambiar. Que nadie fuera a ponerse enfermo. Que no se pasara un supervisor para controlarlos.

—Mucho más sutil que todo eso, Poe —dijo Slater—. El mismo día en que contactaron con ella, le metieron una tarjeta de memoria por la puerta, dándole instrucciones de insertarla en el ordenador central del circuito de videovigilancia y dejarla ahí diez segundos.

—¿Y ya?

Slater asintió.

—¿Y qué hacía eso?

—Tardamos en averiguarlo, pero el programa que descargó en el sistema cambió la configuración del horario de verano británico. El día del robo, toda la sala de control funcionó con una hora de retraso. Siguió grabando y ninguna imagen quedó oculta. Pero todo lo que vieron había pasado una hora antes.

—Bien pensado —dijo Poe.

—Mucho.

—Aunque…, y, Tilly, puedes interrumpirme cuando quieras, ¿no habría sido más fácil hacer que dejase de funcionar durante el tiempo que estaban allí dentro?

—La compañía de seguridad tenía un protocolo para eso. Si una

cámara dejaba de funcionar, al cabo de menos de quince minutos se presentaría una persona en el lugar.

—Pero —dijo Bradshaw— para alguien con esta habilidad técnica habría sido más fácil simplemente volver a poner la grabación de la noche anterior. Es más complicado crear un retraso de una hora.

—Y eso me lleva a la pregunta: ¿por qué? —dijo Poe.

Se quedaron en silencio. La lavadora eructó.

—¿Vuelvo a encender el hervidor? —dijo Slater.

—Para mí no —dijo Poe, tapando su taza—. Si tomo más café, no me dormiré hasta el año que viene.

—Yo tomaré un poco de agua fría, por favor, señor Slater —dijo Bradshaw.

—La del grifo tarda en enfriarse, pero tengo un poco de hielo en el congelador.

—No, gracias, señor Slater, no pongo hielo en la bebida.

—Ah…

—Se ha demostrado que las bacterias coliformes presentes en las heces humanas también lo están en un porcentaje importante de cubitos de hielo.

Poe sacudió la cabeza.

—Siempre. Siempre. Siempre —dijo.

—¿En serio? —dijo Slater—. Tremendo. Ojalá lo hubiera sabido hace veinte años. Me habría asegurado de que cada bebida que le preparaba a mi exmujer llevara mierda.

A Melody Lee se le escapó la risa por la nariz.

—Cómo son los ingleses —dijo—. En fin, ¿podemos volver al tema del día? ¿Por qué esforzarse tanto en buscar la manera de inhabilitar el circuito de videovigilancia para luego no molestarse? Por lo que dice Ben, casi los pillan por eso: si no les hubieran grabado en vídeo, ustedes no habrían podido ver esa tirita.

Después de una pausa, Slater dijo:

—No hay un motivo. ¿Por qué iban a arriesgarse? No tiene sentido.

Y así, sin más, Poe lo entendió.

—No lo tiene si se ve el atraco como un golpe único y aislado —dijo —. Pero tiene todo el sentido del mundo si lo mira unido a nuestro asesinato.

Slater se quedó mirándole, confundido.

Bradshaw frunció el ceño.

—Alguien nos está mandando un mensaje —dijo Poe—. Las ratas, tanto teatro, grabarlo deliberadamente, son todos capítulos de una historia que nos están contando.

—Pero ¿qué historia puede conectar mi asesinato con el de ustedes? —preguntó Slater.

—Y lo que es más importante, ¿cómo termina?

45

Slater sonrió.

—¿Qué? —dijo Poe.

—Nada. Simplemente mola pensar en todo lo que deberíamos haber pensado entonces.

—Cubren el circuito de videovigilancia porque Diane Story era una víctima potencial de extorsión —dijo Poe—. Pero la mayoría de la gente no lo es. ¿Cómo sortearon el resto de la seguridad?

Melody Lee se aclaró la garganta.

—¿Qué? —dijo Poe de nuevo.

—Creo que le sorprendería lo vulnerables que somos todos ante todo este tipo de mierda, Poe —dijo—. ¿Me está diciendo que no tiene ni un solo secreto que preferiría mantener oculto?

Eso le hizo detenerse. Abrir el armario de Poe sería como encontrarse con el reparto entero de *La danza macabra,* de Walt Disney, escondido. En los últimos años había acumulado al menos tres secretos que tendría que llevarse a la tumba. Si se supieran dos de ellos, probablemente iría a la cárcel. E imaginaba que otras personas podían pensar lo mismo sobre los rincones más oscuros de sus vidas.

—Aun así… —dijo.

—El hombre que los ayudó a sortear toda la seguridad digital estaba acostándose con la hermana de su mujer —dijo Slater—. Compartía una carpeta en la nube con ella y las fotos que tenían ahí dentro eran bastante gráficas. Uno de los que guardaban el número de la cerradura de combinación ocultaba bienes a su mujer para poder engañarla durante el proceso de divorcio que ella todavía no sabía que se le venía encima. El otro formaba parte de un club de intercambio de parejas.

—Dinero y sexo. Siempre va de dinero y de sexo. —Poe hizo una pausa, y luego añadió—: Por eso me alegro de no tener ni lo uno ni lo otro.

Slater se rio.

—¿Y qué hay del que tenía la llave? —dijo Melody Lee—. El tipo con la llave maestra, al que dice que no podían engañar. ¿Qué clase de mierda escondía él?

—¿O'Sullivan? —dijo Slater—. Le pasó lo mismo que al resto. Recibió

un cable JANUS por el buzón de la puerta. Se descargó el programa maligno sin querer, pero aparentemente era el único que no tenía ningún secreto por el que mereciera la pena cometer un delito.

—Entonces, ¿cómo…?

—¿Que cómo consiguieron la llave?

Slater se volvió hacia Bradshaw.

—¿Qué hubiera hecho usted si no encontrara un secreto que explotar, Tilly?

—¿Y el registrador de teclas y el *malware* estaban abiertos, señor Slater?

Asintió.

—Pues si fuera un malo malote, probablemente «le crearía» un secreto.

Poe dijo:

—O sea, que en vez de amenazarle con revelar algo que realmente estaba pasando, le metieron…, ¿qué le metieron?

—Crearon una cuenta en la nube y la llenaron de porno extremo. Deportes de agua esencialmente.

Poe hundió la cabeza entre las manos. «Por favor, no preguntes… No preguntes… No preguntes.»

—¿Qué son deportes de agua? —dijo Bradshaw.

Poe gimió.

—Supongo que, si digo *windsurf*, no me creerás.

—No, Poe —contestó—. El *windsurf* es un pasatiempo indudablemente estúpido, pero no vergonzoso.

Hizo una pausa. Si no se lo explicaba, lo buscaría en Google, y luego preguntaría a su madre por qué a la gente le gustaba ese tipo de cosas. Y no le apetecía recibir otra de esas llamadas.

—Es cuando la gente hace pis encima de otros, Tilly —dijo por fin.

Ella se sonrojó y dijo:

—Eso me pasa por preguntar.

—¿Y eso les bastó para conseguir la llave? —dijo Poe, ansioso por cambiar de tema.

Bradshaw llenaba las pausas en la conversación con preguntas que no apetecía contestar.

Slater asintió.

—Se la quedaron una noche e hicieron una copia. Si conoces a la gente adecuada en Londres, aparentemente no es complicado.

—Y la noche del robo, ¿todo el mundo hizo lo que debía?

—Sí —contestó Slater—. Su ingenuidad es digna de admiración.

Poe no dijo nada. En lo que a él respectaba, ingenuidad y crueldad no combinaban bien. No admiraba ninguna de las dos cosas.

46

—Supongo que este era su caso favorito —dijo Poe—, el que no podía dejar, ¿verdad? ¿Por eso guardó una copia del expediente y del vídeo?

Slater asintió.

—Y puede que se lo lleve a pescar, por si los peces no muerden…

—Todos tenemos uno —admitió Slater.

—Para Poe, todos los casos son casos favoritos —dijo Bradshaw—. Por eso se le está cayendo el pelo.

—No se me está cayendo, Tilly —dijo Poe—. Está raleando con dignidad.

—No sé si fue porque cuanto más sabíamos menos entendíamos —dijo Slater—, o porque yo era quien debía informar a Susan Holmes de cómo iba la investigación del homicidio, pero fui incapaz de dejarlo.

—¿Susan Holmes? —dijo Poe.

—La hija de Terry Holmes. Cuando se hizo evidente que no era más que un delincuente de poca monta, a nadie le importó una mierda su familia. Y yo pensé que alguien debería hacerlo.

—¿Está metida en el negocio familiar?

—Si se refiere a la casa de empeños que su padre usaba de fachada, sí. Si quiere decir la compraventa de artículos robados, no tengo ni idea. Sospecho que no.

—¿Cómo se lo tomó?

—Mal. Sabía que su padre era un delincuente, pero, para ella, le había ido bien. La llevó a un colegio bueno. Nunca se saltó los pagos de manutención después del divorcio. Por lo que vi, la tenía mimada.

—¿Y le aclaró alguna cosa?

—Nada. Me dijo que cuando la policía se presentó para comunicarle la muerte de su padre, dio por hecho que era una equivocación. Les dijo que su padre no se mezclaba con gente así. Y que desde luego no se habría involucrado en un robo a un banco.

—¿Qué edad tiene?

—Ahora tendrá veintipico.

—¿Y no había visto antes la rata de cerámica?

—No.

Poe cogió la carpeta de Slater y sacó una foto de la rata que dejaron

en la cámara de seguridad. Era muy nítida, sin nada de grano. Se veía hasta la última mota de pintura. Bradshaw cogió el resto y empezó a ojearlas. Poe abrió una imagen de la rata que hallaron en el burdel de Carlisle en su teléfono. Eran idénticas. Y parecían artesanales. No muy valiosas, pero tampoco fabricadas en serie. Bradshaw las había buscado en Internet, pero no había sido capaz de encontrarlas.

Suspiró y tiró la foto sobre la mesa de la cocina. Solo habían conseguido enredar más un caso que ya de por sí era confuso. E iba siendo hora de dejar que Slater se fuera a pescar y volver al norte. Si aquel policía obsesionado no había encontrado nada en tres años, Poe tampoco lo haría en una sola mañana.

—Ya le hemos robado demasiado tiempo, Ben —dijo. Le dio su última tarjeta de visita—. Llámeme si se le ocurre cualquier cosa. Día y noche, siempre estoy disponible.

Slater se quedó mirándola y dijo:

—Todos los casos son casos favoritos. Me gusta.

—Venga, Tilly —dijo Poe—. Dejemos al señor Slater con su pesca.

Bradshaw no se movió.

—Tilly, si nos quedamos mucho más, vamos a tener que comprarnos una casa aquí.

Pero ella no estaba escuchando. Tenía la mirada clavada en una foto de la rata.

Poe conocía esa mirada.

Había encontrado algo…

47

Bradshaw les mostró una foto de la rata de Slater y otra de la que había robado Hannah Finch.

—Mira las fotos, Poe. Míralas bien.

Así lo hizo Poe. No veía nada. La miró confundido.

—Dime qué ves —insistió ella.

—Diez centímetros de alto —contestó—. Esmaltadas. Si no las pintaron a mano, se supone que deberían parecerlo.

—Sí están pintadas a mano, Poe —dijo Bradshaw—. Si te fijas en las fotos ampliadas, se ven algunas imperfecciones. Probablemente, el fabricante tenía un modelo para pintarlas iguales. Supongo que todas las ratas recibían el mismo engobe gris en el horno y, luego, una vez frías, les añadían la pintura esmaltada para decorar y hacer los detalles. Y después las cocerían otra vez, pero a menos temperatura.

—Sabes mucho de cerámica, Tilly —dijo Poe.

Ella se encogió de hombros.

—Investigo cualquier cosa que pueda ser relevante.

—Vale, estoy de acuerdo: están pintadas a mano. Pero no veo lo que tú ves, Tilly.

—Lo que yo veo, Poe, es un largo proceso para algo sin valor comercial a largo plazo. Quiero decir, es una rata asquerosa. ¿Quién quiere algo así de decoración?

—¿Entonces…?

—No es más que una hipótesis, pero creo que el alfarero que las fabricó probablemente lo hizo por encargo. Y como el tamaño de lo que se cuece dicta el tiempo de cocción y a qué temperatura se usa el horno, tendría sentido que hiciera varias figuras a la vez. Una para la persona que la encargó, varias por si no le salía bien la pintura, se le caía o algo por el estilo. Y el resto para venderlas a quien las quisiera.

—¿Adónde quieres ir a parar? —dijo Poe.

—Lo que quiero decir es que las piezas de cerámica artesanal como estas se hacen con esmero y atención. Si cualquier pieza tiene un error, se destruye. El alfarero solo vendería las que estuvieran perfectas. Y mira, estas no lo están. Las dos tienen defectos. El «mismo» defecto: un manchurrón rojo pequeño en la pata anterior izquierda, sobre la capa

superior de esmalte, no debajo. Es mate, no brillante, por eso no refleja la luz igual.

Poe se quedó estudiando las dos fotos. Las comparó. Bradshaw tenía razón. Las ratas tenían una manchita de pintura roja en el mismo sitio. Él lo había visto en su rata, pero no le había prestado demasiada atención creyendo que era una imperfección del proceso de pintura. Sin embargo, vista junto a la rata de Southampton, no parecía un error en absoluto: parecían hechas a posta.

—Las pusieron *a posteriori* —dijo.

—Esa es la única conclusión, Poe.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé —contestó ella—, pero empiezo a pensar que tienes razón: todo lo que ha pasado en este caso ha sido deliberado y tiene sentido. Antes dijiste que son todos capítulos de una historia que nos están contando.

—Sí.

—Creo que esas ratas van a salir en la página siguiente.

—Entonces, ¿los casos sí están relacionados? —preguntó Slater.

—Tienen que estarlo —contestó Bradshaw—. Las posibilidades de que dos ratas de cerámica sin conexión alguna tengan el mismo defecto «sin querer» son remotas.

—Pero en el perfil de Christopher Bierman no hay nada que sugiera que se moviera en los mismos círculos que Terry Holmes —dijo Melody Lee—. Ni cuando era Jack Duncan, el héroe de guerra, ni como Christopher Bierman, el hombre de negocios exitoso.

—Primero tenemos que tirar del hilo de Terry Holmes —dijo Poe—. Su asesinato ocurrió tres años antes que el de Bierman. Si vamos a entender la historia, hay que empezar por el principio.

—¿Cree que hay algo más? —dijo Slater—. ¿Algo que no descubrimos en nuestra investigación?

Poe se encogió de hombros.

—Creo que ahí es por donde debemos empezar. Ahora sabemos más cosas.

—La hija de Terry Holmes sigue llevando su tienda. Yo creo que me cogerá el teléfono y puedo decirle que van de mi parte.

—Eso sería útil.

Pero no tanto como ir a verla con alguien que conociera la zona, pensó. Aunque la SCAS estaba radicada en Hampshire, tenía jurisdicción nacional, y Poe nunca había investigado ningún caso en ese condado. Se preguntaba si a Slater le importaría mantener secos sus sedales unas horas más.

—¿Le apetece dar una vuelta por su viejo territorio, Ben?

Slater sonrió de oreja a oreja.

—Creí que nunca me lo pediría —respondió.

48

Susan Holmes no volvería a Southampton hasta el día siguiente. Poe se llevó una decepción, pero pronto pensó que no hay mal que por bien no venga. Estaban agotados y, si Susan hubiera estado en la tienda, habrían tenido que hacer otras cinco horas de viaje de vuelta nada más hablar con ella. No: mejor coger un hotel, cenar rico y dormir bien. Mañana empezarían cual ardillas, rebosantes de energía y entusiasmo.

En cuanto la oficina de la SCAS les reservó habitación, se despidieron de Slater y fueron hacia el hotel. Aún no era la hora de *check-in*, pero, en cuanto la recepcionista vio sus ojos irritados y sus caras de cansancio, hizo un par de trámites para que pudieran subir antes a sus habitaciones.

El plan era comer algo ligero y echarse una siesta rápida. Luego se encontrarían en el vestíbulo del hotel sobre las cinco y buscarían un sitio para cenar. Después de eso, Bradshaw había quedado con Zoe, la pareja de la inspectora Flynn, para ir a ver a su jefa y al bebé.

Poe dudaba de que a Zoe le hiciera demasiada ilusión. Él había intentado ir a ver a Flynn un mes antes, pero ella insistió en que, si quería recuperarse, lo mejor era evitar el contacto con cualquiera que pudiera recordarle su último caso. No quedó convencido: Flynn era una luchadora, probablemente la mujer más dura que conocía, y creía que necesitaba volver al juego. Poe podía contar sus amigos con los dedos de una mano (y no tendría que usarlos todos) y quería ayudar. Creía poder hacerlo. Zoe la tenía entre algodones, pero así no se curaba a Stephanie Flynn. Ella necesitaba algo por lo que luchar. Siempre había sido así. Diez minutos oyendo cómo Poe estaba reventando su unidad, y volvería a enfundarse el traje, a dar instrucciones y a ponerle a raya.

Antes de salir de casa de Slater, había enviado un mensaje a Hannah Finch diciéndole que no volverían a Cumbria hasta el día siguiente. Ni siquiera le había contestado.

La oficina de la SCAS no les había buscado un spa precisamente, pero las habitaciones eran espaciosas y las sábanas estaban blancas y almidonadas. Poe no se molestó en ducharse. Se quitó los zapatos, cerró las cortinas y se tumbó sobre la cama.

Se quedó dormido en cuestión de segundos.

Tuvo un sueño incoherente. Había una rata, una rata gigante con cuerpo de cerámica, pero cola de verdad. También había unos ladrones de banco, y aparentemente eran amigos de la rata. Hasta que dejaban de serlo. Y cuando dejaban de serlo, las cosas empezaban a salirles mal. Cuando el sueño estaba a punto de convertirse en pesadilla, algo hizo que la rata y los ladrones se quedaran paralizados. Era un timbre incesante.

Poe abrió los ojos. Era el teléfono de su habitación. Tenía que ser Bradshaw. A juzgar por el reloj digital barato que había junto al teléfono, apenas había dormido veinte minutos. Tampoco necesitaba demasiado, con seis horas solía bastarle por la noche. Pero Bradshaw dormía menos todavía. Seguro que estaba trabajando en su cuarto. Probablemente había encontrado algo.

—Tilly, a no ser que sea urgente, tendría que dormir un par de horas —dijo—. Si quieres, nos vemos antes de cenar.

Pero no era Bradshaw, sino la recepcionista.

—Tiene una visita, señor —dijo—. Quiere saber su número de habitación. ¿Le parece bien que se lo dé?

—¿Cómo se llama?

—Hannah Finch, señor.

Poe gruñó.

—¿Señor?

—Dígale que suba —dijo—. Y no hace falta que se lo diga, ella ya sabrá en qué habitación estoy.

En el mismo instante en que Poe abrió la puerta para recibir a Hannah Finch, Bradshaw abrió la suya. Había acertado: no estaba durmiendo. Ni siquiera tenía la decencia de parecer cansada.

—¿Necesitas algo, Poe? —dijo.

—Hannah Finch está subiendo, Tilly. Yo me encargo de ella, tú vuelve a… lo que sea que estés haciendo ahí dentro.

—Estaba cotejando el expediente del señor Slater con el nuestro.

—¿Has encontrado algo?

—Aún no.

La puerta de la habitación de Melody Lee también se abrió. Asomó la cabeza.

—¿Tienen algo en contra de dormir? —Tenía los ojos vidriosos y pelo flagrante de recién levantada, con un lado aplastado y el otro tieso. Todavía lucía las marcas de la almohada en la cara.

—¿Qué? ¿Nos vamos por ahí? —dijo Poe.

—Ja, ja y ja —contestó—. En serio, ¿qué coño pasa?

—Hannah Finch está de camino, agente especial Lee —dijo Bradshaw.

—Me voy a vestir —dijo, y cerró la puerta.

—Joder, genial —murmuró Poe.

—Mire, sé que lo de no decirme dónde estaban es un castigo por llevarme la rata —dijo Finch—. Lo entiendo. No debería haberlo hecho. Pero tiene que creerme cuando le digo que solo quiero saber lo que está pasando.

Poe no contestó.

Estaban todos hacinados en su habitación. Bradshaw y Melody Lee estaban sentadas sobre la cama, Finch había cogido la silla de enfrente del espejo y Poe estaba en la butaca. Podría haber insistido en hablar en el bar o en algún lugar tranquilo, pero, si lo hubiera hecho, se espabilaría del todo. Mejor oír lo que tuviera que decirle y luego mandarla a la mierda para poder dormir un rato.

—Así que, por supuesto, no me lo cuente si no quiere. No me quejaré y haré todo lo que me pida. Le diré todo lo que encuentre y aguantaré todo lo que me eche. Solo estoy aquí para aprender, sargento.

Poe miró a Bradshaw.

—Buen discurso, ¿no te parece, Tilly?

—Muy bueno, Poe.

Volvió a mirar a Finch.

—¿Cuánto ha tardado en dar con el tono adecuado?

—Unas tres horas —contestó sonriendo—. He estado ensayando todo el camino.

49

Poe solo había visto casas de empeño en la tele, jamás había entrado en una. La tienda de Holmes estaba en Southampton, no exactamente en el centro de la ciudad, pero tampoco en las afueras. Había dado por hecho que estaría rodeada de imprentas, tiendas de todo a cien y restaurantes de comida para llevar, pero se equivocaba. Se encontraba en una calle tranquila y arbolada con terrazas, panaderías artesanales y microcervecerías. Llevaban menos de cinco minutos allí cuando Slater aparcó detrás de su BMW.

—¿Lo han encontrado sin problemas? —dijo.

—Navegador —dijo Poe.

—¿Qué hicieron anoche?

Poe dijo:

—Fuimos a ver a una amiga.

Pero tampoco entró en detalle.

Bradshaw y él habían ido a visitar a Flynn. Como era de esperar, Zoe los recibió con mucha frialdad. Bradshaw no lo notó, pero él sí. Zoe achacaba lo que había pasado al trabajo de Flynn, pero, como no podía sacar el tema con su pareja convaleciente, y Bradshaw parecía intocable para todos, se lo soltó a Poe en cuanto se quedaron solos. Poe lo aguantó sin decir palabra. Era el precio que tenía que pagar por lo ocurrido unos meses antes. Flynn había dado a luz a su hijo en las circunstancias más espantosas. Era casi un milagro que ambos estuvieran vivos. Desde entonces, había estado de baja por maternidad seguida de una baja prolongada por enfermedad.

Ahora bien, Poe tampoco se achantó. Flynn era su amiga y quería verla. Al final, Zoe cedió y le dejó entrar. Quedó conmocionado al ver su aspecto.

Estaba como un palo, casi en los huesos, y tenía el pelo lacio con mechones pegados. Su piel se veía cetrina y sudorosa. Le lanzó una sonrisa nerviosa y breve, y volvió a mirar a Bradshaw con el bebé en brazos.

—¿Cómo estás, Poe? —dijo.

—Echo de menos tu sentido común, Steph —contestó—. Tilly se está descontrolando.

—¡Eso no es verdad! —saltó Bradshaw—. Yo no soy quien detuvo a una agente del MI5.

—¿En serio?

—En serio, inspectora Flynn. Y entonces Hannah Finch se puso a chillar y Poe le hizo una foto con las esposas y dijo que si no se calmaba la publicaría en Twitter y luego le echaría espray de pimienta en los ojos. Y entonces yo dije que probablemente ni siquiera sabía cómo subir una foto en Twitter.

—O sea, un día como cualquier otro en la oficina —dijo Flynn.

Poe se encogió de hombros.

—Ahora mismo nos falta un poco de supervisión adulta.

Zoe le lanzó una mirada asesina, y Poe sabía por qué. En todas las veces que había visitado a Flynn, todavía no había mencionado su regreso al trabajo. Hasta ahora. Lo había hecho de broma, pero todos los presentes (salvo Bradshaw) sabían que era el primer empujón para una conversación difícil.

Antes de que Flynn pudiera contestar, Zoe la detuvo.

—Creo que Stephanie empieza a estar cansada, señor Poe —dijo, con los labios afilados y la mirada fría.

—Oh… —dijo Bradshaw—. ¿No podemos quedarnos un poquito más?

—Deberíamos volver, Tilly —dijo Poe, devolviendo la mirada a Zoe—. Hemos quedado a cenar con la agente especial Lee, ¿recuerdas?

—Sí, pero aún faltan dos horas; podemos quedarnos…

—Venga, Tilly, deja descansar a la inspectora Flynn. Volveremos en otro momento…

—Aún no estoy lista, Poe —dijo Flynn.

Poe la miró. Tenía razón; no lo estaba. Parecía débil y vulnerable, nada que ver con la mujer que conocía. Pero si te fijabas, había algo más. Un destello de lucha. Una señal de que la vieja Flynn seguía allí, en alguna parte. De que, por ahora, permitiría que Zoe tomara las decisiones, pero que en algún momento no lo haría. Flynn le miró fijamente, le guiñó un ojo de la manera más imperceptible, y esperó a asegurarse de que lo había visto. Poe asintió. Mensaje recibido.

Puede que Zoe la conociera desde hacía más tiempo, pero él la conocía mejor. Era la maldición del policía monotemático. La gente con la que trabajas se convierte en tu familia suplente, y tus familiares de verdad se vuelven desconocidos. Y Poe creía que Flynn estaba harta de hacer de víctima. Volvería pronto; apostaría Herdwick Croft a que sí.

Se marchó de un humor sorprendentemente bueno.

Poe se quedó mirando el negocio que Susan Holmes había heredado de su padre.

Desde fuera parecía más una tienda de antigüedades que un negocio de préstamos a cambio de artículos personales. El único indicio de que comerciaba con artículos de empeño era el tradicional cartel que había sobre la puerta, con tres bolas doradas colgadas de una barra. Contestando a una pregunta que nadie había hecho, Bradshaw dijo que el símbolo se remontaba a la época medieval y a los Medici, una poderosa y célebre familia de banqueros cuyo escudo familiar consistía en círculos dorados.

Poe se cubrió los ojos y miró a través de la ventana. No se veía a nadie dentro, pero el cartel de la puerta decía «abierto» y eran más de las nueve.

Abrió la puerta.

Una alegre campanilla anunció su presencia.

Una mujer dijo desde la trastienda:

—¿Pueden cambiar el cartel a «cerrado»? Así hablamos con tranquilidad. Estoy haciendo un poco de café. Si se sientan, tardo un segundito.

Susan Holmes había preparado una de las mesas a la venta con tazas, platitos y galletas. Poe cogió una, vio que Bradshaw se quedaba mirándole y la dejó. Miró a su alrededor. Su primera impresión de que aquello era más una casa de antigüedades que de empeños seguía igual.

En vez de mostradores con vitrinas llenos de bisutería, teléfonos móviles y cámaras, y estantes con ordenadores portátiles, microondas e instrumentos musicales, había pinturas al óleo en bonitos marcos tallados, espejos dorados y carteles *vintage* con la pintura desgastada. Poe vio a la chica de Coca-Cola, el hombre de Marlboro y los niños de Bisto. Había muñecas de porcelana y candelabros de plata, elegantes figuritas y relojes de pie. Arañas de cristal y lámparas ornamentadas colgadas del techo, y alfombras hechas a mano cubriendo el suelo. La tienda olía a madera y cuero, a papel y abrillantador.

Se preguntaba si siempre había sido así o si la hija de Terry Holmes había dado un giro al negocio. Una casa de empeños parecía fuera de lugar en una zona como aquella, pero no tanto una tienda de antigüedades. A Poe siempre le habían gustado estas últimas; tenían una resistencia intrínseca al cambio, igual que él.

Bradshaw se puso rápidamente de pie y fue hacia una caja que había sobre la mesa de al lado.

—¡Ahí va! —exclamó—. ¿Has visto esto, Poe?

—¿Qué es? —dijo, levantándose—. ¿Has encontrado algo?

—Pues una colección completa de cómics de *Spider-Man* en fantástico estado. Y mira, estos son en los que lleva un traje negro en vez de azul y rojo. Despertó una enorme polémica en su momento, pero los creadores acabaron revelando que el traje negro en realidad era un simbionte alienígena. De ahí viene el malo Venom.

Poe volvió a sentarse.

—Me pregunto cuánto costarán —dijo—. Seguro que no me lo puedo permitir.

—Si encuentran al hombre que mató a mi padre —dijo una mujer detrás de ellos—, se los puede quedar de regalo.

Se volvieron.

Susan Holmes no era para nada como Poe esperaba.

50

Poe daba por hecho que Susan Holmes sería la típica hija de un delincuente conocido, malhablada y desafiante, exigiendo justicia mientras escupía vituperios contra la gente encargada de imponerla. Si le hubieran dado una libra por cada vez que la familia de una víctima de asesinato había dicho que ellos no hablaban con esa «escoria» o esos «cerdos», habría podido comer más cerdo.

Por ello, cuando se volvió y vio a la joven, se quedó desconcertado. Susan Holmes era alta y esbelta, iba elegantemente vestida con vaqueros, una blusa de color crema y botas marrones hasta la rodilla. Su melena era casi blanca y la llevaba suelta en vez de recogida, enmarcándole el rostro como si asomara a través de unas cortinas. Poe se preguntaba cómo una persona tan atractiva hacía todo lo posible por esconderlo.

—Hola otra vez, agente Slater —dijo.

—Ahora soy solo Ben, Susan.

—Ah, no sabía que hubieras dejado la policía.

—Hace un año ya. Esta es la gente de la que te he hablado. Estos son el sargento Washington Poe y Tilly Bradshaw, de la Agencia Nacional del Crimen, la agente especial Melody Lee del FBI, y Hannah Finch, que trabaja para el… Gobierno.

Susan dejó la cafetera sobre la mesa y les dio la mano a todos. Al hacerlo, se le movió la melena y Poe entendió por qué la llevaba suelta: tenía una cicatriz que partía en dos el lado izquierdo de su cara. Iba desde el pómulo hasta la barbilla y era larga y pálida, fina como una raja en el hielo. Parecía como si tuviera una espina de pez encastrada en aquella piel de alabastro.

Notó que la estaba mirando y, con un gesto ensayado, volvió a cubrir el lado izquierdo de su rostro con el pelo.

—Disculpe —dijo Poe.

Ella se encogió de hombros.

—La tengo desde niña. Ya estoy acostumbrada.

Poe le mantuvo la mirada. Vio a alguien que había tenido que salir del anonimato por la muerte de su padre. Probablemente también había tenido que vencer una timidez natural.

Antes de preguntárselo, ella misma dijo:

—Fue un accidente de coche. Mi padre chocó contra hielo negro al volver del colegio un día. Me lo hizo un trozo del parabrisas. En ese momento no me lo pareció, pero tuve mucha suerte. Un centímetro a la derecha y me habría quedado sin ojo.

Se agachó a llenar todas las tazas. Bradshaw estuvo a punto de decir que no bebía café, pero Poe negó con la cabeza.

—Mi padre se echó la culpa, claro. Y, durante un tiempo, yo también lo hice. Acabó sacrificando muchas cosas para compensarlo. Colegios privados. Clases de música. Caballos. Le costó su matrimonio, su integridad.

Ese era un tema tan bueno como cualquier otro para empezar.

51

Susan Holmes había alejado el negocio de su padre del comercio de artículos robados para centrase en la compraventa de antigüedades, un giro natural para una licenciada en Bellas Artes especializada en jarrones y cuencos de la diseñadora Clarice Cliff.

—¿Sabía a lo que se dedicaba su padre, Susan? —dijo Poe. Habían acordado que él llevaría las riendas y daría pie a los demás según fuera necesario. Solo planeaba hablar sobre el homicidio de Southampton—. ¿Su otra faceta profesional, aparte de la casa de empeños?

Ella asintió.

—Sí, lo sabía.

Poe no respondió.

—¿Quiere saber hasta qué punto era su cómplice? —añadió. Entonces se volvió hacia Slater—. Me dijiste que querían encontrar la verdad. Si solo han venido a sacar a la luz más mierda, ya se pueden ir.

—Escucha lo que tiene que decir el sargento, Susan —dijo Slater—. Ha avanzado más con el caso de tu padre en una sola tarde que nosotros en varios años.

Se calmó.

—A no ser que oculte cosas que necesitamos saber, no tengo ningún interés en conocer el nivel de complicidad que tenía con su padre —dijo Poe—. Pero sí quiero saber en qué más estaba metido.

Holmes frunció el ceño.

—Un momento, por favor. —Se levantó y fue a la trastienda, volviendo unos segundos después con una caja de cartón grande—. Sabía que mi padre trataba con artículos robados, pero, si tenía otros asuntos entre manos, yo no me enteré. Aquí está todo lo que he encontrado sobre lo que pasó. Pueden llevárselo, siempre y cuando me lo devuelvan.

—¿Aún guarda el ordenador que usaba? —dijo Poe—. A Tilly le gustaría examinarlo.

—Es un portátil —dijo Susan—. Pero la policía ya lo ha registrado.

—Ya, pero nosotros tenemos a Tilly; ellos no contaban con ella.

Volvió una vez más a la trastienda y regresó con un ordenador lleno de polvo. Se lo dio a Bradshaw.

—Lo siento —dijo—. No tengo el cable.

Bradshaw puso el ordenador de canto y examinó el puerto de alimentación. Abrió su bolsa, sacó un cable de entre un amasijo de ellos y lo enchufó. Una luz azul empezó a brillar en la parte delantera. Lo conectó con uno de sus portátiles.

—No recuerdo la contraseña —añadió Susan—. Lo siento, no les estoy ayudando nada, ¿verdad?

—Tilly no necesita la contraseña —dijo Poe.

—Voy a ver si a la policía de Hampshire se le escapó algo —dijo Bradshaw—. Solo tardo unos minutos.

Se levantó y se llevó ambos ordenadores a otra mesa. En cuestión de segundos estaba tecleando más rápido que la vista.

Poe la dejó con ello. Si había algo en el ordenador, pronto lo sabrían.

—Tengo entendido que antes vivían en Londres, ¿no es así, Susan? —dijo.

—Sí. Mi padre se mudó allí después del divorcio. Yo estaba interna así que dividía mis vacaciones entre mi madre y él.

—¿Y por qué se vino aquí? Southampton no debía de ser tan lucrativo como Londres.

—No me lo dijo. Simplemente compró la tienda y siguió haciendo lo que siempre había hecho.

—Tilly, ¿puedes comprobar si su situación económica cuadra?

—Lo haré, Poe.

Volvió con Susan.

—¿Mencionó haber trabajado con ese grupo, los que llevaban máscaras de Bond?

—Que yo sepa, nunca hacía cosas de esas. De veras, no sé en qué estaba pensando. Era un hombre apacible. Desde luego, no estaba hecho para atracos a mano armada.

—¿Le preocupaba algo? ¿Le habían amenazado? ¿Se había torcido alguna transacción? ¿Había robado algo o delatado a alguien, Dios no lo quiera?

—¿Quiere decir que si hay algo que pueda relacionar esa rata con el hecho de que le pegaran un tiro en la cabeza?

—Sí.

—No. Y si cree que no lo he estado pensando desde que pasó, no es el policía que el señor Slater decía.

—Tenía que preguntárselo —dijo Poe.

—Sargento, mi padre era un buen hombre, pero sería el primero en admitir que no era un tipo «honesto». Ahora bien, en su defensa diré que lo hacía por algo que le parecía un buen motivo: darme la vida que él nunca tuvo.

—¿Cree que se hizo perista por el sentimiento de culpa? ¿Por lo que le pasó en la cara?

—Sí: lo sé porque me lo dijo mi madre. Cuando se conocieron, mi

padre era una persona honesta, o todo lo honesto que puede ser el dueño de una casa de empeños. Después del accidente, decidió que no ganaba suficiente dinero.

Poe había escuchado razones menos convincentes para quebrantar la ley; aunque los peristas siempre habían guardado una relación simbiótica con el crimen adquisitivo y el sufrimiento que causaba, sentía cierta empatía hacia Terry Holmes. Él sabía que nunca tendría hijos, pero estaba seguro de que, de haberlos tenido, haría prácticamente cualquier cosa por ellos.

—¿Usted qué cree que pasó, sargento? —dijo Susan.

—No lo sé —contestó—, pero no nos vamos a ir de aquí hasta que lo sepamos.

Y, en ese preciso instante, Bradshaw dijo:

—He encontrado algo.

52

—Poe, he comprobado las finanzas del señor Holmes, y hay una incoherencia —dijo Bradshaw—. Aquí ganaba más dinero que en Londres.

—Probablemente diferencias en tarifas y gastos generales —dijo Poe —. En Londres ganaría más, pero también tendría más gastos. Más dinero, pero menos beneficios.

—No estoy hablando de beneficios, Poe; estoy hablando de ingresos. El señor Holmes ingresaba más dinero aquí que en Londres.

—Vale. Eso está bien. Encaja con la teoría de que hacía algo más que comerciar con artículos robados. Un negocio paralelo a su negocio paralelo. ¿Has encontrado algo en su ordenador que haga pensar eso, Tilly?

—No, pero hay otra cosa. Otra incoherencia: el disco duro tiene menos espacio del que debería. Es solo de un par de *megabytes*, pero no sé en qué se van.

—¿Y eso significa…?

—Solo se me ocurre una razón: que aquí dentro haya otro sistema operativo.

—¿En el volumen oculto? —dijo Melody Lee—. Yo lo tendría ahí.

—Yo también, agente especial Lee —dijo Bradshaw.

—Y yo —dijo Finch.

Todo el mundo miró a Poe.

—Yo también —dijo él.

—Sí, claro —dijo Bradshaw soltando una risa socarrona—. Volumen, también llamado volumen externo, es el espacio del disco que se llena de valores aleatorios. El volumen oculto reside dentro de ese espacio y tiene su propio sistema de archivos, su propia contraseña y encriptación. Es casi imposible detectarlo, ya que el contenido reside en el espacio libre del volumen externo, un espacio que de otro modo se llenaría de números aleatorios si no existiera el volumen oculto.

Poe se quedó mirándola con cara de tonto, una expresión que Bradshaw conocía bien.

—Imagina que tienes un tarro y le echas un poco de agua —dijo—. El tarro estaba lleno de aire, y el agua lo reemplaza. Pero todo el espacio

que queda en el tarro sigue lleno de aire. Con la RAM de un ordenador, cualquier espacio que no tenga datos se llena de valores aleatorios en vez de aire. El volumen oculto se esconde en esos valores aleatorios.

—Vale —dijo Poe.

Bradshaw suspiró.

—Significa que en este ordenador hay suficiente RAM extra como para ejecutar un sistema operativo completamente nuevo.

—Entonces, al saltarse la contraseña de mi padre, entró en el sistema principal —dijo Susan—. El que tiene sus carpetas de la casa de empeños, sus cuentas, ese tipo de cosas.

—Y varios archivos encriptados sobre su negocio de trata de artículos robados.

—Pero, si sabía encriptar archivos, ¿por qué iba a molestarse con otro sistema operativo? —dijo Poe.

—Es muy difícil detectar un sistema operativo en el volumen oculto, Poe. La única forma de confirmar que lo hay es calcular cuánto volumen oculto debería haber, y luego compararlo con lo que tiene.

—Pero tú crees que has encontrado uno, ¿no, Tilly? —dijo Finch—. ¿Cómo? Ni nosotros podemos estar seguros cuando confiscamos ordenadores.

—Creé un programa que distingue los números aleatorios de los no aleatorios —dijo ella—. Está calibrado para medir el tamaño de un modo distinto a los programas convencionales.

—¿Y puedes meterte en ese sistema operativo oculto, Tilly? —dijo Poe.

—Tendré que aplicar un proceso de retroingeniería al *software* especializado que usaba el señor Holmes, y luego necesitaré la contraseña, pero creo que sí.

—Pues dale.

—No lo entiendo, sargento —dijo Susan—. Mi padre no habría sabido hacer nada de esto. Yo le llevaba las cuentas y le hacía las actualizaciones de *software*. Él sabía descargar fotos del material y publicar cosas en la página web, pero nada más. Yo sería incapaz de hacer lo que acaba de describir Tilly e hice gran parte de la carrera con ordenadores.

Poe no lo dudaba. Si Terry Holmes hubiera sido capaz de hacer lo que sugería Bradshaw, probablemente habría tenido aptitudes para dedicarse a algo más lucrativo. Había mucha demanda de delincuentes con competencias informáticas.

—Y no sé de dónde salió este portátil —añadió Susan—. Yo no lo habría comprado de esta marca.

Poe sintió un escalofrío.

—Parece que su padre y yo nos parecíamos en ese sentido, y yo no iría a comprarme uno viejo. Preguntaría a alguien que supiera. Mejor dicho, le pediría a Tilly que me acompañase.

—Como cuando te compraste la radio digital, ¿eh, Poe? —dijo Bradshaw.

—Exacto. Así que, si él no sabía cómo meter este *coso* operativo en su ordenador, y usted no estaba allí cuando se lo compró, ¿qué sugiere eso?

Slater, el otro único policía propiamente dicho que estaba allí, en lo que a Poe respectaba, fue el primero en contestar.

—Se lo dieron —dijo.

—Con el programa ya instalado —añadió Poe—, lo cual significa…

—Que también le darían la contraseña del sistema oculto —dijo Finch.

—Y si fuera yo, no la cambiaría —apuntó Poe—. Probablemente tampoco sabría cómo hacerlo.

—No será una palabra —dijo Bradshaw—. Será una secuencia de letras, números y símbolos generados al azar.

—¿No una contraseña que él fuera capaz de recordar?

—Lo dudo. Tendrá al menos veinte caracteres.

—Entonces tiene que estar en algún sitio. Oculta, pero fácil de acceder.

Todos se levantaron. Todos menos Susan.

—Creo que sé cuál es la contraseña —dijo. Abrió su cartera y sacó un papel doblado. Se lo dio a Bradshaw—. Le entregué esto al policía que examinó el ordenador, pero me dijo que eso no daba acceso a nada.

Bradshaw puso los ojos en blanco.

—Después de que me lo devolviera, me olvidé de tirarlo —continuó Susan—. Lleva años en mi cartera.

Bradshaw lo desdobló. Era tal y como había dicho: una serie aleatoria de cifras y letras. Las introdujo en el portátil de Terry Holmes.

La pantalla cambió.

—Ya estoy dentro —dijo.

No se parecía a ninguna pantalla de inicio que hubiera visto Poe. No había iconos que clicar ni ninguna foto de fondo de pantalla, lo único que se veía eran líneas y líneas de texto, como una hoja de Excel.

—Bueno, señor Holmes —dijo Bradshaw—. Veamos qué es lo que ha estado escondiendo.

Normalmente, a Bradshaw no le gustaba tener a nadie detrás mientras trabajaba, pero, en aquella ocasión, Poe dudaba que notase que tenía público. Nadie dijo nada mientras observaban cómo avanzaba de una pantalla a otra a toda velocidad, deteniéndose a veces para leer algo, y otras veces cerrándolas nada más abrirlas.

—Tenía razón —dijo—. Es un sistema operativo oculto. Aparentemente, está conectado con sistemas operativos ocultos en otros ordenadores.

—¿Y qué hay dentro, Tilly? —dijo Poe.

—Paciencia, Poe —dijo Bradshaw, cambiando a su portátil—. Mi programa de desencriptación tardará unos cinco minutos en ejecutarse.

Entonces lo sabremos.

Fueron cuatro minutos, al final de los cuales averiguaron por qué Terry Holmes trasladó el negocio familiar de Londres a Southampton.

—¡Joder! —dijo Poe.

53

—¿Qué es lo único que tiene Southampton y Londres no tiene? —dijo Poe.

—Un equipo de fútbol decente —contestó Slater.

—Un puerto —respondió Finch—. A ver, sí, Londres tiene muelles, pero nada que ver con el puerto de aguas profundas que hay aquí.

—Exacto —dijo Poe—. Por eso se mudó aquí Terry Holmes. Su terminal de contenedores de mercancías es el segundo puerto de aguas profundas más grande del país.

—Maldita sea —dijo Slater—. Nosotros solo miramos hacia dentro; deberíamos haber mirado hacia fuera.

—Yo creo que el negocio de compraventa de artículos robados era solo una coartada para su negocio ilegal.

—¿Contrabando?

Poe asintió.

—Tiene toda la pinta.

—Y no olvide que las compañías de cruceros tienen cuatro terminales aquí —dijo Slater—. Se mueven por todo el mundo, y Aduanas apenas registra a los pasajeros al volver. Y menos aún a la tripulación.

—Y todos los puertos comerciales tienen problemas de contrabando —dijo Melody Lee—. La maría que llevan las mulas en los túneles que hay por debajo de la frontera de Estados Unidos con México es insignificante comparada con la hierba que entra en contenedores de mercancías con un montón de papeleo perfectamente cumplimentado. Uno de los inconvenientes de los acuerdos del libre comercio es que ya no se chequea nada.

—Contenedores de mercancías para las cosas más grandes y personas para las pequeñas —dijo Poe—. Los puertos son una forma perfecta de meter y sacar mercancía.

—Pero no cree que el señor Holmes metía de contrabando cosas para sí, ¿verdad? —dijo Finch—. ¿Cree que era el líder del puerto de Southampton?

—Si Susan está en lo cierto, su padre no tenía aptitudes técnicas para configurar su ordenador así, y si Tilly tiene razón, y siempre la tiene, Terry Holmes ganaba más dinero aquí tratando con objetos robados que

en una de las ciudades más ricas del mundo.

—Entonces, ¿era un eslabón de la cadena?

—Yo diría que sí. La gente detrás de esto será una banda internacional de crimen organizado. Probablemente tengan oficinas en Londres, en Nueva York y hasta en Pekín. Seguramente le contrataron y le pidieron que se mudara aquí para recibir y hacer de intermediario con sus productos. Tendrán un Terry Holmes estratégicamente colocado en todos los puertos y aeropuertos principales.

La casa de empeños se quedó en silencio mientras todos digerían lo que acababan de escuchar.

—¿En qué estaba metido mi padre? —dijo finalmente Susan.

54

Antigüedades.

Eso es lo que Bradshaw encontró en el sistema operativo oculto de Terry Holmes. Muchas antigüedades.

Para ser más exactos, antigüedades «robadas».

El ordenador de Holmes tenía documentada la mercancía que había pasado, la que guardaba y la que estaba esperando. Mosaicos de Siria y estatuas de Camboya, tabletas de Irak y tableros de ajedrez chinos, libros encuadernados en piel de gacela de Jordania y sellos cilíndricos de oro de Egipto. Por sus manos había pasado suficiente historia como para llenar un museo pequeño.

Poe dudaba que hubiera tocado nada físicamente. Probablemente solo organizaba almacenaje y transporte seguros para la mercancía de la organización. Le dirían cuándo iba a llegar algo y cuándo debía salir. Untaría a unas cuantas personas, alquilaría un almacén si no se iba a mover inmediatamente. Se aseguraría de que los artículos robados llegaran a los marchantes y casas de subastas con todos los documentos y permisos necesarios. Probablemente se quedaría con una parte del precio bruto. No mucho, pero suficiente para que le valiera la pena.

La Agencia Nacional del Crimen tenía unidades enteras dedicadas a la lucha contra el comercio de antigüedades robadas. Ascendía a millones, probablemente miles de millones de libras, y eso significaba que se llevaba a cabo con violencia, representaba un campo de cultivo de corrupción y el consumidor final era el más explotado. A menudo, los beneficios se canalizaban hacia el terrorismo. No hacía falta tener la cabeza de Bradshaw para ver la línea evolutiva entre un artefacto explosivo improvisado en Afganistán y una máscara antigua robada de una cueva funeraria cerca de El Cairo. Solo dependía de cuánto les interesara indagar a los museos y a los coleccionistas. A menudo, buscar con esmero la procedencia de un objeto no era tan importante como tener algo que nadie más tenía.

Y los contrabandistas hacían todo lo posible por atribuir una historia más digerible a sus objetos. Poe sabía de una estatua robada en la India que fue introducida de contrabando en Hong Kong, de ahí pasó a Londres y Nueva York, antes de que la vendieran a un museo

australiano. Una ruta convulsa, pero que, debido a las distintas normativas de importación y exportación de cada país, prácticamente garantizaba una transición sin interrupciones del mercado negro al mercado libre.

Por si fuera poco, los jefes del crimen organizado estaban complicando todavía más el tema, comprando obras de arte y antigüedades al por mayor no como inversión, sino en caso de necesitar un arma de presión:

—Si hacéis que la justicia se me eche encima, veréis estas antigüedades insustituibles desaparecer para siempre.

—Se reducen los cargos y el país recupera parte de su legado cultural.

—El comercio de antigüedades robadas guarda un paralelismo enorme con el negocio de la maría en Estados Unidos —dijo Melody Lee—. El problema no son los ladrones, sino los coleccionistas. Igual que con la cocaína, la demanda genera oferta. En Colombia, las cosechas ilegales como la de hoja de coca son una respuesta lógica a los precios exageradamente bajos de las cosechas legales y dopadas con subvenciones de Occidente.

—Exacto —dijo Finch—. Intenta decirle a un sirio muerto de hambre que el legado cultural de su país es más importante que dar de comer a sus hijos. El ISIS y todas esas organizaciones son sorprendentemente pragmáticas. Emiten permisos y se quedan con un porcentaje de todo lo que se encuentra, más aún si has usado su material para desenterrarlo.

—Sí, todo muy interesante —dijo Poe—, y lo que hay en este ordenador va a ir directo a nuestra unidad de crimen organizado internacional, pero no nos sirve para relacionar el papel de Terry Holmes en el comercio de antigüedades robadas con el asesinato de Christopher Bierman. A no ser que se me escape algo…

Silencio.

—Sí, se te escapa algo —dijo finalmente Bradshaw.

Porque para entonces ella había descubierto la otra cosa que había escondida en el sistema operativo oculto de Terry Holmes.

55

—¿Qué demonios? —murmuró Poe, con los ojos clavados en el portátil.

Era una imagen de Christopher Bierman. No se veía nítida, pero era él, sin duda. Tenía el pelo un poco más corto y lucía un moreno que no había cogido en el Reino Unido. Estaba delgado y aún tenía señales de una paliza. Un corte en los labios sin terminar de cicatrizar y la cuenca de un ojo algo amarillenta de un moratón reciente. Llevaba camisa de manga corta y pantalones chinos.

—Voy a buscar la marca de tiempo para ver cuándo se hizo la foto —dijo Bradshaw—. No debería tardar.

—No te molestes, Tilly —dijo Poe—. Sé cuándo la hicieron.

—¿Ah, sí? —dijo Finch—. ¿Cómo?

—Ese moreno es del ejército. Se coge llevando la camisa con el cuello abierto y las mangas subidas. Las normas dicen que hay que desabrochar el botón superior y llevar las mangas un par de dedos por encima de los codos. Si se fijan, se nota que el moreno no le llega mucho más allá de los antebrazos y tiene una marca en uve en el cuello.

Señaló los cortes y los moratones.

—Si a eso añadimos las heridas, la cronología está clara. Esta foto se hizo poco después de ser evacuado por los servicios médicos al Reino Unido tras su rescate. A juzgar por lo bien que tenía los cortes y los hematomas, yo diría que fue dos o tres semanas después de volver.

Melody Lee se le acercó para mirar. Sus hombros se tocaron.

—Difícil rebatir eso —dijo—. ¿Y qué demonios hacía aquí?

—Parece que Terry Holmes tenía una *webcam* oculta —dijo Bradshaw —. ¿Puede que intentara usarla para capturar la cara de la gente que entraba en su tienda?

Poe negó con la cabeza.

—Si fuera así, habría miles de fotos. En esa carpeta solo hay seis.

Finch frunció el ceño.

—Puede que solo la encendiera cuando trataba con desconocidos.

—Siga…

—Este tipo de organizaciones tienen complejas rutas de contrabando para asegurarse de que llega cuanta más mercancía posible a su destino.

Y cuesta mucho dinero mantener estas rutas viables. No pueden permitirse que sus empleados las pongan en peligro haciendo trabajillos de contrabando por su cuenta. La agente especial Lee les dirá que los que hacen chanchullos por su cuenta son los que confiesan más fácilmente.

—Porque saben que, si no hacen un trato, la han cagado —dijo Melody Lee.

—¿Y qué pasa si Bierman encontró algo mientras estaba en Afganistán? —dijo Finch—. Siempre ha sido un crisol de culturas. Civilizaciones de China, Asia Central y Meridional mezclándose, comerciando y luchando las unas contra las otras durante milenios. Toda esa zona es básicamente una inmensa mina de tesoros prehistóricos, indogriegos, budistas e islámicos.

Poe asintió.

—Tiene sentido —dijo—. Y no cabe duda de que tuvo la oportunidad. En operaciones como esa, los oficiales tienen más libertad y se les anima a relacionarse de forma controlada con la población local. Si hay tanta abundancia de estos objetos como dice, no le costaría conseguir alguno. Todo lo que metas en una caja de la MFO llega al Reino Unido sin pasar registros.

—¿Qué es una caja MFO?

—Las siglas de la oficina de reenvío en traslados. Básicamente es un cajón que usan los soldados para transportar sus enseres personales a un destino o cuando se van de él. Una vez que se atornilla la tapa, no la podría abrir más que un policía militar. Y aunque la abriera, Bierman solo habría tenido que decir que eran suvenires. Un policía militar no va a notar la diferencia entre una reliquia de cuatro mil años y una baratija del bazar.

—Entonces —dijo Finch—, Christopher Bierman se encuentra algo valioso. Lo manda al Reino Unido y busca a alguien que pueda recogerlo.

—Alguien como mi padre —dijo Susan.

—Alguien que tomaría precauciones al tratar con alguien fuera del círculo de contrabando —dijo Finch—. Precauciones como hacerle una foto para investigarle un poco antes de comprometerse a nada.

—¿Su padre se habría arriesgado a trabajar por su cuenta? —le dijo Poe a Susan.

—Pues sé que no le gustaba ser un empleado, sargento. Y trabajar para este círculo de contrabando me suena exactamente como eso. Da igual lo que le pagaran: si alguien le ofreció una oportunidad de hacer negocios por su cuenta, la aprovecharía seguro.

—Con eso me basta —dijo Poe—. Antes de que le secuestren, Christopher Bierman encuentra, compra o roba algo de valor. Lo esconde entre sus efectos personales, que envían al Reino Unido mientras él está convaleciente. En cuanto está lo suficientemente

repuesto, lo recupera y busca a alguien para venderlo. De alguna manera da con Terry Holmes, quien, como buen canalla con tablas, le hace una foto por si la cosa se tuerce.

En ese momento se le ocurrió otra idea.

—Y mientras Holmes se cercioraba de quién era, es posible que Bierman guardase su antigüedad en una caja fuerte.

Miró a Slater.

—¿Cuántos propietarios de la caja delante de la que mataron a Terry Holmes buscaron?

—Solo al propietario en ese momento. No vimos motivo para buscar a los anteriores.

—Lo haré yo —dijo Finch—. Para qué sirve tener los poderes que confiere la Ley Antiterrorismo si no puedes abusar de ellos.

Salió a la calle a hacer una llamada.

—De acuerdo —dijo Poe—, ya tenemos una teoría en marcha. Christopher Bierman se trajo algo de Afganistán y pidió a Terry Holmes que se lo vendiera. Los jefes de Terry se enteran de que ha puesto en peligro su cadena de abastecimiento vendiendo algo por su cuenta y toman medidas drásticas. No solo matan a los dos involucrados, sino que lo hacen públicamente para advertir a cualquiera que esté pensando hacer algo parecido. ¿A alguien le parece que no cuadra de principio a fin?

Aparentemente, nadie lo pensaba. La casa de empeños se quedó en silencio. La explicación funcionaba.

Y eso era genial, pensó Poe; lo explicaba todo, sí. Pero no había verbalizado una sospecha que tenía. Porque él no creía que cuadrara de principio a fin.

No creía que explicara lo de las ratas de cerámica.

Esa pregunta seguía sin respuesta.

56

Hannah Finch tenía que volver a la cumbre y Bradshaw podía trabajar desde cualquier sitio, así que Poe decidió llevarse la investigación de vuelta al norte. Una vez confirmada la conexión entre el caso de Southampton y el de Cumbria, le parecía sensato asentarse en la última ubicación conocida del asesino. Eso sí, no pensaba irse de Hamsphire sin dejar recursos activos. Ben Slater y Susan Holmes prometieron trabajar juntos y seguir indagando en los sucesos que rodearon la muerte de Terry Holmes. Melody Lee no parecía convencida, pero Poe la ignoró. En su opinión, un *terrier* expolicía con pistas nuevas sobre su caso favorito y una hija decidida a averiguar quién mató a su padre serían mucho más útiles que un equipo dedicado a casos cerrados con un presupuesto reducido para horas extra.

—¿Algún problema? —le dijo a Finch.

No había querido preguntarle sobre la eficacia de los poderes del MI5 en función de la Ley Antiterrorista delante de Slater y Susan. Había resultado interesante oírla trabajar, y cómo iba saltándose una estupidez burocrática tras otra.

—Esta noche tendré una respuesta. He pedido los expedientes de todas las personas que alquilaron esa caja fuerte desde que la sucursal abrió en 2001.

—Bien. Si Bierman la alquiló, dudo que fuera con un nombre falso. No tenía motivo para hacerlo.

—Y si lo hizo, da igual —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Nuestra gente sabe lo que hace. No importa el nombre que usara, habrá un rastro.

—¿Qué quieres que haga yo, Poe? —dijo Bradshaw.

—Necesito una Orden contra la Riqueza de Origen Desconocido para Bierman, Tilly. Los pilotos del Ejército no están bien pagados y quiero saber cómo financió su parte de la compañía de transporte ejecutivo. Si usó dinero sacado del contrabando de antigüedades, tengo que saberlo.

—Pondré a la Gente Topo con ello, Poe.

«Gente Topo» era el apodo del reducido equipo de analistas de Bradshaw. Poe toleraba la connotación peyorativa por dos razones: una, que cualquier oficina cuyos empleados eran capaces de tomarse el pelo

era una oficina sana; dos, el nombre se le había ocurrido a él. Fue después de un día muy largo, y le pareció mejor que llamarlos malditos friquis. Al principio, Bradshaw se mostró reticente, porque prefería la Banda Scooby, pero después de todo lo que habían conseguido en los últimos dos años, ahora llevaban el apodo con orgullo. Hasta tenían camisetas con la frase «Soy un topo» en la parte delantera y «6022 x 10^{23}» en la espalda. Bradshaw le explicó que el número era la unidad básica de la cantidad de sustancia en el sistema internacional de unidades, conocida en inglés como *mole*, que también significa «topo». A lo que Poe contestó: «Vale».

—¿Qué más necesitas? —dijo.

—Necesitamos meternos a fondo con Christopher Bierman. Ya le hemos sacado un perfil como víctima, ahora necesito hacerlo como criminal. Todo: familia inmediata y política, historial de servicio, psicológico y financiero, redes sociales…

—Te conseguiré acceso a su historial de servicio, Tilly —interrumpió Finch.

—Gracias, Hannah Finch —contestó Bradshaw.

—Una advertencia, Poe —dijo Finch—: poner bajo lupa a Bierman es como poner su heroísmo bajo lupa. A mucha gente no le va a gustar. Puede que encuentre oposición.

—Cuénteme algo que no sepa… —murmuró—. Pero tomo nota. Iremos con cuidado. Lo último que quiero es mancillar a un héroe de guerra, aunque fuera un poco delincuente.

Finch asintió. Poe estaba más simpático con ella. Ahora que la cumbre no corría peligro, empezaba a ver a qué se refería Alastor Locke cuando le dijo que era una buena agente. Finch era perceptiva y abierta de mente. Probablemente estuviera informando a Locke de todo cuanto hacían, pero tenía que admitir que era útil poder recurrir de vez en cuando a los poderes extraordinarios del MI5.

—Y haz lo mismo con Terry Holmes, Tilly —dijo—. Mira en todas partes, encuentra lo que no quiere ser encontrado. Bierman no se plantó en su casa de empeños por casualidad; sabía que debía ir allí. Si encontramos esa conexión, estaremos más cerca de dar con el asesino.

—Vale, Poe.

—¿Y adónde vamos? —preguntó Melody Lee.

—¿Nosotros? Volvemos a Scarness Hall —dijo—. Creo que ya va siendo hora de hablar con el socio de Christopher Bierman, ¿no le parece?

—¿Patrick McDaid?

—El mismo.

57

—¿Cree que Patrick McDaid está involucrado? —preguntó Melody Lee.

—No veo cómo —contestó Poe—. Las semillas de estos asesinatos germinaron mucho antes de que montara un negocio con Bierman. Pero, con los años, habrán pasado bastante tiempo juntos, probablemente se habrán emborrachado. Es posible que a Bierman se le escapara algo. He descubierto que los secretos no se pueden guardar para siempre. Tarde o temprano, la necesidad de contárselos a alguien se vuelve insoportable.

—Parece que sabe de lo que habla.

Poe no contestó.

Melody Lee tampoco insistió en el tema y al poco tiempo llegaron a las afueras de Hallbankgate, el pueblo más cercano a Scarness Hall. Los manifestantes seguían allí, sosteniendo sus carteles hechos a mano y derritiéndose bajo el sol de la tarde. Irene, la portavoz autodesignada, estaba sentada en una tumbona de color vivo. Levantó su taza al verlos pasar.

Poe le devolvió el saludo, frenó y dio marcha atrás. Otro policía con pinta de aburrido vigilaba al variopinto grupo de Irene. Se apartó del árbol a cuya sombra estaba cobijado y avanzó sin prisa hacia ellos. Poe bajó su ventanilla y le enseñó la placa.

—Sigo esperando ese vídeo, Irene —dijo cuando el policía regresó a su aburrimiento en la sombra.

Irene se volvió hacia Jeffrey, su atribulado esposo.

—Jeffrey, Max todavía no ha enviado ese vídeo al sargento Poe. Le llamaste, ¿no?

Era evidente que no. También estaba claro que Jeffrey no tendría *pudding* esa noche, a juzgar por la mirada que le lanzó Irene.

—En serio —dijo—. Si quiere que algo se haga, déselo a una mujer ocupada. Ahora le llamo, sargento, y perdone al despistado de mi marido.

—No pasa nada —contestó Poe.

—Yo creo que se cayó de cabeza cuando era bebé —añadió Irene.

Quedaban diez días para la cumbre y en Scarness Hall la seguridad se

había reforzado ostensiblemente. El cordón exterior tenía tres policías armados, en vez de uno, y había un remolque de mando móvil aparcado junto a los coches patrulla. Una vez que hubieron comprobado sus nombres en la lista de personal autorizado, los dejaron pasar.

La garita fija seguía en el mismo sitio, pero la gente que la ocupaba tenía una actitud distinta. Ya no había sonrisas ni risas. Simplemente un seco: «Buenos días, señor. Buenos días, señora. ¿Tienen autorización para estar aquí?».

Al entregar su acreditación a un inspector de uniforme, Poe vio al menos dos armas apuntándole. Sospechaba que habría más que no podía ver. Trajeron un *springer spaniel* inglés. Se parecía un poco a Edgar, aunque era negro y blanco en lugar del marrón y blanco habitual. Lo utilizaban para detectar explosivos y armas. Si alguien pretendía colar algo peligroso para usarlo más adelante, ahora sería el momento, pensó. Le pidieron que abriera las puertas y el maletero del coche. El perro se subió, estuvo olisqueando el interior y se volvió a bajar sin ladrar.

—Gracias —dijo el inspector. Les devolvió las acreditaciones—. Si siguen hasta el mismo aparcamiento que la última vez, alguien saldrá a buscarlos.

Y ese alguien era Lewis Barnes. En cuanto Poe entró en el aparcamiento, el hombre de la sonrisa de cachorro se acercó entusiasmado.

—¿Quiere que le limpie el parabrisas, señor? Está lleno de bichos otra vez.

—He estado en el sur, Lewis —contestó Poe—. Mucha autovía.

—¿Sabe qué es lo primero que le pasa por la cabeza a un bicho cuando choca con un parabrisas, señor?

Lo sabía. Era un chiste viejo. Pero dejó que Lewis tuviera su momento. Fastidiar el final de un chiste solo era divertido cuando lo contaba un imbécil.

—No lo sé, Lewis.

—Su culo.

Poe sonrió. Melody Lee soltó una carcajada. Evidentemente, en Luisiana no era un chiste de patio de colegio.

—Tiene gracia —dijo ella.

—Voy a buscar mi cubo y el raspador —dijo Lewis.

—No sabrá dónde podría encontrar al señor McDaid, ¿verdad, Barnes?

—¡Ha dado con el hombre adecuado! Está en el comedor hablando de algo con Cookie. Si quiere, le acompaño hasta allí.

—Gracias, Lewis —dijo Poe—. Muy amable.

Lewis los condujo hasta el comedor y señaló a McDaid. Poe ya sabía qué aspecto tenía por los folletos de la empresa que había encontrado en la

habitación de Bierman. El típico yanqui, pensó. Pirado negacionista del cambio climático y aficionado a la caza mayor que iba por ahí con un arma escondida. Dientes blanqueados y el pelo como si le hubieran escupido y luego se lo hubieran planchado. Seguro que gritaba «*¡USA! ¡USA! ¡USA!*» en cuanto pasaba algo mínimamente interesante.

El verdadero Patrick McDaid era mucho menos de plástico. Llevaba una chaqueta ligera con el logo de Bierman & McDaid, pantalones chinos marrones y camisa blanca. Estaba tan moreno como en el folleto, pero se notaba que era de estar al aire libre, no un moreno artificial. Se encontraba enfrascado en una conversación con un hombre vestido con chaquetilla de chef. McDaid le apuntaba con un dedo acusador mientras el chef le miraba enfurruñado.

La lujosa moqueta camufló sus pasos al acercarse a su mesa.

—Piénsalo —saltó bruscamente el chef.

McDaid estaba a punto de contestar, pero entonces vio a Poe. Ambos se pusieron en pie mientras Melody Lee y él se acercaban a su mesa.

—¿Señor McDaid? —dijo Poe.

—Sí…

El chef dijo:

—Más vale que vuelva al caos, Patrick. Luego seguimos.

Antes de que McDaid pudiera responder, Poe dijo:

—Dos segundos. —Mostró su identificación al cocinero—. ¿Puedo preguntarle su nombre, caballero?

El chef se acercó a estudiar las credenciales de Poe.

—Sargento Poe… —dijo—. ¿El mismísimo sargento Poe?

Poe no contestó.

—Nick Anstey, compañero. Para la mayoría, chef; para algunos, Cookie. Soy el chef de repostería de Scarness Hall.

Anstey era un hombre corpulento, tan alto como Lewis. Para alguien que se pasaba el día haciendo pasteles, estaba sorprendentemente fuerte. Tenía el cuello muy musculado, las manos como racimos de plátanos y los nudillos como nueces. Poe le echaba unos cuarenta años. Aparte de la chaquetilla, llevaba los tradicionales pantalones de cuadros azules. Iba arremangado y llevaba el reloj mirando hacia la parte interior de su muñeca.

Tenía la frente cubierta de sudor, lo cual era interesante. Poe había estado en restaurantes de buena mesa durante una investigación anterior y sabía que sudar a chorros era una constante en un chef profesional. Sin embargo, aquel comedor tenía aire acondicionado y, a juzgar por los posos de su taza, Anstey llevaba al menos veinte minutos allí.

—¿Puedo saber de qué estaban hablando?

—De bolsas de almuerzo, compañero. El señor McDaid se lleva a algunos de nuestros vips al Distrito de los Lagos. —Anstey sonrió antes de añadir—: A que conozcan esos círculos de piedra por los que nos

hemos hecho famosos.

Poe hizo una mueca de dolor. Los innumerables círculos de piedra de Cumbria, monumentos prehistóricos en su día tranquilos y misteriosos que apenas atraían a un puñado de visitantes al año, habían adquirido un tinte macabro desde el caso del Hombre Inmolación. Los círculos donde se encontraron los cadáveres eran ahora objeto de una curiosidad morbosa, y emprendedores sin escrúpulos habían empezado a hacer visitas guiadas. Se había puesto de moda volar en helicóptero a aquellos lugares donde actuó el Hombre Inmolación en Cumbria. Hasta se hablaba de una serie de televisión.

—Pues no quiero detenerle —dijo Poe. Le encantaba la amenaza implícita en aquella frase: era algo que solo podía permitirse decir un policía o un dictador.

En cuanto se hubo ido, Poe le dijo a McDaid:

—Ahora en serio, ¿de qué estaban hablando?

—Nada, un simple malentendido.

Poe tenía demasiada experiencia como para entrar al trapo. Esperó a que el silencio se hiciera incómodo. Pero McDaid tampoco mordió el anzuelo. Se quedó callado esperando la siguiente pregunta.

—¿Tiene un par de minutos para hablar del señor Bierman? —dijo Poe.

—Ya era hora, joder —contestó McDaid.

58

—Christopher Bierman era el hombre más maravilloso que he conocido en la vida —dijo McDaid—. Un verdadero héroe, en una época en que esa palabra ya no significa nada. Vivió un auténtico infierno y salió de allí entero.

—Háble me de él —dijo Poe.

—¿Qué quiere saber?

—¿Le sorprendió que le encontraran muerto en un burdel?

—Y tanto, joder. He estado por todo el mundo con ese tipo y no hizo esas cosas ni una sola vez.

—¿Qué tal era su matrimonio?

—Sólido como una roca. Adoraba a su mujer y a sus hijos. Los adoraba. Si estaba en un burdel, sería porque le arrastraron hasta allí a gritos y pataleando.

—Puede que su asesinato esté relacionado con su época en Afganistán. Tengo entendido que usted estuvo allí al mismo tiempo que él, ¿no es así?

Finch ya habría recibido el historial de servicio de Bierman, y Bradshaw lo analizaría hasta el mínimo detalle, pero oírlo de primera mano sería muy valioso.

—Estuve —contestó McDaid.

—¿Cómo era aquello? Imagino que acojonante.

—Chris pilotaba un Lynx —dijo McDaid—. Fundamentalmente reconocimiento y transporte de tropas. Y le diré una cosa, aquello no era para alguien miedoso. Cuando estábamos allí, Al Qaeda empezaba a acertar con sus misiles tierra-aire lanzados desde el hombro.

—¿Ya eran amigos allí?

—Todos los pilotos lo éramos.

—¿Por qué?

—Como los pilotos británicos estaban bajo órdenes norteamericanas, tenían el cuartel en Camp Leatherneck, en vez de en Bastion.

—¿Leatherneck? ¿Qué era?

—Estaba unido a Bastion. Los ingenieros norteamericanos lo ubicaron allí para aprovechar el aeródromo británico.

—El folleto de su compañía dice que usted volaba con los marines y

que el señor Bierman estuvo en Sandhurst. No habla de que sirvieran en Afganistán. ¿Por qué?

—Estrategias de negocio. Decidimos desde el principio que queríamos contratos con las compañías de la lista *Fortune 500*; como la mayoría tienen un alcance global, tenía sentido restarle importancia a nuestro papel en Oriente Medio. Lo que para unos es un terrorista, para otros es un guerrero de la libertad, ya sabe. Y, para serle sincero, a algunas de estas compañías no les gusta contratar a gente con mejor currículo que ellos. Es uno de los motivos por los que Chris se cambió de nombre.

—¿Le vio en el hospital de campaña de Camp Bastion después que lo rescataran?

—Sí. Estaba muy sedado, pero pasamos unas horas juntos.

—Debió de ser difícil verle así.

—No se hace una idea. El pobre parecía un superviviente de un puto campo de concentración. Llevaba dos meses recibiendo palizas a diario y había comido cosas que harían potar a un lobo.

—¿Tan mal estaba?

—¿No ha visto las fotos?

—Aún no tengo su expediente militar.

—Bueno, pues, cuando lo vea, ignore las que pasaron a la prensa: esas las tomaron después de estar dos semanas en el hospital. Eche un vistazo a las que se hicieron nada más rescatarle. Un puto horror. En serio, Chris era un tío duro, pero si esos chicos no se llegan a plantar allí en ese momento, Al Qaeda no habría tenido tiempo de retransmitir su decapitación. Hablé con una de sus cirujanas, y decía que no habría durado más de uno o dos días.

—¿Conocía a Tango Dos-Cuatro, la sección de los Fusileros del Rey?

—¿Los soldados que le rescataron?

Poe asintió.

—No tuve la oportunidad. Cuando me enteré de que Chris había vuelto, fui corriendo al hospital de campaña. Había bastante gente, como podrá imaginar. Como todo el mundo, di por hecho que ya habría tiempo para darles las gracias como es debido. Por lo que oí, solo iban a estar allí unos días antes de volver a salir. Supongo que tiene sentido. Para Chris fue algo importantísimo, pero para ellos no era más que una misión. Esos tíos se metían en combate directo cada vez que salían del campamento.

—Ya imagino —dijo Poe.

—Y entonces un cabrón suicida estampa una ambulancia llena de TATP contra ellos, y nadie pudo darles las gracias como se merecían —gruñó—. Yo he leído la Biblia de cabo a rabo, sargento, y no suelo oír nada en contra de nuestro Señor, pero a veces, solo a veces, puede ser un auténtico hijo de puta.

Poe no sabía cómo contestar. Se volvió hacia Melody Lee y dijo:

—¿TATP?

—Triperóxido de triacetona. A los fabricantes de bombas les gusta porque es uno de los pocos explosivos que no contienen oxígeno. Eso significa que puede pasar los escáneres tradicionales sin que lo detecten. Fácil de hacer, pero muy volátil. Los terroristas lo llaman «la Madre de Satanás».

Poe se quedó mirándola.

—Estoy en el FBI —dijo ella—. Sé un montón de cosas como esa.

—Y eso destrozó a Chris —dijo McDaid—. Nosotros le decíamos que no tenía sentido, que probablemente era sentimiento de culpa por haber sobrevivido o alguna gilipollez de psicólogos. Le decíamos que ese tipo de soldados se ponían en peligro cada día. Que conocían los riesgos y los asumían. Que habían caído en una misión rutinaria y que no tenía nada que ver con él. Pero él no lo aceptaba. Yo creo que, con que uno de esos cabrones hubiera salido vivo de ese vehículo ardiendo, Chris habría estado bien. Si hubiera tenido al menos a una persona a la que dar las gracias.

—Pero no la hubo —dijo Poe. No era una pregunta. Ninguno de los integrantes de Tango Dos-Cuatro sobrevivió.

—No. Los doce murieron al instante —dijo McDaid—. Aquel día, yo estaba fuera solo en una misión. Se lo juro, todos acudimos a su posición como si hubiéramos visto la Batiseñal. Si hubiera habido algún sospechoso allí, cualquiera, nadie habría seguido la orden que cerciorarse del objetivo antes de disparar.

—La cosa se puso tensa, ¿eh?

—Mucho.

Poe tenía que seguir avanzando. Quería indagar sobre las actividades de contrabando de Bierman, pero sospechaba que la conversación acabaría bruscamente en cuanto le preguntara a McDaid al respecto. Por ahora mejor ocuparse de los detalles pendientes.

—Háble me de su empresa —dijo Poe.

McDaid se encogió de hombros.

—Chris y yo seguimos en contacto durante su recuperación. Fui a visitarle a Londres varias veces cuando estaba de permiso. Quería asegurarme de que le cuidaban bien. De que tenía todo lo que necesitaba. No tardó en hacerse evidente que, aunque su cuerpo mejoraba, su cabeza no. El sentimiento de culpa por lo que les pasó a los hombres que le rescataron, por sobrevivir al accidente cuando su copiloto no lo hizo, le estaba comiendo por dentro. No tengo ninguna prueba, pero yo creo que le faltó poco para meterse en un baño de agua caliente con una botella de vodka y una cuchilla.

McDaid se quedó en silencio por unos segundos, para que calase.

—Le propuse la idea de empezar de nuevo en Estados Unidos —dijo —. Un nombre nuevo y nuevas ideas para vivir su vida. Yo había dejado los marines. Cobraba un subsidio y a mi familia no le falta el dinero. Tenía sentido aprovechar nuestros contactos y experiencia para sacar

tajada del pastel del transporte ejecutivo.

—¿Sabe de dónde sacó Bierman su dinero para ponerla en marcha? —dijo Poe. La «Orden contra la Riqueza de Origen Desconocido» aún tardaría días en empezar a dar sus frutos.

—Se lo presté.

—¿Ah, sí? —dijo Poe—. ¿Cuánto?

—Cincuenta mil.

Poe soltó un silbido, básicamente para ocultar el hecho de que su «Orden contra la Riqueza de Origen Desconocido» acababa de irse al carajo.

—Eso es mucho dinero —dijo.

—Le conocía —dijo McDaid—. Confiaba en él. Y aunque él no quería aprovecharse de su nombre, no después de lo que les ocurrió a los chicos que le rescataron, contar con un auténtico héroe de guerra como socio era un valor diferencial que no tenía la competencia. Aunque no lo anunciáramos a bombo y platillo. Chris accedió a quedarse con una parte menor de los dividendos hasta que el préstamo estuviera totalmente pagado. Y eso fue a los dos años.

Poe había leído el informe de Bradshaw sobre la compañía. Sabía que les iba bien. Muchos contactos importantes, muchos empleados.

—Empezamos alquilando un par de Bell 429 —continuó McDaid—. Conseguimos un par de contratos rápido. Nos labramos una reputación bastante buena entre los expilotos del ejército. El Pentágono y la industria de defensa son básicamente como puertas giratorias, así que cuando había que contratar pajaritos para llevar al director financiero a Palm Springs, siempre había alguien en la junta ejecutiva de la empresa que nos conocía, y que sabía lo que le pasó a Chris. Al poco tiempo tuvimos que contratar más pilotos, alquilar más bichos. El resto ya es historia. No somos la compañía más grande, pero sí la mejor.

A Poe le sonó como un discurso de ventas. Demasiado fácil como para que le saliera así, sin más.

—Entonces, ¿le va bien?

—Digámoslo así: ya no tengo necesidad de trabajar. Y Chris tampoco lo necesitaba.

—¿Entonces…?

—¿Que por qué lo hacíamos? Porque somos pilotos, sargento. La libertad que da alejarte de tierra firme no es algo que uno deje porque puede. Es la mejor sensación del mundo.

De nuevo, sonaba a discurso de ventas.

—¿Qué tal está su familia? —dijo Poe, arrepintiéndose al instante—. Lo siento. Deben de estar destrozados, claro. ¿Cómo lo llevan?

—¿Cómo cree que lo llevan? —dijo McDaid—. Su mundo acaba de desmoronarse. Melanie está destrozada, pero ese sentimiento pronto se convertirá en rabia y exigirá respuestas. En Texas las crían duras.

—¿La conoce bien?

—Conozco a Melanie desde antes que a Chris. Mi mujer los presentó. Pero saldrán de esta. El cincuenta por ciento que Chris tenía de la empresa pasará a ella y podrá involucrarse todo lo que quiera. Yo me aseguraré de que sigamos a flote, por su bien. Y por eso mismo he contratado a otro piloto. Este es un contrato demasiado grande como para pagar la cláusula de penalización.

Poe se dijo que tendría que ir a ver a la oficial de enlace con la familia que Jo Nightingale había asignado a los Bierman. Preguntarle si había visto algo inusual. Esa gente no estaba solamente para preparar tazas de té y abrir paquetes de Kleenex; también tenían un papel como investigadores. Si la oficial de enlace creía que podía ser útil, también iría a ver a la mujer de Bierman.

—¿Alguna pregunta más, sargento? —dijo McDaid—. Esta noche me voy a Mánchester y tengo que hacer ciertas comprobaciones antes del vuelo.

—Solo una más, señor McDaid.

—Adelante.

—¿Hace cuánto que sabía que el señor Bierman traía antigüedades de Afganistán?

No tenía sentido andarse con rodeos. Había que entrar rápido y duro, a ver qué pasaba.

McDaid se quedó pálido como el granito. Sus músculos se tensaron bajo la chaqueta.

—¿Perdone?

—Ya me ha oído.

—No sé de qué habla, sargento —dijo McDaid—, pero le aseguro que, si vuelve a decir eso en público, mis abogados se quedan con su casa al cabo de menos de una semana.

«Pues buena suerte», pensó Poe.

—Mi empresa, la misma que ahora va a garantizar que la mujer e hijos de Chris no se mueran de hambre, se basa en la reputación —continuó—. Si ataca esa reputación, la defenderé con todo. ¿Nos entendemos?

—Señor McDaid, creo que no está entendiendo a su público —intervino Melody Lee—. Este caballero no responde bien ante amenazas.

Poe no dijo nada. El hecho de que McDaid defendiera sus intereses no era extraño. Sí lo era que se pasara a la ofensiva al instante.

—Además, no tiene dónde caerse muerto —añadió Lee—. Si demanda a Poe por valor de todo lo que tiene, no le dará ni para el especial de mediodía en el Red Lobster. Créame: he visto dónde vive.

—¡Eh! —dijo Poe.

McDaid suspiró.

—Dígame qué sabe…

—No —contestó Poe.

—Mire, daré por hecho que no es usted un imbécil incompetente y

que, si se pone a soltar acusaciones así, será por un motivo. Pero si va a mancillar a un héroe de guerra, al menos deje que le ayude a hacerlo de manera discreta.

Poe hizo inventario mental de todo lo que podía contarle y de aquello por lo que le meterían en la cárcel.

Le habló de la conexión entre Bierman y Terry Holmes. Que Bierman había sido grabado por una cámara, probablemente vendiendo algo que se había traído de Afganistán.

—Solo hay un problema, sargento. Helmand fue el primer destino de Chris y su aparato cayó derribado antes de poder cogerse ningún permiso. La primera vez que salió de Afganistán fue en un RAF C-17 Globemaster y estaba inconsciente.

—Creemos que ya lo había metido en su caja MFO antes de ser trasladado —dijo Poe—. Debieron de meterlo con él cuando le trajeron en el avión medicalizado. Y nadie iba a comprobar las pertenencias de un héroe de guerra.

—Es posible —contestó McDaid, asintiendo—. Aunque los Tootsie Rolls demuestran que eso es una gilipollez.

—¿Cómo dice?

—Es algo que montó uno de los chicos. Sabíamos que Chris no volvería al frente, así que todos pusimos un regalito entre sus pertenencias para que tuviera un recuerdo nuestro. Yo metí un montón de Tootsie Rolls.

—¿Y qué son?

—Chocolatinas —dijo McDaid—. Luego miré entre sus cosas para asegurarme de que no hubiera nada que avergonzara a su familia.

—¿Como revistas porno?

—Como revistas porno —dijo McDaid—. Y créame, sargento, lo más antiguo que había entre las pertenencias de Christopher Bierman era una camiseta de Red Hot Chili Peppers de la gira de *Californication* de 1999.

59

Poe volvió a Carlisle. Bradshaw le había enviado un correo electrónico diciendo que ya tenía el perfil preliminar de Christopher Bierman. Esa era la buena noticia. La mala era que no creía que hubiera nada útil en él. Paró en Durranhill y la encontró en la sala que les habían asignado nada más llegar. Finch seguía fuera, haciendo lo que fuera que hacía cuando no estaba molestándole, y Melody Lee desapareció para llamar a la oficina de campo de Washington.

Bradshaw había montado la sala como le gustaba a Poe. Una carpeta de papel para él, y un muro de asesinatos para que todo el mundo pudiera acercarse cuando tuviera tiempo. Era increíble la de veces que había funcionado en casos anteriores. Ya tenía fotos de sucesos y personas clave sujetas con chinchetas sobre un corcho enorme. Una era de Terry Holmes delante de la caja fuerte. Otra, de las ratas de cerámica. Había cinco fotos de Bierman: una de su expediente militar; una de la página web de su compañía; la portada de un periódico sensacionalista donde aparecía bajando de un helicóptero inmediatamente después de su rescate; otra en su cama de hospital, sonriendo a la cámara y escuálido; y una última tirado con brazos y piernas abiertos sobre una cama de un burdel de Carlisle, con la cabeza destrozada y cubierto de sangre.

Poe empezó a pasearse delante del muro. Su mente procesaba las imágenes de un modo distinto a como lo hacía con los textos. Con documentos, tenía que tomar apuntes, ponerlo todo en un orden que pudiera entender y recordar. Sin embargo, las imágenes solían quedarse grabadas en su memoria. Tal vez no asimilara inmediatamente todos los detalles importantes, pero, una vez que se metían en su cabeza, se quedaban allí, rondando por el fondo de su mente como una *app* no deseada.

Soltó la carpeta, cabreado. Bradshaw tenía razón: allí no había nada útil. Por primera vez desde que trabajaba en la SCAS, el perfil de un delincuente no le decía nada. Todo lo que había encontrado la Gente Topo, y todo lo que había encontrado Bradshaw, respaldaba lo que

Patrick McDaid le había contado: que Christopher Bierman era un ciudadano honrado, un héroe que sobrevivió a un infierno único, que alejó a su familia de los focos y ahora tenía un negocio exitoso. Si no hubiese visto con sus propios ojos a Bierman en la cámara oculta de Terry Holmes, habría dado por hecho que tenían una identidad equivocada. Que el hombre asesinado a batazos era otro Christopher Bierman.

Pero su Christopher Bierman «sí» aparecía en una foto hablando con un conocido contrabandista de antigüedades, «sí» había sido torturado y golpeado hasta morir, y «sí» habían dejado una rata de cerámica idéntica junto a su cadáver.

—Vas a tener que buscarme algo que pueda utilizar, Tilly —dijo, sin razón—. Si no seguimos avanzando, no vamos a encontrar al malo. De hecho, probablemente ya esté fuera del condado.

—Lo siento, Poe, pero hemos buscado en todas las bases de datos disponibles, no creo que haya nada más que encontrar —contestó.

Pero no pasaba nada, porque en ese preciso instante Hannah Finch entró en la sala.

Y había encontrado algo.

60

Hannah Finch había encontrado oro. Oro puro.

Un mes antes de que Christopher Bierman entrara en la casa de empeños de Terry Holmes, había alquilado la caja fuerte número 9-206, la misma caja vacía que forzó la banda de los James Bond. La misma donde dejaron la rata. La misma caja delante de la cual murió Terry Holmes.

—Ya estoy convencida, Poe —dijo Finch—. No lo estaba, pero le seguí la corriente para que nos lleváramos bien. No sé cómo Bierman consiguió traerse nada de Afganistán, pero no se me ocurre ninguna explicación plausible para este asesinato que no tenga que ver con su red de contrabando. Ya he informado a Alastor Locke.

—No lo he autorizado —dijo Poe, molesto.

—No necesito su autorización. Las antigüedades robadas son una fuente importante de ingresos para el terrorismo, así que entra dentro de nuestra jurisdicción. Mi gente va a coordinar su respuesta con la unidad de crimen organizado internacional de la Agencia Nacional del Crimen.

Poe gruñó cabreado. Sabía que Finch tenía razón. Aquello iba más allá de dos hombres asesinados. Había llegado el momento de involucrar a la gente que sabía investigar el crimen organizado a nivel mundial.

—Se los mantendrá informados a usted y Tilly de todo —continuó—. Sin filtros, sin editar. Mírelo así, Poe: ahora tiene un ejército de recursos a su disposición. Y esta gente puede ir a cualquier sitio, hablar con cualquiera. No se creería los poderes que tiene el Estado cuando se trata de terrorismo.

Parecía como si le hubieran quitado un inmenso peso de encima. Ahora que la cumbre ya no corría peligro, Finch podía ayudar en la investigación sin preguntarse si no era simplemente una empleada de Nissan votando a favor del Brexit.

La puerta volvió a abrirse. Era Melody Lee.

—¿Qué me he perdido?

—Hannah, ¿quiere hacer los honores? —dijo Poe.

En cuanto le informaron, Melody Lee dijo:

—Vale, ¿y de qué nos sirve eso?

Poe se paró a pensar. Sí: «¿de qué les servía?».

El hecho de que Bierman hubiera alquilado la caja fuerte delante de la que asesinaron a Terry Holmes no hacía sino confirmar lo que ya sabían. Sin embargo, en lo práctico, no cambiaba nada. No les aportaba una nueva línea de investigación. Tampoco había nadie nuevo en el diagrama de Venn de los dos casos. Solo tenían dos nombres en el espacio donde se cruzaban los círculos: Terry Holmes y Christopher Bierman.

—Mierda —dijo—. Tiene razón. Esto confirma nuestra teoría, pero no nos hace avanzar.

—Tenemos al menos quince agentes trabajando en la red de contrabando —dijo Finch—. Pidiendo extractos bancarios, rastreando números de envío, activando monitorización. Algo saldrá.

—Puede —dijo Poe.

—No parece muy contento…

—A ver, estoy seguro de que esta red de antigüedades va a tener un año muy malo. Pero no me han llamado para coger a contrabandistas, sino para resolver un asesinato. Ahora dos.

La sala se sumió en un silencio pensativo.

Melody Lee se levantó y sirvió café a todos, incluida Bradshaw. Poe dio un sorbo a la bebida amarga y recocida. Estaba malísimo, el peor café que había probado.

—No lo bebas, Tilly —dijo.

Ella le miró agradecida.

—Gracias, Poe. Voy a bajar a la cafetería a ver si tienen té de nardos. ¿Te traigo uno? ¿A alguien más?

—Seguiré con esto, gracias —contestó él.

—No, gracias, Tilly —dijo Finch.

—¿Agente especial Lee? —insistió Bradshaw.

No contestaba. Poe le lanzó una mirada.

Estaba delante del muro de asesinatos, con los ojos clavados en las fotografías.

—¿Qué es esa mierda roja que tiene en el brazo? —dijo, señalando una en particular.

Era la portada del periódico sensacionalista. La había tomado el corresponsal de guerra del *Daily Mirror* en Camp Bastinon. Se veía a Bierman bajándose del helicóptero con la ayuda de dos de los fusileros reales que le rescataron.

«¡Héroe!», proclamaba el titular.

Poe ya la había visto, pero no le había prestado atención, por el tono sensacionalista. Mucho ondear la bandera y pocos datos. Bradshaw había metido copias de toda la prensa de los medios en su carpeta, pero el *Mirror* era el único que incluía una foto.

—Supongo que sangre —contestó—. Un grupo de fundamentalistas le habían tenido cautivo durante dos meses; dudo que le ofrecieran servicio de lavandería.

—No, en el brazo de Bierman, no —dijo Lee—. ¿Qué es esa mierda roja en el brazo del tío que le sostiene?

Poe se levantó y fue junto a ella delante del muro de asesinatos. Se puso las gafas de leer y miró donde estaba el dedo de Melody Lee.

Y, de repente, todo cambió.

61

—¿Qué sucede, Poe? —dijo Bradshaw—. ¿Qué se nos ha pasado?

—No se nos ha pasado nada, Tilly —contestó. No podía apartar la mirada de la foto—. Se me había pasado «a mí».

No podía creer lo que estaba viendo; la respuesta estaba allí desde el principio. Bradshaw no podía saber qué significaba. Tampoco Melody Lee. Y, aunque Finch estaba muy puesta en historia militar, dudaba que ella pudiera saberlo.

—A ver, suéltelo, Poe —dijo Melody Lee.

Poe clavó el dedo índice sobre la foto. Concretamente, sobre un parche en el hombro del soldado. Era pequeño, pero, como tenía los brazos alrededor de Bierman cuando se tomó la foto, se veía muy claro. Era cuadrado, alrededor de cinco centímetros por cinco, y tenía tres franjas horizontales. La de arriba era verde oscuro, la del medio, amarillo mostaza, y la inferior, roja.

—Esa «mierda roja en su brazo» es una insignia de reconocimiento táctico —dijo—. Es el parche de colores que llevan en el brazo derecho para indicar el regimiento o el cuerpo al que pertenece un soldado cuando no puede llevar boina o insignia en la gorra. La de los Fusileros del Rey debe de ser verde, amarilla y roja.

—¿Y por qué es eso importante? —dijo Melody Lee.

—No lo es —dijo Finch—. Debe de haber insignias con cientos de combinaciones de colores. Y habrá decenas que tengan rojo.

—Hannah tiene razón, no es importante —dijo Poe—. Pero lo que lleva en el otro hombro sí lo es. En esta foto no se ve, porque lo tiene detrás de Bierman, pero el brazo izquierdo es donde los soldados llevan la insignia de la brigada. Es el parche que indica a qué formación pertenece el regimiento.

—¿Y?

—Y sé que, en el momento en que se hizo esta foto, los Fusileros del Rey formaban parte de la Séptima Brigada Blindada.

—¿Y la insignia de la Séptima Brigada Blindada es roja?

—Lo «era». En 2014 la rebautizaron como Séptima Brigada de Infantería. Pero sí, era roja.

—¡Joder! —dijo Melody Lee—. O sea, ¿cree que hay una conexión?

¿Que alguien manchó esas ratas de cerámica con pintura roja para demostrar que estaba relacionado con esos soldados, los de la Séptima Brigada de Infantería?

—Estoy completamente convencido.

Melody Lee se quedó en silencio, mirándole, evaluándole.

—Parece estar más seguro de lo que debería, Poe. ¿Qué es lo que no nos está contando?

—Lo que no les he contado es que la Séptima Brigada Blindada tenía «otro» nombre. En realidad, era un apodo que les pusieron en la campaña en el norte de África durante la Segunda Guerra Mundial. Un apodo que se conoce en todo el mundo.

—¿Y cuál es?

—A la Séptima Brigada Blindada, agente especial Lee, también se la conocía como «las Ratas del Desierto».

62

Bradshaw subió una foto de la insignia de la Séptima Brigada Blindada al monitor de la pared. Era un diseño simple con un cuadrado negro y una rata roja en el centro.

—En realidad, no es una rata —dijo Poe—. Es un jerbo. Se nota por la cola larga y gruesa. Aparentemente, el primer comandante de la división adoptó una, y se quedó como imagen del parche.

—¿Y por qué no los llamaron Jerbos del Desierto, Poe? —preguntó Bradshaw.

Poe se encogió de hombros.

—No creo que el recluta británico medio haya visto un jerbo en su vida, Tilly.

—Probablemente también tenga un elemento psicológico —añadió Melody Lee—. ¿Con quién preferirías luchar, con jerbitos achuchables o con unas ratas acojonantes?

—Con ninguno de los dos, agente especial Lee —dijo Bradshaw—. Pero entiendo lo que quiere decir; estadísticamente hablando, las ratas son el animal más denigrado en el Reino Unido.

—Bueno —dijo Poe—, ¿hay alguien que no piense que acabamos de dar un paso de gigante?

Silencio. Finch lo rompió.

—Pero ¿qué significa, Poe? —dijo—. Entiendo que Christopher Bierman fue rescatado por unos soldados de los Fusileros del Rey, pero me cuesta ver cómo puede relacionarse eso con la red de antigüedades robadas en la que estaban metidos Holmes y él.

—No lo sé. Pero había una rata en la escena del crimen donde murieron tanto Holmes como Bierman, y a ambas les habían echado pintura roja en el «hombro» derecho. Tiene que haber alguien relacionado con ese regimiento detrás de todo esto.

Melody Lee y Bradshaw asintieron.

Al final, también lo hizo Finch.

—Patrick McDaid dice que los pilotos norteamericanos y británicos compartían un cuartel separado de los regimientos de infantería que estaban destinados allí —dijo Poe—. El único momento en que Bierman pudo tener contacto con los Fusileros del Rey sería cuando Tango Dos-

Cuatro le rescató. Creo que ahí es por donde debemos empezar.

—Voy a conseguir el informe sin editar sobre el vehículo con explosivos que mató a Tango Dos-Cuatro —dijo Finch—. Tendrá más detalles que el que acabó publicándose. Usted y Tilly ya tienen nivel de autorización suficiente para leerlo, pero me temo que usted no, agente especial Lee.

—No hay problema —dijo.

Aunque no lo dijo, Poe oyó el: «Ya lo conseguiré yo».

—¿Estamos seguros de que los doce murieron en el ataque? —dijo—. ¿Que no ha sobrevivido ninguno y por razones desconocidas culpa a Bierman de lo ocurrido?

Finch negó con la cabeza.

—Estaban bastante chamuscados, pero la investigación fue exhaustiva y se identificaron todos los cadáveres.

—¿Cómo? —dijo Poe.

Siempre le pareció sospechoso que los cuerpos hubieran quedado irreconocibles por el fuego.

—Al principio, por las placas —dijo Finch, refiriéndose a las dos placas de metal que llevaba todo el personal militar de servicio. Si caían en combate, se cogía una del cadáver y la otra se le dejaba encima—. Después se compararon con registros dentales y ADN. Si alguien de los Fusileros del Rey está detrás de todo esto, no estaba en ese 432.

—¿432? —preguntó Bradshaw.

—El transporte de personal blindado en el que iban, Tilly —dijo Poe —. Es una mezcla entre minibús y tanque. Acerca a los soldados a escasos metros del enemigo y de ahí salen a saco y empiezan a luchar.

—¡Caramba, qué miedo!

—No puedo imaginar nada más acojonante —admitió Poe.

—Sin embargo, aunque alguien culpara a Bierman de aquellas muertes, eso no explicaría que asesinaran «también» a Terry Holmes —dijo Melody Lee.

—Es verdad.

—¿Qué va a hacer ahora, Poe? —dijo Finch.

—No le va a gustar.

Y entonces le dijo lo que necesitaba.

Tenía razón. No le gustó.

63

—¿Está usted loco, hombre? —exclamó Alastor Locke.

—No, señor —dijo Poe—. Me han hecho pruebas.

—¡Pues lo parece, demonios! Por mucho que les diga o por mucha pista que haya descubierto, el Ministerio de Defensa no va a darle los datos de familiares de soldados fallecidos. Y si la señorita Finch le ha dicho lo contrario, es que está más loca que usted.

Para ser justos, Finch le había contestado prácticamente lo mismo que Locke. Hablar con las familias era imposible. Poe se lo había discutido y al final ella le dejó hablar directamente con su superior.

—Si es por un tema de confidencialidad, señor…

—¡Por maldita decencia, Poe! Esas familias vivieron un auténtico calvario: sus hombres eran héroes, y al día siguiente estaban muertos. ¿Sabe que ni siquiera les dejaron ver sus cuerpos? Estaban demasiado desfigurados.

—Pero…

—Y lo último que necesitan ahora es que alguien les haga revivirlo todo —saltó—. A ver, le he dado bastante libertad en esta investigación, y lo ha hecho bien, Poe, muy bien, pero présteme atención: las familias de Tango Dos-Cuatro están terminantemente vedadas.

Poe no dijo nada.

—Se lo advierto, Poe: si persiste con esta línea de investigación, habrá consecuencias. Serias consecuencias. ¿Entendido?

—Sí.

—Pues entonces, dígalo.

—Lo he entendido, señor.

—¿Qué?

—Entiendo que no quiere que hable con las familias de los soldados muertos.

Y dicho eso, Locke colgó.

—Puto idiota.

Hannah Finch había cumplido su palabra accediendo al informe sobre el ataque suicida que mató a los integrantes de Tango Dos-Cuatro. Dijo que

era el original, pero que estaba sin editar y tenía cientos de páginas. Entregó una *tablet* a Poe y otra a Bradshaw. Poe no reconocía la marca; Bradshaw sí.

Melody Lee, que todavía no tenía autorización, aprovechó para volver a su hotel. Había sido un día largo y gran parte la habían pasado metidos en el coche con un calor sofocante.

—Hasta mañana, agente especial Lee —dijo Poe.

Ella saludó con la mano, pero no dijo nada.

—Es una *tablet* solamente para leer, las que utilizamos en el MI5 —dijo Finch—. Pido disculpas de antemano por el dolor de cabeza que les va a dar, pero el brillo está configurado muy alto para que no puedan hacer fotos de lo que aparece en pantalla. Ambas están conectadas con el wifi del edificio. Si pierden la señal, se bloquearán automáticamente para que no se puedan sacar del recinto. Para volver a activarlas hace falta una autenticación de doble factor, ninguno de los cuales se les va a facilitar.

—Y cuando se autodestruye, ¿estalla o simplemente arde? —dijo Poe.

—Muy gracioso. Si intenta desactivar cualquiera de las funciones de seguridad, los contenidos se borrarán de inmediato y se enviará un aviso al Departamento de Seguridad. E irán a la cárcel por quebrantar la Ley de Secretos Oficiales.

Poe frunció el ceño.

—Tengo que volver a Mánchester —dijo Finch—. Lean todo lo que quieran esta noche; cuando terminen, vuelvan a dejarlas en esta caja de seguridad, que debe ir a la caja fuerte en la sala de pruebas. Mañana a primera hora volveré para conectárselos de nuevo.

—Gracias, Hannah —dijo Poe.

En cuanto se hubo marchado, Poe se volvió hacia Bradshaw y dijo:

—¿Puedes saltarte esto sin que avisen a nadie, Tilly?

—Claro, Poe.

—Bien. Me la voy a llevar a casa.

—No, Poe.

La miró sorprendido.

—¿Cómo que no?

—Pues que no tengo ninguna intención de desactivarte las funciones de seguridad.

—¿Y por qué no?

—Están ahí por un motivo, Poe. Y porque a veces rompes las reglas solamente porque alguien te ha dicho que no lo hagas. —Se cruzó de brazos y frunció los labios, una postura que Poe conocía bien—. A veces, hay que hacer lo que te dicen.

Poe la miró enfurruñado.

—Enfádese todo lo que quiera, caballero; no pienso hacerlo. Y, de todas formas, ¿cuánto crees que harías esta noche? Estamos todos muy cansados. Deberíamos hacer lo que ha dicho Hannah Finch: leer lo que

podamos ahora y volver frescos mañana.

—Vale —contestó suspirando, consciente de que tenía razón, y en el fondo contento de que le metiera en vereda.

Creía que disfrutaría de la libertad de estar sin Flynn, pero Bradshaw le había recordado exactamente lo que la jefa aportaba a la investigación. Aparte de ser una policía excelente, hacía que se concentrara en la misión. Le obligaba a descansar y le protegía de sus peores excesos. Cuando todo esto acabara, se la traería de vuelta al trabajo a rastras, a la mierda Zoe.

Decidió tratar el informe como el expediente de un caso archivado. Eso significaba ignorar por el momento el resumen ejecutivo e ir directamente al informe de campo de la primera persona que se presentó en la escena del crimen. Pensamientos sin filtros, frescos. Los informes posteriores estarían suavizados y más ponderados; el primer informe te confería una sensación de lo que esa persona sintió al llegar. Bradshaw le enseñó a moverse por el menú de la *tablet* y encontró lo que buscaba en los apéndices: un informe de un oficial técnico de la sección de investigaciones especiales de la Policía Militar, el equivalente al Departamento de Investigación Criminal en la policía. Él sería la primera persona en llegar a la escena del crimen con el cometido de averiguar los hechos.

Tenía siete páginas y Poe se lo leyó rápidamente, y luego otra vez más despacio. Su frente se fue arrugando. Volvió a leerlo y luego se lo pasó a Bradshaw.

—¿Qué opinas de esto, Tilly?

Ella tardó cinco minutos en leerlo. Cuando terminó, alzó la vista, confundida.

—No sé a qué te refieres, Poe; es un informe exhaustivo y aparentemente preciso. No contradice nada de lo que he leído.

—Exacto. Está demasiado pulido. Cuando llegó, los cuerpos seguían en el vehículo, que estaba en llamas. No tiene ninguna descripción gráfica de las que cabría esperar. Había helicópteros despegando y aterrizando constantemente, y el resto de los Fusileros del Rey se habían abalanzado sobre el lugar sedientos de venganza. Fue una auténtica masacre, y este hombre, el brigada Downing, simplemente hizo mediciones, recogió muestras de explosivos y, en fin, actuó como si estuviera en una escena del crimen esterilizada.

—¿Qué quieres decir, Poe?

—Quiero decir que, o el brigada Downing es el cabrón más analítico y frío sobre la faz de la Tierra, o…

—¿O qué, Poe?

—O nunca estuvo allí.

64

Por muchas ganas que Poe tuviera de poner a prueba su teoría, a Bradshaw empezaban a caérsele los párpados y no se iría sin él. Así que envió un mensaje a Finch preguntándole a qué hora llegaría al día siguiente.

Cuando contestó, Poe dijo:

—Mañana retomamos esto, Tilly. Hannah vendrá a vernos a las siete y media. ¿Puedes guardar bien estas *tablets* para que no nos metamos en problemas?

—Sí, Poe.

Después de comprar comida para llevar en el indio del pueblo, Poe se pasó por casa de Victoria a recoger a Edgar. Media hora más tarde estaba en Herdwick Croft. Una vez cenado, se llevó al *spaniel* a pasear. Aquella noche, la enormidad silenciosa de Shap Fell, que solía ser tan positiva para pensar sin interrupciones, no fue de gran ayuda. Sabía que algo no encajaba con la descripción que el policía militar hizo de la escena del crimen.

Lo sabía hasta la última fibra de su cuerpo. Había encontrado algo, estaba seguro de ello.

Pero aún no sabía qué.

Menos de doce horas más tarde, ya estaba de vuelta en la misma sala. No había dormido bien, demasiados pensamientos persiguiéndole como para que el sueño le terminase de atrapar. Aparentemente, Bradshaw había descansado todavía menos que él. Parecía agotada. Hasta se tomó un café mientras esperaban a Hannah Finch.

Poe ignoró el brillo chillón de la *tablet* e intentó quedarse con la secuencia de los acontecimientos.

El día del rescate, Tango Dos-Cuatro, Compañía Charlie de los Fusileros del Rey, estaba realizando una rutinaria patrulla de seguridad en uno de los miles de valles y desfiladeros de la provincia de Helmand.

Acababan de llegar a un complejo de pequeñas dimensiones cuando

fueron objeto de un ataque con armas de pequeño tamaño. El FV432 no era el mejor vehículo blindado de transporte de personal del ejército británico, pero su casco era lo suficientemente grueso como para aguantar lluvias de balas de 7,62 mm. El cabo Andrew, *Ev*, Evans, comandante de sección, decidió lanzar un contraataque, en vez de retirarse y esperar refuerzos.

Según describió lo ocurrido el propio Evans, fue el típico ataque de sección. Mientras la ametralladora de uso general montada sobre un pivote los cubría disparando fuego de supresión, Tango Dos-Cuatro abandonó el vehículo y redujo rápidamente al enemigo. Evans evaluó la situación y la sección empezó a registrar las inmediaciones. Fue entonces cuando encontraron al capitán Jack Duncan, el ahora fallecido Christopher Bierman.

Dos días más tarde, Tango Dos-Cuatro recibió una misión relativamente más segura «para ganarse corazones y mentes», llevando medicinas y vacunas a aldeas conocidas por no albergar combatientes enemigos.

A partir de ahí, la cosa ya no estaba tan clara. Porque no murieron donde se suponía que debían estar. El informe llegaba a la conclusión de que hubo un error en la lectura del mapa y que fueron demasiado lejos, adentrándose en un valle que aún no se había declarado seguro. Ya fuera por mala suerte o a propósito, acabaron en la misma carretera que una ambulancia llena de TATP, el explosivo inestable que mencionó McDaid. El casco del FV432, eficaz contra disparos de armas pequeñas, se abrió como una lata de sardinas. Las autopsias posteriores revelaron que todos los integrantes de Tango Dos-Cuatro sufrieron heridas de metralla, lesiones por el impacto y quemaduras mortales. Las placas militares encontradas en el lugar del siniestro, los registros dentales y los análisis posteriores de ADN confirmaron que todo ocurrió tal y como parecía. Los fallecidos eran de Tango Dos-Cuatro.

No sobrevivió ni una Rata del Desierto.

Poe dejó su *tablet* sobre la mesa. Se frotó los ojos y cogió su taza. Dio un trago y, como cada vez que leía acerca de una muerte en combate, se puso a reflexionar sobre la trágica pérdida de vidas. Pensó en los políticos que se dedicaban a hacer la guerra, gente que creía que las vidas de otros eran suyas y podían desperdiciarlas. Pensó en las familias que asistían orgullosas a los desfiles antes de una marcha, que se creían todo el glamur de ser una familia del ejército. Las mismas a las que luego convencían de no acudir a la prensa, cuando sus seres queridos volvían en una bolsa o mutilados. Las familias de luto perjudicaban los objetivos de reclutamiento.

—Tilly —dijo en voz baja—, ¿podemos hablar?

Porque las respuestas se encontrarían entre las familias.

Alastor Locke se había negado a dejarle hablar con los familiares de Tango Dos-Cuatro, pero eso no significaba que no pudiera hacer nada. A

pesar de su inteligencia y su estadística brillantez, Bradshaw trabajaba elaborando perfiles. Tal vez no pudiera hablar con las familias de los fallecidos, pero Poe podía averiguar perfectamente todo lo que había que saber sobre ellas.

—¿Qué pasa, Poe?

—Tengo un trabajito para ti, pero no puedes contárselo a nadie.

65

—Yo voy a seguir con este informe, pero necesito que empieces a indagar en las familias de los soldados que murieron —dijo Poe—. Nada que no sea público, nada…

—¿Cómo de público?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que una cosa es el dominio público, y luego está la gente que cree que la configuración de sus perfiles en Internet es privada, cuando no lo es. Técnicamente, esa información también es pública.

—Yo iba a decir que nada que nos pueda causar problemas. Y no le digas a Hannah lo que estás haciendo.

—¿Por qué no, Poe?

—Porque se lo dirá a Alastor Locke y él soltará palabrotas cuando me grite.

—Voy a volver al hotel y me pongo con ello —dijo Bradshaw—. Le diré que tengo…

—¿Colon irritable?

—No, Poe; mis movimientos peristálticos son perfectamente sanos. Iba a decir dolor de cabeza por el brillo de la pantalla.

—Con eso valdrá. Si necesitas detalles del informe, llámame.

—No me hará falta, Poe.

—Puede que sí. Aún no lo hemos leído todo; puede que haya referencias a la familia hacia el final.

Bradshaw se sonrojó.

Se quedó mirándola unos segundos y por fin entendió lo que pasaba.

—Anoche desactivaste la función de seguridad en tu *tablet*, ¿verdad? —dijo.

—Es que quería leerlo…

—¡Y yo!

—Ya, pero tú habrías activado alguna alarma e irías a la cárcel.

—¿Y si tú hubieras activado algo?

—«Por favor…» Si no quisieran que desactivara la función de seguridad, deberían haber usado algo un poco más sofisticado que un sistema EBS de detección de intrusos.

Poe sacudió la cabeza.

—Necesitamos que vuelva la inspectora Flynn —dijo.

Una vez que se hubo escabullido Bradshaw, Poe fue en busca de Finch. La encontró en la sala de incidencias, hablando del dispositivo de seguridad de la cumbre con Jo Nightingale. La policía de Cumbria se ocuparía del grueso de la misión, aunque las cinco fuerzas de seguridad del condado estaban arrimando el hombro.

—¿Me buscaba, Poe? —dijo Nightingale.

—A Hannah, comisaria.

—Toda suya. Estábamos terminando. —Se volvió de nuevo hacia Finch—. ¿Podemos vernos esta tarde? El subdirector ya sabrá de cuántos fondos del Ministerio del Interior puede disponer. Así decidimos qué podemos ofrecer y qué no.

—Muy bien, comisaria —contestó Finch.

Nightingale salió de la sala, haciéndole un guiño de complicidad a Poe al pasar. Él creía saber por qué: en el fondo, Nightingale era una policía «policía», y un asesinato sin resolver en su ciudad le parecía mucho más importante que una estúpida cumbre sobre comercio.

O tal vez tuviera algo en el ojo. A veces, uno ve demasiado donde no hay nada.

—¿Qué hay, Poe? —dijo Finch.

—¿Podemos hablar en algún lugar tranquilo?

Señaló a los policías y a los empleados de paisano que estaban hablando de sus cosas.

—¿Dónde sugiere que vayamos?

—¿Le gustan los perros?

La sección canina de la policía de Cumbria se encontraba en un bosquecillo dentro del recinto de Carleton Hall, a doscientos metros del edificio principal. Poe suponía que era por el ruido. A diferencia de la mayoría de las secciones caninas del cuerpo, los perros de la policía de Cumbria vivían con sus adiestradores, pero, como no se necesitaban constantemente, tenían que estar en una perrera mientras los adiestradores estaban de guardia. Las perreras eran modernas, y el terreno, espacioso.

Poe conocía a los empleados y le permitían dejar a Edgar allí cuando tenía algún problema. El *spaniel* se quedaba jugando con perros que detectaban drogas, explosivos y cadáveres, aunque no parecía habérsele pegado su sentido común.

Aquel día, Edgar estaba con Victoria, pero Poe llevó a Finch a la sección canina porque sabía que allí podrían hablar sin que los oyera nadie. Fueron hasta una de las zonas de entrenamiento, se apoyaron sobre la valla y vieron cómo adiestraban a un alsaciano.

—¿Dónde está Tilly? —dijo ella.

—En el hotel.

—Ah. ¿Está bien?

—Tiene el co…, dolor de cabeza.

Finch asintió.

—Ya. Es lo que pasa con el brillo de esas *tablets* de lectura, especialmente si las lees en una habitación a oscuras. Dígale que se ponga un trapo húmedo sobre los ojos. Me han dicho que ayuda.

—Lo haré.

Un hombre vestido con un traje acolchado empezó a correr. El adiestrador gritó una orden y soltó al alsaciano. Poe y Finch vieron cómo le perseguía y le derribaba.

—No me ha traído hasta aquí para ver cómo le muerden el culo a un tío, Poe —dijo Finch—. ¿Qué pasa?

—Ese informe, ¿hasta qué punto se fía de él?

—Totalmente —dijo ella—. ¿Por?

—¿Lo ha leído?

—Poe, ¿en serio cree que le dejaría leer algo así sin haberlo hecho yo?

—Lo diré de otro modo: ¿hasta qué punto confía en la exactitud de esa información?

No contestó de inmediato.

—Puedo decirle con total certeza que ese informe es el original y que no ha sido modificado de ningún modo. En cuanto a la exactitud de los hallazgos descritos…, en fin, con estas cosas siempre hay margen para interpretaciones. Fue un suceso espantoso en una zona hostil. Seguro que se pasaron por alto cosas, pero nada que pudiera cambiar la conclusión de forma sustancial.

Poe frunció el ceño.

—No está de acuerdo conmigo —dijo Finch.

Le habló de lo aséptico que le había parecido el informe del brigada Downing; al ser el primero en llegar a la escena del siniestro, esperaba que mostrase algo más de… emoción.

—Eso es porque piensa como un policía, Poe —dijo ella—. Los informes del primer agente en llegar a una escena del crimen forman parte de una estrategia de investigación global, ¿no? Si no se resuelve un homicidio, puede investigarlo un equipo de revisión, y luego una sección de casos cerrados.

Poe asintió.

—Nuestros informes se presentan ante el Comité Selecto de Defensa que elige la Cámara de los Comunes. Puede que le parezca duro, incluso una mala práctica, pero a este nivel no hay margen para emociones. Los hombres y las mujeres a los que les llegan estos informes son funcionarios seleccionados expresamente, y nuestro trabajo consiste en darles hechos y conclusiones basadas en esos hechos. Formamos a nuestros investigadores para que informen «sin» emociones.

En cierto modo, tenía sentido. Sin embargo, Poe no podía evitar sentir que algo se les había pasado por alto. O, si no se les había pasado, le habían quitado importancia a propósito.

Sonó su teléfono. Era Bradshaw.

—Poe, ¿puedes hablar? —dijo.

—La verdad es que no, Tilly.

No creía que Finch estuviera mintiendo, pero tampoco se fiaba de ella. Por muy útil que hubiera sido últimamente, no olvidaba que se había llevado pruebas de la escena del crimen.

—Vale, pues entonces yo hablo y tú me escuchas —dijo ella.

—Suena importante, Tilly.

—He terminado mi búsqueda preliminar de los datos disponibles.

—¿Y?

—No he encontrado nada, Poe.

—¿Y ya está? —dijo, ligeramente decepcionado—. No llevas tanto tiempo con ello; sigue buscando.

—No, Poe: no lo entiendes. No he podido encontrar nada porque «no hay» nada que encontrar. Lo han eliminado…

66

—Hay muchas cosas en el dominio público, Poe —dijo Bradshaw—, pero algunas que esperaba encontrar simplemente no están ahí.

Estaban otra vez en la sala que les habían asignado, con la puerta cerrada. Hannah Finch había entrado, pero Poe le había pedido que se fuera después de preguntarles de qué estaban hablando. Aquello solo lo debía escuchar él.

—¿Qué tipo de cosas? —dijo.

—Todo lo superficial lo he encontrado fácilmente, pero, en cuanto profundicé un poco, vi que se me habían adelantado.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que alguien que piensa como yo ha estado haciendo limpieza de datos. Y no quiero decir que los haya borrado: lo único que consigues con eso es eliminar la referencia al archivo; sigue intacto hasta que se escribe sobre él. Alguien ha eliminado datos de forma sistemática y definitiva de todas las webs públicas que se pueden descubrir.

—Es imposible que hayan eliminado todo sobre esas familias: nos habría llegado el escándalo.

—No, Poe: no me estás entendiendo. No se ha eliminado a gran escala, ha sido algo mucho más quirúrgico. Cosillas sueltas. Una foto aquí, un fragmento de texto allí. He entrado en la página de Facebook creada para las familias de Tango Dos-Cuatro y es evidente que está editada. Y siguen haciéndolo.

—¿Cómo lo sabes?

—Alguien comentó una foto de los soldados que rescataron a Christopher Bierman tomada el día del ataque suicida.

—¿Qué decía el comentario?

—Alguien llamado Jambo134 escribió: «¿Es la foto más antigua que hay?».

—¿Y lo han borrado?

—Y la cuenta de Jambo134 también.

—O sea, que alguien la tiene vigilada.

—Sí, Poe.

—¿Y había fotos más antiguas?

—Alguna, no muchas.

—Vale, ¿tú qué crees que significa eso?

—No tengo ni idea. Los datos borrados no provienen de fuentes confidenciales. La mayoría son redes sociales. Alguien está vigilando los cotilleos sobre Tango Dos-Cuatro y eliminando lo que no le gusta.

—¿Crees que es el Gobierno? Recuerda quiénes son nuestros socios en todo esto…

Bradshaw negó con la cabeza.

—No creo que sean ellos, Poe. Si fuera el Servicio Secreto, dudo que hubieran sido tan selectivos con lo que borraban. Lo habrían cerrado todo de un mazazo.

—Pues sigue buscando —dijo Poe—. Quienquiera que esté haciendo esto se habrá dejado algo, y no necesitamos más que un hilillo del que tirar. Encuéntralo y verás cómo las cosas pintan mejor.

Evidentemente, unas horas después, lamentó haberlo dicho…

67

El toque de aviso, cuando llegó, no lo dio el cirujano de datos con su escalpelo, sino el Estado con su mazo. Y lo hizo en forma de una vista expeditiva sobre el destino de Herdwick Croft.

El secretario del Tribunal de Competencia Mixta de Carlisle había llamado para decir que había surgido un hueco en la agenda del juez y esa misma tarde saldría el fallo. Asistiera o no Poe.

Poe había preguntado por qué lo adelantaban. El secretario no lo sabía.

—Siento que sea con tan poca antelación, señor Poe —dijo el juez del distrito cuando llegó al juzgado—. A mí me han avisado esta mañana, igual que a usted.

Era en la misma sala y con el mismo juez. El señor Chadwick, abogado del distrito, seguía representando a la Administración.

—Esto es tremendamente inusual —dijo el juez—, pero me veo obligado por las mismas leyes que he jurado proteger. Esta mañana he recibido un informe legalmente vinculante que afecta a este caso. Por desgracia, no voy a poder ignorarlo. Señor Chadwick, esto apesta a mezquindad por parte de su cliente. ¿Nos lo podría explicar, por favor?

Chadwick se levantó.

—Me temo que no. Nosotros recibimos el informe al mismo tiempo que su señoría. Puedo asegurarle que no hemos solicitado lo que figura en él. Por lo que a mí respecta, este asunto estaba cerrado. Esperábamos que el tribunal fallara a favor del señor Poe y no teníamos intención de apelar.

—Muy bien —dijo el juez—. Pero al pie de esta solicitud aparece su nombre.

—Sí, señoría. El director de Servicios Legales me dio instrucciones de firmarlo. Y tuve la sensación de que él también cumplía órdenes.

—¿Qué está pasando? —murmuró Poe.

—No lo sé —contestó Bradshaw en un susurro.

—Aparentemente, somos todos peones en la partida de ajedrez de alguien —dijo el juez—. Señor Poe, esta mañana recibí un comunicado firmado por el ministro de Vivienda, Comunidades y Gobierno Local. Se refiere al estatuto 254, que, como tan elocuentemente nos recordó la

señorita Bradshaw la semana pasada, fue aprobado por el municipio de Kendal en 1901 y subsumido por el distrito de South Lakeland en 1974. El apartado 2, subapartado F, prohibía eliminar, recolocar o vandalizar cualquier piedra en Shap Fell y Mardale Common, y el apartado 3, subapartado E, prohibía dañar cualquier planta y vegetación en dichas áreas.

Bradshaw se puso en pie.

—Correcto, señoría. Seguimos manteniendo que exigir a Poe que devuelva Herdwick Croft a su estado original sería obligarle a quebrantar la ley. Un tribunal no puede ordenar tal cosa.

Volvió a sentarse.

—Me temo que sí puedo, señorita Bradshaw —dijo el juez—. De hecho, tengo que hacerlo.

Bradshaw volvió a levantarse.

—¿Por qué razón, señoría? Tengo la certeza de que nuestro argumento es legalmente sólido.

—Lo era, señorita Bradshaw. Llevo veintitrés años en el estrado. Jamás he visto una defensa igual. Ya he escrito un artículo al respecto.

—Pero… —dijo Poe; no se molestó en levantarse.

El juez ignoró la violación del protocolo.

—Pero hace menos de cuatro horas, señor Poe, el ministro, extralimitándose de un modo asombroso en su jurisdicción, ha derogado el estatuto 254. Por tanto, una orden de devolver a Herdwick Croft a su estado original ya no le obliga a quebrantar la ley. En vista de ello, se me ha indicado que debo fallar a favor del demandante.

Esta vez, Poe sí se levantó, más por consternación que llevado por el respeto.

—¿Y qué significa eso?

El juez se quitó las gafas de lectura de media luna y se frotó los ojos.

—Lo lamento sinceramente, señor Poe, pero no me queda otra elección que ordenarle que devuelva Herdwick Croft al estado en que la encontró. Tiene tres meses para hacerlo y ya no podrá utilizarla como primera vivienda.

68

—¡Esto es horrible, Poe! ¡Horrible! —exclamó Bradshaw cuando se hubo vaciado la sala—. Te he defraudado: lo siento mucho…

Tenía los ojos llenos de lágrimas y no era precisamente lo que Poe necesitaba en ese momento: estaba demasiado aturdido.

—A ver, Tilly, dos cosas —dijo—. ¿Cuándo hago yo lo que me dicen?

—Pero…

—Pero ¿qué? ¿Crees que un chupatintas del Ayuntamiento va a estar yendo de allá para acá por Shap Fell cada noche para asegurarse de que no estoy allí? Dudo que sean capaces ni de encontrarla.

—Supongo que tienes razón —dijo ella—. ¿Y la otra cosa?

—Lo que ha pasado ahí dentro no ha sido simple burocracia aleatoria, Tilly.

—¿Entonces?

—¿Cuándo ha dicho el juez que ha recibido la notificación de que se revocaba el estatuto?

—Ha dicho que el ministro de Vivienda, Comunidades y Gobierno Local la había firmado cuatro horas antes.

—Nos están advirtiendo de que no nos acerquemos a las familias de los soldados.

—Pero no tiene sentido. Aparte de mi teoría de que alguien ha estado censurando datos del dominio público, no hemos encontrado nada mínimamente sospechoso.

—Todavía…

—¿Qué quieres decir?

—¿Hace cuánto que me conoces, Tilly?

—Casi tres años, Poe.

—¿Y qué pasa cuando alguien me amenaza?

—Normalmente haces lo contrario de lo que quieren que hagas.

—Exacto —contestó Poe—. Alguien…

—Aun cuando no nos conviene —continuó ella—. De hecho, podría decirse que a veces eres un estúpido…

—… lo que quiero decir es que «alguien» no ha leído el informe que le han pasado sobre mí —interrumpió de nuevo—. Si lo hubiera hecho, sabría que las amenazas no hacen más que espolearme.

—Pero ¿cómo lo han podido saber, Poe? Si hemos empezado a investigarlo esta mañana. —Se quedó pensativa—. Me pregunto si alguien de la Gente Topo habrá activado un *malware* paralelo.

—¿Repite?

—Si alguien está controlando quién busca cierto tipo de información, puede que haya desarrollado una página web que solo podría encontrarse si se escriben ciertas palabras o frases clave en el buscador.

—¿Como Tango Dos-Cuatro y conspiración?

—Casi seguro. En cuanto el usuario visite esa web falsa, su ordenador se descarga automáticamente el programa espía. Y quienquiera que lo haya instalado puede obtener información sobre esa persona u organización.

—O sea, como un cable trampa…

—Exactamente como un cable trampa.

Poe se quedó pensando. Aunque era plausible, parecía innecesariamente complicado y exigiría demasiado trabajo.

—Hay otra explicación, Tilly —dijo.

—¿La hay?

Poe asintió.

—¿Quién entró cuando estábamos hablando justo de esto?

Bradshaw hizo una mueca.

—Hannah Finch.

—Hannah Finch —contestó Poe—. Todas esas gilipolleces de «enseñarla e investigar como es debido» que me soltó Alastor Locke no eran más que una treta para poder espiarnos.

—¡Menudo… canalla! ¿Y qué hacemos ahora?

—Antes de nada, quiero un análisis detallado de todas las personas involucradas en este asunto. Mira a ver qué encuentras sobre Hannah Finch y Alastor Locke.

—¿Y qué hay del ministro de Vivienda, Comunidades y Gobierno Local, Poe?

—Sobre él también.

—¿Alguna cosa más?

—Ha llegado el momento de dejar de andarnos con tiento, Tilly —dijo —. Mañana por la mañana iremos a hablar con la viuda de Danny North, la que creó la página de Justicia para Tango Dos-Cuatro en Facebook.

69

La viuda de Danny North se llamaba Lucy y vivía en un pueblo de North Yorkshire llamado Tollerton. Poe llamó a Melody Lee y le dijo que iban a seguir una pista, pero sin entrar en detalles. Ella tampoco preguntó de qué se trataba ni pidió acompañarlos. Con la cumbre tan cerca, su atención parecía estar en otro sitio.

A Hannah Finch no le dijo nada.

Ya había salido el sol. El cielo estaba azul claro y Poe llevaba las ventanillas bajadas mientras su BMW devoraba kilómetros en la A66. Él no era muy fan del verano, pero aquella mañana los Peninos estaban preciosos. Parecían una versión acicalada de Shap Fell, llena de riscos, valles y brezo.

Se lo comentó a Bradshaw. Ella se quejó de que tenía alergia.

—El aire acondicionado no funciona bien, Tilly —contestó él—, y Edgar va detrás. Lo siento, pero no puedo hacer nada.

—No te preocupes, Poe —dijo ella, sorbiéndose la nariz—. Anoche me metí en la página de Facebook de Justicia para Tango Dos-Cuatro.

—¿Y seguro que fue Lucy North quien la creó?

—Sí, Poe.

No quería saber cómo podía estar tan segura. Bradshaw se metía y salía de las cuentas privadas de la gente en redes sociales con la misma facilidad con la que él metía salchichas en tabasco.

—El grupo ya funciona solo —continuó ella—. La señora North casi no participa, se lo deja a varios administradores de confianza. Moderan los comentarios, pero cuesta ver qué criterios siguen para decidir qué se puede subir y qué no.

—¿Qué quieres decir?

—Que es un grupo público, así que cualquiera puede escribir comentarios, pero primero tiene que aprobarlo un administrador del grupo.

—¿Y lo aprueban todo?

—Eso parece, Poe.

—¿Viste algo útil?

—Hay opiniones… extremas sobre lo que pasó.

—¿Quieres decir que algunos llevan sombrero de papel de aluminio?

—No sé —contestó frunciendo el ceño—. Creo que no vi ninguna foto de eso.

Poe sonrió.

—Da igual, Tilly. ¿Cuál es la visión mayoritaria de lo que pasó?

—Hay dos: a) no se creen que Tango Dos-Cuatro se perdiera y piensan que estaban en una misión secreta.

—¿Y b?

—No creen que les hayan contado todo acerca del atentado suicida.

—Pues ya somos dos —dijo él con un gruñido.

—Pero creía que Hannah Finch dijo…

—Mira, entiendo que el Ministerio de Defensa no pueda publicar los detalles de un ataque exitoso sobre sus tropas y su armamento, y no soy un liberal sensiblero que crea que tiene derecho a saberlo todo de todo, pero ese maldito informe simplemente no cuadra. Me da igual lo que diga Hannah Finch, el primer investigador en llegar al lugar del siniestro lo describió de una manera que podía estar sacada directamente de un guion.

—Pero ¿tú crees que estaban en una misión especial?

—¿Una sección normal y corriente de infantería? Ni de broma. Nuestras fuerzas especiales están allí desde el principio. Si hubiera algo chungo que hacer, se lo habrían asignado a ellos, no a Tango Dos-Cuatro.

—Entonces, ¿crees que se perdieron?

—Tampoco. El ejército profesional del Reino Unido es uno de los mejores del mundo. «Cualquiera» sabe leer un mapa. Aunque todos los chismes que se conectan con los satélites les fallaran, todos y cada uno de los que iban a bordo de ese transporte blindado sabrían exactamente dónde estaban con solo mirar el terreno. Si estaban donde no debían, era porque querían.

—¿Entonces?

—No tengo ni idea, Tilly. —Poe tomó la tercera salida en la rotonda de Scotch Corner y cogió la A1—. Pero dentro de tres cuartos de hora estaremos en casa de la señora North: con un poco de suerte, ella será capaz de aclarárnoslo.

Tollerton era un pintoresco pueblo situado a quince kilómetros de la ciudad medieval de York. Era una mezcla agradable de nueva construcción, casas antiguas y servicios.

Lucy North vivía en una casa cerca del pub Black Horse, con vistas al parque triangular del pueblo. Según Bradshaw, los North la compraron cuando los Fusileros del Rey fueron destinados a Catterick. Por entonces estaban intentando tener un hijo y no querían que se criara en la mayor guarnición del ejército en Europa.

Poe aparcó delante de la casa y apagó el motor. Había decidido no

avisar de su visita. Si tenían pinchados sus teléfonos, lo cual dudaba, Alastor Locke tendría que esforzarse un poco para saber en qué andaban. Bradshaw le había sugerido apagar los teléfonos y quitar la tarjeta SIM, pero tampoco quería desvelar que sabían que Finch era la chismosa personal de Alastor Locke.

—¿Crees que estará en casa, Poe?

—Vacaciones escolares, Tilly. Puede que haya ido a algún sitio con su hija. ¿Cómo se llamaba?

—Emily North. Tiene quince años.

—¿Y Danny North no llegó a conocerla?

—No, Poe. La señora North dio a luz justo después de morir él. Es muy triste.

Poe apretó la mandíbula. Las historias trágicas eran un sello distintivo de cualquier guerra, pero Locke había hecho que aquella fuera algo personal. Si había algo oculto en los oscuros rincones de Whitehall, Poe lo sacaría por el pescuezo y lo arrastraría a la luz. Ellos le habían metido en esto y ahora intentaban mantenerle bien controlado en su cajita, dando por hecho que podían decirle qué investigar y ocultarle lo que no.

Y eso demostraba lo poco que le conocían.

—Si no está, ¿esperamos? —dijo Bradshaw.

—No va a hacer falta.

—¿Por qué, Poe?

—Porque nos está mirando.

70

Lucy North tendría cuarenta y tantos años y estaba en forma. Acababa de volver de correr y seguía con pantalones de licra y un top verde fosforito. Estaba sudando, pero poco. Llevaba el pelo castaño corto.

Había oído cómo paraban el coche y se había quedado mirándolos desde la ventana de la cocina mientras se bebía un *smoothie*. Cuando la vieron observándolos, abrió la puerta de entrada y se quedó esperando. Poe le enseñó su placa y ella los invitó a pasar.

—La Agencia Nacional del Crimen… son como una versión cutre del FBI, ¿no? —dijo Lucy.

Bradshaw hizo un mohín. Poe se rio.

Tenía un fuerte acento de Yorkshire. Era algo que le gustaba a Poe. Los hombres y mujeres de Yorkshire tenían fama merecida de ser resilientes, tener sentido común y hablar con franqueza. Más incluso que la gente de Cumbria.

—Tal cual —contestó.

—¿Quieren un café o un té?

Sí querían.

—Cuando pasó, odié a Danny —dijo Lucy.

Estaban sentados en torno a la mesa de la cocina, con tazas de té fuerte en la mano. Ya hacía quince años desde que había enviudado, pero Poe le dio el pésame de todos modos. Ella asintió y empezó a hablarles de su marido y del impacto de su muerte sobre ella y su hija.

—Le odiaba por haberme puesto…, no, por «habernos» dejado en esta situación. Le odiaba por cambiarme la vida para siempre. Porque por su insistencia en perseguir sus sueños, los míos se hicieron añicos.

—Un odio un poco vacío, ¿no?

Ella asintió.

—Perder a tu pareja es distinto a cualquier pérdida —dijo, retorciendo su alianza mientras hablaba—. Hasta que te lo quitan, es imposible comprender lo entrelazadas que pueden estar dos vidas. La muerte de Danny lo cambió todo. Cada vez que hago algo, siento que no lo hago con él. Como cosas distintas, veo una tele distinta, leo libros distintos.

Mi círculo de amigos cambió, mis circunstancias económicas cambiaron, mi cuerpo cambió. Danny y yo jamás corríamos juntos: él decía que ya corría demasiado en su trabajo, así que yo perdí la costumbre. Ahora que está muerto, salgo a correr todos los días. A veces muchos kilómetros.

—¿Y de qué está huyendo, señora North? —dijo Poe.

—Lucy —dijo ella—. Y lo que acaba de decir es bastante profundo, sargento.

—Llámeme Washington, por favor.

Ella arqueó las cejas, pero no hizo ningún comentario sobre su inusual nombre.

—Puede que corra «buscando» algo —dijo después de unos segundos.

—¿Como qué?

Se encogió de hombros, con la mirada clavada en Poe.

—¿Una respuesta?

—Nosotros también —dijo él, por fin.

—Pero deje que adivine, no me lo puede decir…

—Ya ha hablado con otras personas, ¿verdad?

—Sí.

—Poe no es como otras personas, señora North —dijo Bradshaw—. No le gusta guardar secretos. Si puede decirle algo, se lo dirá.

—¿Es usted un hombre sincero, Washington? —dijo Lucy.

—Cuando conviene. Y cuando llegue al fondo de todo esto, sea lo que sea, si veo que hay algo que les deberían haber contado y no lo hicieron, no me callaré. Se lo prometo.

—¿Sabe qué? Que le creo.

—Háble me de Danny, Lucy —dijo Poe.

Dejó que hablara durante una hora. Les contó que Danny y ella crecieron en el mismo pueblo de Yorkshire. Que eran novios desde la infancia. Él fue el primer hombre con el que estuvo y ella la primera mujer de él. Dijo que donde vivían, en su día un próspero pueblo minero, había pocas perspectivas de trabajo. Ella apoyó a Danny cuando decidió meterse en el Ejército y, aunque odiaba que se fuera de operaciones, sabía que también lo hacía por ella. Les habló de las noches por ahí con el regimiento y de las noches en las que salían ellos dos solos. Sobre la familia que planeaban tener y los nombres que habían elegido para los niños. Las cosas iban bien, eran felices, y el futuro parecía prometedor.

Y entonces un fanático en Afganistán hizo un agujero en el corazón de Yorkshire, un agujero que jamás volvería a llenarse. Doce jóvenes de Yorkshire murieron, sus vidas se apagaron, y la de sus seres queridos cambió para siempre.

—¿Y por eso creó el grupo de Facebook? —dijo Poe.

—¿Perdone?

—El grupo de Facebook, Justicia para Tango Dos-Cuatro. Lo creó hace

unos años.

Lucy sonrió.

—Ah, por eso han venido.

—Sí —contestó Poe.

—Pues entonces no es conmigo con quien tiene que hablar, Washington —dijo—, sino con mi hija, Emily.

71

Un ruido les hizo mirar hacia el piso de arriba.

—Hablando de la reina de Roma… —dijo Lucy—. Parece que se ha levantado. En verano, lleva su propio horario. Probablemente se haya pasado toda la noche hablando con sus amigos por el ordenador.

—Señora North, según un reciente estudio, los adolescentes de la franja de edad de Emily pasan una media de nueve horas *online* —dijo Bradshaw.

—Pues esos son unos *amateurs* —dijo con una risa socarrona—. Mi Emily se pasa muchas más horas. La verdad es que no entiendo cómo saca tiempo para dormir o estudiar.

—¿Le va bien en el colegio? —dijo Poe.

—Muy bien —contestó—. Está estudiando el poscolonialismo, o algo así.

—Es el estudio académico de las consecuencias humanas del control y la explotación de los pueblos colonizados y sus tierras, señora North —dijo Bradshaw.

—Sí, me suena. Bajará a desayunar dentro de un segundo.

Dicho y hecho, una adolescente larguirucha con cara de dormida entró en pijama y sonámbula a la cocina. Tenía la melena pelirroja despeinada y retorcida, con los ojos clavados en su *smartphone*. Toqueteaba la pantalla más rápido que la propia Bradshaw. Envió algo al éter y se lo metió en el bolsillo de la bata sin atar. Bostezó, se frotó los ojos y entonces vio a los dos desconocidos sentados en su cocina.

—¡Mamá! —gritó—. ¿Por qué no me has dicho que teníamos visita?

—No pasa nada, Em —dijo Lucy—. Estos son Washington y Tilly. Trabajan para la Agencia Nacional del Crimen.

Emily se ató el cinturón de la bata rápidamente, se echó el pelo hacia atrás y se lo recogió.

—En serio, mamá, qué vergüenza…

Poe le enseñó su placa. Bradshaw hizo lo propio. La expresión de Emily pasó de cansada a insolente.

—¿Debería impresionarme? —dijo—. Porque puedo asegurarles —se acercó a leer lo que ponía en su placa—, *Gili* Bradshaw y sargento *Pon*, que no me impresiona en absoluto.

Poe no había tenido que lidiar con adolescentes malhumorados desde que estuvo en la policía de Cumbria, pero recordaba una cosa de aquella época: no tenía sentido intentar razonar con ellos cuando estaban así. Nada les imponía, todo era estúpido. Los adultos eran idiotas. Eso sí, los nombres que se había inventado eran bastante creativos, sobre todo teniendo en cuenta que acababa de despertar.

Se rio.

Bradshaw no.

—No se llama *Pon*, sino Poe —dijo confundida. Probablemente nunca había tenido que lidiar con un adolescente malhumorado—. Y yo no soy *Gili*, sino Tilly.

—Que sí…

—Que sí, ¿qué?

—Hemos venido a hablar de lo que le pasó a tu padre, Emily —dijo Poe.

—¿Más imbéciles? —saltó ella—. ¿Por qué no nos dejan en paz?

—Em, no seas maleducada —dijo Lucy—. Han venido a ayudar.

—No, mamá. Han venido a cubrir el expediente para que, cuando la prensa escriba su reportaje anual sobre nosotras, puedan decir que siguen en contacto con las familias.

—¿Por qué iba Tango Dos-Cuatro en 432 y no en un Warrior? —preguntó Poe.

La expresión de Emily cambió. Se volvió inteligente, tal y como él esperaba. Apostaría a que nadie les había hecho esa pregunta. Y él sabía por qué, pero Emily no sabía que lo sabía. Era una pregunta pensada para ahorrarse media hora de petulancia.

—El batallón estaba de reserva —contestó de forma automática—. Se suponía que no debían enfrentarse con el enemigo, solo llevar provisiones a aldeas y puestos de avanzada.

—Eso es lo que me han dicho —dijo Poe—. Mira, Emily, no trabajamos para el Ministerio de Defensa, y tampoco les rindo cuentas.

—«Deberíamos», Poe… —dijo Bradshaw.

—Pero no lo vamos a hacer. Y estoy investigando cosas que han estado pasando últimamente. Cosas que parecen conectadas con lo que ocurrió en Afganistán. Algunas personas están intentando pararnos los pies.

—Hasta han hecho que desahucien a Poe, ¿verdad, Poe?

—Sí. Están jugando sucio, y eso significa que nos estamos acercando a algo que no quieren que encontremos. Desde luego no quieren que hable contigo ni con tu madre.

—Entonces, ¿por qué lo hace?

—Porque es posible que sepáis algo que pueda ayudarnos. Tu madre me ha dicho que te creó una cuenta en Facebook. ¿Por qué?

—Obvio, porque hace falta haber cumplido los trece para tener cuenta en Facebook… —contestó.

—¿Y tú tenías doce en ese momento?

—¿Por qué no usa su calculadora para averiguarlo? —dijo ella, aunque Poe notaba que estaba exagerando su impertinencia. Suspiró—. Sí, tenía doce. Había empezado a leer sobre lo que pasó. Contacté con varios chicos de las otras familias.

—Pero ¿por qué creasteis el grupo?

Emily frunció el ceño.

—Pues no sé —dijo—. Supongo que llegué a esa edad en la que quieres saber más sobre tu padre. Pensé que, si creaba un grupo para las familias, podría descubrir cómo era. A veces me cuesta preguntárselo a mamá. No quiero que se deprima.

Poe asintió agradecido. Cuando pensaba en adolescentes, «cabrones egoístas» era la expresión que solía venirle a la mente. En los tiempos que corrían, Emily era una excepción.

—¿Y se unieron todas las familias?

—Al final sí. La cosa empezó despacio, luego se metieron también tíos que siguen en el regimiento. Y sus familias. Ahora casi tenemos mil miembros.

—Tilly me ha dicho que es un grupo público.

—Sí. Si hay alguien que quiera denunciar algo, quería ponérselo fácil para que comparta cosas. Mis amigos y yo moderamos los comentarios, pero cualquiera puede publicar, siempre que no sea ofensivo.

—Tengo entendido que la gente piensa que la sección de tu padre se perdió, ¿no es así?

—Mamá dice que, en el ejército, cualquiera sabe leer un mapa.

Poe asintió.

—Yo también estuve en el ejército cuando era un poco más joven, y tienes razón: leer un mapa es una aptitud básica.

Ella arqueó las cejas.

Poe levantó la mano y se rio.

—Vale, mucho más joven. Estuve en la Guardia Negra.

—Regimiento de infantería escocés —dijo Emily—. Ahora forma parte del Real Regimiento de Escocia.

Poe quedó impresionado.

—Estás puesta en el tema.

—Muchos soldados en activo hablan con acrónimos y jerga…, es difícil no quedarse con ella.

—Imagino. Creo que algunos también tenéis preguntas sobre el ataque suicida, ¿no?

—Sí. Si espera un segundo, voy a buscar el informe oficial.

—¿Lo tienes?

—Es de mamá, pero me he hecho una copia.

Desapareció y volvió al cabo de menos de un minuto con un documento encuadernado.

Poe lo leyó. Era la versión editada del informe de Hannah Finch.

Tenía menos detalle, pero el mensaje era el mismo: por razones desconocidas, Tango Dos-Cuatro irrumpió en una zona caliente y pagó el máximo precio. Las conclusiones no eran tan rotundas en su informe, pero sí sugería lo que podría salir en la investigación: una mezcla de equivocaciones y mala suerte.

Había una discrepancia fácil de explicar entre el informe de Finch y el que tenía en sus manos. En la versión sin editar, el explosivo utilizado por el suicida se identificaba como TATP; en el informe editado era Semtex. Poe daba por hecho que sería porque el Ministerio de Defensa prefería no promover métodos caseros. La mayoría de la gente no sabía qué era la TATP, mientras que todo el mundo había oído hablar del Semtex. Ya se había convertido en un término genérico para hacer referencia a explosivos.

—Pedimos una reunión con el autor del informe, pero nos dijeron que no era posible —dijo Lucy.

—Eso es poco habitual; ¿qué motivos les dieron?

—Simplemente dijeron que no sería posible. Algo de que había que mantenerlo todo «en silos», no sé qué querían decir.

—Significa que no quieren que una cosa influya sobre otra —le aclaró Poe—. Supongo que pensarían que, si el brigada Downing hablaba con las familias, su imparcialidad podría verse comprometida. —Le pasó el informe a Bradshaw—. ¿Puedes hacerme una copia, por favor?

—Sí, Poe.

Mientras Bradshaw escaneaba el informe con su *tablet*, Poe se dirigió a Lucy y Emily:

—¿Qué más me pueden contar sobre Danny?

Lucy se levantó.

—Me temo que yo voy a tener que dejarles. Tengo que ir a trabajar y necesito una ducha.

Poe se puso en pie.

—No, por favor, siéntese —dijo Lucy—. Si a Em no le importa hablar con ustedes, pueden quedarse un rato.

—¿A ti te parece bien, Emily? —dijo Poe.

—Supongo…

Una vez que les habían rellenado las tazas y con el ruido de la ducha en el piso de arriba, Emily dijo:

—¿Quieren subir a mi cuarto? Tengo un estante con las medallas y las fotos de mi padre.

—¿Qué te parece si las bajas aquí, Emily? —dijo Poe.

Ella sonrió con timidez.

—No se preocupe, sargento, que no es mi tipo…

Emily salió de la cocina.

—¿Su tipo de qué, Poe? —dijo Bradshaw.

72

Las medallas de Danny North estaban fijas sobre un terciopelo rojo y metidas en una caja de caoba brillante. Eran cuatro. Poe reconoció una y solamente porque él también la tenía. Era de plata, con la cinta de color morado y los bordes verde oscuro. Se llamaba Medalla al Servicio General y se otorgaba por servir en la zona designada en el broche que la acompañaba. La medalla de Danny era por su servicio en Irlanda del Norte.

—¿Cuándo estuvo allí tu padre, Emily? —preguntó Poe.

—En 2001. Fue su primera salida. Mamá dice que no durmió bien ni una noche mientras estaba allí.

Aunque el conflicto terminó prácticamente con el Acuerdo del Viernes Santo de 1998, siguió habiendo brotes de violencia esporádicos. Evidentemente, los Fusileros del Rey acudieron a apoyar a la Policía Real del Ulster. La medalla de Poe también era por servir en Irlanda del Norte, aunque él estuvo allí antes del acuerdo, cuando la cosa estaba un poco más caliente.

—¿Por qué es esta medalla? —Poe señaló una con cinta negra, blanca y roja.

—Esa es su medalla de Irak. Estuvo allí nueve meses. Mamá dice que volvió cambiado.

—¿Cambiado, en qué sentido?

—Callado. Ya no le gustaba estar rodeado de gente. No quería ir a restaurantes sin saber dónde estaban todas las salidas. Creo que uno de sus amigos murió allí, alguien con quien se formó en la academia.

—Irak y Afganistán son conflictos sucios —dijo Poe—. Yo estuve dos veces destinado en Belfast, y prefiero mil veces a los irlandeses que a los iraquíes.

—Esta es la Medalla al Servicio Operativo en Afganistán —dijo Emily señalando otra. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se las enjugó antes de que cayeran. Le temblaba la voz—. Fue póstuma.

—Lo siento —dijo Poe.

Historias como la de Emily eran el verdadero coste de la guerra.

Bradshaw se sorbió la nariz. No se volvió a mirarla, pero sabía que estaba llorando.

—Las rayas de la cinta son rojas, azul marino y azul celeste como símbolo del ejército, la Marina y las fuerzas aéreas. Las rayas marrones del borde representan el paisaje afgano.

Eso los llevó a la última medalla.

A diferencia del resto, que eran circulares, aquella tenía forma de cruz, con una corona de laurel de fondo. Poe no la reconocía.

—En realidad, esta es la medalla de mi madre —dijo Emily—, pero me deja tenerla con las de papá. Se llama la Cruz de Isabel y se concede a la familia inmediata de los soldados caídos en combate. Se la dieron en 2012.

—¿Por qué esperaron tanto? —preguntó Poe con sutileza.

—La reina creó la medalla en 2009, pero se entregaba de forma retroactiva hasta la Segunda Guerra Mundial. Mi madre tuvo que solicitarla. Me acuerdo de cómo lloraba mientras rellenaba los formularios.

—Lo siento —dijo de nuevo Poe, pero sus propias palabras le sonaron huecas.

—A mi padre lo mata una puta ambulancia llena de bombas y lo único que le dan a mi madre es esta medalla. Menuda mierda.

—Sí, «es» una mierda —dijo Poe—. Háblame de tu padre. Tu madre debe de tener mil anécdotas sobre él.

Emily les enseñó las fotos de su padre. Habría unas cincuenta, algunas de uniforme, otras vestido de calle, y tenía una anécdota sobre cada una de ellas. Si no aparecía solo, describía al acompañante y cuál era su historia. Solo había una de él con Tango Dos-Cuatro. Los doce estaban sentados sobre un 432, con las armas apuntando hacia arriba, sonriendo. Seguramente se sentían invencibles.

—Esta es la última foto suya vivo —dijo Emily—. De todos ellos. —Dejó las fotografías—. ¿Alguna cosa más, sargento Poe?

—Si no te importa, Tilly tiene varias preguntas sobre el grupo de Facebook.

—Para eso han venido —contestó, enjugándose las lágrimas.

Durante la siguiente media hora, Emily y Bradshaw estuvieron hablando en un idioma desconocido para Poe. Todo eran puntos de acceso, extensiones de archivos y acceso remoto. No tardó en desconectar.

—Emily, has dicho que tú no moderas todos los comentarios del grupo, ¿verdad? —dijo Poe.

Bradshaw no había sacado nada útil de su conversación sobre la página de Facebook. Emily no creía que nadie hubiera estado eliminando comentarios, pero escuchó a Bradshaw y dijo que preguntaría a sus amigos, por si ellos habían notado algo.

—Ya no —dijo, contestando la pregunta de Poe—. Antes sí, pero

ahora ya es demasiado grande. Somos cuatro y nos vamos turnando. Si no están seguros de algo, me lo mandan.

—O sea, que, si hubiera algo desagradable o fuera de lo normal, ¿lo verías?

—Sí.

—¿Y lo ha habido?

—La verdad es que no. De vez en cuando nos atacan troles, pero… me ocupo de ellos.

Probablemente lo hiciera igual que Bradshaw, haciéndoles desear no haberse molestado. Cualquiera que troleaba a Bradshaw se quedaría sin acceso a ninguno de sus ordenadores, móviles y *tablets*. Y si era lo bastante estúpido como para tener una de esas casas inteligentes, el hervidor se le encendería a las tres de la mañana y su nevera no pararía de recolocarle los huevos.

A Poe no le gustaba el mundo moderno. Le daba miedo.

—¿No ha habido nada que te haya preocupado? —dijo Poe—. ¿Nada que te pareciera demasiado concreto sobre el atentado suicida o acerca de los motivos de que tu padre y sus amigos estuvieran en el valle equivocado?

—No. La mayoría de los comentarios son de pirados con teorías conspiranoicas y gente dándonos el pésame. De vez en cuando nos hacen donativos.

—¿Donaciones?

—Cuando creé el grupo, quería un espacio seguro para que todo el mundo pudiera encontrarse y hablar. Pero al poco tiempo la gente empezó a decir que quería hacer donativos para apoyar a las familias. Mi madre me ayudó a abrir una cuenta en el banco para que la gente pudiera donar si quería.

—¿Cuánto habéis recibido hasta ahora?

—No mucho. Todavía no hemos llegado a las mil libras. Pero a la gente le gusta pensar que hace algo, así que está bien. Nunca ha sido por el dinero.

Poe se dijo que debía hacer un donativo. Parecía lo mínimo.

—Una última pregunta, Emily, y te dejo seguir con tu día —dijo—. ¿«Tú» qué crees que pasó?

Sonrió con tristeza.

—¿Quiere decir que si creo que el motivo de que estuvieran en el valle equivocado era porque mi padre estaba en una misión ultrasecreta?

Asintió.

—No, sargento Poe —dijo—. No lo creo. Pero sé que tampoco estaban perdidos. Allí pasó algo, algo que el Gobierno no quiere que las familias sepamos.

Poe no dijo nada. Él también lo creía.

73

A Poe se le escapaba algo. No sabía qué, pero su otro cerebro, el que marchaba al ralentí de fondo mientras su cerebro principal tomaba decisiones apresuradas, estaba haciendo horas extra. Reconocía las señales: una energía nerviosa e incapacidad de concentrarse en nada.

—No has mencionado a Christopher Bierman, Poe —dijo Bradshaw.

Acababan de despedirse de Emily North, prometiendo mantenerse en contacto, y ya estaban en la A66 rumbo a Carlisle.

—No. Si Emily creyera que la muerte de su padre tuvo algo que ver con lo de Bierman, lo habría puesto en Facebook antes de que nos subiéramos al coche.

—¿Y si ella le hubiera mencionado?

—No lo ha hecho.

—Pero ¿si lo hubiera hecho?

—Yo habría cambiado de tema.

—Me ha caído bien Emily, Poe. Le ha tocado una papeleta bien fea, pero ha conseguido seguir con su vida.

—Sí —dijo Poe—. Me pregunto qué es peor, no llegar a conocer a tu padre o conocerle y perderle.

No oyó la respuesta de Bradshaw. Decirlo en alto le trasladó a su infancia y a la madre que no llegó a conocer. Así que, mientras lo decía, ya sabía cuál habría sido la respuesta de Emily: la misma que la suya. Él daría cualquier cosa, lo que fuera, por pasar cinco minutos con su madre. Por decirle que sentía odiarla. Que sentía no haber intentado buscarla.

Simplemente, decirle que lo sentía.

Y mientras tanto, de fondo, su otro cerebro seguía marchando al ralentí.

Al llegar, Poe revisó sus conversaciones con Lucy y Emily North, convencido de que se había dicho (o callado) algo importante. Pensó en llamar a Lucy, pero al final prefirió no hacerlo. Fuera lo que fuera lo que buscaba su mente, no creía que Lucy o Emily lo supieran.

Melody Lee asomó la cabeza y preguntó qué tal iban las cosas, pero

era evidente que su prioridad ahora era la cumbre. La informó, y volvió con sus apuntes. Una hora después, Hannah Finch hizo lo mismo. Quería saber dónde habían estado.

—Tirando de un par de hilos sueltos, nada más —dijo Poe.

—¿Qué hilos?

—Se lo acabo de decir, hilos sueltos.

Le miró furiosa y dijo:

—Tilly, tú eres el cerebro de esta operación: dime dónde habéis estado.

—Váyase a freír espárragos —contestó.

Eran las siete y Poe estaba cansado. Si se marchaba en ese momento, podría dar un paseo largo a Edgar. El *spaniel* no había tenido un gran día, entre toda la mañana en el jardín de Lucy North y luego metido en la parte trasera del coche.

—Vamos, Tilly —dijo—. Mañana retomamos esto.

—Caramba —dijo ella. Estaba inclinada hacia delante, mirando su ordenador.

—¿Qué pasa?

—¿Recuerdas que había algo que no te encajaba en el informe del atentado suicida?

—No solo a mí, Emily North piensa igual.

—Pues lo he estado analizando con un programa mío las últimas veinticuatro horas. Acaba de terminar.

—¿Y?

—Que he encontrado algo.

Poe se levantó tan rápido que la silla cayó hacia atrás. Ni siquiera se molestó en recogerla.

—¿Conoces los programas de plagio, Poe?

No los conocía, pero el nombre ya decía bastante.

—Supongo que compara documentos para ver si uno es una copia de otro.

—Básicamente, sí —contestó Bradshaw—. Pero la mayoría de los *softwares* tienen fallos.

—¿Por?

—Los plagiadores pueden evitar fácilmente que los detecten haciendo *rogeting*.

—¿Y qué es eso?

—Es cuando sustituyes suficientes palabras en un documento para engañar a un revisor de plagios común.

—¿Como cambiar explosión por estallido, o soldado por militar?

—Ese tipo de cosas, Poe. Si lo haces suficientes veces, los revisores clasifican el documento como original a pesar de que el grueso se haya copiado de otro texto.

—¿Y tu programa ha encontrado un documento similar?

—Sí, Poe —contestó alegremente—. Mira, cambié un par de cositas en un programa que ya tenía. Añadí emparejamiento de secuencias, estilometría y medición de similitud de coseno, entre otras cosas.

Poe esperó.

Bradshaw suspiró.

—Lo que hace mi programa básicamente es buscar sinónimos y el estilo personal de un autor. También creé un programa que permitía comparar documentos en bases de datos a las que no suelen tener acceso los *softwares* normales.

—¿Legal?

—Imposible de rastrear —contestó.

Chocaron los puños.

—Dime qué has encontrado, Tilly.

Lo hizo.

Y cuando terminó, Poe dijo:

—Joder, yo le mato.

74

El informe sobre el ataque suicida que acabó con Tango Dos-Cuatro se había redactado jugando a partir de otros informes. El programa de Bradshaw para detectar plagios descubrió que una parte importante del resumen ejecutivo se había copiado de un ataque a un convoy de los Ingenieros del Rey en Irak y que la parte técnica se había sacado directamente de un atentado del IRA en un pub protestante de Belfast treinta años antes. Su *software* concluía que el documento que Hannah Finch les había dado hacía unos días se basó en diecisiete informes sin relación alguna entre sí. Incluso había partes que se habían cortado y pegado de un manual para escribir informes en investigaciones de ataques suicidas…

No era de extrañar que le pareciera aséptico y falto de vida, sin ningún toque personal ni expresión de rabia. Era una obra de ficción. De hecho, sospechaba que el autor era alguien de Whitehall. Si de veras existía el brigada Downing, dudaba que se hubiera tenido que quitar arena de las botas en la vida.

Era evidente que el autor había intentado hacer el *rogeting* o como lo llamara Bradshaw (él lo llamaba llanamente usar un diccionario de sinónimos), pero al final perdía fuelle, como si se hubiera aburrido. Probablemente fuera lo bastante arrogante como para pensar que nadie lo cuestionaría.

Y se equivocaba.

Poe aparcó junto a su *quad* en Shap Wells, pero prefirió hacer los tres kilómetros paseando con Edgar. El perro necesitaba unas buenas carreras, y él, tranquilizarse. No conseguiría nada enfrentándose directamente con Alastor Locke. El viejo espía era demasiado listo como para achantarse ante una intimidación tan suave. Amenazarle con denunciarlos públicamente tampoco funcionaría. Locke aplastaría su argumento antes de que pudiera decir «violación de la Ley de Secretos Oficiales».

Necesitaba pedirle educadamente una reunión cara a cara. Enseñarle las pruebas de Bradshaw. Ponerle en un aprieto y ver qué ocurría.

Probablemente nada, pero era lo único que tenía.

La clave era estar tranquilo, mantener el control.

Lo buscó en su lista de contactos y apretó el botón de llamar.

Dio dos tonos.

—Locke.

—¡Cabrón mentiroso! —gritó Poe—. No es que me haya mentido, es que lo ha hecho como el culo, lo cual me hace pensar que cree que soy tan incompetente que no lo averiguaría, o que estoy tan maniatado que daría igual. Sea como sea, nos ha tratado a Tilly y a mí como gilipollas.

Bueno, como dijo Mike Tyson: «Todo el mundo tiene un plan hasta que le dan un puñetazo en la boca».

—Buenas tardes para usted también, sargento Poe —dijo Locke—. Le noto agitado, y creo que piensa que la culpa es mía.

—Ese informe que me dio su lacaya: es pura ficción.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Da igual cómo lo sé —saltó Poe—. Mañana a primera hora, bajo a Mánchester y usted y yo vamos a sentarnos en una habitación a oscuras hasta que me cuente todo lo que necesito saber. Todo. Usted no decide si algo es información privilegiada o demasiado delicada.

—Suena tremendamente acalorado, chico. ¿Ha pensado en hacer pilates? Yo voy a clase tres veces por semana. Hace maravillas para la presión arterial.

—Alastor, se lo advierto, no me ponga a prueba con esto…

—¿Dónde está?

—¿Qué, ahora? Estoy en casa, claro. Son casi las diez.

—Qué extraño.

—Extraño, ¿por qué?

—Porque si estuviera en casa, hablaríamos *facie ad faciem*.

—¿Cómo?

—Cara a cara, Poe —dijo—. Estoy sentado en su sofá.

75

Poe hizo los últimos cien metros corriendo, con Edgar esprintando a su lado, ladrando de emoción. Abrió la puerta de un empujón y entró con paso airado. En efecto, Alastor Locke estaba en su sofá, con las gafas de leer apoyadas en la punta de la nariz y una carpeta en su regazo.

—Y me he tomado la libertad de coger una de sus excelentes cervezas, Poe —dijo—. Me hubiera gustado prepararme una ensaladita mientras le esperaba, pero lo único verde que tenía en el frigorífico era la leche.

—Estoy intentando cultivar moho.

—Descuide. ¿Y quién es este apuesto amiguito?

—Se llama Edgar, y si se lo ordeno, le arrancará las pelotas.

—¿Con que un *spaniel* de ataque? Debe de ser una línea de cría que no conozco.

—¿Qué es lo que quiere, Alastor?

—Tiene que dejar de investigar lo que le ocurrió a Tango Dos-Cuatro.

—¿«Tengo que»?

Locke asintió.

—Sí.

Poe se quedó callado.

Locke abrió los brazos.

—Pero tampoco va a ser todo palos hoy. He traído una zanahoria.

—¿Y me va a gustar esa zanahoria?

—Puede que no. Pero le garantizo que la necesita.

Poe miró la carpeta sobre el regazo de Locke. Era de color crema, con un sello de seguridad del Gobierno en la parte delantera: «TOP SECRET: CONSULTA EXCLUSIVA REINO UNIDO / EE. UU.».

—¿Qué es eso?

—¿Quiere saber lo que realmente le ocurrió a Tango Dos-Cuatro?

—Sí.

—Y no va a aceptar mi palabra de que no tiene nada que ver con lo que le pedí que investigara, ¿verdad?

Poe negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque ya he analizado este caso desde más ángulos de los que creía posible, y lo único de lo que estoy seguro es de que no estoy

seguro de nada. Usted no puede saber que lo que hay en esa carpeta no guarda relación con lo que investigo, porque todavía no sabemos qué es esto.

—Ha hablado como un policía de los buenos. Muy bien, Poe, pero se lo advierto, no hay vuelta atrás. Una vez que lo sepa, por mucho que quiera, legalmente no podrá ignorarlo.

Poe abrió una cerveza y bebió directamente de la botella, saboreando el frescor que dejaba en su garganta reseca. Se apretó la botella contra la frente y la hizo rodar. Había sido un día largo. Lo que Locke decía carecía de sentido, y empezaba a dolerle la cabeza.

—¿Está preparado para entrar, Poe?

No tenía ni que pensárselo. Bradshaw sí lo hubiera hecho. Ella habría escuchado la advertencia de Locke de que no había vuelta atrás y habría hecho un análisis completo de beneficio/coste. Y tal vez habría dicho que no. Flynn también se habría planteado las consecuencias. Quizás estaría satisfecha con que la gente que debía saber esas cosas ya las supiera.

Pero Poe no funcionaba así. Para él, los secretos eran una piedrecilla en el zapato, un guisante bajo el colchón. Él «tenía» que saberlo.

—Lo estoy —dijo.

—De acuerdo —dijo Locke—. ¿Se sorprendería si le digo que, antes del Brexit, Gran Bretaña y Francia eran los únicos países de la Unión Europea con capacidad para luchar en los cuatro frentes? ¿Por tierra, mar, aire y ciberespacio?

Sinceramente, no le sorprendía. Los europeos hablaban bastante bien de defensa colectiva, pero por el momento apenas se habían puesto con ello.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que quiero decir, sargento, es que le importe o no la «relación especial», a mí personalmente me importa un comino, es indudable que la capacidad del ejército estadounidense es lo único que impide que los rusos vuelvan a formar el Tercer Ejército de Choque y arrasen sus fronteras.

Poe se encogió de hombros.

—¿Qué tiene eso que ver con Tango Dos-Cuatro?

—Todo —contestó. Le dio la carpeta a Poe—. Tango Dos-Cuatro no murió por un atentado suicida con explosivos, sargento: fueron alcanzados por un misil Hellfire AGM-114. ¿Entiende lo que eso significa?

A pesar de la cerveza, Poe notó que se le secaba la boca.

—¿Fue azul contra azul?

Locke asintió.

—Sí, lo fue. El misil Hellfire lo disparó un helicóptero Apache estadounidense. Tango Dos-Cuatro murió por fuego amigo.

76

—¿Encubrieron un incidente de fuego amigo para no herir la sensibilidad de los norteamericanos? —dijo Poe—. No me extraña que estén tan desesperados por guardar el secreto. Si saliera a la luz, se montaría un buen escándalo público.

—Sospecho que tiene razón —dijo Locke—. Si la verdad se supiera ahora, lo habría. Pero la decisión no se tomó por ese motivo.

—Entonces, ¿por qué? Yo fui soldado. Sé lo que es el caos de una zona de combate. Las muertes por fuego aliado son inevitables, incluso hoy en día. Joder, hasta el SAS y el SBS se dieron en las Malvinas, y son los soldados más profesionales del mundo. Habría causado indignación, sí, pero al final se habría calmado sabiendo que estas cosas pasan. Lo único que han conseguido al intentar taparlo es acumular problemas para el futuro. Estas cosas acaban saliendo, Alastor. Siempre lo hacen. Es tan inevitable como la muerte.

Locke se quitó las gafas de leer. Las dejó suavemente sobre el sofá. Clavó sus penetrantes ojos grises en Poe.

—Debe de ser estimulante vivir en su mundo, Poe. Un mundo donde todo es blanco y negro. Estoy seguro de que eso es lo que le convierte en un investigador tan obstinado…

—Yo no creo que…

—Pero mi mundo casi nunca es tan monocromático. Es un pastiche de grises. Dice usted que ocultar este incidente fue un error; yo digo que fue una decisión que ha salvado la vida de hombres y mujeres del ejército británico, sin lugar a dudas.

Poe no dijo nada.

—No le veo convencido —dijo Locke.

—No me ha convencido.

—Entonces deje que le explique algo que ocurrió un par de años antes del incidente de Tango Dos-Cuatro. Esta vez en Irak. Un par de «rompetanques» A-10 abrieron fuego sobre un convoy británico. Nuestros tanques tenían izada la bandera de la coalición, llevaban la Union Jack pintada en el casco, y estaban usando las frecuencias de radio correctas. A pesar de ello, los estadounidenses los bombardearon con proyectiles del tamaño de botellas de leche. Miles de ellos, a

quinientos disparos por minuto. Un soldado murió, varios más resultaron heridos. Este informe —señaló la carpeta de color crema—, el «Informe Tango Dos-Cuatro», es todo cuanto sabemos sobre lo que ocurrió aquel terrible día. Cuando lo lea, verá que falta una cosa.

—¿Qué? —dijo Poe.

—Los nombres de los tripulantes del helicóptero. ¿Quiere saber qué les pasó?

—Creo que no tanto como les gustaría saberlo a las familias de Tango Dos-Cuatro.

—Nada —dijo Locke—. Igual que hicieron en Irak, el Pentágono se negó a identificar a sus pilotos. Aun garantizándoles absolutamente que se respetaría su anonimato, rechazaron nuestra solicitud de responder a la investigación. La prensa estadounidense ni siquiera cubrió el suceso. Fue como si nunca hubiera ocurrido.

—No veo…

—¿Sabe cómo eran las relaciones entre los dos ejércitos sobre el terreno después del incidente de Irak?

—¿Tensas? —dijo Poe.

—La idea dominante era que cualquier estadounidense que matara accidentalmente a un británico tenía carta blanca. Nuestras tropas estaban a punto de negarse a trabajar con ellos. Y la cosa se calentó. Un soldado de la Marina Real dejó hecho polvo de una paliza a un miembro de la patrulla Delta Force. Como represalia, varios Rangers estadounidenses apalearon a uno de nuestros señaladores.

—Y eso hizo mella en la efectividad en combate —dijo Poe.

—Así es. Hasta hoy, el Pentágono no ha identificado a una sola persona involucrada en incidentes de fuego aliado. ¿Y sabe qué imagen da eso del Gobierno de su majestad?

—¿De impotencia?

—Peor. Y como cada vez que les pedimos algo que sabemos que no nos van a dar los avergonzamos, perdemos un poco más de influencia. La relación especial se hace un poco menos especial.

—Entonces falsearon el informe, ¿no? —dijo Poe—. Se inventaron un atentado suicida con explosivos para que los estadounidenses no tuvieran que negarse a otra petición…

—Las dos partes falsearon el informe. Y, por desagradable que suene, eso permitió que hubiera un ambiente de trabajo más seguro para nuestras tropas.

—Ese brigada Downing, el autor del informe, ¿existe?

—Sí —contestó Locke—. Al menos sobre el papel. Y es todo cuanto voy a decir al respecto.

—¿Hay algo de verdad en ese documento?

Locke le mantuvo la mirada:

—Aparte de cómo murieron, el resto fue tal y como lo describe. Por razones desconocidas, Tango Dos-Cuatro estaba en el lugar equivocado.

Salieron de la zona verde y penetraron en la zona roja peligrosa. Al Qaeda había estado operando en ese terreno, así que, desde el punto de vista del piloto del Apache, eran un objetivo legítimo.

Poe se quedó pensando en lo que acababa de decir. Por fin cogió la carpeta y la hojeó.

—¿Por qué me enseña esto? —Hizo una pausa—. Para que tenga que dejar de hablar con las familias, ¿no? —añadió, contestando a su propia pregunta—. Ahora que sé la verdad, si sigo investigándolo, iría en contra de la Ley de Secretos Oficiales.

Locke se encogió de hombros.

—Me temo que es un truco retorcido, pero eficaz.

—¿Y hacer que me quede sin casa haciendo que su ministro favorito derogue el estatuto? ¿Eso también ha sido un truco eficaz?

—No, eso ha sido simplemente retorcido. Lo siento, Poe, pero algunos de mis compañeros carecen de sutileza. Está mal ir a por alguien así, y de haberlo sabido, lo habría evitado.

Poe volvió a abrir la carpeta.

—¿Qué cree que pasó con el piloto del Apache, Alastor? ¿Cree que sufre tanto como las familias?

—Creo que los dos sabemos la respuesta a eso, Poe.

—¿Cree que ni siquiera le impusieron un castigo?

—¿Castigo? —dijo Locke—. Probablemente le dieron una maldita medalla.

Y en ese preciso instante, el otro cerebro de Poe le dijo qué era lo que se le estaba escapando.

77

Medallas…

Ahí estarían las respuestas. Medallas merecidas, medallas «no merecidas». Eso era lo que había estado intentando decirle su otro cerebro. Lo que se le escapaba.

Se libró de Alastor Locke en cuanto pudo sin levantar sospecha, tratando de parecer tranquilo, lo cual era difícil teniendo en cuenta que por dentro estaba en estado de efervescencia.

—¿Estamos de acuerdo, Poe? —le dijo el espía antes de marcharse de Herdwick Croft, con la carpeta de Tango Dos-Cuatro bien guardada en su maletín—. A partir de este momento, abandona cualquier investigación sobre las muertes de Tango Dos-Cuatro, no vuelve a contactar con más familiares y tampoco habla de los contenidos de ese informe con nadie, ni siquiera con Tilly.

Se quedó mirando a Poe, tratando de arrancarle la respuesta.

—¿Y bien? —dijo.

—Sí.

—¿Sí qué, Poe?

—Que no voy a hacer ninguna de esas cosas.

—¿Tengo su palabra?

—Sí, la tiene.

—Bien.

En cuanto se hubo ido, Poe abrió la lista de contactos de su teléfono. Encontró el que buscaba y apretó el botón de llamada. Mientras esperaba a que contestase, murmuró:

—Lo siento, Alastor, estaba cruzando los dedos…

—Lucy North —dijo la voz al otro lado del teléfono.

—Hola, Lucy, soy el sargento Poe, de la Agencia Nacional del Crimen. Esta mañana hemos estado en su casa.

—Ah, sí. ¿Qué pasa, se han dejado algo?

—No pasa nada. Me gustaría hablar con su hija, si es posible.

Lucy debió de tapar el auricular con la mano porque al gritar «¡Emily, teléfono!» apenas se oyó.

—Ahora viene, sargento. No se habrá metido en algún lío, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Vale, aquí está.

—Sargento Pon, ¿qué puedo hacer por usted? —dijo Emily—. No me diga que ha cambiado de idea sobre subir a mi habitación.

A continuación, hubo un animado intercambio de opiniones en el lado de Yorkshire, que acabó con Emily gritando:

—¡Mamá…, estaba de broma! Claro que lo estaba, si tiene cien años.

Poe esperó con impaciencia.

—Perdone, sargento Poe. A veces, mamá puede ser muy literal.

—Lo entiendo —dijo Poe, pensando en Bradshaw—. Seré breve, Emily. Esta mañana me enseñaste las medallas que ganó tu padre. Había cuatro: la Medalla al Servicio General, la medalla de Irak, la Medalla al Servicio Operativo en Afganistán y la Cruz de Isabel que le concedieron a tu madre.

—Sí.

—Me preguntaba por qué no me enseñaste la Cruz al Mérito Militar. Todos los miembros de Tango Dos-Cuatro la recibieron a título póstumo por liberar al capitán Jack Duncan. Pensé que estarías orgullosa de mostrármela; es la tercera máxima distinción en el ejército, y no se concede muy a menudo.

Emily no sabía que Jack Duncan había sido Christopher Bierman durante los últimos años, y Poe tampoco vio razón para decírselo.

—Es verdad, se las concedieron, sargento —dijo ella—. Todos los que participaron en el rescate de Jack Duncan recibieron la Cruz al Mérito Militar.

—¿Tu padre no?

—No.

—¿Por qué?

Ya lo sabía, pero necesitaba que Emily confirmara sus sospechas.

—Porque no formó parte del rescate. Él se incorporó a Tango Dos-Cuatro el día antes de morir. Un tal Sean Gardiner, que era el médico de la sección, estaba indispuesto. Y llamaron a mi padre para sustituirle. He buscado a Sean en Internet para decirle que no fue culpa suya, pero no he conseguido encontrarle.

«Indispuesto», pensó Poe. En jerga militar, enfermo, indisciplinado o borracho.

—¿Tu padre era el médico de la sección? —dijo—. No lo sabía.

—No era médico ni nada, pero creo que siempre había un soldado en cada sección que recibía formación de primeros auxilios. Y, como estaban en una misión humanitaria, no podían salir sin uno.

—O sea, que Sean Gardiner era el médico oficial de la sección, ¿no?

—Sí, cuando rescataron a Jack Duncan, él era el médico de Tango Dos-Cuatro, no mi padre.

Otra pieza del rompecabezas encajada…

78

Poe convocó una reunión de emergencia a las ocho de la mañana del día siguiente. Se encontraron en Herdwick Croft. Ya había ido a comprar una selección de bollos para Melody Lee y para él, y una ensalada de frutas para Bradshaw.

—¿Y dónde está la soplona? —dijo Melody Lee bostezando.

—Hannah Finch no está al corriente de esto.

—Porque nos espía —explicó Bradshaw.

—¿Ah, sí? —dijo Melody Lee—. Vaya, quién iba a decir que alguien del MI5 haría algo así…

—¿Verdad?

—¿Qué estamos haciendo aquí, Poe? —dijo Melody Lee.

—Sé quién es nuestro asesino —contestó.

Bradshaw se quedó boquiabierta.

Melody Lee contestó:

—Está de coña, ¿no?

Poe les explicó la secuencia de los acontecimientos tal y como él la veía, que los doce hombres fallecidos en el atentado suicida (no veía motivo para romper la Ley de Secretos Oficiales aún) no eran exactamente los mismos doce que rescataron al capitán Jack Duncan, alias Christopher Bierman, que un soldado llamado Sean Gardiner había sido sustituido por Danny North el día antes de caer Tango Dos-Cuatro.

Al terminar, dijo:

—Tilly, tú dijiste que alguien ha estado —comprobó sus notas— «eliminando datos de forma sistemática y definitiva de todas las webs públicas que se pueden descubrir». Que borraban fotos y fragmentos de texto de vez en cuando y alguien «estaba monitorizando lo que se decía sobre Tango Dos-Cuatro» en las redes sociales, ¿no?

—Sí, Poe. ¿Por qué?

—Porque he estado toda la noche buscando a Sean Gardiner y casi no hay rastro de él.

—¿Le has encontrado?

—He encontrado pruebas de su existencia —dijo—. El *Telegraph* nombraba a todos los que recibieron medallas póstumas ese año: él fue uno de los doce Fusileros del Rey condecorados con la Cruz al Mérito

Militar por rescatar al capitán Jack Duncan. La he cotejado con los hombres que murieron en el ataque suicida. Sean Gardiner y Danny North son los únicos nombres que no figuran en las dos listas.

—O sea, que todo este tiempo ha habido un decimotercer integrante de Tango Dos-Cuatro —dijo Melody Lee—. Y no sabíamos que existía…

—No, agente especial Lee, todo este tiempo ha habido una decimotercera «rata». Y, por alguna razón, está matando a todas las personas relacionadas con Christopher Bierman.

—Eso no es todo —dijo Poe—. Hay algo de lo que deberíamos habernos dado cuenta y acaban de hacérmelo saber.

Melody Lee y él estaban tomando un café solos. A Bradshaw le había sentado fatal que Sean Gardiner hubiera logrado ocultar su existencia, y estaba clavada delante del ordenador, con la frente arrugada y moviendo los dedos como una concertista de piano. Si había rastros de Gardiner en la Red, ella los encontraría.

—Emily North dijo que su padre hacía las veces de médico de la sección —continuó—. Tenía más formación en primeros auxilios. Le llamaron a Tango Dos-Cuatro porque Sean Gardiner estaba «indispuesto», por la razón que fuera. Apostaría a que Gardiner también sabía primeros auxilios. Anoche lo busqué y una de las cosas que aprenden los médicos de sección es a poner una vía.

—Mierda —dijo Melody Lee con un silbido—. Eso significa que no le costaría nada poner una vía a Bierman y llenarle de Ritalin.

—También explica por qué había un nudo doble solamente en un zapato. Gardiner tendría que quitárselo para ponerle la vía. Cuando volvió a calzarle, debió de hacer una doble lazada mecánicamente, por memoria muscular. Yo estuve en el ejército poco tiempo, pero sigo atándome los cordones con un nudo doble.

Melody Lee se levantó la pernera del pantalón. También llevaba las zapatillas atadas con un nudo doble.

—Los polis y los federales también tenemos memoria muscular —dijo —. No te puedes tropezar cuando persigues a un mierda…

Poe asintió.

—Aunque no sé por qué ha tardado tanto en desatar su locura —dijo —. Han pasado quince años, ¿no?

—No es tan de locos como cree, Poe.

—¿No?

—Hace falta tiempo para desaparecer. Para desaparecer de verdad. De vez en cuando, el FBI trabaja con los Alguaciles Federales, y una de sus principales funciones es buscar a gente que no quiere ser encontrada. Y algunos de esos capullos disponen de recursos y conocimiento. ¿Sabe cuál es la manera más efectiva de esfumarse?

Poe negó con la cabeza.

—Hacer lo que se espera que hagas. Cortar las tarjetas de crédito, no meterte en Internet, dejar de viajar en avión. Cerrar tu cuenta en el banco.

—Eliminar cualquier rastro de tu vieja vida, básicamente…

—Exacto. Pero para llevarlo a otro nivel, hay que eliminar todo rastro de lo que hay aquí.

Se dio unos golpecitos en la cabeza.

Poe frunció el ceño.

—El cerebro humano funciona por señales —dijo ella—. Recordamos cosas cuando nos dan pie. ¿Cuántas veces ha oído los primeros acordes de una canción y al instante ha recordado la letra?

Era cierto, pensó Poe. Podía estar meses sin escuchar *London calling,* de The Clash, pero en cuanto sonaba el primer *riff*, sabía que podía cantar el álbum entero.

—Muchas —contestó.

—Con las fotos pasa lo mismo. Son el peor enemigo si intentas desaparecer. Conservan tu imagen en la mente de la persona que te está buscando, ya sean las fuerzas de seguridad, ya sean familiares. Pueden enseñarlas de puerta en puerta, pegarlas en los buzones, incluirlas en listas de las personas más buscadas. Mostrar una foto a alguien es efectivo; «describir» a una persona es casi como no hacer nada. Si no hay ninguna imagen de la cara de una persona, su aspecto se olvida muy rápido, se lo aseguro.

—Tilly le encontrará —contestó Poe.

—Lo haré, Poe —dijo Bradshaw—. Mientras tanto, he encontrado algo sobre «la otra cosa» que me pediste que investigara.

Le pasó una foto en blanco y negro. Era un equipo escolar de críquet. Colegio Masculino de Waterford, Juveniles, 1.º XI. A juzgar por los bates, las espinilleras, los guantes y el uniforme, se había tomado hacía varias décadas.

—¿Qué es esto?

—Mira el último nombre en la fila de atrás.

Lo hizo.

—Es…

—Lo es, Poe —le interrumpió Bradshaw, lanzando una mirada a Melody Lee—. Y lo que es más importante, mira quién está a su lado.

Poe volvió a mirar.

—Maldita sea… —dijo.

79

—No encuentro a Sean Gardiner —dijo Bradshaw con tono desesperado.

—¿Cómo? —dijo Poe—. ¿Ni rastro?

No sabía por qué le sorprendía. Emily North parecía tan hábil como Bradshaw con los ordenadores y tampoco había logrado dar con él, a pesar de tener más tiempo y mucha más motivación.

—Hay alguna referencia en la prensa nacional y en bases de datos a las que no ha podido acceder, pero todas sus fotos han sido borradas.

—¿Nada de él en Afganistán? ¿Ninguna foto feliz?

—Nada, Poe.

—Sorprendente…

—No es sorprendente —dijo Melody Lee—. Cuando están en una operación, los soldados británicos deben de recibir la misma orden que nuestros chicos: nada de publicar fotos *online*. Aparte de comprometer la seguridad operativa, los rusos pueden robarlas y las roban de la nube. Se quedan con la foto y, junto con ella, con todos tus datos. Averiguan quién eres y dónde vives. Algunos de nuestros chicos han recibido fotos de su familia por correo electrónico mientras estaban de servicio, y hemos descubierto que era una unidad de operaciones psicológicas en Moscú. A ver, solo querían jugar con su mente, pero ¿quién necesita ese tipo de mierda?

—La agente especial Melody Lee tiene razón —dijo Bradshaw—. Hay muy pocas fotos de Tango Dos-Cuatro y las que hay se publicaron después de volver al Reino Unido.

—Tenemos que encontrarle, Tilly —dijo Poe—. Estamos cerca, lo presiento.

—Si sabe tanto de informática como parece, no creo que siga llamándose Sean Gardiner —dijo Melody Lee.

—Seguro que no —dijo Poe—. Necesitamos una foto. Podemos ponerla en la portada de todos los periódicos, y que salga en los titulares de los telediarios. Hacerle la persona más famosa del país. Si lo hacemos, le tendremos dentro de menos de veinticuatro horas.

—Voy a intentarlo otra vez, Poe —dijo Bradshaw.

Se recolocó las gafas, se apartó el pelo de los ojos con un soplido y

empezó a teclear.

—Sigo sin encontrarle —dijo Bradshaw—. Y ya no hay más bases de datos en las que buscar legalmente. Lo siento, Poe.

—No es tu culpa, Tilly. Y al menos esto confirma el tipo de persona a la que nos enfrentamos.

—Entendido en tecnología, despiadado, con recursos y muy motivado —dijo Melody Lee—. ¿Me dejo algo?

—Sabiendo lo que ya sabe, ¿cambia esto algo de la cumbre?

—No. Esto trata de Christopher Bierman y la mierda en la que se metió cuando estaba en Afganistán. No guarda ninguna relación con la cumbre, y así lo voy a comunicar. La organización que se encuentre detrás de esto estará radicada en el Reino Unido, y por eso han esperado a que Bierman volviera. No tiene nada que ver con la cumbre; por desgracia, la cumbre solo fue lo que atrajo a Bierman hacia su muerte.

Poe estaba de acuerdo.

—¿Se queda o la necesitan en algún sitio?

—Este culo negro tiene que estar en Scarness Hall a partir de hoy —dijo con una sonrisa—. Pero pásense en algún momento, he oído que sirven una merienda brutal.

—Muy bien —dijo Poe.

Se dieron la mano.

—Adiós, agente especial Melody Lee —dijo Bradshaw—. Ha sido muy interesante trabajar con usted. Tiene un vocabulario fascinante.

—Ya ves, chata. Nos vemos, Poe, y si quiere un consejo —añadió con una amplia sonrisa pícara—, haga de tripas corazón y entierre el hacha de guerra con Hannah Finch.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Estoy de acuerdo, esa tía es una rompepelotas, pero, si ha estado informando sobre lo que hacían, era porque tenía órdenes de hacerlo.

Poe se encogió de hombros.

—Y, sobre todo, porque tiene acceso a la base de datos del Ministerio de Defensa, y ustedes no —continuó—. Puede que este pavo haya quitado todas las imágenes suyas de la Red, pero le apuesto una libra de patatas fritas a que no ha conseguido eliminarlas de su historial militar.

80

—Creía que me habían mandado a freír espárragos —dijo Hannah Finch a través del manos libres en medio del aire seco y tranquilo de Herdwick Croft.

—Así es —dijo Poe—. ¿Le ha gustado?

—¿Qué quiere, Poe?

—Necesito que me conteste a una pregunta.

—¿A una solo?

—Solo una.

—Pues pregunte —contestó ella—, y luego váyase a la mierda.

—En una escala del uno al diez, ¿hasta qué punto está motivada para resolver este caso?

—Diez.

Nada de dudas.

—Cuidado, Hannah, en mi escala, diez es la máxima motivación, no la más baja.

—Que le den, Poe.

No contestó.

Bradshaw dijo:

—Qué grosera…

—¿Qué es lo que necesita? —preguntó Hannah con un suspiro.

—Acceso al historial militar de una persona.

—¿Por qué?

Se lo contó, sin dejarse detalle.

—O sea, ¿quiere que me cuele en el Centro de Personal del Ejército y le consiga una foto del tal Sean Gardiner?

—No. Quiero que presente una solicitud legítima al Centro de Personal del Ejército y me consiga una foto de Sean Gardiner.

—Veré lo que puedo hacer.

Colgó.

—¿Qué hacemos ahora, Poe? —dijo Bradshaw.

—Esperamos, Tilly —contestó—. Esperamos.

No tuvieron que esperar mucho. Hannah Finch los llamó al cabo de

menos de una hora.

—He mandado un correo a Tilly —dijo—. Seguro que ella tendrá algún programa de reconocimiento facial hecho a medida, pero le digo ya que no le reconozco, y la cara tampoco está señalada en ninguno de nuestros sistemas.

—Maldita sea —dijo él.

Esperaba que ya se hubieran topado con Sean Gardiner en algún momento.

El portátil de Bradshaw tintineó.

—Recibido —dijo.

Poe se sentó a esperar que la foto se descargara. Herdwick Croft no tenía cobertura, pero de alguna manera Bradshaw había convertido su *smartphone* en una zona wifi móvil. Ella lo llamaba *tethering* o anclaje a red, y él, otro ejemplo de cosas de las que no necesitaba saber más. Iba más lento de lo habitual, pero al final abrió la foto.

Poe se quedó mirando a Sean Gardiner. Era la típica foto del ejército. Mirando a la cámara, a todo color, sin sonreír. Como una foto de pasaporte.

Y tampoco le reconocía.

—¿Quién demonios eres? —dijo.

Bradshaw no perdió tiempo. Finch estaba en lo cierto: tenía su propio programa de reconocimiento facial. Mientras introducía la foto de Gardiner, explicó a Poe cómo funcionaba.

—Cogí el mejor *software* de inteligencia artificial biométrica y lo retoqué un poquito —dijo—. Añadí herramientas como reconocimiento de iris, análisis de textura de piel, mejoré su adaptación a las fotos de perfil, ese tipo de cosas. También refiné algunas de las partes más rudimentarias de codificación y le di acceso a más bases de datos.

—A-ha… —dijo Poe.

—Y, por supuesto, prefería un algoritmo fotométrico a uno geométrico.

—Por supuesto…

—¿Verdad?, hay que ser estúpido para usar un algoritmo geométrico hoy en día —dijo ella—. En fin, el programa está en marcha, dependiendo de cómo…, ah, ya ha terminado. ¡Qué rápido!

Pasó el cursor por encima de un icono, clicó el *trackpad* y abrió los resultados. Se quedó mirando la pantalla y frunció el ceño.

—Uy, qué raro es esto —dijo.

81

—Hannah, tenemos un problema —dijo Poe.

—¿Qué pasa, Poe? —contestó ella—. ¿Ahora necesita acceso al portátil del primer ministro?

—Es el programa de reconocimiento facial de Tilly: ha encontrado a Sean Gardiner.

—Madre mía, qué rapidez. ¿Quién es? ¿Qué nombre está utilizando?

—Ese es el tema: a no ser que tenga un…, ¿cómo lo ha llamado Tilly?, un *doppelgánger*, lo cual es poco probable estadísticamente, Sean Gardiner es actor en Nueva Zelanda y está especializado en anuncios de condones.

—Joder…

—… Sin parar, aparentemente. Según él, es la mejor marca en el mercado.

—No le sigo, Poe. ¿Me está diciendo que Sean Gardiner emigró a Nueva Zelanda para hacerse actor? ¿Y que luego decidió que no era para él y que se ha pasado al negocio de matar?

—No, eso no es lo que le estoy diciendo. El hombre que aparece en esos anuncios se llama David Hurford y sigue promoviendo el sexo seguro. Allí le llaman «el tío de los condones».

—¿El tío de los condones? ¿Se está quedando conmigo?

—No creo que él escogiera el nombre —dijo Poe—. Pero acabo de hablar con su agente y me asegura que David tiene mucho trabajo. Este año no ha salido de Auckland, por no hablar de Nueva Zelanda.

—Supongo que el programa de Tilly no se habrá equivocado…

—¿Usted qué cree?

—¡No se ha equivocado! —gritó Bradshaw desde el otro lado del salón —. Poe, cuéntale tu teoría a Hannah Finch.

—Sí, Poe —dijo Finch—. Cuénteme su teoría. Cuénteme cómo han *hackeado* una de las bases de datos más seguras del mundo para cambiar una foto. Porque doy por hecho que eso es lo que cree. Y si es así, se equivoca. Ni Tilly podría meterse en ese sistema. Simplemente no es…

—Eso no es lo que creo que ha pasado, Hannah —dijo Poe, omitiendo que Bradshaw había pirateado un portátil encriptado del Ministerio de Defensa durante el caso del Procurador.

Tardó dos minutos.
—Entonces, ¿qué?
—¿Alguna vez ha oído la frase «si no está roto, no lo arregles»? —dijo.

82

Hacía años que Poe no iba a Glasgow. La recordaba como una ciudad que buscaba su identidad, al pasar de ser un núcleo del comercio industrial a destino turístico internacional, y se había convertido en una de las ciudades más vibrantes y dinámicas de Europa. A juzgar por cómo brillaba, la transformación casi había terminado. Cualquier otro día, no le hubiera importado pasear por Buchanan Street y mezclarse con la gente, contemplar a los artistas callejeros, a ver si alguno era capaz de igualar el descaro de Bugger Rumble.

Sin embargo, aquella tarde tenía una razón distinta para estar en la ciudad: Glasgow era la sede del Centro de Personal del Ejército. Bradshaw, Finch y él iban a visitar por sorpresa a Edward Pritchard, el hombre que había puesto la foto del tío del condón en el historial militar de Sean Gardiner.

Iban en el coche de Finch, un Land Rover de gama baja. Aparcó en la zona amarilla cerca de la entrada principal y apagó el motor.

—¿Listos? —dijo.

—No está permitido aparcar aquí, Hannah Finch —dijo Bradshaw.

—Este coche es de los que pueden aparcar en cualquier parte, Tilly.

Poe sabía que su matrícula no aparecería en ninguna base de datos de la Dirección de Tráfico, y si figuraba, tendría un cartelito al lado diciendo: «No nos toquen las narices».

—Pero…

—No pasará nada, Tilly —dijo Poe—. Venga, vamos a ver a ese idiota.

Kentigern House, el edificio del Centro de Personal del Ejército, era deliberadamente moderno, una mezcla a partes iguales de soso y gris. De esos edificios que los arquitectos omiten a propósito en su currículo. Era de ladrillo amarillo y cada piso era más pequeño que el inferior. Estaban unidos por ventanas inclinadas con marcos marrones. Parecía un intento a medias de hacer una pirámide, como si los constructores hubieran empezado con esmero y luego hubieran ido perdiendo entusiasmo una vez terminada la base y al ver el aspecto que iba a tener.

Era casi mediodía y la entrada de hormigón estaba llena de hombres y mujeres disfrutando del sol de Glasgow. Algunos bebían café en tazas de cartón, otros comían sándwiches. Todos llevaban acreditaciones

colgadas.

Poe siguió a Finch al interior del edificio, asumiendo que sus credenciales pesarían más que las suyas. No se equivocaba.

—El supervisor, por favor —dijo a la mujer de recepción.

Era evidente que la esperaban (una visita del MI5 imponía hasta en los edificios del Ministerio de Defensa), porque la mujer contestó:

—Yo soy la supervisora: Mhairi Forster. Tal y como nos pidió, no le hemos avisado de que venían. Lleva toda la mañana en su puesto de trabajo.

—¿Tienen alguna sala de entrevistas?

Forster asintió.

—Varias.

—Necesito la más segura y que se cerciore de que nadie pueda oír lo que se habla. Dependiendo de lo que ocurra ahí dentro, es posible que el sargento Poe tenga que detener al señor Pritchard. En ese caso, pedirá a la policía escocesa que le lleve a la comisaría más cercana.

Aunque tenía la pregunta escrita en la frente, Forster era lo bastante mayorcita como para saber que no debía preguntar qué había hecho su empleado.

—Pediré que le bajen —dijo.

83

Poe llevaría las riendas. Tenía los detalles más importantes frescos y llevaba toda la vida en salas de interrogatorio. Finch aportaría la información complementaria, como explicar las consecuencias para Pritchard en caso de ser necesario, y Bradshaw estaría presente por si salía a colación algún detalle técnico que no entendían ninguno de los dos.

Edward Pritchard parecía uno de esos hombres a los que de pequeño le sangraba siempre la nariz. Llevaba gafas y un traje marrón raído, y no paraba de rascarse la axila con nerviosismo. Tenía cara huesuda y nariz afilada. Sus ojos eran débiles y saltones, y su expresión floja y amargada. Tenía el pelo tan ralo que se podían contar los lunares de su cráneo. Rezumaba culpabilidad y palideció al ver la identificación de Finch.

Poe no creía que les esperara un interrogatorio difícil.

—¿Cuántos años tiene, señor Pritchard? —dijo.

—Cincuenta y siete. —Su voz sonaba aguda y quebradiza.

—¿En serio? Qué suerte…

—¿Por qué?

—Porque, aunque van a subir la edad para cobrar la jubilación, cuando salga de la cárcel probablemente ya le toque.

—Pero yo no he hecho…

—¿Le dieron un cable gratis para cargar el móvil o no? —dijo Poe—. Los documentos que lo acompañaban decían que había sido seleccionado para participar en una prueba con usuarios.

—No, eso no es lo que…

—Lo enchufó al ordenador de su casa y, sin darse cuenta, descargó dos programas malignos. —Se volvió hacia Bradshaw—. ¿Cómo se llamaban, Tilly?

—Un registrador de teclas y un *malware* de acceso remoto.

—Luego se pusieron en contacto con usted y le dijeron lo que tenía que hacer —continuó Poe—. También fueron explícitos sobre cuáles serían las consecuencias si se negaba.

—Pero… ¿cómo saben todo esto?

—Porque, señor Pritchard, no es la primera vez que este hombre ha

obligado de este modo a otras personas a que obren según su voluntad. Usted es un tonto más en una larga sucesión de tontos. Mire, no sabemos qué es lo que usó en su contra, pero tampoco vamos a tardar en averiguarlo. Ahora mismo hay alguien en su casa registrando sus ordenadores: por su bien, espero que no sea algo bochornoso ni ilegal.

Por cómo palideció Pritchard, supo que era lo segundo. Apostaría a que se trataba de fotografías indecentes de niños.

—La policía escocesa se encargará de eso —continuó Poe—. Nosotros estamos aquí para saber qué le obligó a hacer.

—¿Podría beber un poco de agua, por favor? —dijo con la voz quebrada.

—No, no puede. El hombre detrás de todo esto se llama Sean Gardiner y lleva años eliminando de manera activa sus fotos de Internet, para impedir que la gente pueda recordar qué aspecto tiene. Sin embargo, para eliminar su foto de la base de datos del Ministerio de Defensa, necesitaba ayuda. Ahí es donde entra usted. Le dio una foto de un actor en Nueva Zelanda y le hizo incluirla en su historial militar. ¿Correcto?

—Casi —susurró Pritchard—. La foto la puse yo. Estaba pensando en ir de vacaciones a Nueva Zelanda; cuando busqué una foto para usar, la última página en la que había entrado tenía el anuncio de preservativos en primer plano. La calidad y el tamaño de la imagen eran perfectas, así que la utilicé.

—Pero todo lo demás fue tal y como he dicho, ¿no?

Pritchard asintió.

—Bien. Ahora llegamos a ese momento en el que usted decide cuánto tiempo quiere pasar en prisión. Si me da lo que necesito, la señorita Finch se asegurará de que no se le acuse por la Ley Antiterrorista. Pero, si nos pone alguna traba, aunque sea una sola, despertará en Barlinnie durante el próximo cuarto de siglo, cuando menos. No es una amenaza, señor Pritchard, es un hecho. ¿Me cree?

Pritchard se quedó mirándole fijamente durante lo que le pareció una eternidad. Por fin asintió y dijo:

—¿Qué es lo que quiere?

Poe se inclinó hacia él, apoyando los codos sobre la mesa.

—Ya sabe lo que queremos, señor Pritchard. Queremos la foto original, la que Sean Gardiner le hizo quitar de su historial. Necesitamos saber qué aspecto tiene.

Mhairi Forster tardó diez minutos en buscarles un cubículo aislado para trabajar; Pritchard llevaba otros cinco buscando la foto eliminada.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Poe—. Tilly, cámbiale el sitio.

—Ella no está autorizada para acceder a esa información —protestó Forster.

—Cállese —dijo Poe.

—¿Perdone…?

—Ha dicho que se calle —dijo Finch—. ¿Tilly?

—¿Qué día cambió la foto, Edward Pritchard? —dijo Bradshaw.

—El 4 de mayo, hace tres años.

—El Día de *Star Wars*…

—¿Eh? —dijo Poe.

—Ya la he encontrado. —Señaló una impresora en una esquina de la sala—. ¿Está encendida?

—Sí, es la número…

—Ya sé qué número es.

Bradshaw jugó un poco con el ratón, apretó varias teclas y la impresora se puso en marcha.

Finch era la que estaba más cerca. Cogió la foto y se quedó mirándola. Negó con la cabeza.

—No le reconozco.

Se la pasó a Poe, que la miró; no esperaba reconocerle, pero entonces dijo:

—Mierda…

Era Cookie, el cocinero de Scarness Hall.

84

—Necesito vigilancia sobre Nicholas Anstey, alias Cookie, ¡ahora! —exclamó Poe por el móvil. Escuchó la respuesta—. ¡Pues vaya a buscarle, joder!

Iban a toda velocidad por las afueras de Glasgow, saltándose tantas normas de tráfico que hasta Bradshaw había perdido la cuenta. Poe había conseguido hablar con la garita de seguridad temporal en Scarness Hall, y el oficial que contestó estaba intentando localizar a su jefe, el inspector Shelton.

No tardó en encontrarle. Sonó una ráfaga de electricidad estática. Habían conectado a alguien hablando por radio con el móvil de Poe.

—Inspector Shelton.

—Inspector, soy Poe. Necesito vigilancia sobre Nicholas Anstey.

—Ahora mando a alguien.

—¡No! —dijo Poe—. Solo necesito que le vigilen. Es el principal sospechoso en el asesinato de Christopher Bierman y puede que vaya armado.

—¿Está seguro? —dijo Shelton.

—Sí.

—No se retire. Ahora le digo algo. —Cerró la comunicación.

Se quedaron esperando en silencio. Poe miró el reloj del salpicadero.

Un minuto. Dos. Tres. Cinco. Seis. Finch salió de la ciudad y cogió la M74. Cambió de marcha y adelantó a un coche patrulla. El policía aceleró y se unió a ella en el carril exterior. Poe esperaba ver las luces azules por el retrovisor en cualquier momento, pero la cámara ANPR, el sistema de reconocimiento de matrículas que llevan a bordo los coches patrulla, debió de decirles que era un coche «al que no debían molestar», porque frenaron y volvieron al carril central. Finch siguió acelerando. El indicador iba por ciento sesenta y seguía avanzando en sentido de las agujas del reloj. Esperaba que Bradshaw no viera a qué velocidad iban. Miró hacia el asiento de atrás. Estaba con su móvil.

—¿Qué tienes ahí, Tilly?

—Acabo de recibir el vídeo que pediste por correo electrónico, Poe.

—¿Qué vídeo?

—Lo manda un tal Max Greene. Es uno de los manifestantes con los

que hablaste. Estaban grabando a la gente que entraba y salía del pueblo. Creo que dijiste que se estaban acostumbrando a la luz para cuando empezara la cumbre.

—Ah, ese vídeo… —dijo—. O sea, que Irene ha cumplido al final.

—Max dice que lleva cuatro días fuera, que por eso nos llega tan tarde. ¿Quieres que lo vea?

Se encogió de hombros.

—No sé si lo necesitamos ahora.

—Si tengo tiempo, le echaré un vistazo.

Poe volvió a mirar el reloj del salpicadero. Había pasado otro minuto.

Ya eran siete.

Y otro minuto. Ocho.

Su teléfono sonó. Aunque esperaba que lo hiciera, le sobresaltó.

—Poe.

—Ya estamos vigilando a Anstey —dijo Shelton—. Hemos puesto un perímetro a su alrededor.

Poe dejó caer los hombros, aliviado. Tapó el micrófono con la mano.

—Ya lo tienen. —Luego le dijo a Shelton—: ¿Qué está haciendo ahora mismo?

—Parece que está haciendo un perolo de sopa.

—Será un caldo —contestó Poe automáticamente, por un recuerdo de otro caso, en el que entró en la órbita de un chef con estrella Michelin.

—¿Perdone?

—Da igual. Mantengan el perímetro hasta que llegue yo. Si necesita confirmación de mi jefe operativo, hable con la comisaria Nightingale.

—Ya lo he hecho, sargento. A no ser que creamos que hay peligro de muerte, mantendremos la distancia y esperaremos nueva orden.

Poe colgó. Estiró el cuello y arqueó la espalda todo lo que pudo en los límites de su asiento.

—Ya casi está —dijo.

Finch no contestó.

—¿Qué pasa?

—¿No dijo usted mismo que, desde que Scarness Hall se aprobó como sede de la cumbre, no ha entrado personal nuevo? Si es así, ¿cómo es que Sean Gardiner trabaja aquí?

Poe se quedó pensando un momento, pero solo un momento.

—Si no está roto, no lo arregles —dijo otra vez.

Finch asintió, captando la indirecta.

—Jugó la carta del cable JANUS con alguien del comité de la sede.

—Eso diría yo. Averiguó dónde se celebraría antes de que se anunciara y consiguió trabajo aquí.

—Dios, es bueno —dijo—. Aunque solo sea por mi salud mental, necesitamos a este cabrón fuera del… —Sonó su teléfono—. Maldita sea, debería saltar directamente en el manos libres del coche, pero está dando guerra. ¿Puede contestar, Poe?

—Yo tengo que estar atento al mío. —Le pasó el teléfono de Finch a Bradshaw—. Tilly, ¿puedes ver quién es? Cuando contestes, recuerda decir que no eres Hannah. No querrás escuchar sin querer los códigos de lanzamiento nuclear.

Finch sacudió la cabeza.

—No tiene ni idea de lo que hacemos, ¿eh, Poe?

—Al habla Matilda Bradshaw, no Hannah Finch —dijo Bradshaw—. Repito, al habla Matilda Bradshaw, no Hannah Finch. —Tapó el micrófono con la mano—. ¿Así está bien, Poe?

—Muy claro, Tilly —dijo.

—Gracias, Poe.

—Ahora pregunta qué quieren.

—¿Qué quieren?

Poe ocultó la sonrisa. Las aptitudes sociales de Bradshaw habían mejorado sustancialmente, pero, en cuanto se veía en una situación estresante, volvía a sus orígenes. Se quedó escuchando casi un minuto y luego dijo:

—Vale, agente Adams, trasladaré su mensaje. Gracias por llamar y espero que tenga una bonita tarde.

Le devolvió el teléfono a Poe.

—¿Quién era, Tilly?

—Era el equipo que ha registrado la casa de Edward Pritchard —dijo —. No han encontrado nada con lo que pudieran chantajearle en su ordenador.

—¿Nada de nada?

—Eso es lo que ha dicho, Poe. Esta noche nos lo mandan todo, así que mañana lo miraré bien.

—Qué extraño —dijo Finch.

—Sí que lo es —añadió Poe—. Si no tenía nada en el ordenador, ¿por qué cedió con tanta facilidad?

Su teléfono volvió a sonar.

—Poe.

—Anstey está preparándose para salir del campamento, sargento —dijo Shelton—. Mis chicos no creen que puedan retenerle fuera, y preferiría no poner en peligro a agentes desarmados.

—Deténganle —dijo Poe.

Dos minutos después, Shelton volvió.

—Objetivo detenido —dijo—. Ha intentado escapar, pero lo tenemos.

85

Finch aceleró en dirección al pueblo, y no frenó hasta que la carretera empezaba a estrecharse y las curvas cerradas redujeron la visibilidad. No tardaron en alcanzar el cordón exterior, que se había reforzado bastante desde la última vez que estuvieron allí. Les hicieron señal de pasar, sin siquiera hacerles reducir la velocidad.

Sí tuvieron que detenerse en la garita a la entrada de la finca de Scarness Hall, pero solo para esperar a que levantaran la valla.

El inspector Shelton los esperaba en el aparcamiento.

—¿Dónde está? —dijo Poe.

—En una de las habitaciones del piso de abajo. La han convertido en sala de prensa para cuando haga mal tiempo.

—¿Y ha intentado escapar?

—Sí. Aunque paró en cuanto le apuntaron con un arma.

—¿Se le han leído sus derechos?

—Yo mismo lo he hecho.

—Quiero que venga un equipo de registro —dijo Poe—. En un asesinato anterior utilizó una pistola. Es posible que siga en la finca.

—Yo me encargo —dijo Shelton.

Poe se volvió hacia Finch.

—Me gustaría hablar con él antes de que se lo lleven a Durranhill —dijo.

Lewis Barnes apareció por la esquina. Llevaba un estuche para los palos de golf, de esos donde se meten las bolsas de mano para subir a un avión.

—¡Señor! ¡Señor! —exclamó—. ¡Han detenido a Cookie!

Parecía preocupado. Poe recordaba oírle decir que Anstey le había hecho una tarta para cada cumpleaños. Probablemente pensaba que eran amigos. No podía decirle nada para suavizar el golpe, así que no se molestó.

—Sí, Lewis. Voy a hablar con él ahora. A ver si podemos arreglarlo.

Lewis asintió despacio, nada convencido.

—¿A jugar al golf otra vez? —dijo Poe.

—Sí, señor —dijo Lewis—. Tengo que llevar unos palos al campo, luego le hago de *caddy* a una de las personas importantes. Dice que si

bate su *hándicap*, me dejará conducir su Jaguar F-Type por el aparcamiento. Nunca me he subido a un Jaguar, y menos lo he llevado…

—Pues esperemos que se dé bien la cosa, Lewis.

—Sí, señor. Y cuando vuelva, si quiere, le limpio los bichos al coche de esa señora.

—Hasta luego, Lewis.

Pero Lewis no se movió. Se quedó en el sitio, perdido y desolado.

Nicholas Anstey, alias Sean Gardiner, era la viva imagen de la resistencia. Tenía las manos esposadas a la espalda, y miraba con odio y gruñía a los agentes que esperaban junto a él en la habitación. Al ver a Poe, se levantó.

—¿Qué coño está pasando? —dijo furioso.

—Siéntese, señor Anstey —respondió Poe.

Anstey le fulminó con la mirada, tirando de las esposas.

—¡Siéntese! —saltó Poe—. Si no lo hace, haré que se lo lleven directo a Durranhill.

Tomó asiento.

—No pienso decir nada sin un abogado, compañero.

—Hablaré yo, usted escu…

—Pero sí le diré una cosa. No tienen nada. Ni una mierda. No pasó nada. Aunque sepan el plan, que lo hayan parado no significa que pasara nada ilegal.

Poe lanzó una mirada a Finch, y vio que también estaba sorprendida.

—¿Qué plan? —dijo.

—Que le jodan.

—Como quiera, «Sean» —dijo Poe.

Su cara dejó ver un destello de confusión.

—¿Quién coño es Sean? —dijo.

—Hannah, ¿puede decirle al señor Gardiner lo que pasará si sigue haciéndose el tonto?

—Desde luego, sargento. Para empezar, le pediré que le detengan de acuerdo con la Ley de Antiterrorismo. Eso nos dará catorce días para interrogarle. Para entonces le habrán acusado de chantaje, acceso a bases de datos confidenciales, obtención de beneficios pecuniarios a base de engaños…

—Uy, esa es buena —interrumpió Poe—. No se me había ocurrido. ¿Algo más?

—Robo a mano armada y tenencia de armas de fuego. —Hizo una pausa—. Ah, casi se me olvida: probablemente también quieran acusarle de los asesinatos de Christopher Bierman y Terry Holmes.

Anstey se quedó mirándola, asombrado.

—¡Eeeeh! —gritó, levantándose de un salto otra vez—. ¿Está loca?

¡Yo no he matado a nadie! ¡En la vida! ¡Y la última vez que tuve un arma en la mano fue a bordo del Vigilant en 2004!

—¿El HMS Vigilant? —dijo Finch—. ¿Está diciendo que formaba parte de la tripulación de un submarino?

—Desde chico.

—Pero ¿no estaba en los Fusileros del Rey? —dijo Poe—. ¿No sirvió en Afganistán en 2006?

—¡Claro que no! —contestó—. Dejé la Marina en 2004 y me puse a estudiar cocina. Desde entonces, he estado currando por todo el país.

—¿Y por qué huía de la policía?

Empezó a retorcerse inquieto.

—Será mejor que empiece a hablar… —dijo Poe.

Era evidente qué a él también lo creía. Abrió la boca y lo confesó todo.

Poe no tardó en comprender que alguien seguía jugando con ellos…

86

—Cree que estaba metido en un plan descabellado para averiar la fontanería en una de las habitaciones de los invitados —le dijo Poe a la inspectora Nightingale.

Había acudido en cuanto se había enterado de la detención.

—¿Por qué? —contestó.

—Dice que estaban planeando poner una bomba de sumidero en la cañería.

Nightingale se quedó boquiabierta.

—Repito la pregunta —dijo finalmente—. ¿Por qué?

—Pues querían…, y no puedo creer que vaya a decir esto…, querían robar un zurullo de uno de los vips. El plan era guardarlo en una botella y exhibirla detrás de la barra en el pub del pueblo. Hasta tenían una plaquita de latón preparada. Uno del pub los había desafiado a hacerlo. Dice que hace unos años la princesa Margaret fue de visita a un submarino, y los oficiales hicieron lo mismo en su aseo. Manipularon las tuberías y le robaron un mojón. Según Anstey, ahí sigue, en la sala de oficiales.

—¿Es verdad?

—Oí rumores cuando estaba en el ejército —dijo Poe—, pero hasta yo pensaba que eran gilipolleces.

—¿Y la discusión que tuvo con McDaid delante de usted?

—Dice que una de las señoras de la limpieza encontró porno raro en la habitación de McDaid. Que corrió el rumor y que Anstey se enteró. Pensaba utilizarlo para poder acceder a las habitaciones cuando las asignaran.

—¿Y por qué tenía acceso McDaid a las habitaciones vip? —dijo Nightingale.

—De vez en cuando tiene que dejarles copias de itinerarios de vuelo —dijo Poe—. Especialmente cuando hay cambios de agenda.

—Mandaré a uno de los míos a hablar con él —dijo—. Si corrobora la historia, ¿quiere soltar a Anstey?

—Aún no lo he descartado —contestó Poe—. ¿Podemos acusarle de algo? Para mantenerle a salvo un poco más.

—Conspiración para provocar desorden público, quizá. Pondré a uno

de mis agentes de custodia con ello. Son muy creativos para estas cosas.

Mientras Nightingale salía en busca de McDaid, Finch llamó a la puerta y entró.

—Sigue en sus trece —dijo.

—¿Y le cree?

—Creo que estuvo en la Marina, no en el ejército. Me ha enseñado el tatuaje del Vigilant que lleva en el hombro; no parece nuevo. Y, para ser sincera, no creo que tenga suficientes luces para ser la persona a quien buscamos.

Poe asintió. Él pensaba lo mismo.

—¿Puede encontrar a alguien en Glasgow para interrogar a Pritchard otra vez? —dijo—. Que averigüe por qué nos enseñó la foto de Anstey cuando fuimos a verle.

—Ya tengo un equipo allí.

—Bien.

—No entiendo por qué ha hecho esto Gardiner —dijo ella.

—Yo tampoco. Hemos tardado…, ¿qué, cinco minutos?, en saber que era el hombre equivocado.

—Por eso, ¿para qué molestarse?

Poe se encogió de hombros. No tenía sentido. Todo cuanto había hecho Gardiner hasta ese momento tenía un motivo. Entonces, ¿por qué hacer que detuvieran al cocinero? Si quería que Anstey fuera su chivo expiatorio, la había pifiado. Y alguien bien preparado no cometía errores tan garrafales.

Así pues, si Anstey no era un chivo expiatorio, ¿qué era?

Poe revisó en su mente todo lo que había ocurrido desde que encontraron la foto de Anstey en la base de datos del Centro de Personal del Ejército. Le habían reconocido y habían tomado medidas para detenerle de inmediato. Habían hablado con él y prácticamente habían descartado que estuviera involucrado en el caso. Dos horas en total.

¿Qué había ganado Gardiner? Lo único que había conseguido era armar jaleo. No tenía sentido.

Pero, claro, «sí» tenía sentido.

Todo el sentido del mundo.

—Venga conmigo, Hannah —dijo.

Salió de la habitación y fue otra vez al aparcamiento. Miró a su alrededor, pero, aparte del jardinero, que estaba metido en el estanque hasta la cintura, no había nadie.

—Nos vigilan —dijo con tono despreocupado.

El hecho de que Finch no se volviera a mirar dejaba claro cuál era su oficio.

—¿Quién?

—Ni idea.

—¿Seguro?

—Es la única explicación posible —contestó—. El cocinero era el

cable de detonación de Gardiner, el aviso de que nos acercamos.

—Y eso significa que tenía que estar cerca para verlo…

Poe asintió.

—Maldita sea…, ¡es bueno! —dijo ella.

Un grupo de personas salió por la entrada principal del edificio y se dirigió hacia el patio que había junto al jardín cercado. Probablemente fueran a tomar el té con el sol de la tarde.

—Eche un ojo a estos —dijo Poe—. A ver si nota a alguien comportándose de forma extraña.

Pasaron a su lado. Talbot, el coordinador de la cumbre, iba con ellos. Poe oyó que hablaban del reciente aumento de actividad.

—Probablemente estén haciendo prácticas —dijo uno de ellos.

—Más vale prevenir que curar —dijo Talbot, que les lanzó una mirada de odio al pasar.

—¿Y él? —dijo Poe.

—Funcionario —dijo Finch—. Lleva años haciendo esto. Ni un solo día de uniforme.

Anderson, el director del hotel, apareció por una esquina del edificio y fue directo hacia el jardinero que trabajaba en el estanque.

—¿Qué hay de ese?

Finch negó con la cabeza.

—La hemos cagado, Poe —contestó—. Gardiner ya habrá puesto en marcha su plan de huida. Alguien tan bueno no crea una alarma sin saber exactamente lo que va a hacer cuando salte.

—Y sin una cara ni un nombre, ni siquiera podemos decir a los de Seguridad de Fronteras qué es lo que deben buscar.

—Nos ha ganado, Poe —dijo ella—. No… ¿Y a esta qué le pasa?

Nightingale salió corriendo por la entrada principal y fue hacia ellos.

—¿Qué pasa, comisaria? —dijo Poe.

—Es Patrick McDaid —dijo sin aliento—. No le encontramos.

87

—¿Han registrado el edificio y toda la finca? —dijo Poe.

—Sí —contestó Nightingale.

—¿Y no está en su habitación?

—No. Y parece que se fue a toda prisa.

—¿No ha firmado al salir?

—No.

—¿Y no se le habrá olvidado?

—Es poco probable —contestó Finch—. Con la cumbre tan cerca, hay vigilancia directa y encubierta. La única manera de entrar y salir es por la verja de entrada.

—Y todos los helicópteros están en tierra —añadió Nightingale—. Hoy no ha habido vuelos.

—O sea, que Patrick McDaid mata a su socio por algún motivo —dijo Poe—, y utiliza al cocinero como cable de detonación para saber cuándo huir. Coge algunas cosas y luego, ¿qué?…, ¿desaparece de la faz de la Tierra, así, sin más? ¿Cómo es posible?

Pensó en cómo intentaría él salir de una zona tan vigilada. A pie no. Y tampoco en coche. Se le ocurrió una idea. Al menos, no lo haría en la parte delantera de un coche…

—¿Se registran los coches que salen de aquí? —preguntó.

—Solo los que entran —dijo Finch—. ¿Por?

—Iba en el maletero de un coche.

Finch no reaccionó de inmediato.

—Claro, es la única forma de huir —dijo por fin.

—Tenemos que saber quién ha salido de la finca desde que detuvimos al cocinero —le dijo Poe a Nightingale—. Si estamos en lo cierto y el cocinero era su alerta, se habrá ido lo antes posible. Si podemos identificar el coche en el que iba, podremos seguirle el rastro a través del sistema de reconocimiento de matrículas.

—Me pongo con ello —dijo Nightingale.

Salió corriendo hacia la garita, con el teléfono pegado a la oreja.

Poe se volvió hacia Finch. La fantasma estaba pálida. Tenía los hombros caídos. Parecía derrotada.

—¿Cómo se me ha podido pasar? —dijo—. Yo di el visto bueno a

Bierman & McDaid.

—Aún no sabemos qué…

—Alastor tenía razón. «Es» demasiado pronto. Debería haberle hecho caso, pero quería demostrármelo a mí misma. Quería…

No terminó la frase.

—¿Ya ha terminado de compadecerse? —dijo Poe—. Iba a decir que todavía no sabemos qué ha pasado.

Ella alzó la vista.

—¿Qué quiere decir?

—No me cuadra que sea McDaid —dijo—. La persona que consiguió el burdel para esa noche le dijo al empleado de Jefferson Black: «¿Qué tal los granos del culo?». Es una expresión que prácticamente solo usan los soldados británicos. Nadie más. Es imposible que la dijera un norteamericano. No tiene sentido que McDaid sea Sean Gardiner.

—Entonces, ¿por qué huye?

—No lo sé.

Finch se pasó las manos por el pelo.

—Qué puto desastre —dijo.

Sonó su teléfono. Se quedó mirando la pantalla.

—Genial —dijo. Apretó el botón de contestar—. Sí, señor.

Mientras ella ponía al corriente a Alastor Locke, Poe se quedó pensando en McDaid. Algo le preocupaba. Entonces sonó su teléfono. Era Bradshaw. Probablemente quería saber qué estaba pasando. Rechazó la llamada. No podía perder el hilo.

McDaid le había dicho algo. Era probable que algo sobre Bierman. ¿Era acerca de cómo financiaron su empresa? Posiblemente, pensó. Su móvil volvió a vibrar. Lo ignoró.

Finch dijo algo que llamó la atención de su otro cerebro.

—¿Qué ha dicho, Hannah?

—Le estaba diciendo a Alastor que todo esto se ha torcido.

—Pero no lo ha dicho así —dijo Poe.

—Más o menos…

—¿Qué ha dicho exactamente? —insistió él.

No sabía por qué, pero sabía que era importante.

—No lo sé, joder —saltó ella—. No mido tanto mis palabras.

—Páseme su teléfono —dijo Poe, estirando el brazo.

—Tenga —dijo ella.

—Alastor, ¿qué es lo que ha dicho exactamente Hannah?

—No sé si lo recuerdo palabra por palabra, chico —dijo Locke—. Está muy disgustada. No es el mejor día de su carrera, que digamos.

—Déjese de historias —dijo Poe—. Usted no ha llegado donde está sin escuchar con atención.

—Cierto —contestó—. Ha dicho que todo esto le ha estallado en la cara.

El cerebro de Poe despertó.

Y esta vez creía ver todo el tablero de ajedrez.

88

—¿Quién tenía acceso al informe inventado sobre el vehículo suicida? —le dijo Poe a Alastor Locke—. El informe sin editar donde decía que el explosivo era TATP, no la versión saneada con Semtex que recibieron las familias.

—¿Adónde quiere llegar con esto, chico?

—Creo que se nos ha pasado algo.

—Póngame en manos libres, Poe —dijo.

Poe devolvió el móvil a Finch.

—Alastor quiere hablar por el altavoz.

Finch tocó la pantalla.

—Ya está, señor —dijo.

—A ver, ¿de qué está hablando Poe?

—Ha preguntado quién ha visto el informe sin editar.

—¿Por qué?

—Sígame el rollo —dijo Poe.

—De acuerdo —contestó Locke—. El autor del informe, evidentemente. Varios peces gordos del Ministerio de Defensa. Un par de altos cargos. El ministro de Defensa le dio el visto bueno, y creo que uno de sus ayudantes también lo leyó. Un par de miembros del Gobierno más. Usted y la señorita Bradshaw. En el lado británico, creo que eso hace un total de veintisiete personas.

—¿Y Christopher Bierman?

—Por supuesto que no. No tenía nada que ver con él. Y aunque lo hubiera tenido, no tenía autorización para verlo.

—¿Y en el lado norteamericano?

—Puede que unas cuantas personas más, porque su cadena de mando es más complicada, pero seguro que se redujo al mínimo. El jefe del Estado Mayor. El secretario de Defensa. Pocos más. Estrictamente los que tenían que saberlo.

—¿Qué hay de la tripulación del helicóptero que disparó fuego amigo?

—Casi con toda seguridad —contestó Locke—. Los dos debieron de ser informados para cerciorarse de que no empezaban a hablar de lo que ocurrió en realidad.

—O de que pasara algo…

—Exactamente. Les dirían que se iba a dar una explicación distinta, especificarían qué era y, sobre todo, por qué.

Sonó el teléfono de Poe. Era Bradshaw, otra vez. Rechazó la llamada.

—¿De qué va esto, Poe?

—La primera vez que hablé con el señor McDaid, empezó a decir que había leído su Biblia de cabo a rabo y que, a veces, Dios podía ser un auténtico hijo de puta.

—¿Y se refería a lo que les ocurrió a los Fusileros del Rey que rescataron a su amigo?

—Sí, señor —contestó Poe—. Decía que a Bierman le pegó fuerte el sentimiento de culpabilidad por haber sobrevivido.

—Comprensible.

—¿Adónde quiere ir a parar con esto, Poe? —preguntó Finch.

—Pues que las palabras exactas que utilizó McDaid fueron: «Y entonces un cabrón suicida estampa una ambulancia llena de TATP contra ellos».

Finch frunció el ceño.

—No, no puede ser, Poe. Tuvo que decir Semtex.

—No —negó Poe—. Debería haber dicho Semtex, porque esa era la única explicación al alcance de Bierman y él. Pero no lo hizo: dijo TATP. Estoy seguro porque yo no sabía lo que era el TATP. Tuvo que explicármelo la agente especial Lee.

—Caramba —dijo Locke—. Si lo que dice Poe es cierto, solo hay una explicación plausible.

Poe asintió.

—Él era el piloto del Apache. Patrick McDaid fue quien disparó el misil Hellfire contra Tango Dos-Cuatro.

89

Hannah Finch se quedó aturdida.

—¿Me está diciendo que la persona que mató a Tango Dos-Cuatro ha estado todo este tiempo en Scarness Hall? —preguntó.

—Estoy completamente seguro —contestó Poe.

—¿Y por qué no ha dicho nada? Si tuviera la mínima sospecha de que el asesinato de Bierman estaba conectado con su época en Afganistán, habría señalado a alguien, seguro.

Tenía sentido. En la niebla de la guerra se producían accidentes. Eran inevitables y, aunque no era algo que uno pondría en primer término de su currículo, tampoco había motivo para «ocultárselo» a nadie.

Pero McDaid lo había hecho.

—¿Y si realmente «no podía» contárselo a nadie? —preguntó Poe.

—¿Porque no le dejaban?

—No. Eso no explicaría todas las cosas que han estado pasando. No olvide que hay una relación con antigüedades robadas, y todavía no hemos llegado al fondo de eso. Bierman no es la única persona a la que ha asesinado Sean Gardiner.

—¿Entonces? —dijo Locke por el teléfono.

—No lo sé —contestó—. Pero la única conexión entre Bierman, McDaid, Gardiner y Holmes es Afganistán. Allí es donde encontraremos las respuestas.

Poe miró a Finch.

—Tenemos que encontrar a Patrick McDaid antes de que lo haga Sean Gardiner.

—Mierda —dijo ella—. No cree que McDaid está involucrado, ¿verdad? Usted cree que él es la próxima víctima.

—Hannah, haga lo que tenga que hacer —dijo Locke, con voz metálica y llena de urgencia.

La llamada terminó. Al instante, volvió a sonar el teléfono. Finch miró la pantalla.

—Número desconocido —dijo—. ¿Diga?

Frunció el ceño y le pasó el teléfono a Poe.

—Es Tilly.

—Tilly, ¿qué pasa?

—¿Dónde has estado, Poe? Llevo siglos intentando llamarte.

—¿Dónde estás tú? Desapareciste en cuanto llegamos aquí.

—Estoy en la sala de prensa —contestó—. Aquí tienen banda ancha de fibra óptica. ¿Por qué no contestabas al teléfono? ¿Has detenido al cocinero? ¿Es Sean Gardiner?

—No; siguen jugando con nosotros —contestó.

La puso al corriente.

—Caramba, sí que habéis estado ocupados —dijo Bradshaw.

—Sí —contestó—, y tenemos que encontrar a Patrick McDaid antes de que lo haga Gardiner.

—¿Crees que Sean Gardiner sigue aquí?

—Estoy convencido.

—Pues no te entretengo —dijo ella—. De hecho, te llamaba porque he visto el vídeo que te enviaron los manifestantes, y hay algo que no encaja con lo que me contaste.

—¿Puede esperar, Tilly? Necesito hablar con Jo Nightingale sobre cómo coordinar la búsqueda.

—Sí, puede esperar —dijo ella.

Poe se quedó pensando. Tilly veía cosas que otras personas no. Mejor saber de qué se trataba.

—Cuéntame, Tilly —dijo.

—Dijiste que Lewis Barnes no puede conducir, ¿verdad?

—Sí.

—Pues en este vídeo aparece conduciendo, Poe.

—No puede ser, Tilly. Lo tiene prohibido…, por una discapacidad.

Sin embargo, al mismo tiempo que lo decía, sabía que se equivocaba.

90

—¡Comisaria, tenemos que encontrar a Lewis Barnes! —exclamó Poe por el móvil—. Le vi hace una hora; no puede andar lejos.

Finch y él iban corriendo hacia la garita de seguridad. Alarmados por el ruido que hacían gritando por el móvil (Poe a Nightingale y Finch a Locke), los policías salieron con el arma levantada y el seguro quitado.

Poe frenó al acercarse; un policía nervioso y una ametralladora Heckler & Koch MP5 son una combinación peligrosa.

—¿Barnes lleva todo este tiempo trabajando con Sean Gardiner? —dijo Nightingale.

—No, comisaria: Barnes «es» Sean Gardiner —contestó Poe jadeando.

—Vale, ya me lo explicará luego —dijo ella—. ¿Dónde está ahora?

—En la garita.

—Le veo allí.

Poe colgó y gritó al policía que estaba más cerca:

—Lewis Barnes, ¿adónde ha ido?

El inspector Shelton, que estaba al mando del operativo, salió de la garita.

—¿Qué es todo esto, Poe? Creía que estábamos buscando a Patrick McDaid.

—Así es. Pero la prioridad ahora es Lewis Barnes.

Shelton se volvió hacia el policía que tenía a su lado.

—¿No ha salido con John Banks?

—Sí, hace una hora.

—¿Quién es John Banks? —dijo Poe.

—Uno de los empleados de la cumbre —contestó Shelton.

—John iba a Carlisle, señor —dijo el policía—. Iba a dejar a Lewis en el club de golf de Brampton. Tenía que hacer de *caddy* allí.

—¿En el club de golf? —dijo Poe—. ¿Está seguro?

—Positivo.

—Debe de tener el coche guardado allí —dijo Finch—. Está huyendo. En cuanto activamos la alarma de Nick Anstey, sabía que estábamos cerca.

Poe no dijo nada.

—¿Qué? —continuó Finch—. ¿No está de acuerdo?

—Esto es una venganza. Por alguna razón, Christopher Bierman tenía que morir, Terry Holmes también, y McDaid no se va a salvar.

—Pero McDaid ya está a salvo, ¿no?

—Me parece que eso es demasiado optimista. McDaid ha desaparecido y Barnes podría llevar consigo el cadáver, en la bolsa de los palos de golf, es lo suficientemente grande como para meter un cuerpo.

—Mierda… —exclamó ella—. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Nightingale llegó corriendo y sin aliento.

—He pedido controles en todas las carreteras importantes, pero ya sabe cómo es Cumbria, Poe. Por cada autovía hay cincuenta carreteras secundarias. No podemos cubrirlas todas.

—Creo que Barnes tiene a McDaid —dijo Poe.

—¿Vivo?

—Ni idea.

—O sea, que, si mi gente le ve, ¿podría ser un caso en el que haya rehenes?

—Puede.

—¿Qué coche conduce?

—Tilly no ha podido leer la matrícula en el vídeo de los manifestantes —dijo Poe—. Por lo que sabíamos, en teoría, no podía conducir. Ya nos lleva media hora de ventaja.

—Podría estar en cualquier parte —dijo Nightingale—. Poe, usted nos lleva ventaja en todo esto: ¿dónde cree que está?

—Al menos tendría que fingir que iba al club de golf —contestó—. Llevaba un estuche de palos grande. Si hubiera pedido que le llevaran a cualquier otro sitio, levantaría sospechas. Pero ahora mismo su paradero es una lotería.

—¿Sabemos por qué McDaid es tan importante para él?

—No estoy autorizado para decírselo, comisaria. Pero sí puedo decirle que Barnes cree tener un motivo legítimo.

—¡Mierda!

El inspector Shelton se unió a ellos.

—Acabo de hablar con John Banks, comisaria —dijo—. En efecto, ha dejado a Barnes en el club de golf de Brampton. He mandado a un equipo del perímetro externo, llegarán dentro de cinco minutos.

—Gracias —dijo Nightingale.

Poe la miró.

—¿En su coche o en el mío?

91

Con sus vistas del lago de Talkin, los Peninos y las montañas del Distrito de los Lagos, el club de golf de Brampton se consideraba una de las joyas de Cumbria. Estaba a cinco kilómetros de Scarness Hall y fuera del perímetro de seguridad. Poe conducía por la estrecha carretera, seguido de cerca por Shelton, que viajaba en un cuatro por cuatro de respuesta armada.

Cuando vieron el lago de Talkin, una marmita de gigante formada por un glaciar en retirada, Poe redujo la velocidad y Shelton apagó las luces azules. El club de golf estaba a un par de cientos de metros; si Barnes seguía allí, no tenía sentido asustarle.

Poe entró en el aparcamiento. Shelton se detuvo a su lado.

—Solo hay una salida —dijo Poe a través de la ventanilla abierta—. ¿Puede colocar su coche allí para que no se pueda salir?

—Sí —contestó—. ¿Linda?

Shelton se bajó y una policía que iba en el asiento del copiloto se puso al volante, metió marcha atrás y bloqueó la salida.

Poe dejó su BMW junto al *green*, delante del edificio principal del club. Un par de abuelitas que rondaban el hoyo se quedaron mirando asombradas al ver un grupo de policías peludos corriendo a su lado.

—¿Y ahora qué, Poe? —dijo Nightingale.

—Pues nos separamos y le buscamos, digo yo.

—Inspector Shelton, ¿alguna novedad de la unidad armada que ha mandado por delante? —dijo Nightingale.

—No, comisaria. Acabo de comunicarles que hemos llegado. Ese es su coche. Pensaba que esperarían junto a él… —Su radio empezó a hacer ruido, cosa que hizo que parara. Shelton bajó la cabeza, apretó el botón lateral y dijo—: Repite.

Una voz metálica surgió sobre las ondas hercianas.

—Tenemos al objetivo a la vista, señor.

—¿Dónde? —dijo Shelton.

—Hoyo dieciséis.

—¿Está McDaid con él?

—Sí, señor.

—¿Vivo?

Una pausa.

—Será mejor que venga, señor.

Nightingale ordenó evacuar el campo de golf. La unidad de Shelton había hecho dar media vuelta a los golfistas en el hoyo quince, y aquellos que estaban en el diecisiete y en el dieciocho ya se encontraban en el edificio principal, asomándose para ver qué pasaba.

Un policía armado se les acercó, sudando bajo el peso del equipo.

—Venga conmigo, comisaria —dijo, y dio media vuelta.

Le siguieron a toda velocidad.

—El hoyo dieciséis se llama «La obra del diablo» —dijo el policía armado, respirando con fuerza—. Cuando vean lo que está pasando, entenderán que le pega todo.

—¿Le tienen rodeado? —preguntó Poe.

—Sí, sargento.

—¿Sabe que están allí?

—Estamos a plena vista, señor.

Iban en paralelo a la B6413, la carretera que habían cogido para llegar al edificio principal. Golfistas y *caddies* los miraban. Tras varios cientos de metros, se encontraron con el primer grupo de jugadores que había parado la unidad de Shelton.

—¡Vaya! —exclamó uno de ellos.

Pasaron a su lado.

El policía que iba en cabeza redujo el ritmo hasta ir al paso. Según se acercaban al *tee* elevado del hoyo dieciséis, salió otro policía de entre los árboles.

—¿Alguna novedad? —le dijo el primer policía.

—Sigue ahí.

Poe no lo entendía: si veían a Barnes y la vida de McDaid corría peligro, tenían permiso para disparar.

—¿Dónde están? —dijo—. No los veo.

—Allí arriba —contestó el otro agente.

Señaló hacia el *green*, que, según decía un pequeño cartel de madera, se encontraba a trescientos metros.

Poe entornó los ojos. El *green* estaba protegido por un búnker en forma de herradura por delante, y por un denso bosque por detrás.

—¿Qué estoy mirando? —dijo—. El *green* está vacío.

—En el *green* no, sargento. Mire el roble a la derecha del *green*.

Poe volvió a enfocar y vio lo que le estaba señalando.

De inmediato entendió por qué no habían sido capaces de disparar a Lewis Barnes.

Por qué nadie podía hacerlo.

92

—Hay un negociador para situaciones con rehenes en *standby*, para la cumbre —dijo Nightingale—. El subdirector de policía dice que no hagamos nada hasta que llegue.

—Una pérdida de tiempo —dijo Poe—. Barnes lleva años planeando esto. Nadie le va a convencer de que lo deje.

—Da igual. Somos un equipo de mando y control, y he recibido instrucciones claras. Vamos a esperar al negociador.

—¿Podemos hablar, Poe? —dijo Finch.

Se apartó del grupo. Poe la siguió.

—¿Cree que se están equivocando? —preguntó Finch en voz baja.

—Hannah, usted sabe lo mismo que yo. ¿Qué le hace pensar que Barnes se va a rendir ahora?

—¿Y el negociador no va a ayudar?

—Por mi experiencia, son poco más que cabezas de turco acreditados. Solo los llaman cuando a la policía no se le ocurren más soluciones operativas y el jefe del caso quiere que alguien que está fuera de su cadena de mando inmediata cargue con parte de la responsabilidad.

—Va a matar a McDaid, ¿verdad? —dijo ella.

Poe asintió.

—¿Cree que puede convencerle de que no lo haga?

—No. No creo que nadie pueda. Patrick McDaid es hombre muerto.

—¿Quiere intentarlo?

—¿Y ser «su» cabeza de turco?

—Quiero a McDaid vivo, Poe. Hemos tenido nuestras diferencias, y la cagué con lo de la rata de cerámica, pero usted es la mejor opción que le queda a McDaid. Y ya conoce a Lewis.

—El tipo estaba actuando, Hannah. Todo eso de las necesidades especiales era una farsa. Una máscara que le ha permitido acceder a todas partes en Scarness Hall. Congraciarse con la gente que le hacía falta. Es resuelto y calculador. Lleva tres años detrás de un objetivo y es probable que McDaid sea el final. Si quiere matarle, lo hará. Nadie le va a convencer de lo contrario.

Finch se quedó mirándole. Por fin dijo:

—¿Quiere intentarlo?

Poe no se lo pensó.

—Por supuesto.

Finch se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Lo ha oído, señor? —Tapó el micrófono con la mano—. Perdone, Poe: estaba escuchando. Así me ahorro tener que explicárselo. —Quitó la mano y escuchó unos segundos, asintiendo una vez—. Ahora se lo digo, señor.

Finch colgó y fue hacia Nightingale, que estaba hablando con el inspector Shelton. Poe la acompañó.

—Comisaria Nightingale —dijo Finch—, he hablado con mi jefe y está de acuerdo con mi evaluación sobre el terreno: Patrick McDaid tiene información potencialmente dañina para este país. Por tanto, asumo el control por motivos de seguridad nacional. Su comisario superior está siendo informado en estos momentos. Cuando llegue el negociador, reténgalo en el edificio principal del club, por favor.

Nightingale no dudó.

—Vale —dijo—. Y, como acabo de decir, formo parte de un equipo de mando y control. Por la presente asumo la transferencia de mando a los Servicios de Seguridad. ¿Inspector Shelton?

—¿Comisaria?

—Hannah Finch queda al mando. Por favor, informe a sus unidades.

—Sí, comisaria.

Shelton se inclinó hacia su radio y empezó a dar instrucciones.

—¿Qué necesita de nosotros? —preguntó Nightingale.

—Necesito una radio en la misma frecuencia que sus policías armados. —Nightingale se la consiguió.

—¿Alguna cosa más?

—Mantengan el perímetro. Que la unidad armada siga apuntándole, pero solo se dispara si yo doy la orden.

Nightingale asintió mirando al oficial más cercano, que transmitió las instrucciones.

—Y como no tenemos tiempo de ponerle un micrófono a Poe, voy a necesitar un móvil.

Nightingale le dio el suyo, un iPhone. Finch trasteó con él y se lo pasó a Poe.

—Diga algo —le dijo a Poe, apretando su móvil contra la oreja.

—Esto no va a funcionar. —Poe oyó su voz en el teléfono de Finch.

—Perfecto. He llamado a mi móvil desde el suyo para que estén conectados en directo. Ambos están en manos libres, así podremos oírnos.

Poe se metió el móvil en el bolsillo superior.

—Ahora diga algo —dijo.

—«Sí» va a funcionar.

La voz salía metálica pero clara de su bolsillo.

—Si cree que esto se nos va de las manos, no dude —dijo Finch—.

Dígalo y daré la orden de disparar.

—Esperemos que no llegue a eso —dijo Nightingale.

—¿Listo? —preguntó Finch.

—Todo lo listo que puedo estar —contestó Poe.

Finch apretó el botón de transmisión en su radio.

—Voy a mandar a alguien a hablar con Lewis Barnes. Todo el mundo tranquilo, por favor; no quiero accidentes.

Levantó el dedo del botón y le miró fijamente.

—Buena suerte, Poe —dijo.

Poe asintió, y se alejó del *tee* del dieciséis. Con los brazos en cruz como el *Hombre de Vitruvio*, de Da Vinci, empezó a caminar hacia el hombre más despiadado que había conocido.

Solo.

93

Al igual que los hoyos de todos los campos de golf de campeonato, la primera parte del dieciséis no tenía obstáculos. Si solo se podía golpear la bola a cien metros del *tee*, el cuidador del campo no se molestaría en poner un búnker. Poe dejó un bosque a su derecha y un terreno irregular a la izquierda y entró en la parte cuidada de la calle. Empezaban a dolerle los brazos de llevarlos levantados desde el comienzo del hoyo, pero Barnes ya podía verle, así que bajarlos no era una opción.

Pasados doscientos metros, alcanzó la parte de la calle donde solían caer la mayoría de los golpes desde el *tee*. La hierba era densa y corta, pero tenía las marcas de los jugadores que habían intentado hacer un *backflip* en su segundo golpe.

Siguió andando.

Lewis Barnes le miraba esperando.

Cuando le quedaban cincuenta metros, se detuvo, se levantó la camisa e hizo un giro de trescientos sesenta grados para que Barnes viera que no llevaba nada escondido.

—¿Puedo acercarme, Lewis? —dijo alzando la voz.

—¿Quiere que le quite los bichos del parabrisas otra vez, señor Poe? —gritó Barnes, aunque esta vez lo dijo sin una sonrisa tontorrona, sino con gesto frío e inexpresivo.

Y sereno.

—Solo quiero hablar.

—Tendrá que quedarse en el búnker.

—Muy bien.

Esperaba que dijera eso. Cuesta meter prisa a alguien cuando estás metido en arena blanda.

El búnker con forma de luna que protegía la parte delantera del *green* era largo, estrecho y profundo.

Poe se metió dentro. Sus pies se hundieron en la arena.

—¿Puedo acercarme a ese extremo? —preguntó.

Barnes se quedó en silencio.

—Sí, pero con los pies a la vista.

Poe avanzó por el borde derecho del búnker. Cuando estaba a diez metros de Barnes, lo más cerca que se atrevía, se sentó en la hierba y

dejó las piernas colgando.

—Estoy en altavoz, Lewis —dijo—. Si no le importa, voy a describir lo que veo.

—Ahora ya no hay nada que esconder, señor Poe —dijo Barnes.

Poe estudió la escena que tenía delante, y fue describiéndosela a Finch y Nightingale según lo hacía. Jamás había visto nada igual. Parecía una representación del infierno del Bosco.

Al lado del *green* había un viejo roble que se erguía grande y silencioso en medio del tranquilo aire de verano. Con años suficientes como para haber sido una bellota en el siglo XIX, su corteza recordaba a la tierra agrietada en el lecho de un río seco. Grandes ramas robustas y poderosas, moteadas de líquenes verde claro, salían del tronco cual extremidades deformes. Poe vio dos nombres y una declaración de amor grabados en su madera nudosa. Se preguntaba si todavía estarían juntos. Probablemente no, si uno de ellos había pensado en llevarse un cuchillo a una cita.

Al pie del roble, gruesas raíces salían de la tierra como grandes cabos entrelazados. El suelo estaba cubierto de bellotas que eran como piedras en una playa.

Bajo las ramas, entre las bellotas y las sombras veteadas, Lewis Barnes había aparcado un carrito de golf.

Un carrito de golf que había transformado el viejo roble en una horca.

Barnes estaba sentado en el asiento del conductor. Aparte de un gorro de lana, que seguramente llevaba puesto para evitar que se le metiera sudor en los ojos, llevaba la misma ropa con la que Poe le había visto antes.

Parecía tranquilo y bajo control, ajeno a la angustia del hombre que estaba encima de él…

… de pie, sobre el techo del carrito de golf.

McDaid tenía las manos atadas a la espalda y una soga de alambre de espino alrededor del cuello. El alambre estaba atado a una rama robusta que había justo encima del carrito. Estaba tenso. A pesar de que McDaid estaba de puntillas, Poe vio que el alambre se hincaba en el cartílago alrededor de la tráquea. Algunos de los pinchos ya le habían atravesado la piel y estaba sangrando. Tenía un bulto del tamaño de un huevo en la frente y uno de sus ojos estaba cerrado de la hinchazón.

El carrito se encontraba en una pendiente, pero Barnes tenía el pie sobre el freno. En cuanto lo levantara, rodarían cuesta abajo y McDaid pendería de la horca. Por eso quería que Poe estuviera en el búnker. Su única posibilidad de salvar a McDaid era lanzándose sobre Barnes y pisando el freno antes de que el carrito se moviera.

Y eso era imposible.

—Eso que tiene al cuello es un nudo Nice de doble alambre, señor Poe —dijo Barnes—. ¿Sabe lo que es?

No lo sabía, pero podía imaginárselo.

—¿Un nudo que no se puede deshacer?

—Casi. Es un nudo corredizo irreversible. Si el señor McDaid se baja del techo del carrito, su propio peso hará que se cierre. Y sí, tiene razón, no se puede deshacer. No sin una escalera y unas tenazas para cortar alambre.

Poe reevaluó mentalmente lo que tenía delante, buscando algún error de Barnes, cualquier cosa que pudiera usar a su favor. Por pequeña que fuera.

Si había cometido esa equivocación, Poe no la veía.

Jamás había visto un dispositivo «hombre muerto» tan eficaz como el que Barnes había improvisado. Era abrumadoramente sencillo, absolutamente infalible. Por eso no habían podido disparar los policías. En cuanto Barnes levantara el pie del freno, Patrick McDaid moriría.

Poe alzó la vista, intentando aclarar sus ideas. Aquella horca viviente no tenía nada de improvisada: estaba meticulosamente preparada. El alambre de espino no se había atado al árbol encima del carro a toda prisa, sino que lo había fijado profesionalmente con grapas galvanizadas de cinco centímetros de largo, que estaban tan incrustadas en la madera que Poe no veía marcas de martillo. Las había clavado con una grapadora mecánica. Sospechaba que también habría envuelto bien el alambre alrededor de la rama, pero el roble estaba en plena floración y era prácticamente imposible verlo. Y aunque se viera, Poe dudaba que fuese la única horca que Barnes tenía preparada.

—¿Debería llamarle Lewis Barnes o Sean Gardiner? —preguntó.

—¿Ha oído hablar del barco de Teseo, señor Poe?

—Creo que no.

—Es un ejercicio de pensamiento. Una nave capitaneada por Teseo se guarda en un museo. Con el paso de los años, parte de la madera empieza a pudrirse y la sustituyen. Pasado un siglo, toda la madera ha sido reemplazada. La pregunta es: ¿sigue siendo el barco de Teseo o es otra cosa?

Poe no contestó.

—Sean Gardiner ya no existe —continuó—. Ahora soy Lewis Barnes.

—Si lo prefiere, puedo llamarle Sean Connery. Esa era la máscara que llevaba en el robo del banco, ¿no?

Barnes hizo otra pausa. Parecía estar tomando una decisión.

—A su servicio —dijo, con acento escocés.

Poe miró a McDaid, que estaba aterrorizado. Tenía los ojos fuera de sí, la cara empapada de sudor y cobrando un color remolacha a medida que la soga acumulaba sangre sobre la línea del cuello. En cuanto perdiera el conocimiento, moriría, y Poe creía que él también lo sabía. Tomaba aire a sorbitos cortos y superficiales, tratando de respirar sin moverse.

—Pues parece que lo tiene todo bajo control, Lewis —dijo Poe—. Los policías armados no pueden dispararle y yo tampoco puedo abalanzarme sobre usted. ¿Quiere hablar?

—Podemos hablar —contestó Barnes.

—Sabemos lo del atraco y también sabemos el porqué de las ratas de cerámica. Sabemos que hay una conexión con antigüedades robadas y que Christopher Bierman, o el capitán Jack Duncan, como se le conocía por aquel entonces, estaba involucrado. Usted era uno de los soldados que rescató a Bierman y sabemos que no estaba con Tango Dos-Cuatro cuando se adentraron en el valle equivocado dos días después.

—¿Qué más?

—Sabemos que el señor McDaid era el piloto del Apache que mató a Tango Dos-Cuatro en aquel terrible accidente y sabemos que nuestro Gobierno dijo que fue un ataque suicida, creyendo que así salvarían más vidas británicas, a la larga.

—Han hecho los deberes —dijo Barnes—. ¿Hay algo que no sepan?

—El motivo —dijo Poe—. Sabemos que está motivado, simplemente no sabemos por qué.

Barnes no dijo nada durante unos instantes. Cuando habló, a Poe le dio la impresión de que volvía a estar en Afganistán.

—Yo era soldado —dijo, con los ojos clavados en algo que solo él podía ver—. He limpiado mis botas hasta que relucían y he limpiado mi fusil hasta que brillaba. He disparado SA80, GPMG y cañones RARDEN. He disparado con mortero y he lanzado granadas. He andado hasta que me sangraban las ampollas de los pies y he llevado más peso a la espalda que un burro de Blackpool.

—Y deje que adivine, usted tampoco ha visto nunca el autobús de enfermeras de Guilford que invitaba a todas sus fiestas, ¿verdad?

Barnes pestañeó, saliendo del trance.

—¿Usted también ha estado en el ejército?

—La Guardia Negra. Antes que usted. Yo también perdí compañeros. No tantos como usted y ni mucho menos en circunstancias tan trágicas, pero ¿sabe lo que yo no hice?

—Ilumíneme.

—No me puse a matar como un loco. No torturé ni le destrocé la vida a nadie. En resumen, no deshonré a mis amigos convirtiéndome en un gilipollas egocéntrico.

—¿Les fue leal?

—Sí.

—Yo no —dijo Barnes.

—¿Por qué? ¿Simplemente porque no murió con el resto de su sección? —dijo Poe—. La guerra es así, Lewis. Gente que va con cuidado muere y gente que va a lo loco sobrevive. Es una puta lotería. Usted se quedó con el décimo agraciado, acéptelo.

Barnes le ignoró.

—Tiene razón en lo de deshonrar a mis amigos, señor Poe.

—¿Ah, sí?

—Solo ha fallado en la cronología.

—Pues cuénteme qué pasó, Lewis —dijo Poe—. Dígame por qué ha tenido que morir esta gente.

Barnes hizo una pausa. Otra vez. Estaba pasando algo, pero Poe no sabía qué era. Parecía distraído, como si no estuviera totalmente concentrado.

—Lo que le voy a contar es un juego con muchos actores —dijo—. Algunos tenían cameos; otros, un papel protagonista. Hay suspense y hay traición, pero al final todo se reduce a una cosa.

—¿Qué, Lewis?

—Un olifante.

94

—¿Un olifante? —dijo Poe—. ¿Qué coño es un olifante?

—Un olifante es un cuerno de caza elaboradamente tallado y hecho de colmillo de elefante, señor Poe —dijo Barnes—. Muy antiguo.

—¿Valioso?

—Tengo entendido que, si se conservan en buen estado, se paga bastante dinero por ellos en subasta, pero el olifante en cuestión era egipcio, y eso lo hacía «muy» valioso. Según el capitán Jack, podía ser una pieza única.

Poe se tomó un momento.

—Creo que será mejor que empiece por el principio, Lewis —dijo—. ¿Por qué no me cuenta qué pasó?

La mirada de Barnes volvió a perderse muy lejos.

—Ya sabe la mayoría —dijo.

—Cuéntemelo de todas formas.

—Tango Dos-Cuatro estaba de patrulla de seguridad —dijo—. A esas alturas habíamos hecho casi cien. Al principio resultaban emocionantes, ¿sabe? Podía haber algo de acción donde poner en práctica el entrenamiento. Pero, como con todo, pronto nos aburrimos. El calor era increíble y el 432 iba con la tripulación completa. Yo jamás había estado en la parte trasera de un 432 con la tripulación al completo, ni cuando estaba en los grupos de entrenamiento en el Reino Unido. Diez soldados en asientos baratos, armados y con todo el equipo, más el conductor y el jefe de sección en las escotillas. ¿Se lo imagina, señor Poe? ¿Un vehículo blindado cerrado y lleno, en pleno desierto?

—¿Calor?

—Casi insoportable. Y llevábamos meses haciéndolo a diario. El día que encontramos al capitán Jack, estábamos que saltábamos. Así pues, cuando empezaron a dispararnos, el jefe de sección bajó y nos preguntó si queríamos bajarnos e ir a por ellos. Ni nos lo pensamos. No debíamos hacerlo, claro, pero sabíamos que teníamos más armas y queríamos fardar. Estábamos deseando enseñarles qué pasa cuando disparas a soldados británicos.

—He leído sobre ello —dijo Poe—. El tiroteo debía ser corto y unilateral, ¿no?

—Nosotros teníamos una *gimpy* montada en una torreta, y ellos no —dijo Barnes—. No hace falta mucho más.

Poe no lo dudaba. La ametralladora de uso general, GMPG o *gimpy,* se alimentaba con correas de cartuchos y disparaba ochocientas cincuenta balas por minuto. Era una de las ametralladoras más destructivas del mundo, y un factor diferencial si lo único con lo que contaba el enemigo eran AK47 y pistolas poco fiables.

—En fin —siguió Barnes—, vaciamos el complejo y empezamos a registrar a los hombres que habían preferido rendirse a morir.

—Y entonces es cuando encontraron a Christopher Bierman, perdón, a Jack Duncan, ¿no?

—Atado a una cama. El pobre diablo estaba muerto de hambre y deshidratado. Yo era el médico de sección y le puse un litro de suero antes de moverle. Sus venas lo chuparon como un condenado fuma su último cigarro.

—¿Lo comunicaron?

—No inmediatamente —dijo Barnes—. Y nos acercamos al momento decisivo. Verá, esta célula de Al Qaeda no era de secuestradores, y por su resistencia en el combate estaba claro que tampoco eran soldados. Solo tenían retenido al capitán Jack hasta que la célula que iba a retransmitir su decapitación estuviera lista.

—Si no eran soldados ni secuestradores, ¿qué eran?

—Parte de la red de tráfico de antigüedades de Al Qaeda —respondió Barnes—. Su trabajo era quedarse con lo que encontraban los lugareños, o darles herramientas para que excavaran más antigüedades. Y nunca se quedaban mucho tiempo con las cosas, porque había demasiada demanda.

—Pero tenían ese olifante, ¿no?

—Sí. Y empezaron a alardear de él delante del capitán Jack.

—Y él, dado su interés en las antigüedades, sabía lo mucho que valía.

—Exacto —dijo Barnes—. Así que, antes de comunicarlo, hicimos un trato. Cogeríamos el olifante y lo esconderíamos en el 432. Cuando regresáramos al campamento, lo meteríamos entre sus cosas para que volviera con él al Reino Unido. Él lo vendería, y después nos partiríamos las ganancias. Él debía quedarse con el veinte por ciento y nosotros doce compartiríamos el ochenta restante. Parecía justo.

—¿Qué aspecto tenía?

—Pues, ¿sabe qué?, no llegué a verlo hasta mucho después. Y era bastante normalito, la verdad.

Poe retuvo ese «hasta mucho después».

Barnes volvió a ladear la cabeza. Hizo una pausa antes de seguir.

—Bueno, pues hicimos exactamente lo que habíamos planeado. Esperamos a que evacuaran al capitán Jack; después de que los investigadores nos autorizaran, los que no nos subimos con él en el helicóptero volvimos al campamento con el olifante. El jefe de sección

fue directo a la sala de soldados y dijo que tenía que devolverle algo al capitán Jack. Le dieron un pase para Camp Leatherneck. Le puso una pegatina de cinco dólares al olifante para que pareciera un suvenir de algún mercadillo local, lo envolvió en varias camisetas y lo metió en el fondo de su caja MFO.

Poe tuvo el impulso de preguntarle por qué acudió Bierman a Terry Holmes, pero no quería interrumpir a Barnes: albergaba la esperanza de poder escuchar un relato más detallado más adelante.

—¿Qué pasó entonces?

Los hombros de Barnes se hundieron. Por primera vez, pudo ver emoción en su rostro.

—Dos cosas, señor Poe. La primera fue que el capitán Jack pidió ver a Ken, el jefe de sección. Dijo que quería darle las gracias antes de que le enviaran de regreso al Reino Unido. Así que Ken fue a verle al hospital de campaña. Habló con él a solas.

—¿Y no era para darle las gracias?

—No. El capitán Jack le habló del alijo de antigüedades que la célula de Al Qaeda le había enseñado en un mapa. Un farol, supongo. Le dijo que, muertos o apresados los miembros de la célula, esas cosas estarían ahí para el primero que llegara. Suficiente para hacernos a todos ricos. Pensaba que el olifante formaba parte de una pareja de cuernos; el otro podía estar en ese alijo escondido. Si tuviéramos los dos, su valor se triplicaría. Esta vez le propuso que nos lo dividiéramos al cincuenta por ciento.

A Poe le atravesó un escalofrío. Hizo la pregunta cuya respuesta ya sabía.

—Y ese alijo de antigüedades robadas se encontraba en el valle donde no debían estar, ¿verdad?

Barnes asintió.

—Ha saltado hasta la última página. Sí, lo estaba. A quince kilómetros de donde debíamos estar, pero supuestamente no era demasiado peligroso. Técnicamente era zona roja, pero contábamos con los tanques más grandes de esa parte de Afganistán. Aunque nos topáramos con otra panda de chicos de Al Qaeda…, bueno, nosotros llevábamos armas para enfrentarnos a ellos.

—Y Tango Dos-Cuatro volvió a salir dos días después…

—Sí. Hubo un día de descanso obligatorio por haber entrado en combate, pero la sección fue al valle en cuanto volvió a salir del campamento.

—Y usted no iba con ellos, ¿verdad?

Sus hombros se hundieron todavía más. Los ojos empezaron a brillarle.

—No —dijo, con la voz quebrada—. Tenía problemas. Alcohol, sobre todo, pero también tomaba pastillas. El día después del combate, se me fue la mano. Me puse fatal. Benzodiazepinas con cerveza caliente.

Desperté en una zanja cubierto de vómito y pis. El jefe de sección dijo que no iba a tolerarlo más: tenía que desintoxicarme. Me denunció ante el jefe de pelotón y presentaron cargos. Me sustituyó un tal Danny North como médico de sección. Pobre capullo. A la semana siguiente debía irse de permiso porque iba a nacer su hija.

—Y cuando iban a por esas antigüedades murieron en ese terrible accidente de fuego amigo —dijo Poe.

—El 432 es un caballo de carga, pero es viejo y no aguanta los misiles modernos. Especialmente el Hellfire que les disparó este cabrón del techo. Era imposible que se salvaran.

—Estas cosas pasan, Lewis —dijo Poe—. Azul sobre azul, fuego amigo, llámelo como quiera; con la presión extrema que hay en una zona de combate, todo eso puede pasar.

Barnes miró con odio hacia el techo del carrito. Levantó ligeramente el pie del freno y el carrito avanzó quince centímetros. No era mucho.

Lo bastante.

Los pies de McDaid buscaron asidero. No lo encontraron. Con los dedos rozando el capó de metal, empezó a girar lentamente. Su rostro se puso violeta y empezó a echar espuma blanca por la boca, tratando de sorber aire a través de la tráquea, que tenía bloqueada.

—Usted decide, Poe —dijo Hannah Finch por el manos libres.

Poe cogió el iPhone. No estaba preparado para ver cómo Barnes asesinaba a sangre fría a McDaid. No delante de él. Barnes vio lo que estaba haciendo. Puso la marcha atrás. McDaid logró encontrar algo sólido bajo los pies. Su respiración se hizo algo más fácil.

Poe dejó el iPhone donde estaba.

—En este país no practicamos ejecuciones sumarias —dijo—, pero vuelva a hacer eso y daré orden de disparar.

Barnes le ignoró. Dio un puñetazo al techo.

—Eh, tú, americano de mierda, cuéntale al señor Poe lo que pasó en ese «accidente de fuego amigo».

95

McDaid había acabado de espaldas a Poe mientras intentaba apoyar los pies; tardó en darse la vuelta.

—Accidente no… —dijo con la voz ronca cuando por fin quedaron cara a cara.

—¿Cómo que «accidente no»? —dijo Poe—. He leído el informe oficial. Fue el típico azul sobre azul. Estaban en la zona equivocada y el vehículo llevaba un sistema de identificación obsoleto. Sé que quería disparar ese Hellfire, pero no sabía que mataría a soldados británicos.

McDaid no contestó.

Barnes volvió a golpear el techo lo bastante fuerte como para hacer saltar los pies de McDaid.

—A propósito —dijo McDaid.

La soga hacía que su voz no le llegara bien. Poe le pidió que repitiera lo que acababa de decir.

—Accidente no. Disparé a propósito.

—A propósito, señor Poe —dijo Barnes, escupiendo las palabras como si fueran un caramelo rancio—. Me lo imaginaba, claro. Me parecía demasiado conveniente. Bierman nos habló de las antigüedades escondidas después de volver al campamento. ¿Por qué no nos lo dijo el día que le rescatamos? Podríamos haber ido directamente. Pero no: esperó dos días. En ese momento pensé, y ahora lo sé con certeza, que el capitán Jack había cambiado de idea. Decidió que no quería solo el veinte por ciento, no cuando podía quedarse con el cincuenta.

—¿Cincuenta? ¿Y por qué no con to…? —Poe no acabó la frase: la respuesta era evidente—. ¿Cincuenta para él y cincuenta para McDaid?

—Exacto. De este modo su tajada fue mayor. Este asesino cabrón y él usaron las ganancias para crear su puta empresa de helicópteros.

—Pero… ¿cómo? —dijo Poe—. ¿Cómo podía saber McDaid dónde estaría Tango Dos-Cuatro? Él tendría planes de vuelo a los que ceñirse. No pudo salir a buscarlos así, sin más.

—Fue al revés —dijo Barnes—. Patrick McDaid le dijo al capitán Jack cuándo y dónde estaría patrullando su Apache, y luego el capitán Jack le indicó al jefe de sección de Tango Dos-Cuatro dónde estaba el alijo de antigüedades robadas. Mis amigos acudieron al punto donde estaría

McDaid, no al revés.

—Y como era una zona roja, podía disparar legítimamente contra ellos sin que su copiloto sospechara.

—Eso es casi lo mismo que me dijo el capitán Jack.

—¿Lo está oyendo, Hannah? —dijo Poe hacia el móvil en su bolsillo superior.

—Lo oímos, Poe —contestó, con voz baja y metálica.

—Vale, por ahora me creo su palabra: el accidente de fuego amigo de Tango Dos-Cuatro fue todo menos eso. Y daré por bueno que creía tener un motivo legítimo para ir a por Christopher Bierman y Patrick McDaid. Mi pregunta es: ¿por qué esperó tanto?

Barnes miró al frente.

—Usted ha estado en el ejército. Sabrá lo que es «el Invernadero», ¿no?

—¿Colchester? —dijo Poe—. Sí, lo sé.

El Centro de Entrenamiento Militar Correccional de Colchester era una institución que ofrecía un entrenamiento correctivo a hombres y mujeres del ejército cesados del servicio. Conocido entre los soldados como el Invernadero, tenía dos categorías de reclusos: aquellos que seguirían en el ejército una vez cumplida la sentencia, y aquellos que serían dados de baja.

—¿Cómo acabó allí? —preguntó Poe.

—Los problemas que había tenido en Afganistán empeoraron después de la muerte de mis amigos. Mucho. Empecé a beber más y a tomar un cóctel de medicamentos. Las pastillas se me quedaron cortas pronto y me pasé a la heroína.

—¿Fue al Invernadero por consumo de drogas?

—No —contestó—. Fui al Invernadero por agredir a tres policías militares que vinieron a detenerme por consumir droga. Le rompí el codo a uno, la nariz a otro y el tímpano al tercero. Me cayeron doce meses.

—Y con consumo de drogas no le permitirían seguir en el ejército.

—Me dieron de baja.

—De acuerdo, eso explica que tardara uno o dos años. Pero no tanto tiempo.

—Dos motivos —dijo Barnes—. Salí limpio, pero mentalmente seguía hecho polvo. Tardé mucho en recuperar la cabeza.

—¿Y el otro motivo?

—Que no era práctico. El capitán Jack se mudó a Estados Unidos cuando yo estaba en el Invernadero, y yo no podía conseguir una ESTA con una condena por drogas.

El ESTA era el sistema electrónico estadounidense para evaluar y autorizar quién podía entrar en el país y quién no. Con sus condenas por drogas y violencia, Barnes habría tenido que pasar una entrevista con un funcionario del consulado para conseguir un visado. Poe imaginaba que

no querría esa clase de atención.

—Decidió esperar a que él viniera a usted… —dijo.

Barnes asintió.

—De todos modos, mientras esperaba, tenía cosas que hacer —dijo.

—¿Cosas como matar a Terry Holmes? —preguntó Poe.

—Como esa, sí —contestó.

—¿Cómo le encontró?

—El capitán Jack dijo que el olifante era único. Sabía que acabaría llegando al mercado libre. El comprador no podría resistirse. Querría alardear de él. Sabía que volvería a aparecer en alguna parte.

—¿Y lo hizo?

—Sí. Supongo que ya sabe cuál es el arma principal de mi arsenal.

—¿El cable JANUS?

—Sí. No se imagina lo estúpida que puede ser la gente cuando cree que le van a dar algo gratis. Buscando a personas clave, conseguí rastrear la ruta del olifante. Desde donde estaba en ese momento hasta el lugar del Reino Unido donde desembarcó. Lo seguí hasta encontrar Southampton y a Terry Holmes, un comerciante de antigüedades que se hacía pasar por propietario de una casa de empeños.

—¿Cómo conocía Bierman a Terry Holmes?

—Resulta que la célula de Al Qaeda que le tenía retenido estaba orgullosa de lo que hacía y, como iban a decapitar al capitán Jack, no les importó enseñarle sus contactos. Se quedó con el nombre de Holmes; en cuanto volvió al Reino Unido, le buscó.

—¿Bierman le dijo todo esto?

—Después de… motivarle físicamente.

—Vale, entonces encuentra el olifante y, por exagerado que fuera, dado su pequeño papel en todo esto, asesina a Terry Holmes…

—¿Pequeño? —dijo Barnes con una risa socarrona—. Entonces no lo sabe todo.

Poe le ignoró: no tenía tiempo para meterse en eso. No mientras McDaid luchaba por su vida sobre el techo del carrito.

—Gracias al cable JANUS, consigue enterarse con antelación de que el contrato para la cumbre se le va a adjudicar a Scarness Hall —dijo—. Se convierte en Lewis Barnes y busca trabajo a tiempo parcial allí. Luego se asegura de que Bierman & McDaid sean elegidos para encargarse del transporte ejecutivo de la cumbre.

—Así es.

—Y le tiende una trampa a Nick Anstey para saber si nos acercábamos…

—En cuanto detuvieran a Cookie, sería el principio del final.

—¿Cómo hizo para que Edward Pritchard no nos enseñase su foto cuando le detuvimos? ¿Por qué nos mostró la de Nick Anstey?

—¿El tipo del Centro de Personal del Ejército?

—Tengo entendido que no había nada en su ordenador con lo que

pudiera chantajearle.

—Sí que lo había —dijo Barnes—. Imágenes indecentes de niños. Montones de ellas, todas en la nube. Le quité temporalmente el acceso a ellas. Le dije que, si seguía cooperando conmigo, todo este asunto desaparecería. También le dije que se llevaría veinticinco mil libras si hacía lo que le pedía. En cuanto detuvieron a Cookie, envié a la policía escocesa un enlace con las imágenes. Mañana a estas horas lo tendrán todo. No se preocupe, Pritchard no se va a ir de rositas por lo que ha estado haciendo en la Red.

Poe gruñó satisfecho.

—¿Cómo consiguió que Bierman saliera de Scarness Hall? —dijo—. ¿Y por qué no le reconoció?

—La última vez que me había visto, yo llevaba casco y tenía crema de camuflaje por toda la cara. Sabía que no se acordaría de mí. No después de tanto tiempo. ¿Y cómo cree que conseguí que viniera a Carlisle conmigo?

—Ni idea —dijo Poe.

—Tiré del hilo de su codicia. Encontré una foto de una estatua de jade china. Dije que estaba en casa de mi abuela, en el pueblo. Le pedí que le echara un vistazo. ¡Cómo se le encendieron los ojos! Tendría que haberlo visto. Sabía que podría aprovecharse de mi supuesta discapacidad para timarme. Le di una dirección en el pueblo y esperé en la puerta. Cuando llegó le di un porrazo en la cabeza y le metí en mi maletero. Le llevé al burdel donde le encontraron y tuvimos una conversación.

—¿Le inyectó Ritalin para mantenerle despierto?

—Necesitaba información, y su vida ya no valía nada.

—¿Y la de McDaid? ¿Tampoco vale nada?

96

—Esto es el final, señor Poe —dijo Barnes—. Ha llegado el momento de que el señor McDaid y yo muramos. Si no quiere caer abatido en el fuego cruzado, le sugiero que se aparte y deje que ocurra.

El teléfono de Poe sonó, confundiéndole por un momento.

—¿Puedo? —dijo—. Es mi teléfono personal, no el que llevo en el bolsillo superior. No haga nada.

—Adelante. Espero.

Era un número no identificado.

—Poe —dijo.

—Soy Hannah —susurró Finch—. Me han prestado un móvil, por eso no reconoce el número. No diga nada, solo escuche. Asienta si lo ha entendido.

Poe asintió. No era difícil.

—Tiene que poner fin a esto ahora mismo —dijo Finch—. Hay ciertas personas escuchando la conversación y se están poniendo nerviosas con lo que oyen. Que McDaid matara a doce soldados británicos a sangre fría es una pesadilla tanto para los norteamericanos como para nosotros. Me están diciendo que, si los dos mueren, no será tan terrible. El mando operativo de la policía armada ya no entra en la toma de decisiones sobre el terreno. La nueva orden es que, dada la estrechez del espacio del conductor, si le disparan a la cabeza a Barnes, hay bastantes posibilidades de que su pie siga sobre el freno. Si lo intentan, es porque se les ha dado orden.

—No lo harán —dijo Poe.

—Ahora mismo se está produciendo una discusión bastante acalorada al respecto —dijo—. La comisaria Nightingale les ha dicho a sus unidades que ignoren lo que les están diciendo y esperen a sus instrucciones, Poe, pero se les ha dado una orden directa: tal vez crean que no tienen elección.

Poe miró a su alrededor. Veía a los policías armados de la primera unidad. Ignoraba si había más. Se levantó y salió del búnker. Empezó a caminar hacia el carrito de golf.

—¿Qué está haciendo, señor Poe?

—Salvarle la vida —contestó.

97

—Le he preguntado que qué está haciendo —dijo Barnes.

—Necesito que confíe en mí —dijo Poe.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque necesita confiar en alguien y soy el único que está aquí.

Barnes no contestó.

Poe recorrió los últimos tres metros. Cuando estaba a su lado, se inclinó hacia Barnes, tratando de protegerle todo lo posible.

—Esto tiene que acabar, Lewis —susurró—. Lo que pasó en Afganistán fue horrible, pero el Gobierno no va a dejar que se sepa la verdad.

Barnes seguía sin decir nada.

—Usted ha sido soldado, yo también —dijo Poe—. La única posición desde la que los policías armados le tienen a tiro es desde detrás de mí. El árbol le protege el flanco izquierdo; la parte trasera del carro lo hace por detrás. Me he colocado entre usted y la línea de tiro más probable, así que ahora mismo nuestro destino está unido, pero pueden cambiar de posición. Y también puede que haya más policías que no veo. Ponga el freno de mano y bájese del carro. Ahora.

—Y luego, ¿qué?

—Le detendré.

—¿Y qué pasa con él? —Inclinó la cabeza hacia el capó.

—A él también le detendré.

—¿Le juzgarán?

—No lo sé, Lewis. El sistema intentará que este asunto desaparezca sin hacer ruido, eso seguro. Rechazarán cualquier testimonio suyo y cualquier confesión de McDaid; dirán que son pruebas inadmisibles.

—¿Inadmisibles?

—Ese hombre tiene un alambre de espino al cuello. Aunque vaya a juicio, ningún juez permitirá que se tenga en cuenta. Y, si tiene más pruebas, les pondrán la etiqueta de «inválidas» antes de que nos demos cuenta. No dejarán que la prensa informe sobre ello.

—Entonces es inútil, ¿no?

—La gente lo sabrá —dijo Poe—. Puede que nunca sea de dominio público, pero la gente que tiene que saberlo lo sabrá. Y con eso es suficiente. «Tiene que» serlo.

Barnes parecía estar pensándoselo. Al final soltó una risilla.

—Tiene razón, señor Poe —dijo—. La prensa ya no publica este tipo de material de fuentes originales. Pero eso da igual en la era de WikiLeaks, Edward Snowden y el periodismo ciudadano.

Poe frunció el ceño. Su teléfono volvió a sonar.

Esta vez era la agente especial Melody Lee. Apretó el botón de contestar.

—Poe —dijo—. No se va a creer lo que estoy viendo.

En ese momento, vio una luz parpadeando en el árbol. Ahora que estaba cerca de Barnes, la veía. Alzó la vista y vio otra.

—Sí, creo que sí —contestó.

98

—Mi país ya me ha defraudado una vez, señor Poe —dijo Barnes—, ¿cree que no me iba a preparar para cuando volvieran a intentarlo?

Poe no dijo nada, simplemente se quedó mirando las cámaras colocadas en las ramas del roble. Estaban montadas en soportes de forma profesional y discreta, y sus lucecitas verdes parpadeaban suavemente. Aparte de una horca con un dispositivo infalible de «hombre muerto», Barnes había convertido el roble en un estudio de grabación. Poe miró directamente a una de las cámaras sabiendo que le estaban viendo en todo el mundo.

—¿Le gustan, señor Poe? —dijo Barnes—. Están emitiendo en directo desde que llegué aquí. Una de las cámaras retransmite a una web alojada en un servidor suizo, y la otra directa a las redes sociales. La confesión de McDaid, nuestra conversación, ya está todo ahí fuera. El Gobierno no puede contenerlo; ahora es algo viral.

Barnes tenía razón. Por eso le llamaba Melody Lee. Miles de personas lo estaban viendo. No hacía falta ser Bradshaw para saber que mañana serían cientos de miles.

Poe bajó la cabeza y dijo:

—Esto se está emitiendo en directo, Hannah. Si le disparan, lo verá el mundo entero.

—Estoy en ello —contestó con voz metálica.

—¿Y ahora qué, Lewis? —dijo Poe—. Usted dirige, y el mundo lo está viendo.

—No hay nada más deshonroso que un soldado sin honor, señor Poe —dijo—. No deberíamos haber ayudado al capitán Jack a robar ese olifante. Pase lo que pase ahora, las familias tendrán que vivir con el hecho de que sus chicos estarían vivos ahora mismo si no hubieran intentado sacarse un dinero fácil. Pero lo que hizo el capitán Jack, y lo que hizo Patrick McDaid, eso pasa de castaño oscuro. Los soldados no se hacen eso entre ellos. Jamás.

—Los condenarán, Lewis —dijo Poe.

—Y se lo merecen.

—Pero ¿sabe una cosa?, la opinión pública es voluble. Ahora mismo se pondrá de su lado. Puede que el público oiga que ha matado a varias

personas, pero eso es abstracto; no le han «visto» matar a nadie. Pero, si levanta el pie de ese freno, pierde. Si deja que McDaid se ahorque en este alambre de espino, ¿sabe lo que pasará?

—¿Que se hará justicia?

—No. Que la gente quedará horrorizada, Lewis. Y ese horror se volverá empatía. Le convertirán a «usted» en un monstruo, y McDaid quedará como una víctima.

Por primera vez, Barnes parecía indeciso.

—Algunos pecados no se pueden limpiar —dijo—. Tiene que morir.

—Pero, Lewis, si muere en la horca, la noticia será esa. Ese será el titular en el telediario mañana, esa será la parte a la que irá la gente en la página de Wikipedia. La única manera de que usted gane es echando el freno de mano y bajándose del carrito. Tiene que dejarle vivir.

Barnes inclinó la cabeza, otra vez parecía distraído.

—Lewis, necesito una respuesta —insistió Poe.

—Un momento, por favor —contestó—. Déjeme pensar.

Poe se quedó mirándole. Volvía a estar muy lejos.

—¿Seguro? —preguntó Barnes.

—¿Seguro de qué?

Barnes no contestó.

—Lewis, ¿seguro de qué?

Barnes frunció el ceño.

—Hagámoslo a su manera, señor Poe —dijo, quitándose el gorro de lana.

Su cabeza empezó a humear. Tiró del freno de mano y, apoyándose en los brazos, se apartó del asiento del conductor.

En cuanto se hubo bajado del carrito, Poe le dijo:

—Boca abajo, Lewis. Las manos detrás de la cabeza, los dedos cruzados: no queremos que haya un accidente ahora que lo estamos haciendo tan bien.

Poe oyó pasos. Se volvió y vio policías corriendo hacia él.

Había acabado.

99

Dos días después, Londres

No había acabado del todo…

Poe tenía un trabajo más que hacer. Y esta vez necesitaba a Bradshaw.

Ella había usado Google Maps para encontrar el edificio que buscaban: una casa georgiana de tres pisos en Dover Street, Mayfair. Como el resto de las construcciones de la calle, esta era de piedra caliza clara, con un diseño simétrico y equilibrado, como si lo hubieran hecho con Excel.

La puerta era negra como la del número 10 de Downing Street y al lado tenía una placa atornillada sobre la piedra lustrosa, con el nombre del negocio. No decía qué tipo de negocio era. Poe sospechaba que cualquiera que tuviese que preguntar no era cliente para ellos.

Apretó el timbre. No oyó nada, pero dudaba que estuviera estropeado. Establecimientos como aquel eran discretos pero eficientes. Alzó la vista y vio una cámara poco llamativa sobre la puerta. Levantó su placa hacia el objetivo.

—Yo tenía varias casas por aquí —dijo Poe mientras esperaba.

—¿En serio? —preguntó Bradshaw.

—Y también un hotel en Park Lane.

—¡Guau! Nunca me lo habías contado. ¿Eran de tu padre?

—No, él me pagaba el alquiler.

—Pero ¿cómo vas a hacer que tu padre te pa…? —No terminó la frase —. Estás hablando de una partida de Monopoly, ¿verdad, Poe?

Sonrió.

—Qué bobo…

La puerta se abrió. Un hombre vestido con librea morada y sombrero de copa se echó a un lado y los dejó pasar, señalando hacia un hombre de aspecto quisquilloso con un traje de tres piezas.

—Bienvenido a Alcock & Sons, sargento Poe —dijo este último—. Permítame que le exprese nuestra sorpresa ante el interés de la Agencia Nacional del Crimen en nuestro pequeño banco.

—¿Y usted es…? —dijo Poe.

—Bates —contestó—. Socio principal del banco.

—¿Y tiene nombre de pila, Bates?

—Por supuesto. Pero cuando estoy en este edificio soy simplemente Bates. Es tradición en el banco.

—Pues sea, señor Bates.

—Bates a secas, sin señor.

A Poe le entraron ganas de decirle que le llamara «amo», para ver qué hacía. Pero se contuvo. El mundo de la banca privada le era muy ajeno, pero dudaba que tuvieran reparos en poner una queja oficial.

—Pues Bates —dijo—. Esta es mi compañera, Tilly. Puede llamarla Tilly.

Bates frunció el ceño, dudando si Poe estaba siendo sarcástico. Así era.

—Ha dicho que no sabe por qué estamos aquí, ¿verdad, Bates?

—Solo sé que quieren echar un vistazo. De vez en cuando, se hace una evaluación de riesgos obligatoria para nuestro seguro, pero las llevan a cabo empresas privadas, no organismos oficiales. ¿Ha habido alguna amenaza creíble contra el banco?

Poe ignoró la pregunta.

—¿Podemos echar un vistazo, por favor?

—Por supuesto —dijo Bates—. Como pueden imaginar, este es el vestíbulo.

No se parecía a ningún vestíbulo en el que hubiera estado. Para empezar, estaban solos. No había trabajadores detrás de ningún mostrador, ni empleados en la caja o dando vueltas con tablas sujetapapeles. Tampoco había cajeros automáticos, ni puestos con formularios para hacer ingresos y bolígrafos sujetos con cadenita.

Más bien parecía un museo. O uno de esos clubs de caballeros donde solo sirven cordero y brazo de gitano de mermelada.

Todas las paredes estaban revestidas de madera, y las baldosas blancas y negras del suelo hacían que pareciera un tablero de ajedrez. Una lámpara de araña colgaba del techo amarillo con molduras curvas ornamentadas en los bordes. No había una zona de espera delimitada, sino media docena de sillones orejeros de cuero de color burdeos. Era un vestíbulo que rezumaba dinero. No, pensó Poe. No exactamente. Era un vestíbulo que rezumaba dinero «viejo».

Las paredes de madera estaban decoradas con pinturas al óleo profesionalmente iluminadas y separadas por intervalos regulares. Poe empezó a estudiarlas. Se detuvo en la única que reconocía. Era de Constable. Un estudio de un paisaje inglés y un tipo de vida que ya no existía. Un carro de heno, árboles frondosos y un cielo nuboso. Un paraíso que todavía anhelaban ciertos miembros del *establishment*.

—¿Es original? —preguntó.

Dudaba que Alcock & Sons tuviera algo tan cutre como una copia en su vestíbulo, pero quería asegurarse.

—Una obra menor —contestó Bates.

—¿Cara?

—¿Qué sabe sobre banca privada, sargento?

—Solo lo que he leído de camino aquí.

Bates sacó algo del bolsillo interior de su chaqueta y se lo entregó a Poe. Era una chequera. Poe la hojeó. Los cheques estaban impresos en falso pergamino de color crema y letra en fuente germánica. Podrían estar perfectamente expuestos en una vitrina. Poe se lo devolvió.

—Cuando se paga algo con un cheque expedido por un banco como el nuestro, sargento, no se está haciendo una transacción, sino una declaración.

—¿De qué?

—De quién se es —contestó Bates—. Este cheque dice: esta persona prefiere un enfoque más tradicional a la gestión de riqueza intergeneracional. Prefiere hablar con un ser humano cuando se trata de su dinero. Nuestros banqueros conocen a la perfección la situación del cliente y le aconsejan de acuerdo con ella. Se sientan a tomar té y *shortbread* con él y hablan de sus planes para futuras inversiones, ofreciéndole soluciones a medida para lo que necesite.

—¿Qué es un cheque? —preguntó Bradshaw.

A Poe se le escapó la risa por la nariz.

—O sea, que es como un seguro de salud privado, ¿no? —dijo—. Puedes conseguir lo que necesitas a través de la sanidad pública, pero, si quieres sentirte algo especial, te vas a la privada.

—Nosotros lo llamamos regresar al futuro —dijo Bates—. Es un enfoque tradicional del mundo moderno.

—Entonces, ¿por qué las obras de arte? —dijo Poe—. ¿No preferirían sus clientes invertir el dinero en vez de gastarlo en artículos de lujo?

—Nuestros clientes esperan que se los trate con el máximo respeto en todo lo que hacen. Y su banco no es una excepción. A usted le parece que tener un Constable en nuestro vestíbulo es extravagante: yo diría que es lo esperado. Un cuadro como este dice que Alcock & Sons es un banco serio que comprende la tradición. Dice que somos discretos y fiables.

—¿Y qué hay de esa pieza? —dijo Poe, señalando una vitrina aparte.

Sin que le invitara a acercarse, Poe fue hacia ella.

—Ah —dijo Bates—. El orgullo de nuestra colección.

—¿Qué es?

—Es un olifante. Una pieza única.

—¿Un olifante? —preguntó Poe.

—Un cuerno de caza hecho con el colmillo de un elefante. Hay pocos ejemplares, pero este es el único egipcio que se sabe que sobrevivió al califato fatimí. Tiene más de mil años y es una adquisición exquisita para nuestra colección.

Poe se inclinó a mirar de cerca el cuerno de caza.

Era de color crema, con manchas que parecían de nicotina, como los dientes de un fumador consumado. Aparte de la boquilla y las dos

bandas para las correas, estaba completamente labrado. Poe reconocía algunos animales, otros no. También aparecían cazadores persiguiéndolos con arcos y flechas. Y las escenas estaban entrelazadas con vides. Aquello era el deslumbrante legado de una cultura y no debería estar metido en un vetusto banco de un barrio arrogante de Londres.

—El marfil se usaba para fabricar cuernos de caza por el sonido grave que produce —dijo Bates.

—¿Cuánto pagaron por él? —dijo Poe sin volverse.

No podía apartar la mirada.

—Comprenderá que piezas como esta no aparecen en el mercado muy a menudo. Me temo que el banco pagó casi cuatrocientas treinta mil libras por ella.

Poe asintió. Más confirmación.

—Pero lo vale —dijo Bates, malinterpretando su gesto.

—¿Sabe de dónde provenía, Bates?

—¿Por? —preguntó Bates con desconfianza.

Poe abrió los brazos y señaló a su alrededor.

—La reputación lo es todo para ustedes, ¿no?

—Es parte importante de lo que somos, sí.

—Y sus clientes esperan discreción, ¿no es así?

—Ya le he dicho que sí.

—Pues entonces es una pena.

—¿Qué? —dijo Bates—. ¿De qué va todo esto, Poe?

—Alcock & Sons no está en redes sociales, ¿verdad, Bates?

—Por supuesto que no. Trabajamos exclusivamente con clientes recomendados.

—Y supongo que la mayoría de sus clientes tampoco se meten en las redes sociales…

—Imagino que tienen cosas más importantes que hacer. —Miró su reloj con gran teatralidad—. Y, de hecho, yo también. En fin, les he concedido más tiempo del que tenía previsto, me temo que tengo que dejarles. Me espera un día bastante ajetreado.

—No se hace una idea —dijo Poe.

—¿Perdone?

—¿Ve usted las noticias?

—Claro.

—Entonces habrá visto lo que pasó en Cumbria hace un par de días, ¿no? ¿Lo del campo de golf?

—Solo lo que mostraron en el noticiario de las diez. Terrible. ¿Qué tiene eso que ver con Alcock & Sons?

—«Señor» Bates, su banco está a punto de hacerse famoso —dijo Poe —. Muy famoso.

Le explicó por qué.

Cuando terminó, tuvo que ayudarle a sentarse en uno de los sillones

de cuero de color burdeos.

100

—Es imposible seguir el rastro de objetos como este a lo largo de los siglos —dijo Bates lamentándose—. ¿Cree que todo lo que hay en el Museo Británico se adquirió de manera legítima? ¿No cree que algunas piezas empezaron su viaje de manera sospechosa?

—Comprar antigüedades legalmente, especialmente obras que han pasado de una generación a otra, es muy complicado —respondió Poe—. Eso lo entiendo. Pero ustedes son un banco respetable, no un dudoso comerciante callejero: tenían la responsabilidad de cumplir con la debida diligencia minuciosamente, responsabilidad que, o bien ignoraron, o bien les salió estrepitosamente mal. Sea como sea, están jodidos.

Bates metió la cabeza entre las manos y gimió.

—¿Tan terrible es?

—¿Tilly?

Había una mesita decorada junto al sillón donde estaba Bates. Bradshaw se arrodilló al lado y abrió su portátil.

—Me temo que no puedo darles la contraseña del wifi del banco —dijo Bates—. Va en contra de nuestra política.

—Descuide —dijo Bradshaw—. Ya me conecté mientras esperábamos fuera.

—Lo que Tilly está a punto de enseñarle es una versión editada de lo ocurrido en el campo de golf. Solo contiene las partes directamente relacionadas con el olifante que tienen en su vitrina.

Bradshaw apretó el botón de *play*. Lewis Barnes y Patrick McDaid aparecieron en la pantalla del ordenador. Pasados unos segundos, Poe también.

Bates soltó un grito ahogado.

—¿Usted estaba allí?

Poe no contestó.

Se quedó observándole mientras veía el resto del vídeo. Para cuando terminó, Bates tenía la mandíbula tensa y Poe sabía que iba a intentar interpretarlo de manera positiva. Así que mejor cortarlo de raíz lo antes posible. Tenía cosas que hacer y para ello necesitaba la cooperación de Bates.

—¿Cuántas veces se ha visto el vídeo entero, Tilly? —le preguntó Poe.

—Más de un millón, Poe.

Bates hizo una mueca de dolor.

—No puede ser. Si fue hace un par de días…

—¿Y cuántas veces se ha descargado? —dijo Poe.

—Aún no tenemos las cifras, pero, teniendo en cuenta el tamaño del archivo, estadísticamente entre el siete y ocho por ciento de los espectadores se lo habrán descargado, ya sea para verlo *offline* o para subirlo a sus propios blogs o webs.

—Antes dije que Alcock & Sons estaba a punto de hacerse famoso —dijo Poe—. No me expresé bien. Debería haber dicho que ya son famosos. ¿Tendría que decir famosos o infames?

—Infames, Poe.

—Gracias, Tilly. Siempre confundo las dos palabras.

—Pero ¿cómo sabe que ese hombre se refería a este olifante? —dijo Bates—. Ya le he dicho que hay muchos.

—De hecho, lo que usted ha dicho es que es la única pieza que se conserva del califato fatimí.

—Bueno, sí, así es como nos la vendieron. Pero, como sabe, el mundo de las antigüedades está lleno de oportunistas y sinvergüenzas. Podría haber diez, ¿qué digo?, veinte olifantes fatimíes falsos por ahí. No pueden estar seguros de que la pieza a la que se refería es esta.

Poe asintió.

—Por desgracia para Alcock & Sons, Bates, Lewis Barnes estaba preparado para que reaccionaran con un argumento tan predecible como ese. Tilly, ¿le enseñas el otro vídeo, el que subieron anoche?

Bradshaw seleccionó otro archivo.

El hoyo dieciséis del Club de Golf de Brampton desapareció; en su lugar apareció el vestíbulo de Alcock & Sons, justo donde estaban en ese momento.

101

—Ha dicho que los clientes vienen recomendados, ¿verdad, Bates? —dijo Poe—. Pues Lewis Barnes es un hombre con recursos. En algún momento, consiguió una de esas recomendaciones. Como ve, mientras esperaba que le atendieran, estuvo un rato dando vueltas por el vestíbulo. Por desgracia para ustedes, llevaba una cámara oculta encima. Si Tilly sube el volumen —esperó a que lo hiciera—, oirá sus comentarios: «Pues nada, aquí está —decía Lewis Barnes, con la voz quebrada por la emoción—. Por esto murieron. Lo he seguido en cada paso de su viaje: desde el complejo donde estaba el capitán Jack a la casa de empeños de Terry Holmes, del mercado negro a la casa de subastas. Y hasta este lugar: un banco privado de Mayfair. Podéis descargar pruebas irrefutables de cada etapa del viaje del olifante en el nuevo paquete para los medios de la página web».

A Bates le rechinaba la mandíbula; parecía como si fuera a entrar en *shock*.

—Pero está en la cárcel —dijo con voz ronca—. ¿Cómo pudo subirlo anoche?

—En realidad, sigue bajo custodia policial —contestó Poe—. Pero, según Tilly, es bastante fácil crearse un calendario. Una vez listo, no hay que hacer nada más. Los contenidos se van publicando automáticamente para cuando los hayas programado.

—Voy a tener que convocar una reunión urgente de la junta —dijo Bates—. A veces recomendamos una empresa de relaciones públicas a clientes que… necesitan sus servicios. También debería llamarlos a ellos, avisarlos de que puede que los necesitemos. Siempre se puede hacer algo para detener el golpe.

Poe puso los ojos en blanco.

—Creo que no entiende lo que va a suceder, Bates —dijo—. No es solo que la prensa los vaya a destrozar: los Gobiernos del Reino Unido y de Estados Unidos necesitarán un chivo expiatorio, y la única opción que tienen es echarse encima de la gente metida en contrabando, y eso incluye a usuarios finales como ustedes. Estarán tan desesperados por darle la vuelta a la historia que tendrán que arrojarlos a los leones.

—Pero la gente no se dejará engañar…

—¿Usted cree? Ahora mismo se encuentran en el veleidoso tribunal de la opinión pública, y su nivel de exigencia con las pruebas no es tan riguroso como el de la Fiscalía de la Corona.

—¿Habrá juicio? —preguntó con un grito ahogado.

—Mis compañeros de la unidad de crimen organizado internacional se pasarán por aquí hoy mismo. Como el comercio de antigüedades robadas de Afganistán está inextricablemente unido a la financiación del terrorismo, los servicios de seguridad también están involucrados.

Bates no dijo nada.

—En su lugar, dedicaría el resto del día a prepararme para su visita —continuó Poe—. Y, por favor, hágame caso, Bates: admítalo todo, deles todas las pruebas de que disponga. Declaren públicamente que se cometió un error y háganlo antes que el Gobierno. Digan que tienen la intención de cooperar, y díganlo de verdad. Así es como su banco sobrevivirá a todo esto. Puede que su junta ejecutiva opine lo contrario, pero se lo digo en serio: en cuanto intenten algunos de sus truquitos de Londres, pierden.

Bates tomó una decisión. Sus mejillas recuperaron algo de color. Se recolocó la corbata y se puso en pie, tieso como un sargento mayor.

—No pienso esconderle al banco nada de todo esto —dijo—. Nuestra fuerza siempre ha residido en nuestra reputación, y la única manera de recuperarla es haciendo lo que usted dice. Desde ahora mismo. ¿Qué necesitan?

102

—Tienen cámaras de videovigilancia en el vestíbulo —dijo Poe.

—Así es —dijo Bates—. A nuestros clientes no les gusta pensar que los vigilamos, pero es un requisito del seguro.

—Quiero ver las grabaciones. Si no sabe cómo manejar el sistema, seguro que Tilly lo consigue.

—Síganme —dijo Bates.

Como todas las zonas reservadas para empleados en los grandes edificios, la sala de seguridad era sencilla y funcional. Una mesa salida de cualquier fábrica de mobiliario de oficina ocupaba media sala. Y la pared estaba prácticamente cubierta por un banco de monitores, todos ellos apagados.

—La verdad, no sé cómo funciona esto —dijo Bates.

Apretó varios botones en un teclado y agitó un ratón. No pasó nada.

—Tilly —dijo Poe—. Enseña al señor Bates a manejar su sistema de seguridad, por favor.

Bradshaw se acercó una silla ergonómica y cogió una cajita negra. Apretó un botón y los monitores se encendieron. Cuatro de ellos mostraban el vestíbulo, ahora vacío, y los demás, el banco. Algunas salas estaban vacías; en otras había gente trabajando. Uno de los monitores estaba en una sala de juntas con un retrato enorme presidiendo la larga mesa.

—¿El señor Alcock? —dijo Poe.

—Así es —confirmó Bates.

—¿Hay empleados vigilando los monitores?

—El jefe de cumplimiento se encarga de la seguridad en las instalaciones y tiene una *tablet* conectada con el sistema. Eso significa que no tiene que quedarse aquí todo el día. Por la noche la vigilancia se hace a distancia. El sistema no deja de grabar, por lo que tengo entendido, pero solamente cuando hay movimiento.

—Es un sistema de cámaras de detección de movimiento, Bates —dijo Bradshaw, que ya estaba metida a fondo en el sistema—. El DVR de vigilancia empieza a grabar cuando detecta cambios en los píxeles de las

imágenes que recibe de las cámaras.

Poe y Bates la miraron confundidos.

—En serio, no sé por qué me molesto… —murmuró.

—¿Tienes la marca de la hora de la grabación que hizo Lewis Barnes, Tilly? —dijo Poe.

—Sí.

—¿Cuánto tardarías en…?

—Aquí está, Poe —dijo—. La envío al monitor grande del medio.

Bradshaw dividió la pantalla para mostrar imágenes de las cámaras del vestíbulo, y le dio al *play*. La primera persona que apareció era el hombre de librea que les había abierto.

Entraba en el vestíbulo y abría la puerta. Lewis Barnes pasaba. Iba trajeado y llevaba un maletín caro. En vez de la sonrisa bobalicona a la que Poe estaba acostumbrado, en la imagen rezumaba una confianza que solo tiene alguien seguro de que sus órdenes van a ser obedecidas. De repente, el hombre de morado se ponía tenso.

Lewis se dirigía a él durante unos instantes, luego miraba su reloj y se sentaba. El hombre de librea salía del vestíbulo. En cuanto desaparecía de la imagen, Lewis se levantaba. Para cualquiera que no lo supiera, daba la impresión de que se pasaba los siguientes cinco minutos contemplando las piezas expuestas en el vestíbulo del banco.

—¿Es él? —preguntó Bates.

—Sí, es él —confirmó Poe.

Bates abrió un registro *online* de visitas.

—Dijo que se llamaba Warren Bright —comentó—. Llegó temprano.

—Supongo que lo hizo a propósito —dijo Poe—. Querría tener algo de tiempo a solas.

—Venía muy acreditado. Dijo que estaba considerando incorporarnos a su cartera. Traía referencias y una carta de presentación de uno de nuestros clientes. Tampoco teníamos motivos para no tomarle en serio.

—Creemos que llevaba una minicámara —dijo Poe—. Por eso tiembla un poco la imagen.

—Pero no habla —dijo Bates—. El vídeo que me acaban de enseñar tenía voz.

—La añadieron después —dijo Bradshaw—. Es muy fácil de hacer.

—Pues nada —dijo Bates—. Parece que nuestro olifante «es» el mismo que el de ese hombre.

Poe se quedó mirando la pantalla. Algo no le cuadraba.

—¿Qué pasa? —dijo Bradshaw.

—Nada —contestó. Arqueó la espalda y empezó a hacer movimientos circulares con los hombros—. Mire, me muero de hambre. ¿Podría conseguirnos un poco de ese *shortbread* casero del que hablaba antes, Bates?

—Por supuesto.

—¿Y tal vez una taza de café? Aún no hemos desayunado.

—Ahora voy a por ello.

—Y será mejor que Tilly vaya con usted. Ella sabe cómo me gusta el café y querrá ver los tés de frutas que tienen.

—Estoy bien, Poe.

No contestó. Al cabo de unos segundos, Bradshaw se volvió. Él le guiñó un ojo y agachó la cabeza hacia la puerta.

—Pensándolo mejor, Bates, le acompaño —dijo ella—. Tengo que ver si el *shortbread* está hecho con mantequilla vegana.

En cuanto cerraron la puerta, Poe cogió el asiento de Bradshaw. Había visto cómo se movía por el sistema y parecía bastante intuitivo. Colocó el cursor sobre el botón de *fast forward* y siguió apretando. Durante cinco minutos, estuvo viendo a los empleados del banco hacer sus cosas a toda velocidad, como un episodio aburridísimo de *El show de Benny Hill*.

Encontró eso que llevaba casi una semana buscando al ver a Barnes entrar en el vestíbulo de Alcock & Sons. Le dio al botón de pausa.

Se inclinó hacia delante para estudiar la imagen en pantalla.

—No puede ser… —dijo.

El teléfono de Poe sonó una hora después. Tenía la boca llena de salchicha y beicon, pero contestó de todas formas.

Bradshaw, que estaba comiendo un cuenco de granola con leche de soja, alzó la vista inquisitivamente.

—¿Comisaria? —dijo.

—La verdad, no tengo ni idea de cómo sabe estas cosas, Poe —dijo Nightingale.

—¿Las ha encontrado?

—Exactamente donde dijo que estarían.

—Maldita sea —dijo él, que esperaba haberse equivocado.

—¿Qué significa esto, Poe? —preguntó Nightingale.

—Significa que me espera una conversación muy complicada con cierta persona.

103

Poe llamó a la puerta.

Lucy North abrió de inmediato.

—Sargento Poe —dijo—. ¡Qué sorpresa! Ayer mismo hablábamos de usted.

—¿Ah, sí?

—Cosas buenas, por supuesto. Anoche volvimos a ver el vídeo de la confesión de Patrick McDaid. Me alegro mucho de que pudiera salvar a Sean. Ese pobre hombre ya ha sufrido bastante.

—Por eso estoy aquí. Quería ponerlas al corriente a usted y a Emily.

—Pase, pase.

Poe la siguió al vestíbulo y después a la cocina.

—¡Emily!

—¿Qué?

—Ha venido a vernos el sargento Poe. —Se volvió y dijo—: Aunque me temo que no podrá quedarse mucho tiempo. Son vacaciones de verano, pero el colegio de Emily ha convocado un día de orientación profesional…, y a mí me necesitan en el trabajo.

—No tardaré mucho —dijo Poe.

Le sirvió una taza de la humeante cafetera de filtro.

—Gracias —dijo—. He madrugado bastante.

Emily North entró encorvada en la cocina. Tenía los ojos medio cerrados y parecía como si le acabara de dar una descarga de electricidad estática en el pelo. Sin mirar a Poe, se lo recogió en una coleta. Se dejó caer en el asiento frente a él.

—¿No ha venido con usted *Gili* Bradshaw, sargento *Pon*? —dijo.

—Compórtate, Emily —dijo Lucy.

—Día libre —dijo Poe. Le dio un sorbito al café y luego se reclinó en la silla—. Y no estoy aquí en visita oficial.

—¿Ah, no? —dijo Lucy.

—Solo quería informarlas de lo que está pasando. Teniendo en cuenta los departamentos que están metidos en el caso a estas alturas, es posible que no se considere de máxima prioridad mantener informadas a las familias. Pensé que, como Emily tiene ese grupo de Facebook, podría contarles lo que sé, y así ustedes se lo trasladan al resto.

—¿Te parece, Em?

La chica asintió con entusiasmo.

—Lo haré esta misma mañana.

—Esta mañana tienes que ir a la orientación, jovencita. Lo harás esta tarde.

Emily frunció el ceño. Poe sospechaba que no era la primera discusión que habían tenido sobre el día de orientación profesional.

—Lo primero es que, esta vez, los norteamericanos están colaborando —dijo—. En realidad, no les queda otra, teniendo en cuenta lo irrecusable que fue la confesión de McDaid. Han accedido a que el Reino Unido se encargue de este asunto.

—¿Qué significa eso, sargento? —preguntó Lucy.

—Significa que no exigirán la repatriación de McDaid a Estados Unidos. Será juzgado aquí y, dadas las pruebas que reunió Sean Gardiner, o Lewis Barnes, como yo le conocía, tendrá que declararse culpable.

—¿Las pruebas no serán inadmisibles?

—La confesión con la soga de alambre de espino sí, pero he visto el resto de las pruebas, cada día tenemos más, y resultan convincentes.

—Bien —dijo Lucy.

—Pues yo preferiría que Sean le hubiera ahorcado —dijo Emily.

—Lo segundo es que el equipo de crimen organizado internacional de la Agencia Nacional del Crimen va a dirigir un operativo internacional para desmantelar la red de tráfico clandestino donde el capitán Jack movió el olifante. Según me han dicho, las primeras detenciones no tardarán en llegar. Y luego caerán los demás.

—Eso no lo pueden saber —dijo Lucy—. Seguro que alguno se escabulle para volver a empezar en otro sitio.

Poe negó con la cabeza.

—Esta vez no —dijo—. El hecho de que esté relacionado con Tango Dos-Cuatro hará que el MI5 empiece a tratarlo como un asunto de seguridad nacional en breve. Será una de sus máximas prioridades.

—¿Cómo es que está tan seguro?

—Por una vieja foto de críquet que he visto.

Lucy y Emily le miraron con el ceño fruncido. Poe tampoco entró en detalles:

—Ayer, Alcock & Sons entregó el olifante al Museo Británico para que lo devuelvan a su país de origen.

—¿Qué país es?

—Creemos que Egipto.

—El banco lo reclamará a su seguro —dijo Emily—. Al final, no saldrá de su bolsillo.

—Han accedido a no reclamar al seguro —dijo Poe—. Ahora mismo están centrados en minimizar riesgos. También se han comprometido a hacer donaciones a las familias de Tango Dos-Cuatro. Por lo que tengo

entendido, van a ingresar una cantidad equivalente a lo que pagaron por el olifante en la cuenta bancaria que ustedes crearon para los donativos.

Lucy y Emily se miraron.

—¿Qué? —dijo Poe—. ¿Hay algo que no sepa?

Emily sonrió.

—Desde que ese vídeo se hizo viral, han hecho tantos donativos que ya he perdido la cuenta, sargento. Gente de todo el mundo nos ha estado mandando dinero. Vamos a tener una reunión pronto para decidir qué hacer con ello. La Legión Real Británica ha accedido a gestionárnoslo, pero tenemos que formar un comité. Mamá ha dicho que lo presidirá.

—Caray —se limitó a decir: esperaba que contestaran eso.

—¿Qué le va a pasar a Sean? —preguntó Lucy—. Debía de sufrir estrés postraumático para hacer esas cosas tan terribles.

—Sin duda —dijo Poe—. No he vuelto a hablar con él desde que le detuvieron, pero me mantendré al tanto de cómo va. Me aseguraré de que tiene una buena defensa…

—Pero… ¿por qué?

—Como les dije la última vez que estuve aquí, yo también he sido soldado. Puedo comprender lo que hizo, si no perdonarlo. Irá a la cárcel durante mucho tiempo, pero, con un poco de suerte, saldrá con algo de vida por delante.

Poe comprobó su cuaderno para asegurarse de que lo había cubierto todo.

—Bueno, pues creo que ya está —dijo—. Si en algún momento necesitan saber qué está pasando, o creen que alguien las está evitando, llámenme. Crímenes como este son como heridas: cuanta más luz se pueda arrojar sobre ellos, antes se curan.

Lucy North se levantó. Llevó la taza de Poe al fregadero. Cuando se volvió, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias, sargento —dijo—. Si usted no se hubiera involucrado, dudo que hubiéramos sacado un resultado tan positivo.

Una vez que Emily se hubo marchado al día de orientación profesional, Lucy se sentó a acabar el café. Después de apurar su taza, se puso en pie y le estrechó la mano.

—Debería irme a trabajar —dijo.

—Todavía no —dijo Poe.

—¿Cómo?

—Usted y yo tenemos una conversación pendiente, ¿no cree?

Ella le mantuvo la mirada y asintió.

—Sí, creo que sí.

104

—Hay dos cosas de este caso que me han tenido preocupado —dijo Poe—. ¿Le digo cuáles son?

Lucy North le miró con perspicacia.

—Creo que me lo va a decir de todos modos —contestó.

Poe sonrió sin gracia.

—La primera es que Lewis Barnes era un soldado de infantería —dijo —. He comprobado sus resultados del examen de ingreso y, aunque era inteligente, no era un fuera de serie. Se especializó como enfermero, lo cual ha admitido que resultó útil para mantener consciente a alguien en un interrogatorio, pero no tanto como para crear los complicados virus que había en esos cables JANUS. Y tampoco para crear páginas web y servidores suizos para transmitir en directo confesiones demoledoras.

Lucy no dijo nada. Dio un sorbo a la botella de agua que había abierto, con la mirada clavada en los ojos de Poe.

—Verá, este tipo de detalles me quitan el sueño —dijo él—. Siempre le digo a la gente con la que trabajo que lo perfecto es enemigo de lo bueno. Que un caso nunca se resuelve del todo, que siempre quedan preguntas sin contestar. Pero casi nunca me tomo a mí mismo en serio, y esto me preocupaba de verdad.

Fue a coger la otra botella de agua que había sobre la mesa.

—¿Puedo? —dijo.

—Es para usted.

—Bueno, pues miré a ver si había hecho un curso de informática mientras estaba en el Invernadero. Como parte de su vuelta a la vida civil.

—¿Y lo hizo?

—Pues sí. Pero era de esos cursos que me vendrían bien a mí. Del tipo de «esto es un teclado, esto es un ratón». Desde luego no era un curso de donde pudiera salir otra Tilly Bradshaw.

La miró y sonrió.

—No me ha dicho a qué se dedica, Lucy…

—Creo que no, sargento.

Poe esperó.

—Supongo que ya lo sabe —continuó ella—. Tengo una empresa de

ciberseguridad.

Poe asintió.

—E imagino que contrata a la clase de personas capaces de crear virus de la complejidad del que encontramos en esos cables JANUS, ¿no es así?

Lucy se encogió de hombros, pero no contestó.

Poe sabía que tenía que hilar fino. Si se pasaba, ella se cerraría en banda. Puede que Tilly la acabara pillando, pero aún no sabía si eso era lo que quería.

—En fin, la segunda cosa que me confunde —dijo— es cómo actuaba Lewis mientras hablamos en el campo de golf. Ahora sé que era una situación de mucha presión, la culminación de años planeando, y que no podía permitirse ningún fallo, pero…

—Pero…

—Pero parecía distraído, como si estuviera escuchando una música que solo él podía oír. Al principio creí que simplemente iba con cuidado. Midiendo todo lo que decía, consciente de que se estaba retransmitiendo en todo el mundo.

—Yo también lo he visto —dijo Lucy—. A ver, ¿quién no? Es el vídeo más viral del año. Y estoy de acuerdo: Sean parecía distraído, sí. Pero, como dice, estoy segura de que tiene estrés postraumático. Apuesto a que casi siempre está distraído.

Poe asintió y dio un trago al agua. Se tomó su tiempo para enroscar el tapón de la botella después de beber. Lo apretó hasta asegurarse de que estaba bien cerrada. Lucy le observaba.

—Ahora es cuando usted empieza a hablar —dijo—. Y no crea que está en posición de guardarse nada, porque no lo está.

—No sé por qué cree que voy a contarle nada —dijo ella.

Poe no contestó de inmediato.

—Porque cometió un error —dijo finalmente—. Solo uno, y por ahora soy el único que lo ha notado.

105

—Si no hubiera subido el vídeo de Alcock & Sons, ni nos habríamos enterado. Habríamos asumido que, simplemente, Lewis Barnes aprendió a dominar la informática.

—¿Cree que el vídeo en el vestíbulo del banco tiene algo que ver conmigo?

—¿Que si lo creo? Sí —contestó—. ¿Que si tengo pruebas? No.

—No le sigo.

—Es bastante sencillo. Cuando fui a Alcock & Sons les puse entre la espada y la pared hasta tal punto que me dejaron ver y descargar las grabaciones de sus cámaras de videovigilancia.

—¿Vio a Sean grabando el vídeo?

Poe negó con la cabeza.

—Vi a Sean grabando «un» vídeo. Pero el que él grabó no es el que subieron a la página web.

—Pero… —No terminó la frase al darse cuenta de que cualquier cosa que dijera podía ser utilizada en su contra.

—El vídeo que subieron en la web se parecía al que grabó Lewis —dijo Poe—. Lo grabaron desde el ángulo y la altura correctos. De hecho, eran casi idénticos.

—Pero ¿no cree que fuera el suyo?

—No.

—Le veo bastante seguro.

—El olifante está en una vitrina —dijo Poe—. Y una de las características del vidrio es que refleja.

Por primera vez, parecía preocupada. Poe sabía que antes de que se subiera el vídeo, Lucy lo habría revisado plano por plano, asegurándose de que no había nada incriminatorio. Y, sin embargo, allí estaban.

—¿Y qué reflejaba, sargento Poe? —dijo, con voz tensa y nerviosa.

—Un destello de luz, Lucy. No el de un teléfono grabando un vídeo, más bien el flash de una cámara cuando estás en una habitación y alguien saca una foto a pocos metros.

—¿Y qué?

—Lewis estaba solo en el vestíbulo cuando grabó el vídeo. No había nadie que pudiera hacer una foto con flash.

Lucy abrió su botella y dio un trago largo. Poe sabía que estaba pensando, que se estaba preguntando cuánto sabía y cuánto había contado a otras personas.

—Así que seguí revisando las grabaciones de las cámaras de videovigilancia —continuó Poe—, buscando a la persona que grabó el vídeo.

—¿Y la encontró?

—Pues mire, una semana después, entró un grupo de mujeres. Parecían estar en una visita guiada. Y una de ellas grabó el olifante, ni siquiera tuvo que ocultar lo que estaba haciendo porque estaban allí precisamente para ver las piezas de arte expuestas en el vestíbulo. Y mientras grababa el olifante, saltó un flash. Una de sus amigas hizo una foto a un cuadro de Constable que había cerca.

—¿Y?

—Y la mujer que grabó el olifante era usted, Lucy.

—No me diga… —dijo ella.

106

—Claro —dijo Poe—, con otra persona involucrada, alguien que sabía de ordenadores, páginas web y cómo se crea un virus, Lewis no necesitaba el conocimiento que yo no entendía que tuviera. Él ponía la experiencia operativa, y la otra persona, el apoyo técnico. Era el escalpelo para su martillo.

—Creo que ha estado trabajando demasiado, sargento —dijo Lucy—. Tendría que abrirse una cuenta de Netflix, relajarse un par de semanitas.

—Ojalá dejaran de decirme eso —contestó Poe—. No sé lo que es Netflix ni me he «relajado» en mi vida. No, lo que yo hago es obsesionarme con las cosas, Lucy. Y cuando comprendí que Lewis había tenido ayuda, me puse a revisar el vídeo del campo de golf. Y acabé convencido de una cosa: Lewis no estaba distraído por su trastorno postraumático, ni tampoco estaba midiendo sus palabras antes de que las oyera el mundo.

—¿Ah, no?

—No. Hacía pausas porque estaba escuchando a alguien.

Lucy le miró fijamente, con una sonrisa pícara en los labios.

—Pero ¿cómo era posible? —continuó—. Yo estaba ahí mismo y tampoco oía nada. No tenía sentido. Entonces recordé que Lewis llevaba un estúpido gorrito. Hacía veinticinco grados, y él con un gorro de lana. Pensé que era para que no le entrase sudor en los ojos, pero ahora sé que no. ¿Sabe lo que hizo cuando se entregó, Lucy?

Ella negó con la cabeza.

—Se quitó el gorro y se echó a un lado en el asiento delantero.

—Creo que lo vi en el vídeo —dijo ella.

—Completamente inocuo… —dijo Poe—. A no ser que quitarse el gorro fuera una maniobra de distracción. Porque lo que realmente estaba haciendo era quitarse algo de la oreja. Y aparte de moverse en el asiento, estaba metiendo ese algo entre los dos cojines. Algo que no quería que encontráramos al registrarle.

—En serio, creo que no conozco a nadie que necesite Netflix tanto como usted.

—¿Quiere saber qué hice después?

Ella se encogió de hombros.

—Llamé a alguien en quien confío y le pedí que registrara el carrito de golf. A nadie se le había ocurrido. Tampoco parecía haber motivo. ¿Sabe lo que encontró metido entre los dos asientos delanteros?

—¿Chicle?

—Un auricular *bluetooth*. ¿Y sabe lo que encontró escondido en el forro del techo?

—¿El papel que usan para envolver las bolas de golf?

—Un *smartphone*.

—¿Y dónde están esos dispositivos ahora mismo?

—A salvo —contestó.

—¿A salvo? ¿Qué significa eso?

—Ya llegaremos a ese punto —contestó Poe—. En fin, y esto es lo que al principio pensé que había pasado. Lewis quería vengarse por lo que le ocurrió a Tango Dos-Cuatro, pero no podía hacerlo solo. Necesitaba a alguien que dominara los ordenadores y no podía pedírselo a cualquiera. Tenía que ser alguien de fiar y, como sabía que se toparían con todo tipo de obstáculos en su misión, como pilotos que no admitirían nada, una banda organizada de traficantes de antigüedades, hasta con su propio Gobierno, esa persona tenía que estar tan motivada como él. ¿Quién mejor que alguno de los familiares de Tango Dos-Cuatro? Seguro que alguien entre esa gente desesperada podía ayudarle.

—Y usted cree que me contrató como compinche —dijo ella.

—No, Lucy. He dicho que eso es lo primero que pensé. Verá, al final, cuando le dije que si retransmitía la muerte de Patrick McDaid perdería todo el apoyo del público, Lewis hizo una pausa y luego dijo: «¿Seguro?». Creí que me lo preguntaba a mí; de hecho, hasta le contesté. Pero ahora sé que estaba pidiendo permiso. Lewis Barnes no fue quien decidió dejar con vida a Patrick McDaid, fue la persona con la que trabajaba.

—¿Qué está diciendo?

—Que lo entendí al revés. No creo que Lewis Barnes la contratara, Lucy; creo que usted contrató a Lewis Barnes.

107

—Esta es su oportunidad para explicarme lo que pasó, Lucy —dijo Poe—. No habrá más. Si se niega a hacerlo, o se deja algo, la detendré. Por muy bien que crea que ha cubierto su rastro, Tilly lo descubrirá. Pasará veinte años en prisión, y Emily tendrá que lidiar con la pérdida de su padre «y de su madre».

—No será capaz —dijo ella, de repente con lágrimas en los ojos.

—Es mi trabajo. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque usted sabe lo que pasó. Lo que les pasó a todos.

—¿Y el fin justifica los medios?

—¡Sí!

—La ley no funciona así, Lucy.

—Pues entonces ¡la ley está mal!

Poe recordó que, independientemente de todo en lo que estaba metida, seguía siendo una viuda en pleno duelo, una madre intentando criar sola a su hija.

—Estoy de acuerdo —contestó con voz suave.

Se hizo un silencio incómodo.

Poe lo rompió.

—Cuénteme lo que pasó —dijo Poe—. Cuando lo sepa todo, decidiré qué hago.

—¿Me está grabando? —dijo ella pasados unos instantes.

—No.

—A Sean le grabó…

—Y se lo dije.

Ella se quedó muda durante casi un minuto.

—Pues entonces tengo que hacer una llamada —dijo.

—¿A un abogado? —preguntó Poe—. Aún no hemos llegado a ese punto.

—A un abogado no, sargento Poe. Voy a llamar a James.

—¿James?

—Enseguida lo entenderá —dijo ella—. Mientras esperamos, le hablaré de un mono llamado Bertrand y de un gato llamado Ratón…

Resultó que James trabajaba para Lucy. Era de mediana edad y parecía un contumaz turista sexual. Entró en la cocina y sin mediar palabra abrió un maletín de metal.

—James es uno de mis especialistas —dijo Lucy.

—Su teléfono, por favor —dijo James.

Poe le entregó su móvil sin decir palabra. James lo metió en un estuche Faraday, una versión más pequeña que las que el MI5 utilizaba en Mánchester. Cerró la cremallera y sacó un aparato de su maletín. Era más o menos del mismo tamaño que uno de esos tubos inmensos de Fruit Pastilles que Poe solo encontraba en Navidad.

—Esto es un detector RF de señales inalámbricas —continuó—. Voy a comprobar que no está enviando ninguna señal.

—Adelante —dijo Poe, levantándose y abriendo los brazos.

James le pasó el detector cuidadosamente por delante y por detrás, de un modo parecido al registro que se hace en los controles de seguridad de los aeropuertos.

—Está limpio —dijo.

—Gracias, James —respondió Lucy.

—Sean Gardiner salió roto del Invernadero —dijo Lucy una vez que James se hubo marchado—. Entró con una adicción a las drogas y el alcohol, y lo único que consiguieron en esa cárcel fue retrasar su propósito.

—¿Y qué era?

—Morir —contestó.

—¿Tenía planeado suicidarse?

—Beber hasta morir, lo cual es básicamente lo mismo.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Me escribió —dijo ella—. Fue varios años después de que le soltaran. Quería disculparse por que Danny hubiera tenido que ocupar su lugar en aquella patrulla.

Bebió un sorbito de agua. Se aclaró la garganta.

—Pero yo no quería aceptarlo —dijo—. Mi marido, el padre de Emily, estaba muerto por su culpa. Una carta con faltas de ortografía no bastaba para absolverle.

—¿Qué hizo?

—Le busqué y le encontré: vivía en un estudio en el sur de Londres. Yo iba preparada para soltarle un discurso, pero, en cuanto le vi, me quedó claro que él ya llevaba años pensando todo aquello que a mí se me pudiera ocurrir.

—¿Y entonces qué?

—Le invité a desayunar. Le obligué a comer algo sólido. Mientras desayunábamos, me contó lo que pasó. Lo que realmente sucedió, que Tango Dos-Cuatro ayudó al capitán Jack Duncan a robar el olifante; me

dijo que estaba convencido de que los mataron para que él pudiera quedarse con todo.

—Debió de ser duro oírlo.

—Demoledor —contestó Lucy—. Y me cabreé.

—Comprensible.

—Durante aquel desayuno nos hicimos una promesa: no sabíamos cómo, pero todas las personas involucradas tenían que pagar por lo que hicieron. No entendíamos cómo Christopher Bierman, porque ese era el nombre que usaba por entonces, había logrado que un terrorista suicida se abalanzara con explosivos sobre Tango Dos-Cuatro porque eso era lo que seguíamos creyendo, pero sabíamos que encontró la manera de hacerlo. Era lo único que tenía sentido. Si conseguíamos traerle de vuelta al Reino Unido, Sean le haría hablar.

Poe recordó la espantosa muerte de Christopher Bierman. Decidió que no iba a perder el sueño por ello. Se mantuvo callado.

—Así que empezamos a planearlo. Lo primero era hacer que Sean se desintoxicara. Él quería ayudar fuera como fuera, pero sabía que no estaba «apto para el combate», como él mismo decía. Le financié de forma anónima un centro privado de rehabilitación cerca de Cairngorns. Pasó seis semanas bebiendo agua y tratándose de estrés postraumático.

—Funcionó —dijo Poe; no era una pregunta.

—Tener una buena motivación ayuda.

—¿Qué pasó después?

—Necesitábamos una carroza negra.

—¿Una carroza negra? —dijo Poe.

—Podría haberla pagado yo, pero no quería poner el negocio en peligro. Hay gente cuya hipoteca y cuya compra semanal depende de mí. Lo nuestro era una misión personal y tenía que financiarse de forma privada. Necesitábamos un modo de convencer a la gente de donar dinero. Por suerte, acababa de leer un artículo en una revista de mi industria sobre unos cables programables para teléfonos móviles.

—Los cables JANUS…

—Sí. Compré varios a un distribuidor en Estados Unidos y, sin saber para qué eran, mis chicos les hicieron un proceso de ingeniería inversa. Sean y yo los enviamos en unos bonitos sobres a una serie de personas que habíamos seleccionado, diciendo que habían ganado una prueba gratuita. No funcionó con todos, claro. Muchos de los cables se debieron usar para cargar móviles o como cable de sobra. Pero las suficientes personas los utilizaron para conectar el móvil al ordenador. Y en cuanto lo hicieron, les hackeamos las cuentas.

—Y algunas de esas personas tenían secretos —dijo Poe—. Secretos que pagarían para mantener ocultos.

Ella asintió.

—En cuanto conseguimos el dinero suficiente, pasamos a la siguiente fase: localizar el olifante y a todas las personas involucradas en la

cadena de contrabando.

—¿Cuánto tardaron?

—Dos años. Esa gente suele ser hermética, pero, como yo tenía contactos a los que podía recurrir en el extranjero, y como su negocio depende tanto de pasar artículos del mercado negro al mercado libre, siempre hay un modo de colarte.

—Y ustedes lo encontraron.

—Terry Holmes —dijo—. Era el contacto del capitán Jack en el Reino Unido.

—¿Y por eso tuvo que morir?

—¿Qué sabe usted de él?

—Bastante —contestó Poe—. Hemos hablado con su hija. La tenía mimada. Era un personaje. Hacía sus trapicheos con artículos robados, pero, más allá de eso, era un tipo inofensivo. Cuando hablé con Lewis, perdón, con Sean, en el campo de golf, sugirió que había cosas que no sabía de él. ¿Es verdad?

Lucy sonrió, pero no de un modo agradable.

—Sí. Terry Holmes no era el pícaro adorable que todo el mundo creía, sargento —dijo—. Era el líder de la red en el Reino Unido. Trataba directamente con Al Qaeda y, en los últimos tiempos, con el ISIS. Le animaban a buscar artículos fuera de la red, antigüedades que no hubieran entrado en el país a través de sus rutas clandestinas.

Eso explicaba que Terry Holmes grabara a escondidas a Bierman en su casa de empeños: cuando trataba con alguien de fuera de la red, necesitaría hacerlo minuciosamente. Bierman debió de alquilar la caja fuerte mientras Holmes hacía sus comprobaciones.

—Terry Holmes sabía perfectamente que el dinero que pagó por las antigüedades robadas financiaba las atrocidades de esos terroristas porque trataba directamente con ellos —continuó Lucy—. Algunas de esas atrocidades se cometieron contra soldados británicos. Era un objetivo legítimo. Sean insistió.

Poe se quedó pensando en ello. Decidió que no se lo diría a Susan Holmes. Si salía a la luz, que así fuera, pero él no iba a decirle que su padre intimaba con Al Qaeda y con el ISIS. A nadie le hacía falta tener ese peso sobre su conciencia.

—Sean le captó para el robo en el banco. Le dijo que se encargaría de valorar lo que encontraran.

—¿Y él accedió?

—Era muy codicioso. Sean le dijo que, si los ayudaba, tendría la opción de quedarse con cualquier cosa que robaran.

—Pero en realidad solo estaba allí para matarle delante de la caja fuerte.

—Sean quería dejar claras sus intenciones.

—Pues lo hizo… —dijo Poe.

—Aparte, nos había surgido un problema. La organización encargada

de conseguir las antigüedades robadas era demasiado grande y poderosa como para derribarla nosotros solos. Y, de todos modos, la mayoría de ellos vivían en el extranjero. Sean no podía viajar por sus delitos relacionados con la droga, y yo tampoco podía dejar a Emily.

—Por eso dejaron la rata de cerámica junto a Terry Holmes —dijo Poe.

—Sabíamos que necesitaríamos que la policía se involucrara en algún momento, y Sean dijo que, si conectábamos la muerte de Terry Holmes con la futura muerte de Christopher Bierman, no les quedaría otra que investigarlo. Y quién sabe lo que descubrirían, lo que «usted» descubriría…

—Usaron un cable JANUS con alguien del comité de selección de la sede de la cumbre para asegurarse de saber dónde se iba a celebrar…

Lucy asintió.

—Y otro para asegurarnos de que escogieran a Bierman & McDaid para encargarse del transporte ejecutivo.

—Sean consigue un trabajo en Scarness Hall un par de meses antes de que se anuncie para no levantar sospechas. Y hace todos los preparativos para secuestrar al capitán Jack.

Y a McDaid también, pensó Poe. Aún no sabían que era culpable, pero necesitaban algo de él. Ya volvería a ese punto más adelante.

—Barnes saca a Bierman de Scarness Hall haciéndole creer que quiere que eche un vistazo a una antigüedad —continuó Poe—. Creía que Bierman no podría resistir la tentación de aprovecharse de una persona con discapacidad. Y por esa misma razón, no le diría a nadie adónde iba. Si alguien le acusaba de timar a Lewis, podría negarlo perfectamente.

—Exacto —dijo Lucy.

—O sea, que Sean queda con él en el pueblo. Le reduce y se lo lleva a un burdel que sabe que estará vacío. Mantienen una conversación «motivada» y descubre que lo de Tango Dos-Cuatro no fue un atentado suicida. Que Patrick McDaid hizo que pareciese un incidente de fuego amigo. Ustedes adaptan el plan para que McDaid pague también por ello, mientras al mismo tiempo se aseguran de que el mundo se entere de lo que realmente les pasó a los soldados de Tango Dos-Cuatro.

—Eso es —dijo ella—. Y, como sabíamos que al Gobierno no le quedaría otra opción que insistir en sus mentiras, pasamos de todos y recurrimos a las herramientas de la generación de Emily.

—Se lo contaron al mundo.

—Y, al mismo tiempo, las pruebas llegaron a todos los periódicos más importantes de Europa y Estados Unidos, y se subieron a nuestra página web. El resto ya lo sabe.

Fue a la nevera y volvió con otras dos botellas de agua.

—¿Por qué tuvo que grabar el vídeo en el vestíbulo de Alcock & Sons? ¿Qué tenía de malo el de Sean? Si él hubiera subido el vídeo en la página web, nada se habría desmontado. Habría pasado a la historia tal

y como lo habían planeado.

—Falló la conexión de *bluetooth* —dijo ella.

—Mala suerte —dijo Poe—. ¿Y la página web que abrió para Emily? ¿Para qué sirvió?

—Para nada. Emily quería saber más sobre su padre. En realidad, era un coñazo. Tenía que pasar horas controlándola. No podíamos arriesgarnos a que alguien subiera una foto de Sean. Pero al final resultó útil: tal y como dijo Emily, se han hecho un montón de donaciones.

Poe asintió, sin llegar a contestar.

—¿Qué va a pasar ahora, sargento? —dijo, abriendo su agua—. ¿Voy a salir esposada?

—Sí —contestó—. Levántese.

—Pero… ¿por qué? —dijo ella—. Se lo he contado todo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—No, no lo ha hecho —dijo Poe—. No me ha contado por qué la retransmisión en directo de la confesión de Patrick McDaid empezó catorce minutos después de que Lewis le colgara.

—No lo sé —contestó con voz apagada.

—Yo creo que sí lo sabe —dijo Poe—. Hannah Finch, mi contacto en el MI5 y un auténtico coñazo de tía, ha hecho sus averiguaciones, y ya no queda dinero en las cuentas bancarias de Bierman & McDaid. Sospecho que una de las cosas que Lewis le sacó a Bierman en ese burdel fue sus contraseñas. Aparte de matarle, planearon quitarle todos sus bienes. Y como probablemente McDaid y él no se fiaban demasiado el uno del otro, ¿cómo iban a hacerlo después de lo que hicieron juntos?, sus cuentas tendrían dos contraseñas. Creo que Lewis estuvo esos catorce minutos sacando las contraseñas a McDaid y dándoselas a usted. Mientras se retransmitía en directo, y una vez que tenían ambas contraseñas en su poder, ustedes les vaciaron las cuentas de la empresa.

—Si hubiera sido como usted dice —contestó ella con cautela—, todo el dinero iría al fondo que nos va a gestionar la Legión Británica. Sería para hacer el bien.

—¿Podría llegar a rastrearse hasta Bierman & McDaid?

—Imagino que se habrá fraccionado y que habrá sido donado al fondo en pequeñas cantidades por personas que no tienen ni idea de que eran tan generosas.

—¿Y cabe alguna posibilidad de que se dedique algo a fines ilegales? —dijo Poe—. ¿Algún dinero para Lewis Barnes, para pagarle un abogado? ¿O quizás algo para cuando salga de la cárcel?

—Puede —contestó ella.

Poe se tomó un momento.

—Bien —dijo por fin.

—¿Ya está?

—Necesito varias garantías, y no son negociables. Para empezar, hay

una mujer que eligieron objetivo del chantaje para el atraco de la caja fuerte. Trabajaba en la sala de control del circuito de videovigilancia. Tenía planeado dejar al maltratador de su marido, y lo usaron contra ella. Acaba de salir de la cárcel por lo que la obligaron a hacer. Ahora ustedes van a hacer todo lo necesario para darle una identidad nueva, un empleo y una buena cantidad de dinero.

Lucy asintió.

—Presiento que esa mujer va a tener muy buena suerte en breve, sargento. ¿Alguna cosa más?

Poe plantó los codos sobre la mesa.

—Sí —contestó—. Esto se acaba ahora.

Lucy frunció el ceño, se llevó un dedo a la boca y empezó a morderse un padrastro.

—Siempre que todo el mundo haga su trabajo y cojan…

Poe golpeó la mesa con el puño; no hizo caso del susto que ella se llevó.

—No —gruñó—. Esto… se… acaba… ahora. Es buena, Lucy, pero no tanto. Si me entero de que esto sigue en marcha, le suelto a Tilly. Y créame: no la quiere en su vida. Tiene todas las de perder.

Hizo una pausa.

—Y Emily también —añadió.

Lucy se hundió en la silla y se quedó mirando la botella de agua vacía durante unos segundos. Poe vio cómo le caía una lágrima por el rabillo del ojo. Se la enjugó y se sorbió la nariz.

—Deje que nos ocupemos nosotros, Lucy —dijo Poe, suavizando la voz—. Ya nos ha dado todo lo que necesitamos, y en breve podremos tirar de los recursos del MI5. Si nos hace falta ayuda, se la pediremos.

—¿Me lo promete?

—Sí —contestó—. Esta puta red de contrabando no sabe la que se le viene encima.

108

Una de las peculiaridades de vivir como Poe era que, aun cuando hacía un calor abrasador, tenía que encender su estufa de leña para calentar el agua. Ahora bien, cuando llegó a lo alto de la montaña y vio humo saliendo por su chimenea, se sorprendió.

La lista de personas que conocía lo suficiente como para que entraran en su casa y encendieran el fuego no era muy larga. Bradshaw, que ni siquiera sabía cómo hacerlo, estaba de vuelta en Hampshire trabajando en un nuevo caso de la SCAS (un asesino al que la prensa había apodado Jack, *el Saltarín*). Acababa de recoger a Edgar en casa de Victoria, y Nightingale, Hannah Finch y Melody Lee estaban en Mánchester informando de lo ocurrido. Él no había querido unírseles.

En ese momento no tenía tiempo para revisar su lista de enemigos, pero tampoco hacía falta. Quienquiera que le estuviese esperando en Herdwick Croft había encendido el fuego, y el único motivo para hacerlo era para advertirle de que estaba allí.

Poe se acercó a la casa con más curiosidad que cautela. En cuanto detuvo el *quad*, Edgar se bajó ladrando y corrió a arañar la puerta. Al *spaniel* le encantaban las visitas; siempre traían premios.

Poe aún estaba a unos cincuenta metros cuando la puerta se abrió y un hombre alto y delgado se agachó para acariciar a Edgar en las orejas.

Era Alastor Locke.

Perfecto.

—¿Ha venido a detenerme? —preguntó Poe.

Locke sonrió.

—Debería hacerlo, ¿sabe? —contestó—. Si hubiera dejado a esa familia tranquila, nada de esto habría pasado. Ha sido un tema humillante para el país. El primer ministro está furioso. Al director de mi departamento le ha caído un buen rapapolvo. Habría sido mucho mejor si hubiera dejado que todo siguiese su curso natural, amigo…

—Quiere decir si hubiera dejado que la policía abatiera a Lewis… —contestó Poe—. Y dejar colgado a Patrick McDaid.

—Habría sido una solución limpia —admitió Locke—. Nosotros

habríamos refutado su confesión e impedido que se conocieran las pruebas.

—Lo estaban retransmitiendo en directo a todo el planeta. Y las pruebas ya se habían dado a conocer.

—Sí, pero en ese momento no lo sabíamos. Así que, aunque mucha gente le tiene poco aprecio, sargento, a regañadientes se cree que, sin querer, evitó que una situación desagradable se convirtiera en un desastre. Al ponerse en la línea de fuego, evitó que este país cometiera un error del que tardaría cincuenta años en recuperarse.

Poe no dijo nada.

—Escuche, chico —dijo—, le he encendido la estufa para no asustarle, pero, aparte de eso, no he tocado nada. Se me ha pasado por la mente prepararme una tacita de té, pero no parece tener hervidor.

—¿Tiene sed?

—Ha sido una semana larga y hace bastante calor.

—¿Le apetece algo un poco más fuerte?

—¿Una copita de oporto? —contestó, arrugando las comisuras de los ojos al reprimir la sonrisa.

—Tengo cerveza o agua.

—Pues una cerveza.

Poe abrió dos botellas de Spun Gold y las sirvió en vasos de pinta. Le dio uno a Locke y tomó asiento.

—Fabulosa —dijo Locke tras dar un largo trago.

—No ha contestado a mi pregunta —dijo Poe.

—¿A qué pregunta se refiere?

—Si me va a detener.

—Como ya he dicho, debería.

—Pero no lo va a hacer.

—¿Y por qué no?

—Porque conozco su nombre. Su verdadero nombre.

Locke se quedó mirándole.

—Realmente tiene una compañera extraordinaria. Se está echando a perder en la Agencia Nacional del Crimen.

—Pero es feliz, Alastor. Nunca habrá una horma en la que llegue a encajar a la perfección, pero me da que la SCAS se le acerca bastante. Si quiere cambiar de rumbo, no seré yo quien intente disuadirla, pero dudo que lo haga.

—¿Por qué?

—No le gustan los secretos. Ella cree que es lo mismo que mentir. Y cuando tiene que mentir…

—¿Hace que a usted se le irrite el colon?

—Exacto —contestó Poe—. Pero la otra cosa que la caracteriza, y es lo que más me gusta de ella, es que es la persona más leal que he conocido. Por eso, cuando dije que estaría bien saber con quién estábamos trabajando, se lo tomó en serio.

—Sargento, siento ser yo quien le dé la noticia, pero los servicios secretos enemigos ya conocen mi verdadero nombre. Cada año me llega una tarjeta de felicitación del agregado de la Embajada rusa por mi cumpleaños. Con una buena botella de vodka. Si cree que revelar mi nombre es una amenaza, le aseguro que no lo es.

—Si algo soy, Alastor, es realista —dijo Poe—. Sé que necesitamos a gente como usted y como Hannah, y también que probablemente precisen del anonimato para hacer su trabajo. No tengo intención de revelar su identidad.

—Y, sin embargo, no cree que le vaya a detener… —dijo Locke, sonriendo.

—Hay más probabilidades de que los Black and White Minstrels se reformen.

—Será mejor que se explique.

—Verá, una de las cosas que encontró Tilly mientras sacaba su perfil fue una vieja foto escolar.

Poe sacó una hoja de papel brillante del bolsillo interior de su chaqueta. Se la dio a Locke.

—Una foto del equipo de críquet, para ser más exactos —continuó.

Locke se puso las gafas de leer y se quedó mirándola.

—¡Dios santo! —dijo—. Hace años que no veía esto. Juveniles. Era bastante bueno como primer bateador y también podía lanzar si el capitán creía que el partido lo pedía.

—¿Y quién es el chico que está a su lado? El que lleva guantes de guardameta.

Locke se fijó en él.

—Ah… —dijo.

—Exacto —dijo Poe—. El chico que está a su lado no es otro que el actual ministro de Vivienda, Comunidades y Gobierno Local. El mismo que derogó el estatuto en el que Tilly basó toda su defensa para evitar que me desahuciaran.

Locke no dijo nada.

—Usted hizo que derogaran ese estatuto —dijo Poe—. No un fantasma flipado.

Locke levantó las manos.

—Me ha descubierto —dijo.

—Pero ¿por qué?

—Había que advertirle, Poe —dijo—. Se estaba acercando demasiado a una verdad difícil de aceptar. La amenaza de perder su casa debía achantarle.

—Edgar, muerde —dijo Poe.

El *spaniel* ni siquiera se molestó en abrir los ojos. Simplemente golpeó la cola contra el suelo un par de veces y volvió a roncar.

—Temible —dijo Poe.

—Ha tenido un día largo.

—Le juzgué mal, Poe.

Poe se quedó mirándole.

—No me mienta —dijo—. Sabía exactamente lo que hacía. Sabía cómo reaccionaría yo. De hecho, me lo dijo cuando nos vimos en Mánchester. Por eso permitió que me pusieran a trabajar en este caso. Al advertirme que no me metiera con las familias de Tango Dos-Cuatro, me estaba invitando a hacerlo. Sabía que ahí encontraría las respuestas.

Locke apuró su pinta de cerveza.

—¿Puedo tomar otra?

—Cójala usted mismo —dijo Poe.

Así lo hizo. Se levantó y miró por la ventana mientras se servía.

—Poe, es usted como el agua corriente —dijo—. Si alguien le intenta obstaculizar, le sortea. O pasa por encima de esa persona. Es imposible detenerle, imposible dirigirle. Aparentemente, su joven inspectora jefe, Stephanie Flynn, es la única que se acerca a hacerlo, pero ella es la excepción, no la regla.

—¿Usted quería que se supiera todo esto?

Locke volvió al sofá y tomó asiento. Dejó su pinta sobre la mesa y se quedó mirando a Poe con sus penetrantes ojos grises.

—Claro, coño —contestó.

109

—Pero no quería que se filtrara simplemente lo del incidente de fuego amigo —dijo Poe—. Si fuera así, habría encontrado una manera mucho más fácil de hacerlo. Habría utilizado su…, ¿cómo lo llama? ¿Su oficio?

Locke dio un trago a su cerveza.

—Esto es elixir de dioses —dijo—. Tengo que decirle a la señora Locke que las compre. Ella prefiere que beba oporto, pero me acaba empalagando. En fin, estoy divagando. ¿Alguna vez ha oído la expresión «Ir por detrás del ritmo del director»?

—Creo que ya sabe la respuesta.

—Una de las grandes pasiones de la señora Locke es hacer de mecenas de orquestas de segundo o incluso tercer nivel. A veces, cuando el país no me encuentra crisis que solucionar, ella me hace ir a un recital de Bach o de Brahms. Bueno, pues cuando toca una orquesta de primer nivel, a veces da la sensación de que van por detrás de las instrucciones del director. Hay un ligerísimo retraso entre la música y el compás de entrada de la batuta. Para los no iniciados, podría parecer que la orquesta no le está prestando atención, o peor, que son incapaces de seguirle. Pero no es así. Una orquesta realmente buena empieza a tocar «después» del compás de entrada. Apenas hay un segundo de retraso, pero ese segundo les permite producir el tipo de sonido que el director quiere conseguir. De ese modo, en lugar de seguir el ritmo de manera rígida, lo «interpretan».

—Supongo que con todo esto quiere decir algo…

—Las orquestas que le gustan a la señora Locke no entienden el concepto de tocar por detrás del ritmo del director. Como consecuencia de ello, su música suena acartonada. Algo falla en el ritmo. No funciona.

Poe se quedó pensándolo.

—¿Usted sabía que Bierman y McDaid conspiraron para acabar con Tango Dos-Cuatro?

Locke negó con la cabeza.

—No lo sabía… con certeza. Pero algo fallaba en el ritmo. Este país tiene los mejores soldados del mundo. Son los más entrenados y los mejor dirigidos. Y si no se extraviaron, entonces sabían dónde estaban. Eso nunca se llegó a explicar. Nadie lo hizo. Además, no me gustó la

rapidez con la que Jack Duncan abandonó el país. Le conocí en persona, y si ese hombre tenía sentimiento de culpa por haber sobrevivido, yo soy francés.

Hizo una pausa. Volvió a beber. Se limpió los labios.

—Sí, le dejé suelto, Poe —continuó—. Cuando he podido, le he ayudado, y cuando no, le he motivado psicológicamente.

—O sea, que le he sacado las castañas del fuego… —dijo Poe, pensando en la historia de Lucy sobre Bertrand y Ratón.

—Es una manera de verlo.

—¿No temía cabrear a los norteamericanos?

—¿Sabe una cosa, Poe? —dijo—. Quienes llevamos suficiente en este juego recordamos la Guerra Fría como los buenos tiempos. Nuestros enemigos eran implacables, peligrosos y astutos, pero al menos sabíamos quiénes eran. Nuestra relación con Estados Unidos es… compleja. Aunque es cierto que no queremos echarla a perder, hay otras personas, más progresistas, que creen que corremos el riesgo de convertirnos en un Estado vasallo. En su opinión, deberíamos reducir nuestra dependencia de Estados Unidos y construir alianzas más estrechas con nuestros amigos más antiguos y nuestros vecinos más cercanos.

—¿Y es usted uno de esos progresistas, Alastor?

—¿De veras quiere que se vendan armas en el supermercado, sargento? —contestó—. ¿Que se privatice la sanidad pública? ¿Que laven los pollos en cloro? Porque eso es lo que están intentando sus *lobbies* ya.

—Eso es un sí.

—De todos modos, esa «relación especial» ha sido siempre una patraña —dijo Locke—. Churchill se la inventó como una treta de relaciones públicas para conseguir apoyo norteamericano durante la guerra.

—Y ha llegado el momento de replantear nuestras prioridades… —dijo Poe.

—Es una manera sucinta de decirlo, sargento. Y sí: este país necesita realinearse un poco. Especialmente ahora. Y eso nos lleva a su precio.

—¿Mi precio? —dijo Poe.

—Tiene que haber algo que usted quiera.

—Que desaparezca esa red de tráfico clandestino. Me da igual cómo se haga, pero quiero que hasta el último usuario sea condenado en los periódicos. Quiero a los intermediaros y los integrantes de las bandas en la cárcel. Quiero que lo dirija usted y que me informe semanalmente.

—Hecho —dijo Locke. Sacó un cuadernito del bolsillo y apuntó algo —. De todos modos, entra dentro del ámbito de terrorismo. ¿Algo más?

—Parece ser que Terry Holmes era más cómplice de lo que pensábamos —dijo—. Si se pudiera informar a su hija con delicadeza…, en todo esto, ella es tan víctima como cualquier otro.

—Lo haré personalmente.

Poe miró a su alrededor, a las viejas paredes de granito de Herdwick Croft y a los haces de luz que entraban a través de los diminutos huecos en la piedra.

Miró su hogar.

—No estoy preparado para irme de aquí —dijo—. Aún no.

—Eso ya está hecho —respondió Locke—. Resulta que el ministro de Vivienda, Comunidades y Gobierno Local había pedido al Ayuntamiento que derogara el estatuto equivocado. De hecho, me han asegurado que no va a ser derogado y que, por tanto, nunca le expulsarán de esta magnífica montaña.

—Bien —dijo Poe, notando cómo parte de la tensión reciente abandonaba su cuello y sus hombros.

Locke se puso en pie. Le ofreció su mano. Poe la ignoró.

—No he terminado —dijo.

—Poe, yo no mataría a la gallina de los huevos de oro —dijo Locke, pero volvió a sentarse.

—Ahora le voy a pedir un favor, Alastor —replicó Poe—. No me va a preguntar por qué lo necesito, ni tampoco me va a decir que es imposible. Su respuesta será: «Sí, sargento Poe, me pondré con ello de inmediato».

—¿Y de qué favor se trata? —dijo Locke—. Mis poderes son limitados.

—Nueve meses antes de mi nacimiento, mi madre asistió a una fiesta diplomática en la Embajada británica en Washington —dijo—. Tengo una lista de los norteamericanos que asistieron, pero necesito saber quién más había allí. Empleados, invitados, personal de *catering*, todos.

El hombre que violó a su madre hacía tantos años, su padre biológico, merecía décadas de sufrimiento. Poe tenía intención de asegurarse de que las tuviera.

—¿De qué va todo esto, chico?

Poe agitó su dedo índice.

—¿Cuál he dicho que sería su respuesta?

Locke volvió a levantarse. Esta vez, Poe no le detuvo. Le tendió la mano y Poe la estrechó.

—Sí, sargento Poe —dijo Locke—. Me pondré con ello de inmediato.

Dicho eso, se marchó.

110

Poe puso la cena a Edgar y metió una patata en el horno. También había comprado un poco de queso del bueno. Con todo el drama y la tensión de los últimos días, su estómago ansiaba algo sencillo.

Mientras esperaba, hizo algunos estiramientos, tratando de quitarse de encima dos semanas de vicios y esfuerzos. Se sentía sin fuerzas, como cada vez que terminaba un caso grande. Edgar le miraba intrigado. Por fin, ladró.

—¿Quieres salir?

Edgar saltó del sofá y se acercó a la puerta.

—Vale —dijo Poe—. Media horita.

Entonces sonó su teléfono móvil.

Poe miró la pantalla.

Era Stephanie Flynn. Una punzada de miedo le atravesó el estómago. Apretó el botón de contestar.

—¿Todo bien, jefa? ¿Está bien el crío?

—El niño está perfectamente, Poe.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estás?

—En la oficina.

—¿De la SCAS?

—Pues claro que en la de la SCAS. ¿En qué oficina iba a estar?

—No…, no comprendo.

—La semana pasada tuve una larga conversación con el director Van Zyl. En resumen, he accedido a volver. Al principio será a tiempo parcial. Zoe va a cogerse un tiempo para cuidar del bebé. De todos modos, ya tenía ganas de hacerlo.

Poe no dijo nada.

—Pero la razón por la que te llamo —se notaba que estaba sonriendo — es que tenemos un problema…

Le dijo de qué se trataba.

Al cabo de un rato, él también sonrió.

Nota del autor

Bueno, aquí estamos de nuevo. Otra novela de Poe en el bote, y una que casi no llega a ser. Hace años que tenía esta idea dando vueltas por mi cráneo hueco. Pero primero vino *El show de las marionetas*, cuyo argumento estaba destinado en un principio para la tercera novela de la serie del inspector Avison Fluke. Aquellos que hayáis leído mi primera serie tal vez podáis trasladar los personajes de la primera novela de Poe a los que aparecen en *Born in a Burial Gown* y *Body Breaker*. Entonces se me ocurrió escribir una secuela para *El show de las marionetas*. Pero tener dos libros sucesivos con motivaciones históricas podía parecer un poco perezoso, así que armé *Verano negro*, una novela que surgió meramente del deseo de dar un rompecabezas imposible de resolver a Poe y a Tilly. Yo quería escribir lo que ya es *Zona muerta* como el tercer título de Poe, pero, al ser para un contrato nuevo, ofrecí a mi editora, la maravillosa Krystyna Green, tres posibles argumentos. El primero trataba de un mago. Krystyna dijo que ni hablar. Los magos estaban un escalón por debajo de los payasos, y tenían su merecido. El segundo fue mi primera idea para *Zona muerta*, pero por aquel entonces era demasiado *thriller*, y Krystyna acertó al rechazarlo. La tercera propuesta era lo que acabó siendo *El Procurador*, que ella aceptó.

Pero el argumento de *Zona muerta* no se me iba de la cabeza. Daba igual en qué libro estuviera trabajando, allí seguía, como una música de fondo. Aunque todavía se basaba demasiado en acción, y eso era un problema. Entonces recordé que tenía la semilla para un argumento de un atraco a una cámara acorazada donde, en vez de robar objetos de valor, alguien era asesinado y se dejaba una rata de cerámica en la escena del crimen. Hice malabarismos de escritor. Moví cosas. Eliminé partes, añadí otras. Y así es como *Zona muerta* llegó al mundo. ¿Es exactamente como la imaginaba? Claro que no. Pero ninguno de mis libros sale como yo esperaba.

Y, aun así, es mi favorito de la serie.

Unas palabras sobre los Fusileros del Rey. Ya no existen como regimiento, pero lo fueron. El Cuerpo de Fusileros del Rey se creó en las

colonias norteamericanas en 1756 como regimiento de infantería. Posteriormente pasaron a llamarse Sexagésimo Regimiento de Infantería y sirvieron con honor por todo el Imperio británico durante dos siglos. En 1958, junto con la Infantería Ligera de Oxfordshire y Buckinghamshire y la Brigada de Fusileros, el regimiento pasó a formar la Brigada de Chaquetas Verdes, para finalmente unirse como las Reales Chaquetas Verdes (mi sargento instructor era uno de estos últimos). Como resultado de la revisión de la Futura Estructura del Ejército en 2004, las Reales Chaquetas Verdes se unieron con el resto de los regimientos de infantería ligera para formar un único regimiento de grandes dimensiones llamado los Fusileros. Y así, casi doscientos setenta y cinco años después de su creación, el Cuerpo de Fusileros del Rey hoy es el Segundo Batallón de los Fusileros.

Una advertencia: el término cable JANUS es invento mío, pero no esos malditos c******s. Están ahí fuera, así que id con cuidado. Una de las formas más habituales que tienen los delincuentes para ponerlos en circulación es dejarlos a propósito en habitaciones de hotel y luego no reclamarlos. Si nadie lo hace, a veces los hoteles se los quedan como cables de sobra. Un cliente podría registrarse y, al darse cuenta de que se ha olvidado su cargador, preguntar en la recepción si tienen alguno para prestarle…

El caso es que ya están en todas partes. Mi consejo es no utilizar ningún cable que no sea el tuyo. Si te lo dejas cuando vas de viaje, asúmelo y cómprate otro en una tienda de confianza. Jamás uses uno prestado.

O puede que acabes como el tonto de una novela…

Agradecimientos

Bueno, vamos a ello. Los agradecimientos. Este año, para hacerlo más fácil, lo he dividido en dos categorías. Primero, aquellos que merecen una mención por su duro trabajo, su diligencia y su ayuda mientras se escribía, editaba y promocionaba esta novela.

Y luego están aquellos que no merecen mención, pero que, una vez más, han conseguido hacerme sentir culpable para que los meta en la última parte del libro.

Los merecedores:

Mi editora, Krystyna Green, por defender a Poe y a Tilly desde el primer día y por su pericia para llevar a la serie hasta donde está ahora. Y gracias por dejarme ir más allá de los límites de vez en cuando. Esto sí que es una colaboración, y espero que dure muchos años.

Y, aunque nosotros estamos en el primer equipo, sé que la eficiencia natural de Krystyna se debe enteramente a Sarah Murphy. Gracias por mantenernos a raya, Sarah, y por dar plantón a tus amigos para asistir a la recepción de los Dagger…

A mi agente y amigo, David Headley, por apostar por un autor desconocido en 2016, y por dar forma a mi carrera desde entonces. Hasta ahora ha sido todo un viaje, David: que dure. Ojalá tuvieras mejores gustos musicales…

A Martin Fletcher, por moldear cada novela, manteniendo la coherencia y desbrozando toda la porquería que suelo meter en los primeros borradores. También por aportar esos valiosos momentos de pausa mientras hablamos de música y críquet. Y, por alguna razón, por hablar conmigo de si realmente existe Wimbledon Common. Yo soy del norte, ¿qué sabré? Wimbledon Common es de donde vienen los Wombles, ¿cómo demonios voy a saber que es un lugar de verdad?… Y que quede claro: cuando pregunté si había también un parque de Paddington, «bromeaba»…

Mi corrector, Howard Watson, merece mi agradecimiento, como siempre. Más allá de corregir mis espantosos errores gramaticales, da coherencia a todas las novelas, incluida la serie de Fluke. También verifica los hechos, labor que no debe de ser fácil teniendo en cuenta las

divagaciones de mi mente. Se podría llenar un libro con algunos de los errores que ha encontrado. Él fue quien, después de que el libro pasara por las manos de al menos diez personas de la industria, se dio cuenta de que, en *El show de las marionetas*, según la línea cronológica que yo había creado, Poe entró en la policía a los once años…

Sean Garrehy tiene mi eterna gratitud por diseñar mis portadas con su increíble talento. Puede que tarde tres intentos en acertar a escribir tu apellido, pero es culpa mía, no tuya, Sean. No sé si me gustaría estar dentro de tu cabeza cuando interpretas lo que hay en la mía, pero, j****, esas portadas son extraordinarias, y una de las razones del éxito de esta serie. Eso sí, que no se te suba, tío: en algún momento puede que cumpla mi amenaza y escriba un libro sobre el interior de una bola de pimpón.

De todas las personas que merecen un inmenso agradecimiento, solo por su asombrosa paciencia, tengo que hablar de la editora de mesa número uno de la industria, Rebecca Shephard. No he parado de pedirle cambios hasta el último momento, a veces incluso minutos antes de que un libro vaya a imprenta. El color de la servilleta en *Verano negro* y el hervidor de Poe en *El Procurador* son dos ejemplos que me vienen a la cabeza, pero estoy seguro de que tú tendrás miles de ellos si alguien quiere saberlo. Gracias, Rebecca: tenerte dirigiendo a todo el mundo involucrado en la producción del libro me da más tranquilidad de la que puedes imaginar.

Por algún motivo, Ben Wright y Brionee Fenlon suelen aparecer juntos. Probablemente porque todavía no entiendo bien la diferencia entre publicidad y *marketing*. Tal vez haya llegado el momento de hacer un esfuerzo.

Ahí va:

Beth, gracias por montar los fabulosos eventos de los que intento zafarme sin éxito. No deja de asombrarme la cantidad de críticos de periódicos y revistas a los que consigues enviar copias de lectura anticipada. Gracias por las conversaciones con cervezas y curry, «no tanto» por enviar a Joanne aquel vídeo del chaval mandando a la mierda a un mono en un parque de animales salvajes. La primera vez que me obligó a verlo, tuvo gracia, pero la vez número novecientos…

Muchas gracias, Brionee, por asegurarte de que los libros tienen una visibilidad casi indecente. No pretendo entender los informes que me envías. Tilly sí lo entendería, pero, en ese sentido, yo soy más Poe. Aunque no te preocupes: simplemente pregunto a David si es bueno, y él siempre asiente y dice: «Sí». Y gracias por ser una norteña como es debido.

Ha sido demasiado esfuerzo, la verdad. La próxima vez, volvéis a aparecer juntos. Ya podéis ir haciéndoos a la idea.

Muchísimas gracias a Roger Lytollis, Joanne Craven y Joan Deitch por su admirable trabajo de revisión. Si queda alguna errata en el libro, es

culpa de ellos, no mía.

Y, por último, desde el punto de vista editorial, pero no menos importante, a Hannah Wann. Tengo la sensación de que, detrás de toda la frenética agitación que hay cuando alguien tan caótico como yo va a sacar un libro, tú eres la que mantiene todo bajo control. Asegurándote de que lo que tiene que pasar pasa. Si el equipo editorial fuera un puzle, tú serías la pieza de la esquina. Y no de cielo azul. Serías la pieza con la pata del cisne, o algo así. Ponlo en una camiseta, si quieres, pero quiero comisión.

Y ahora, un puñado de agradecimientos fuera de lo editorial.

A los chicos (porque en aquella época éramos «chicos») del Vigesimoprimer Regimiento de Reales Ingenieros Mecánicos, gracias. Aunque fuerais más una alegre reunión de capullos que un equipo unido, vosotros inspirasteis esta historia. Y nos lo pasamos bien, ¿no creéis? Ahora, a la mierda, chavales, y comprad una copia.

Por primera vez, mi buen amigo Crawford Bunney (sí, ese es su verdadero nombre…) asciende a la lista de merecedores de agradecimiento por desafiarme a usar la expresión «*bugger, rumbled*» (¡Diablos, me han pillado!) en este libro. Evidentemente, le mandé a donde toleran a tipejos como él, pero cuando llegó el momento de dar nombre al vagabundo a tiempo parcial, artista callejero a tiempo completo, esa estúpida expresión se coló en mi cabeza, y nació Bugger Rumble. Creo que aparecerá de vez en cuando conforme avance la serie, porque ha sido divertido crear un personaje así. Un breve agradecimiento a mi lectora beta, Angie Morrison. Ahí va: gracias.

Y a todos los libreros: sois fabulosos, ¿lo sabíais? Mencionaré a aquellos que conozco personalmente, y este año espero llegar a muchas más de vuestras tiendas. Lo habría hecho en 2020, pero había un bicho suelto por ahí… Así que gracias a Lucy, de Bookends; Catherine, de New Bookshop; Fiona, de Waterstones Durham; a la gente de Hills; Elain y Will, de Sam Read Bookseller; Richard, de Heffers; Ali y el resto de la gente de Waterstones Carlisle, y a todo el mundo en Goldsboro.

Y, por fin, muchas gracias a todos los blogueros y lectores. Un libro no es un libro de verdad hasta que alguien lo lee; si no fuera por vosotros, seguiría siendo ese tío raro que bebe demasiado y se pasa el día riendo. En vez de ser el tío raro que bebe demasiado, se pasa el día riendo y escribe algo de vez en cuando…

Y ahora pasamos a…

Los que no lo merecen:

Stuart Wilson.

Por este año, me temo que ya está. Lo siento, tío.

En fin, lo dejo aquí porque estoy liado: Poe y Tilly se las están viendo con un tipo llamado el Botánico, y por ahora gana él…

MIKE
abril de 2020
(Sí, estos libros se escriben con mucha antelación.)